
UN APASIONANTE THRILLER PSICOLÓGICO
LORNA DOUNAEVA
LA DEJASTE ENTRAR EN TU CASA.
LA COMPAÑERA DE PISO PERFECTA
NO DEBERÍAS HABERLO HECHO...
JENTAS

LA COMPAÑERA DE PISO PERFECTA

Lorna Dounaeva
La compañera de piso perfecta
Título original: The Perfect Housemate
Copyright © Lorna Dounaeva, 2024. Reservados todos los derechos.

© 2026 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.

Traducción: Daniel Conde Bravo, © Traducción, Jentas A/S.
Reservados todos los derechos.
ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1440-6

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

First published in the English language in 2024 by Storyfire Ltd, trading as Bookouture.

Para Greg y Faye.

PRÓLOGO

JUNE

Lo primero que pensó June fue que se había enredado en las sábanas y que, de alguna manera, la funda de la almohada se había deslizado hasta cubrirle el rostro, sumiéndola en la oscuridad. Sin embargo, eso no explicaba la rigidez del tejido ni su incapacidad para deshacerse de él. El corazón le retumbaba en los oídos y le costaba respirar.

Se agitó y se revolvió violentamente, tratando de comprender qué había sucedido. Algo le impedía juntar las manos y, al mismo tiempo, sentía como si sus piernas estuvieran pegadas entre sí con pegamento. Luchaba contra el miedo abrumador que amenazaba con consumirla. Pataleó y notó un material áspero que le rasgaba la piel. ¿Qué era eso? ¿Una cuerda? Intentó mover los brazos, pero estaban firmemente sujetos por a su espalda.

Chilló para pedir ayuda, pero el material áspero que le cubría la cara ahogaba sus gritos. Aunque tenía los ojos bien abiertos, la oscuridad era tan densa que la oprimía como si se tratara de un centenar de manos.

Intentó controlar el ritmo de la respiración. Inspirar, espirar. Inspirar, espirar. Eso era lo único que podía oír en medio de aquel silencio tan asfixiante.

El tejido que le cubría la cara era áspero, como si fuera un saco de patatas. Tanteando un poco, se balanceó hacia delante y hacia atrás. Con el movimiento, el saco se desplazó, y su nariz se contrajo al

respirar el aroma a tierra y hierbas adherido a las fibras del material. Siguió balanceándose hasta que consiguió ponerse de rodillas. Luego, se inclinó hacia delante y presionó la frente contra el suelo. Presa de la desesperación, sacudió la cabeza de lado a lado con toda la fuerza que pudo reunir, hasta que sintió que el tejido se movía. Todos los músculos de su cuello se tensaron mientras intentaba desprendérselo. Con un fuerte impulso final, el saco se deslizó de su cabeza, permitiéndole disfrutar de una ráfaga de aire fresco.

Inhaló profundamente, sintiendo sus labios agrietados y un trozo de algodón entre los dientes. Cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad, vio un tenue resplandor de luz que se colaba por las pequeñas grietas que había por encima de ella. Estaba sentada en un suelo firme de madera, y la habitación en la que se encontraba parecía la celda de una cárcel: húmeda, pequeña y con un fuerte olor a cerrado. A través de la pared que la separaba del mundo exterior, podía oír el ruido lejano del tráfico. Parecía como si todavía estuviera en Londres, o tal vez en alguna otra ciudad.

Tenía una sensación de pesadez en la cabeza, como si tuviera una gripe. O como si la hubieran drogado. Pero ¿quién podría querer secuestrarla? No es que tuviera mucho dinero que digamos.

Estaba tan mareada que la habitación no dejaba de darle vueltas. Su corazón latía con fuerza mientras hacía un esfuerzo desesperado por recordar qué la había llevado hasta aquel momento. El aire era denso y las paredes a su alrededor amortiguaban el sonido del exterior y la hacían sentirse prisionera.

Entrecerró los ojos cuando un rayo de sol perforó una ligera capa de telarañas. Poco a poco se iba filtrando más luz, y pudo ver con claridad lo que la rodeaba. Echó un vistazo al espacio, reducido y sin ventanas. En una esquina había un montón de cartones aplastados apilados junto a una maleta pequeña; en otra, latas de pintura, brochas y rodillos en unas estanterías viejas. Siguió observando

hasta que sus ojos se posaron sobre una bicicleta de color amarillo chillón, colgada en la pared. Respiró hondo.

Esa era su bicicleta. Estaba en su propio cobertizo.

Se incorporó del suelo a duras penas, con los músculos temblando por el esfuerzo. La cuerda áspera que le rodeaba los tobillos le impedía tomar mucho impulso, pero apretó los dientes y se lanzó contra la puerta emitiendo un grito visceral. Como esta no cedió, trató de utilizar el hombro para empujar contra la madera robusta, con la esperanza de romperla, pero todos sus intentos fueron inútiles. Gritó cual animal salvaje, aullando y pataleando la puerta con sus pies desnudos. El sudor le goteaba por la frente y sentía cómo las fuerzas la iban abandonando cada vez más a medida que luchaba contra las cuerdas.

Calma. Tenía que mantener la calma.

Se concentró de nuevo en la respiración. Inspirar. Espirar. Inspirar. Espirar.

¿Qué hora era? Intuía que sería por la mañana temprano. Se imaginaba el sol ascendiendo poco a poco en el cielo y giró la cara en su dirección, disfrutando del calor que le acariciaba la piel. Trató de escuchar con atención. Oyó el sonido de las ramas de los árboles al balancearse. Distinguió el graznido profundo de los cuervos a lo lejos, el gorjeo alegre de los gorriones en el tejado y el trino dulce de los petirrojos en algún lugar entre los arbustos. Al cabo de unos minutos, oyó el agua gotear en los desagües exteriores.

Abrió los ojos de golpe. Las chicas con las que compartía casa debían estar ya levantadas, preparándose para las vacaciones. Imaginó el aroma del café recién hecho mientras se reunían en la cocina. ¿Se habrían dado cuenta de que ella aún no estaba allí? Seguramente alguien iría a aporrear la puerta de su habitación, ¿no?

Aunque era ella la que solía despertar a las demás. Nadie podría esperarse que June se quedara dormida.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo al comprenderlo todo de repente. Eso era lo que ellas querían, ¿verdad? Provocar que perdiera el vuelo. Se le vinieron a la mente diversas escenas de los últimos días: las conversaciones en voz baja en la cocina, las miradas extrañas que había recibido durante las cenas… Solo se le ocurría una persona que la odiara tanto como para llegar así de lejos y tratar de impedirle que se fuera de vacaciones. En aquel momento, ya estaba segura de quién era.

Volvió a patalear contra la puerta. ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

—¡Ayuda! ¡Estoy encerrada en el cobertizo! ¡Que alguien me ayude!

Oyó cómo se cerraba una ventana. ¿La estaban dejando en el exterior a propósito? No, solo estarían asegurándose de que la casa quedaba bien cerrada, preparándose ya para salir de ella. Pero tenían que darse cuenta de que ella no estaba allí. Era imposible que no se percataran de ello. Resultaría ya completamente obvio cuando todas sus compañeras salieran a la calle, arrastrando con ellas sus maletas. Estarían todas menos ella.

Entonces irían corriendo hacia su habitación, llamarían a la puerta o simplemente irrumpirían en su cuarto y encontrarían su maleta junto a la cama y su abrigo colgado en el perchero. Si observaran con detenimiento, se fijarían incluso en sus distintivas deportivas amarillas colocadas en el zapatero. Comprenderían que ella no podía estar muy lejos de allí. Con suerte, alguien saldría a echar un vistazo por el jardín. Si hacía suficiente ruido, deberían oírla.

Su corazón se aceleró aún más cuando escuchó un taxi tocando el claxon y ese sonido resonó en toda la calle. Momentos después, un golpe fuerte sacudió la puerta de la casa y desde el interior brotaron voces llenas de entusiasmo, acompañadas por carcajadas y cantos desafinados.

Desesperada, volvió a gritar:

—¡Socorro! ¡Estoy encerrada en el cobertizo!

La única respuesta fue el ruido de sus compañeras peleándose por colocar el equipaje en el maletero del taxi mientras se subían en él.

Las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—¡Ayuda! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Que alguien me ayude!

Tenían que estar oyéndola. Tenían que preguntarse por narices dónde se había metido. Si todas sus cosas estaban en la casa, ¿a dónde podían pensar que se había ido?

—¡Ayuda! —Gritó tan fuerte que los pájaros graznaron, como si estuvieran contestándole. Pero la única respuesta real fue la del rugido del motor del taxi al alejarse.

La habían abandonado.

Las cuerdas le hacían daño en las muñecas y los tobillos mientras luchaba contra sus ataduras. Su corazón latía con un compás rápido y entrecortado en el pecho, y en su mente se empezaron a arremolinar mil escenarios oscuros, como si de una niebla amenazante se tratara. Aquello iba mucho más allá de perderse unas vacaciones. Era mucho más grave que eso. Si no conseguía liberarse de las cuerdas, tendría que pasarse una semana entera así, encerrada en aquel cobertizo, sin un lugar en el que hacer sus necesidades y sin nada que comer ni beber. Cuando sus compañeras regresaran de Miconos, ya estaría muerta.

CAPÍTULO 1

JUNE

Cinco meses antes

June frunció el ceño y volvió a comprobar los números.

—Lo siento. No salen las cuentas. Cuando paguemos la calefacción y el impuesto municipal, no nos va a quedar suficiente para el alquiler del mes que viene.

El resto de las inquilinas de la casa intercambiaron miradas preocupadas.

El reloj de pie que estaba situado contra la pared del fondo parecía marcar las horas más rápido de lo habitual y sus fuertes campanadas rompieron el tenso silencio.

Kimmy se tocó la parte superior de la nariz.

—¿Podríamos volver a recortar el presupuesto para comida?

Flick asintió.

—Si eso nos va a permitir pagar las facturas, a mí no me importa sobrevivir a base de espaguetis de lata.

June sintió un dolor en el estómago; eso no era comida. Y, aunque ella podía permitirse traer sus propios alimentos a casa, le resultaba difícil disfrutar de carne o verduras de calidad mientras sus compañeras se alimentaban a base de comida precocinada y enlatada. Recorrió la mesa con la mirada, visiblemente nerviosa.

—Podemos no usar la calefacción —replicó. La amplia casa victoriana en la que vivían tenía ventanales antiguos saledizos y

techos altos. Era una casa muy bonita a la vista, pero también muy poco eficiente.

Todas sus compañeras recibieron esa sugerencia con miradas horrorizadas.

—¡Si yo ya estoy helada con la calefacción puesta! —se quejó Tamsin.

—Podríamos ponernos más jerséis y beber más té, ¿no? —sugirió June.

Kimmy negó con la cabeza.

—Tiene que haber otra solución.

June trató de concentrarse para pensar en algo. Ya habían cancelado sus suscripciones a Netflix y Sky. No existían muchas más cosas a las que estuviera dispuesta a renunciar.

Tamsin se llevó distraídamente el extremo de su trenza a la boca mientras reflexionaba.

—Es que la casa es bastante grande —terminó diciendo.

Kimmy asintió, con un deje de impaciencia en su expresión.

—¿En qué estás pensando?

—Tal vez deberíamos buscar a otra persona para que viva con nosotras, ¿no os parece?

Todas se quedaron paralizadas.

June jugaba nerviosamente con las manos en su regazo.

—Pero… ¿dónde dormiría?

—¿En el sótano? Es un espacio bastante grande. Solo tendríamos que sacar toda la porquería que hay en él.

Tamsin se puso de pie a toda prisa y les hizo señas a las demás para que la siguieran. Con miradas recelosas, todas se levantaron de la mesa, fueron tras ella por el pasillo y se detuvieron frente a la puerta del dormitorio de June. Se asomaron a las escaleras polvorientas y vieron el cartel amarillento que estaba pegado con cinta en la puerta del sótano:

CUIDADO CON LO QUE ACECHA AQUÍ DENTRO

El cartel era obra de un inquilino anterior. En realidad era solo una broma, pero, sin darse cuenta, habían hecho caso de aquella advertencia. La primera y última vez que June había pisado el sótano fue el día en el que se mudaron. De eso hacía ya cinco años y lo único que recordaba era un montón de trastos viejos.

Flick se estremeció.

—¡Hay arañas ahí abajo!

—Es oscuro y lúgubre —añadió Kimmy.

—No podemos alquilar esto —dijo June.

Tamsin la miró a los ojos.

—¿Por qué no? El contrato no dice nada de que no podamos subarrendar, y, total, tampoco es que el casero venga mucho por aquí.

—No, quiero decir que no se puede alquilar una habitación si no tiene al menos una ventana. Estoy casi segura de que es una condición legal indispensable. Voy a comprobarlo.

June volvió al comedor, cogió el móvil y apretó los labios con fuerza mientras buscaba información. Sus compañeras volvieron a sentarse. Kimmy bostezó ruidosamente y estiró los brazos por encima de la cabeza. Flick jugueteaba con su piercing del ombligo mientras Tamsin tamborileaba con sus uñas de color mandarina sobre la mesa.

—Sí, hay una norma que lo prohíbe.

—Una pena. —Tamsin se dejó caer en la silla con desgana—. Podría haber estado guay tener a un compañero nuevo.

—Bueno, ya da igual, no tiene sentido contemplarlo —dijo June—. No está permitido.

—¿Qué vamos a hacer entonces? —preguntó Flick.

June volvió a mirar el montón de facturas.

—La verdad es que no lo sé. A este paso, vamos a tener que hacer

ambas cosas: recortar el presupuesto para comida y también prescindir de la calefacción.

***

Una hora más tarde, June estaba saliendo de la cocina con una taza de té en la mano cuando se fijó en que la puerta del sótano estaba entreabierta. Por una rendija de la parte inferior se colaba un hilo de luz; además, por la casa resonaban unos ruidos extraños.

Se dirigió hacia su dormitorio, dejó la taza sobre el escritorio y se dejó caer sobre la cama. Acababa de empezar un libro nuevo y tenía muchas ganas de continuar con él. Pasó una página, pero entonces escuchó unos golpes sordos que provenían de la planta de abajo. O las arañas se estaban organizando, o alguna de sus compañeras estaba haciendo algo allí. Siguió leyendo unos minutos más, hasta que oyó un ruido metálico seguido de un improperio contenido.

No fue capaz de resistir la curiosidad. Se bebió el último sorbo del té y bajó los escalones de madera, que crujían bajo sus pies, agarrándose a la barandilla mientras descendía. Abrió la puerta lentamente y echó un vistazo rápido antes de entrar en el sótano. De cada rincón de la estancia colgaban telarañas. Se estremeció al imaginarse cientos de ojos entornados observándola desde cada uno de los muebles viejos.

Tamsin estaba tirando de una cama plegable, cuyos muelles sobresalían.

—¿Qué estás haciendo?

—¡Joder, June! ¡Me has dado un susto de muerte!

—Lo siento.

—Anda, échame una mano, ¿quieres?

June la ayudó a arrastrar el somier viejo por la habitación.

—Ahora, la bañera —dijo Tamsin, pasándole una tina de metal llena de polvo.

—¿Cuántos años tiene esta cosa? —preguntó June mientras la apartaba.

Tamsin no le respondió. Su atención estaba centrada en la estantería, que miraba fijamente.

—Tenemos que despejarla.

Tamsin empezó a quitar todos los trastos del mueble, llenando la vieja bañera. June la ayudó, cogiendo tarros vacíos, montones de perchas y otros objetos inútiles.

—Venga, vamos a moverla —instó Tamsin, colocándose en posición.

—No me digas que… ¿Vamos a encontrar una habitación secreta ahí detrás?

—Algo así.

June sintió un cosquilleo tonto de emoción. Ya se estaba imaginando ejemplares únicos de primera edición, monedas de oro o tal vez un diario que llevara mucho tiempo oculto. Sujetó un lado de la estantería. Sintió la madera desgastada bajo los dedos. El mueble se deslizó con facilidad por el suelo y la habitación se iluminó al instante.

—¡Mira eso! —exclamó Tamsin con un chillido.

June se quedó boquiabierta.

No era una habitación secreta, sino una ventana. Una muy grande. El cristal estaba cubierto de suciedad y había rejas de acero fijadas al marco, que estaba cubierto de telarañas.

Ambas se quedaron contemplando la ventana durante un momento.

—¿Cómo es posible que nunca la haya visto desde la calle?

—Yo tampoco me había fijado en ella —reconoció Tamsin—. Pero me he puesto a revisar nuestro contrato de alquiler para ver si existía alguna penalización por retrasarnos en los pagos y encontré los planos de la casa. Cuando vi la ventana, no me lo podía creer, así

que he tenido que bajar para comprobarlo. Supongo que nunca la habíamos visto porque queda justo detrás del seto, pero podemos podarlo para que entre más luz.

—Tendríamos que quitar las rejas. Porque el requisito es ese, que cualquiera pueda salir si hay una emergencia.

—Pero ¿crees que podríamos hacer de este sitio un espacio habitable?

June lo consideró, echando un vistazo a aquel completo desorden.

—Tendríamos que encargarnos de las arañas y quitar todos los trastos. Darle una mano de pintura y añadirle algunas luces para que parezca un poco más acogedor. Podemos comprar algunos muebles básicos en la tienda de segunda mano. Vamos a tener que trabajar en ello, pero no se me ocurre nada mejor. ¡Bien hecho, Tam!

Tamsin frunció el ceño.

—Pero ¿tenemos dinero para muebles nuevos? Pronto tendremos que pagar la factura de la luz.

June asintió.

—Yo puedo tirar un poco de mis ahorros, aunque lo necesitaré de vuelta en cuanto la compañera nueva pague la fianza.

Tamsin sonrió.

—Gracias, June. Vaya detallazo.

—En cuanto a la pintura, todavía nos queda un poco en el cobertizo. Debería ser más que suficiente para el sótano. Tendremos que trabajar bastante. Todas vamos a tener que arrimar el hombro, pero creo que juntas lo conseguiremos.

—Me parece un buen plan.

CAPÍTULO 2

JUNE

Un aroma terroso e intenso a café recién hecho y bacon cocinado a la plancha llenaba el aire del salón mientras todas holgazaneaban en él tras un brunch muy relajado, propio de la mañana de un sábado. June se puso cómoda en su sillón favorito, se arropó con una manta de cuadros y cogió una taza aún humeante. Kimmy y Tamsin se acurrucaron en el sofá bajo una manta mullida, con el pelo todavía húmedo por sus duchas matutinas. Mientras, la figura alargada de Flick ocupó el espacio a los pies de sus compañeras. Se frotó los ojos y se acercó a la televisión para ver su programa favorito, un poco aturdida tras el desayuno.

Tamsin cogió un esmalte de uñas de color rosa brillante y le quitó el tapón. Sujetó la mano de Kimmy con firmeza y, muy concentrada, trazó con el dedo el contorno de la cutícula.

Sonó el timbre y Flick se levantó de un salto para abrir la puerta. Un momento después, reapareció en la entradita de la casa junto a un hombre que parecía unos años más joven que ellas. June supuso que se trataba de un vecino.

—¿Os acordáis todas de Joe? —preguntó Flick.

Todas asintieron y lo saludaron. Él sonrió con timidez y se pasó la mano por el pelo, negro y tupido. Vestía unos vaqueros que estaban cubiertos de pintura y llevaba ceñido al cuerpo un cinturón de cuero desgastado repleto de herramientas, que iban chocando entre sí mientras bajaba al sótano con Flick. Pronto, una vibración

acompasada comenzó a resonar, ascendiendo por las escaleras.

Ambos regresaron al salón veinte minutos más tarde.

—¡Ya está! —gritó Joe.

—¡Magnífico! —gritó Tamsin.

Las demás mostraron su agradecimiento.

—Creo que te has ganado una taza de té y un trozo de tarta —dijo Flick, llevando al invitado a la cocina.

June se levantó trabajosamente del sofá y bajó al sótano, con curiosidad por saber por qué se suponía que tenía que darle las gracias. Sus ojos se posaron de inmediato en un montoncito de polvo bajo el marco de la ventana. Joe había hecho un trabajo increíble. Las rejas metálicas estaban amontonadas de forma ordenada junto a la ventana. Pasó la mano por los bordes limados y quedó impresionada por su suavidad. Extendió el brazo para alcanzar el cierre de la ventana y tiró con decisión; las bisagras rechinaron ruidosamente cuando se abrió de golpe. La habitación pareció cambiar por completo cuando la luz del sol la inundó, haciendo brillar las partículas de polvo como si fueran diamantes y resaltando aún más las telarañas que colgaban de todos los rincones.

Un poco más tarde, Tamsin bajó y las dos juntas se pusieron a revisar el resto de los trastos. Luego, Kimmy y Flick lo llevaron todo al coche de Kimmy y lo distribuyeron entre diversas tiendas de segunda mano y el vertedero municipal. Después, cogieron escobas y quitaron todas las telarañas del techo, y terminaron el trabajo con la aspiradora y un insecticida suave.

Una vez despejado el sótano, June salió al cobertizo donde guardaban las bicicletas para buscar pintura. Encontró varios botes en uno de los estantes. Eligió el amarillo intenso, el parecido al color de un abejorro, el mismo que había utilizado en su habitación. Ese tono alegre le daría vida a aquel espacio tan lúgubre.

De vuelta en el sótano, abrió la ventana para que entrara aire fresco, fregó las paredes y las lijó. Cuando estuvieron listas, las pintó con brochazos uniformes. Ya podía imaginarse cómo quedaría la habitación cuando añadieran cortinas, una lámpara y algunas alfombras acogedoras.

Cuando terminó de pintar, subió las escaleras y encontró a Kimmy y Flick sentadas en torno a la mesa de la cocina. Se habían encargado de escribir un anuncio llamativo para tratar de atraer a un nuevo inquilino. La pantalla del portátil brillaba intensamente en la penumbra de la habitación. Kimmy tenía la nariz arrugada en un gesto de concentración, y Flick, que tenía los ojos entrecerrados mirando la pantalla, tecleaba con rapidez.

—¿Qué os parece? —preguntó esta última—. «Se busca nuevo inquilino. Cuatro mujeres jóvenes y solteras buscan a alguien para compartir casa en un sótano cerca del parque de Clapham, en Queen Anne's Crescent. Cerca de varias tiendas y de una iglesia».

—¡Por el amor de Dios, quita «solteras» y «mujeres»! —exclamó June—. Vamos a atraer a un montón de bichos raros. Además, ni siquiera es del todo cierto, Kimmy no se separa de Ralph.

Flick se encogió de hombros y borró algunas palabras.

June miró por encima del hombro de su compañera.

—Tampoco escribas «sótano». Eso echaría a la gente para atrás. Y asegúrate de mencionar que es para no fumadores.

—Tienes que hacernos parecer divertidas —dijo Tamsin desde la puerta—. No digas nada de la iglesia. No queremos que la gente piense que somos fanáticas religiosas.

—Tampoco queremos que la gente se crea que es una casa donde siempre estamos de juerga —objetó June—. Y quitemos también el nombre de la calle. Para no correr riesgos.

Flick suspiró profundamente.

—Me estáis quitando las ganas de vivir.

—Lo siento —dijo June—, pero tenemos que hacerlo bien.

—Vale. ¿Qué tal así? «Se busca inquilino. Cuatro jóvenes profesionales y simpáticas buscan una persona para compartir una casa grande cerca del parque de Clapham. Cerca de tiendas, bares y diversos servicios. Ideal para no fumadores».

Flick levantó la vista.

—¿Alguna objeción?

June negó con la cabeza. Tamsin hizo lo mismo.

—Vale, le doy a enviar.

CAPÍTULO 3

JUNE

El martes por la tarde, June y Flick se dirigieron a Mud and Mingle, en los Talleres de Cerámica de Clapham. Llevaban seis meses asistiendo a clases de alfarería y a June le encantaban las sesiones relajadas que les permitían trabajar a su propio ritmo. Se alegraba mucho de haber pagado el trimestre por adelantado, porque aquel era un lujo al que no se sentía capaz de renunciar.

Cuando entraron en el acogedor estudio, se sentaron en su mesa habitual, que estaba situada al fondo, y empezaron a reunir sus herramientas. Mientras Flick charlaba con la pareja que tenía delante, June cogió los materiales que necesitaba y los colocó ordenadamente.

Cogió un trozo de arcilla y empezó a moldearlo con las manos; acto seguido, lo colocó en el torno. La arcilla comenzó a moverse y a bailar bajo sus dedos mientras ella trataba de sostenerla firmemente.

El teléfono de Flick vibró.

—Es Tamsin. Dice que hay dos personas más que quieren ver la habitación.

June asintió, aunque sin apartar la vista del torno. Ya habían enseñado la casa a varias personas, pero de momento ninguna les había convencido. Una chica joven les había parecido perfecta hasta que les reveló que estaba embarazada de cinco meses. No querían, bajo ningún concepto, compartir la casa con un bebé que no dejara

de llorar.

Aun así, estaba claro que había mucho interés. Tan solo tenían que encontrar a la persona adecuada.

June añadió más agua a la arcilla y se concentró en mantenerla firme mientras giraba una y otra vez. El movimiento rítmico era hipnótico. Sintió cómo se relajaban sus hombros mientras guiaba la arcilla con cuidado entre sus manos. Poco a poco, aumentó la velocidad del torno. La arcilla comenzó a girar más rápido y June comenzó a utilizar las yemas de los dedos para añadir textura a los lados. Después de varios minutos, se detuvo y se limpió las manos en el delantal. Dio un paso atrás y observó su creación con ojo crítico.

—Te está quedando muy bien, June.

Sonrió cuando su profesora, Nadia, se acercó a su posición para inspeccionar su trabajo.

Nadia se inclinó para mirar aún más de cerca y rozó con delicadeza los bordes estriados.

—Muy bonito, pero tengo la impresión de que estás haciendo la misma vasija una y otra vez. ¿No te gustaría probar algo un poco diferente? ¿Algo así como añadirle un asa o crear una forma distinta? Piénsatelo, June. Algo que le dé un toque especial, un poco de personalidad.

Nadia se desplazó hasta la posición de Flick para ver cómo le iba.

—Mantén las manos bien firmes y no muevas los codos. Eso es. Muy bien.

June se sentó y miró su vasija. Estaba contenta con ella, pero no era exactamente como la había imaginado. Echó un vistazo al reloj. Creía que tenía suficiente tiempo como para hacer otra antes de tener que empezar a recoger. Cuando le saliera bien, estaría encantada de probar otra cosa.

La vasija de su compañera le quedó un poco irregular. Flick se rio

mientras la sacaba del torno y la colocaba en la estantería para que se secara. Si June hubiera hecho una así de asimétrica, no le habría molestado. La habría tirado y habría empezado de nuevo, pero Flick estaba orgullosa de todas sus creaciones, tratando de acabar de forma impecable cada una de ellas.

June tuvo que darse prisa con su segunda vasija, que, considerando la circunstancias, no quedó mal del todo. Aun así, al colocarla en la estantería junto a las demás, no pudo evitar sentirse un poco insatisfecha. Era consciente de que lo podía hacer mejor.

Después de clase, caminaron con dificultad por la calle embarrada a causa de la nieve derretida hasta llegar al Tipsy Toad. Desde el jardín del pub, donde un grupo de fumadores tiritaba y se apiñaba para entrar en calor, se elevaban espirales de humo blanco.

La puerta maciza de roble chirrió al abrirse y fueron recibidas por un ambiente cálido y un montón de conversaciones ininteligibles. Las mesas estaban llenas de grupos de personas que bebían cervezas espumosas y reían desenfrenadamente.

—Anda, mira, ahí está Kimmy —dijo Flick.

June miró y vio a su compañera y a Ralph sentados junto a un mesa que estaba al lado de una ventana.

Ralph les hizo un gesto con la mano para saludarlas. Tenía el brazo alrededor de los hombros de Kimmy en un gesto protector, y estaban sentados tan juntos que parecía que estuvieran compartiendo la misma silla.

June y Flick se abrieron paso hasta la barra.

—Dos cervezas, por favor —pidió June a la camarera rubia y bajita.

—¿De qué tipo?

—Lo que tengas de barril —respondió Flick.

June se apoyó en la barra.

—¿Qué cervezas artesanales tenéis?

La camarera señaló una fila de grifos alineados a lo largo de la

barra.

—¿Cuál es la mejor?

—Todas están buenas.

June echó un vistazo a la selección de cervezas, recorriendo con la mirada cada etiqueta. Se detuvo en una que tenía un logotipo azul y blanco. Los colores le recordaban al cielo de verano.

—Esa, por favor.

La camarera asintió y comenzó a llenar sus vasos, sin apartar sus ojos grandes y redondos de June mientras lo hacía. June concentró su mirada en los aperitivos para acompañar la cerveza que había detrás de la camarera.

—¿Queríais algo más? —les preguntó esta con voz aburrida.

—No, solo las cervezas, por favor.

June le entregó un billete de veinte libras y aceptó después un puñado de monedas torciendo el gesto.

—Gracias —dijo Flick, cogiendo su bebida mientras June se detenía un segundo para contar el cambio—. Venga, vamos a sentarnos con Kimmy.

—Un segundo.

Una vez comprobado que no le faltaba dinero, June se guardó la cartera en el bolso. Flick se adelantó con su cerveza, dejando que el líquido le chorreara por el brazo mientras caminaba. June la siguió pausadamente, con cuidado de no derramar ni una sola gota.

—No sabía que ibais a salir esta noche —dijo Kimmy, mientras June y Flick arrastraban las sillas hasta su mesa.

—No, es que venimos de las clases de cerámica —respondió June.

Flick se acomodó junto a Kimmy, haciendo así que June se sentara al lado de Ralph, que se había echado demasiada colonia. Aquel olor empalagoso le hizo arrugar la nariz.

—¿Y qué tal la clase? —preguntó Ralph.

—Bien, gracias.

Flick asintió.

—Estoy pensando en hacer un juego completo para el té.

June la miró.

—¿En serio? Me parece muy ambicioso.

Un joven con un delantal a rayas negras se acercó a la mesa con dos bandejas de comida caliente y grasienta. Dejó un bol de patatas fritas, un plato de nuggets de pollo y un trozo grande de pan de ajo delante de Kimmy y Ralph.

—Picad si queréis —dijo Ralph, empujando la comida hacia el centro.

—Gracias.

Flick cogió una patata y se la metió en la boca con una sonrisa de satisfacción. Luego, cogió otra. June declinó la oferta educadamente. Para ella, los nuggets y las patatas fritas no eran comida. Esperaría a llegar a casa para cocinar algo fresco.

Un poco más tarde, la camarera se acercó para recoger los vasos.

—No he terminado —protestó June cuando trató de coger el suyo.

La camarera se encogió de hombros y se dirigió hacia la mesa siguiente. June se quedó observándola y la vio girarse para mirar en su dirección, con los ojos fríos e implacables, como si se tratara de un halcón acechando a su presa. Sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Estaba a punto de decirles algo a sus amigos cuando se dio cuenta de que, al igual que la camarera, Ralph también la estaba mirando. No directamente, sino más bien hacia detrás de ella. Se giró y vio que había una televisión en la pared. Estaban retransmitiendo un partido de fútbol. Seguro que era eso lo que estaba mirando la camarera. Sonrió para sus adentros. «*Vaya, ¿tan paranoica estoy?*».

Le vibró el teléfono en el bolsillo. Lo sacó y torció el gesto. Era su madre. Normalmente, la llamaba siempre a la misma hora el último domingo de cada mes, igual que cuando estaba en la universidad.

Eso significaba que estaba obligada a hablar con ella doce veces al año. La llamada se había adelantado cinco días, pero tendría que contestarle, porque, de lo contrario, su madre seguiría llamando hasta que lo hiciera.

June se disculpó y abrió con esfuerzo la puerta pegajosa del bar, saliendo al frescor de la tarde-noche. El aire tenía una frescura que parecía prometer la llegada de la primavera y ella respiró hondo mientras observaba a su alrededor. Se oían risas a través de las ventanas abiertas del pub, donde la gente se divertía, y la calle bullía con vida y energía.

Se armó de valor y pulsó «aceptar». ¿Por qué le resultaba tan agotador hablar con su madre? Pensó en la forma en la que Kimmy y Flick hablaban con las suyas. Le sorprendía ver cómo reían y bromeaban con ellas. Parecían muy unidas, daba la impresión de que siempre les confesaban sus últimas aventuras.

—¿Mamá?

—Hola, June.

El silencio que siguió fue asfixiante, y June sintió que le empezaban a sudar las palmas de las manos. Los segundos se convirtieron casi en un minuto, y su madre seguía sin decir nada.

—¿Qué pasa?

—Solo… quería oír tu voz.

—Ah. —June se ablandó un poco—. ¿Pasa algo? ¿Está papá…?

—Papá está bien.

—¿Y tú?

—Igual que siempre. —La voz de su madre tembló ligeramente al pronunciar la última palabra y June sintió que ese peso tan familiar de la culpa le oprimía el pecho, como si fuera una enorme losa, amenazando con asfixiarla.

—¿Has podido salir esta semana?

—Sí, papá me llevó a comer por ahí el miércoles. Fuimos a ese sitio

que hay al lado de Sainsbury's.

¿Es que acaso iban alguna vez a un sitio diferente?

—¿Y tú qué tal estás? —le preguntó su madre.

—¿Yo? Bien. —Bajó la mirada hacia sus pies y se concentró en una mancha de barro húmedo que había en sus zapatillas.

—¿Alguna novedad?

—La verdad es que no… —June buscó algo interesante que contarle. Pero era complicado. No quería compartir con ella nada demasiado personal, aunque tampoco tenía intención de parecer una persona difícil. Flotaba entre ambas un silencio denso que parecía imposible de romper.

—Vamos a buscar a un nuevo inquilino —soltó finalmente sin pensar.

Se imaginó a su madre resoplando interiormente.

—¿Dónde demonios vais a meterla?

Por supuesto, su madre había dado por hecho que sería una mujer. Jamás contemplaría la posibilidad de que el nuevo inquilino pudiera ser un hombre.

—Vamos a habilitar el sótano para que quede una habitación bonita.

—Ah. ¿Crees que es una buena idea?

June sintió como si algo le aplastara ligeramente el pecho.

—Bueno, sí, creo que sí. La vida está cada vez más cara.

—Espero que lo hayas meditado en condiciones, June. Conoces a las demás desde hace años. ¿De verdad quieres meter a una desconocida en la casa?

—No creo que tengamos mucha elección. Las facturas no dejan de subir.

—Pero tú estás bien, ¿no? Tienes un buen trabajo. Te pagan bien.

—Sí, yo sí. Son las demás…

June era cuidadosa con el dinero. Destinaba el veinticinco por

ciento de su salario directamente a su pensión con el objetivo de poder jubilarse pronto. Eso significaba que no tenía mucho más dinero disponible que el resto de sus compañeras. Por mucho que las quisiera a todas, no cabía esperar que las mantuviera.

—Aseguraos de que la persona que entre tenga buenas referencias.

—Sí, mamá.

—Porque meter alguien nuevo en casa puede cambiar las cosas. Las otras chicas te entienden, saben cómo eres. No es cuestión de remover el avispero.

June apretó los puños. Su madre la hacía parecer un bicho raro.

—Yo le caigo bien a la gente, mamá. Sea quien sea la persona que metamos en casa, estoy segura de que nos llevaremos bien.

Y, con esas palabras, puso fin a la llamada.

CAPÍTULO 4

JUNE

El jueves, ya de noche, June subió por el camino de entrada de la casa pedaleando con suavidad y, cuando llegó a la altura del cobertizo, se bajó de la bicicleta. Las ruedas chirriaron cuando la bici se detuvo. Se quitó el casco y lo colgó en el gancho reservado para ello en el cobertizo. Salió del mismo y lo cerró con llave.

Mientras entraba en la casa, oyó voces en el salón. Cuando llegó hasta allí, todo a su alrededor pareció congelarse. Sus compañeras estaban reunidas alrededor de la mesa de centro, junto con una mujer cuyo aspecto le resultaba familiar. Tenía una melena rubia densa y unos ojos azules bien grandes. Todas dejaron de conversar y se giraron hacia ella. La miraban con una mezcla de esperanza y recelo.

—June, esta es Poppy —dijo Kimmy con un aire de formalidad.

—Poppy Kendrick —detalló Poppy.

June miró a Flick y Tamsin. Estaban sonriendo demasiado para su gusto. Tenía la sensación de que le estaban tendiendo una emboscada. Volvió a mirar a Poppy.

—Yo te conozco —dijo despacio.

Poppy adoptó una mirada divertida; además, se le dibujó una sonrisa relajada en el rostro.

—Poppy trabaja en el Tipsy Toad —dijo Tamsin—. Fui allí a poner nuestro anuncio y me comentó que estaba desesperada por encontrar un sitio en el que vivir.

June asintió, recordando lo incómoda que la había hecho sentir Poppy. Pero aquello solo había sido un malentendido, ¿verdad?

—Quizá deberíamos enseñarle la casa a Poppy, ¿no? —sugirió Flick —. A ver si le gusta.

June dejó la bolsa en el suelo y suspiró. Se recorrió el pelo con los dedos y se giró de nuevo hacia Poppy. Forzó una sonrisa, que esperaba que pareciera cordial.

—Venga, yo te la enseño —se ofreció. Así tendría la oportunidad de hacerle algunas preguntas y averiguar si realmente podría ser la persona idónea con quien compartir la casa—. Vamos a empezar por arriba del todo.

Mientras subían las escaleras inestables de madera que conducían hasta el pequeño desván en el que dormía Tamsin, June comenzó a decirle por encima las normas de la casa.

—Aquí no fumamos. Todas contribuimos con la comida y los gastos. Nos gusta comer juntas siempre que sea posible. Obviamente, hay noches en las que alguna tiene actividades o trabaja. Pero en esta casa tenemos buen rollo. Si tenemos algún problema, lo hablamos.

Llegaron arriba y se detuvieron frente a la puerta de Tamsin, que tenía pintado un gran dragón de formas onduladas.

—Podemos decorar nuestras habitaciones como queramos, siempre que no dañemos nada. Se puede colgar algún póster y al casero no le importa si queremos añadir estanterías o percheros. A él no lo vemos mucho, y es bastante flexible.

June abrió la puerta y entraron en la habitación.

Había un centenar de esmaltes de uñas diferentes alineados en la cómoda, junto con un par de dragones de cerámica. La guitarra de Tamsin estaba colgada en la pared, sobre la cama. Había un dragón grande de peluche sobre la almohada.

—Me da a mí que le encantan los dragones.

June asintió.

—Hay algo en ellos que le atrae mucho. Cree que en su vida anterior fue un dragón.

Poppy giró la cabeza hacia ella.

—Sabe que son animales mitológicos, ¿verdad?

—No creo que lo piense firmemente, de forma literal. Tan solo siente una gran afinidad por ellos, siendo mitad china mitad galesa. Además, es que nació en el año del dragón.

Poppy asintió.

—Vale. ¿Y tú? ¿Qué animal serías si tuvieras que elegir uno?

—No lo sé. Probablemente una abeja.

Poppy se rio.

—¿En serio?

—Sí, ¿por qué no? Tienen una ética del trabajo muy férrea.

—Eso es verdad.

—¿Y tú?

—Yo sería un camaleón. Se adapta con facilidad al entorno y encaja bien en cualquier parte. Ni siquiera notarías mi presencia.

June sonrió y cerró la puerta de Tamsin. Bajó con Poppy hasta la primera planta.

—El baño principal está en esta planta. Hay otro abajo, pero este tiene una bañera.

Echaron un vistazo a la habitación de Flick. Como de costumbre, parecía que la hubiera arrasado un huracán. Había ropa tirada por el suelo por todas partes, en las paredes los pósteres competían con las fotos y el techo estaba cubierto con tapices bohemios muy coloridos.

Poppy arqueó una ceja.

—Parece como si estuviera a medias, ¿no?

—Algo así. Flick puede ser bastante desordenada, pero lo limita a su habitación, así que intento no darle demasiada importancia.

—¿No llevas bien el desorden?

—De hecho, me hace sentir picor en la piel —respondió June—. Suena ridículo, lo sé, pero Tamsin y yo fuimos a un internado muy estricto donde no se toleraba el desorden, hasta las camas debían hacerse con precisión militar. Tamsin ahora ya no es tan estricta, pero yo sigo necesitando cierto orden.

—Te entiendo perfectamente.

La habitación de Kimmy, por el contrario, era bonita y bastante femenina. La ventana estaba cubierta por unas cortinas de color azul claro y el papel pintado tenía un estampado de rosas de un tono rosa muy suave y violetas de color morado. En una de las paredes había una fotografía impresa sobre lienzo en gran formato en la que Kimmy aparecía con un elegante vestido de gala rosa. A su lado, Ralph, luciendo un esmoquin.

—¡Qué foto tan bonita!

—Sí, es de las Navidades de hace dos años —explicó June, contemplando la imagen.

Ella había ayudado a Kimmy a prepararse aquella noche. Se celebraba un baile formal en la empresa en la que trabajaba Ralph. Kimmy solo llevaba unas semanas saliendo con él y estaba nerviosa, porque quería causarle una buena impresión. Tamsin había hecho su magia con la plancha de pelo y la había maquillado, pero Kimmy seguía sintiéndose intranquila por conocer a los compañeros de Ralph. Por ello, June salió corriendo a comprar una botella pequeña de un licor fuerte para beber unos chupitos. A ella no le gustaba mucho el sabor, pero se tomó un par de ellos para acompañar a Kimmy. Funcionó. Un par de chupitos y el ánimo de su compañera cambió de forma notable. No estaba borracha, ni mucho menos, pero, cuando Ralph llegó a casa para recogerla, tenía las mejillas sonrosadas y sus nervios se habían evaporado.

—Hemos estado bailando toda la noche —le dijo a June cuando llegó a casa.

—¿Te lo has pasado bien? —le preguntó, muy contenta.

Kimmy se acercó a ella y le dio un abrazo.

—Ha sido una de las mejores noches de mi vida.

June y Poppy volvieron a la planta baja y June le enseñó primero el baño y después su habitación. Una estantería de un tamaño considerable contenía todos los libros que podían llegar a caber en ella, aunque no era lo bastante grande para abarcar toda su colección, por lo que había tres cajas más amontonadas debajo de su cama. La colcha era de color morado, en contraste con las paredes de color amarillo brillante. Sobre la almohada había una imagen grande enmarcada del Tour de Francia, en la que se veía a los ciclistas pasando a toda velocidad.

Poppy se fue directa hacia la vasija azul y amarilla que había sobre el tocador. La cogió y la sostuvo entre las manos.

—He visto que hay muchas por toda la casa.

—Las hago yo —dijo June, con muchas ganas de que Poppy volviera a poner esa en su sitio.

—Guau, vaya talento que tienes.

—Qué va, si soy una principiante.

Sin soltar la vasija, Poppy se acercó hasta la ventana para mirar hacia el exterior.

—Parece un sitio muy tranquilo, sobre todo teniendo en cuenta lo cerca que estáis de la zona comercial.

—Sí, la ubicación es maravillosa. Al ser una calle sin salida, no hay mucho tráfico, pero tenemos todo a tiro de piedra. Doy por hecho que conoces la zona, ¿verdad?

—Sí, llevo unos cuatro años viviendo aquí.

—¿Y has estado trabajando todo ese tiempo en el pub?

—Sí. Antes estuve estudiando una carrera, pero la cosa no salió muy bien. Entonces empecé a trabajar gestionando el pub y resulta que no se me da mal. Es algo más que un trabajo. Es como ser

terapeuta, ¿sabes? La gente se abre contigo y te cuenta toda su vida. Aprendes mucho sobre la naturaleza humana, lo bueno, lo malo y lo francamente extraño.

June asintió. Tamsin le había contado algo parecido sobre su profesión de manicurista.

—Espero que no te importe que te pregunte. ¿Qué ha pasado con el piso en el que has vivido hasta ahora?

Poppy hizo una mueca.

—El casero. Eso es lo que ha pasado. Es un poco… tú sabes… no termina de inspirar ninguna confianza.

June asintió y, de repente, empatizó con ella. Nadie debería tener que aguantar a un casero así. Tu casa debe ser tu santuario. Nadie debería tener que verse obligado a renunciar a eso.

—Bueno —dijo, incorporándose con esfuerzo—. He dejado lo mejor para el final. Vamos a ver tu habitación.

Jun observó cómo Poppy volvía a dejar la vasija sobre el tocador; luego, la condujo hasta el sótano. Allí olía a vainilla, gracias al ambientador eléctrico que había puesto. Echó un vistazo para ver si quedaba alguna araña, pero no encontró ni rastro de ellas. El espacio resultaba cálido y acogedor.

—¡Me encanta! —exclamó Poppy con mucho más entusiasmo del que June había esperado.

Poppy contempló las paredes recién pintadas, la cama bien hecha, la alfombra y las cortinas.

—Es bastante espaciosa, ¿verdad? —exclamó, dirigiéndose hasta la ventana. Las vistas no eran nada del otro mundo. Flick había podado el seto, pero prácticamente lo único que se veía era el muro del jardín, al margen de los cubos de basura. June los habría movido un poco de haber sabido que iba a enseñarle la habitación a alguien.

Sin embargo, a Poppy no parecía importarle. Dio media vuelta y observó el armario y la mesita de noche.

—Es el doble de grande que mi habitación actual. Tuve que guardar la mitad de mis cosas en un trastero.

—¡Uf, qué dolor! —exclamó June, recordando todas las cajas de libros que tenía debajo de la cama. No soportaría tener que separarse de ellas. Le dio a Poppy unos minutos más para que examinara el radiador y las lámparas. Por un momento, viendo la forma en la que se desplazaba por la habitación, pensó que iba a sacar un metro para ponerse a medir.

—Bueno. ¿Estás lista ya para ver la cocina?

Ambas subieron por las engorrosas escaleras de madera. June esperaba que Poppy no se diera cuenta de cómo crujían los peldaños a cada paso que daban.

La cocina no era tan grande ni tan impresionante como a June le gustaría que fuera, pero Poppy no pareció fijarse en lo viejo que era el frigorífico ni en lo manchado que estaba el suelo. En cambio, sí que advirtió el jarrón con narcisos de colores llamativos que Tamsin había comprado esa misma semana. Los capullos estaban cerrados cuando los trajo a casa, pero ahora ya se habían abierto las flores.

Mientras June le explicaba cómo funcionaba el horno, Poppy curioseaba, mirando dentro de los armarios, como si estuviera haciendo inventario.

—¿Te gusta cocinar? —le preguntó June, esperanzada.

—Por supuesto. La comida mexicana es mi especialidad.

June sonrió.

—Fantástico. Me encantaría probar algún plato tuyo.

—Claro. Mis tamales están para morirse de buenos.

Poppy soltó las puertas de uno de los armaritos, y estas se cerraron con un golpe seco.

—¿Te gustaría ver alguna otra cosa? —preguntó June.

Poppy negó con la cabeza.

—No, gracias, creo que ya he visto todo lo necesario.

Ambas volvieron al salón, donde las demás estaban viendo la televisión.

—Bueno, ¿qué te parece? —le preguntó Kimmy, que se giró cuando las vio llegar.

—Es perfecto —respondió Poppy.

—¿Le has enseñado el jardín? —preguntó Tamsin.

June movió la cabeza de lado a lado en señal de negación. No era gran cosa, solo un trozo de césped y el cobertizo para las bicicletas.

—Yo te lo enseño —dijo Tamsin, calzándose las chanclas.

June se dispuso a seguirlas, pero Kimmy la agarró del brazo.

—Lo siento, no era mi intención que te la encontraras de golpe. Pero Poppy parece la persona ideal. Tiene un trabajo estable, buenas referencias y todas hemos hablado con ella alguna vez en el pub. Y, además, ya sabes lo que dicen: más vale malo conocido que bueno por conocer.

June asintió. Aunque tampoco importaba mucho lo que ella pensara. Necesitaban urgentemente un nuevo inquilino, y parecía que Poppy cumplía con todos los requisitos y encajaba a la perfección.

CAPÍTULO 5

JUNE

Poppy se mudó el viernes siguiente, justo cuando June estaba terminándose un sándwich de jamón york, arándanos y queso brie. Se limpió las manos con una servilleta y fue a la puerta para recibir a la nueva inquilina. La furgoneta que traía sus cosas estaba mal aparcada justo enfrente de la casa, y el conductor se estaba impacientando ya porque empezaran a descargar. June cogió una caja grande y bajó con cuidado por las escaleras mal iluminadas hasta el sótano. Luego, volvió a por otra. Había subido y bajado por lo menos diez veces cuando Flick salió para ayudar a descargar la furgoneta. June, que necesitaba un respiro, se quedó en el sótano, amontonando las cajas y reorganizando los muebles para que todo cupiera bien. Flick y Poppy bajaron las escaleras cargando entre las dos un colchón ergonómico que tenía pinta de pesar bastante y volvieron a subir a por más cosas. Mientras ellas estaban arriba, June movió el colchón hacia un rincón, para que no estorbara. Regresaron con tres maletas, un osito de peluche enorme y un mueble con cajones.

—Madre mía ¿dónde vas a meter todo esto? —preguntó Flick, mirando a su alrededor.

—Encontraré espacio para todo —le aseguró Poppy, limpiándose un poco las manos en los vaqueros—. Gracias por vuestra ayuda.

—No hay de qué.

Flick volvió a subir las escaleras, casi por inercia. June tuvo la

tentación de irse también. Tenía pensado ir a la biblioteca, pero le sabía mal dejar sola a Poppy con tanto trabajo por delante. Contemplar aquel desorden le provocaba un rechazo visceral.

—¿Quieres que te ayude a sacar las cosas? —le preguntó.

—Sería maravilloso —dijo Poppy—. ¡Muchísimas gracias!

June cogió unas tijeras y abrió una de las cajas. Contenía zapatos. La siguiente, también. Y la tercera. ¿Cuántos zapatos necesitaba?

Poppy abrió una de las maletas y empezó a sacar y guardar ropa.

—¿Cuánto tiempo me dijiste que lleváis viviendo en esta casa? —le preguntó a June mientras doblaba una camiseta.

—Unos cinco años —respondió June, alisando un trozo arrugado de papel para embalar—. Flick es de aquí, de Londres, pero las demás nos mudamos a esta ciudad cuando terminamos la universidad.

—¿Os conocíais todas de antes?

—Más o menos. Tamsin era mi compañera de habitación en el internado, y Kimmy era mi vecina cuando éramos niñas. Cuando Kimmy llegó a Londres, empezó a trabajar junto a Flick en los típicos autobuses turísticos, ya sabes, esos que tienen la parte superior descubierta. Kimmy era conductora y Flick, guía turística. Ahora, Kimmy es gerente de una tienda, pero Flick sigue trabajando de guía. Puede hacerte un tour gratis si te interesa. Conoce mil historias extrañas sobre Londres.

—Puede que sea divertido —dijo Poppy, en un tono que sugería de forma evidente que no se lo parecía—. Bueno, pues entonces sois amigas desde hace tiempo. Es un verdadero honor que me permitáis formar parte de vuestro grupo.

¿Se lo estaban permitiendo de verdad? A June le pareció un poco presuntuoso escuchar aquello.

—¿Qué estudiaste en la universidad? —preguntó Poppy.

—Literatura inglesa. Me encanta leer, así que era una elección obvia. No me preguntes cómo terminé trabajando de contable. ¿Y

tú? ¿Cómo has acabado aquí?

—Estuve viajando un tiempo, y luego me mudé a Londres y compartí habitación con mi hermana. La casa estaba bien, pero sus compañeros de piso se pusieron un poco quisquillosos porque me instalara allí, así que tuve que irme.

June hizo una pausa con la mano suspendida en el aire, a punto de tocar la siguiente caja.

—¿No me dijiste que habías tenido problemas con tu casero?

—Sí, pero eso fue en mi última casa. He tenido que mudarme siete veces en el último año. ¿Te lo puedes creer?

A June se le hizo un nudo en la garganta. Siete veces le parecía algo exagerado.

—Es difícil encontrar una vivienda económica en Londres —dijo para tratar de ocultar su incomodidad—. Nosotras hemos tenido mucha suerte con esta casa.

Poppy asintió. Después, recorrió la habitación con la mirada, sin detenerse en nada específicamente.

—Sí, creo que aquí me voy a sentir como en casa. Todas parecéis estar muy a gusto aquí y la ubicación es ideal para mi trabajo. De hecho, ya me siento como en casa.

June la miró y luego se dio la vuelta para colgar algunas prendas en el armario. Se preguntó en aquel instante si realmente Poppy se llegaría a convertir en una más del grupo o si permanecería siempre como una extraña, una simple desconocida que vivía con ellas. Mientras buscaba una percha, se quedó mirando la figura delicada y menuda de su nueva compañera, que de alguna forma le parecía demasiado frágil para aquella casa tan grande. Lo que Poppy no sabía era que ella consideraba a sus compañeras parte de su familia. Las sentía como tal, mucho más que a familiares reales de sangre. Había un vínculo muy especial entre ellas, que se había ido forjando a lo largo de años de convivencia y de conocer las peculiaridades de

cada una. Era algo que Poppy aún no podía comprender.

Porque ella no sabía que Tamsin era mucho más sensible de lo que parecía y que nunca había llegado a superar que la enviaran a un internado sin estar preparada para ello.

Y también desconocía que, aunque Flick hablara sin parar, sus historias exageradas y su humor excesivo no eran más que una forma de evadir el vacío que sentía desde que su pareja de toda la vida, Dev, la dejó para explorar el mundo. Era muy divertido tener a Flick cerca, pero, cuando las risas se apagaban y las conversaciones se desvanecían, el dolor seguía siendo visible en sus suaves ojos marrones.

En cuanto a Kimmy, June y ella habían crecido viviendo puerta con puerta y prácticamente no se habían separado un solo día hasta la semana siguiente a la del décimo cumpleaños de June, cuando sus padres anunciaron que la iban a mandar a un internado.

Tras recibir la noticia, se fue directamente a la casa de Kimmy, pero al parecer el resto de la calle ya lo sabía. Recordaba cómo su amiga le abrió la puerta llorando a lágrima viva y la arrastró escaleras arriba hasta el cuarto de baño.

—Cierra la puerta —le ordenó.

June echó el pestillo y ambas se sentaron en el borde de la bañera, de color melocotón.

Se quedó observando a Kimmy, que lloraba en silencio e hizo una bola con un pañuelo, dejándolo caer sobre las frías baldosas del baño. Las lágrimas se derramaban entre sus dedos. Era un río de tristeza, y June sabía que ella misma había sido la causante. De hecho, el sentimiento de culpa le oprimía el pecho. Buscó en su interior. Abrió y cerró varias veces la boca, intentando encontrar las palabras adecuadas para consolar a su mejor amiga.

—Necesito que hagas algo por mí —le dijo finalmente.

—Lo que sea.

Cogió una de las cuchillas de afeitar desechables de la madre de Kimmy y le quitó la tapa protectora. Kimmy abrió la boca para protestar, pero las palabras se convirtieron en un suspiro silencioso. June sentía que el corazón le latía con fuerza en el pecho. Una mezcla de miedo y emoción recorría sus venas mientras presionaba suavemente la cuchilla contra la piel de su brazo izquierdo. Un dolor punzante la hizo estremecerse, pero logró hacer un corte superficial en forma de «K». Ambas observaron cómo aparecían gotas diminutas de sangre de un rojo muy intenso en la herida. Le hizo un gesto a Kimmy para que se acercara y le entregó la cuchilla. Con manos temblorosas, Kimmy imitó la operación en su propio brazo, dibujando en este caso la letra «J». Las dos niñas mantuvieron sus brazos sangrantes juntos. Fijaron sus ojos en las muñecas mientras las líneas rojas de ambos brazos se unían, difuminándose hasta que los dos ríos idénticos se fundieron en uno solo. Se instaló así entre ellas un vínculo silencioso, más poderoso que lo que cualquier palabra pudiera llegar a expresar jamás.

***

Un fuerte estruendo sacó a June de su ensimismamiento. Se giró y vio a Poppy rodeada de esquirlas de cristal.

—¡¿Qué ha pasado?! —exclamó, dando un paso atrás.

—No lo sé. Se ha roto el espejo, ¡y casi ni lo he mirado!

June se quedó contemplando el espejo de cuerpo entero que ella misma había colocado en una esquina. Era una preciosa antigüedad que había comprado en una tienda de muebles de segunda mano.

—Qué pena —dijo, mirando todos los fragmentos de cristal—. No pasa nada. Espera aquí, voy a coger el cepillo y el recogedor.

Mientras subía las escaleras, le pareció oír a Poppy reírse disimuladamente. Miró hacia atrás, pero la nueva inquilina tenía la cabeza agachada, pues estaba recogiendo los trozos de cristal más

grandes.

No, no podía haberse reído. Si ese espejo era para ella.

—Tráeme también alguna tirita —le pidió Poppy—. Creo que me he cortado.

—¡Qué mala suerte! —respondió June desde lejos. Eso era lo que se decía de los espejos rotos, ¿no? Siete años de mala suerte.

CAPÍTULO 6

JUNE

June extendió una manta azul y blanca descolorida sobre la hierba húmeda. Sus compañeras se acomodaron sobre ella y todas se lanzaron a explorar la cesta de mimbre repleta de cosas ricas para el pícnic. Ella había cortado verduras crudas en trozos pequeños, perfectos para mojar en el cremoso humus. Había aceitunas saladas sin hueso y panes de pita calientes, recién salidos del horno. También se podían encontrar racimos de uvas rojas y verdes, taquitos de queso feta y tomates cherry.

Tamsin colocó la guitarra en su regazo y comenzó a juguetear con las cuerdas, deslizando los dedos por el mástil. Comenzaron a surgir los acordes de una canción. Sostenía el instrumento con fuerza, como quien se aferra a un salvavidas. Había pertenecido a su padre y, cada vez que la cogía, June sabía que estaba pensando en él.

Flick abrió una cantimplora y le sirvió una taza de vino aromatizado con canela a cada una. El vapor se condensó en el aire. El vino le entró a June sin esfuerzo y la calentó por dentro. Sonrió satisfecha. Le encantaba ir a pasar un rato al parque, rodeada de una zona muy amplia cubierta de césped que estaba salpicada de bancos y árboles.

—¿Quién quiere jugar al frisbee? —preguntó Kimmy.

Flick se incorporó de un salto y las dos comenzaron a lanzarse un disco de plástico rosa.

Soplaba una brisa suave que transportaba el aroma de los narcisos y la tierra húmeda. Las mejillas de June se tiñeron de un suave color

rosado cuando se recostó, utilizando su bolso como almohada. Poppy se tumbó a su lado, con la punta de la nariz colorada a causa del frío. Habló en voz baja, como si estuviera confabulando.

—Bueno, cuéntame, ¿qué tengo que saber sobre mis nuevas compañeras?

June lo pensó un poco.

—Un dato curioso sobre Flick: se niega a ponerse gafas aunque ve fatal.

—Entonces, ¿usa lentillas?

—La mayoría del tiempo. Pero le molestan, así que a veces se las quita. Si alguna vez la ves buscando algo a tientas por toda la casa, ya sabes por qué.

—¿Y qué me dices de Tamsin?

June miró a Tamsin, que tenía los ojos cerrados y estaba completamente absorta en su música.

—Siempre llega tarde. Si quieres salir de casa a las ocho, tienes que decirle que vais a salir a menos cuarto.

Poppy asintió.

—Lo tendré en cuenta. ¿Y Kimmy?

June se inclinó hacia Poppy.

—Kimmy está muy enamorada. La he oído cantar en la ducha esta mañana.

—¿Y tú? ¿Estás saliendo con alguien?

—¿Yo? Ni de coña. Me gusta mi vida tal y como es ahora mismo. Soy feliz soltera y me encanta mi trabajo.

Poppy sonrió.

—¿No me dijiste que eras contable?

—Sí, y me encanta.

Poppy se apoyó en los codos y le dio un trago largo a su vino.

—Da la impresión de que lo tienes todo controlado.

Kimmy y Flick se dejaron caer sobre la manta, descansando un

poco de su juego.

—Bueno, Poppy, ¿estás saliendo con alguien? —preguntó Kimmy.

—Solo atraigo a hombres horribles —respondió, acercándose a Flick para mojar el pan en el humus—. De verdad, unos especímenes patéticos y tristes.

Todas la miraron con interés.

—Hubo una vez un tipo que solía venir al pub. Me gustaba bastante. Era un poco más joven que yo, pero no me importaba. Me invitó a cenar. Me dijo que nos viéramos en un restaurante libanés…

—Ah, ¿el que está en la esquina de George Road? —preguntó June —. Fui allí una vez. Comí jarrete de cordero estofado con granadas.

—Sí, ese. Bueno, pues llegué al restaurante muy arreglada, con un vestido precioso y en tacones. ¡Y el chico llegó con su madre! Me dijo que valoraba mucho su opinión.

Flick echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¡Dios mío! Eso es un «no» como una casa.

—No quise ser maleducada, así que aguanté como pude y me quedé a comer. Ya había decidido que no iba a volver a quedar con él, pero me comporté de la mejor forma posible. Pues bueno, al final de la cena, el chico me dijo que su madre pensaba que yo era «demasiado simple». ¿Qué se esperaba? Nos habíamos conocido en un pub.

Todas se rieron.

—Qué fuerte —dijo June.

—¡En fin! Aquí estoy ahora, joven, soltera y sin ataduras.

—Como la mayoría de nosotras —dijo Flick.

Kimmy extendió el brazo y rozó con los dedos la piel verde y suave de las uvas. Arrancó unas cuantas del racimo y se las fue llevando a la boca una a una.

—Yo también tuve mi ración de citas terribles antes de conocer a Ralph —dijo, frunciendo el ceño mientras masticaba.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó Poppy.

Kimmy sonrió.

—Una mañana, antes de ir al trabajo, salí a correr justo por aquí, por el parque, y vi lo que me pareció un cuerpo tendido sobre la hierba. Al acercarme, vi que era un chico guapísimo. Tenía un pelo rubio perfecto y pestañas largas. La bella durmiente, pero en versión masculina. Por la forma en que estaba tumbado, no sabía bien si se estaba echando una siesta o si le había pasado algo, así que lo empujé ligeramente con los dedos de los pies, pero no respondió.

—¿Qué le pasaba?

—Resulta que duerme muy profundamente. La noche anterior había estado de juerga y llevaba puestos unos auriculares. Tuvo suerte de que no llamara a una ambulancia. En fin, lo zarandeé un poco, y por suerte se despertó. Cuando le expliqué que creía que estaba muerto, se echó a reír. Le pareció muy gracioso. Yo me enfadé un poco al ver su reacción, porque me había preocupado de verdad. Para compensarme por el susto que me había dado, me invitó a desayunar. Yo no tenía demasiado tiempo, estaba sudada de haber estado corriendo y tenía que ducharme antes de ir al trabajo, pero, cuando la vida te pone por delante a un bombón de metro ochenta, ¡no le puedes decir que no!

—Ojalá me pusiera a mí la vida por delante a unos cuantos bombones de esos —dijo Poppy, sonriendo.

—Estuvimos contemplando la posibilidad de buscar un chico para tu habitación —admitió Flick—, pero al final pensamos que todo podría complicarse.

—Sí, podría pasar. Bueno, por suerte para mí, no lo hicisteis.

—¿Qué te pasó en el último sitio en el que viviste? —preguntó Tamsin—. Nos dijiste que habías tenido problemas con el casero, ¿no?

—Sí, el tío era una pesadilla. No paraba de pedirme que bajara el

volumen de la televisión, incluso cuando no estaba viendo nada. No le gustaba el ruido que hacía al caminar, ni que invitara a gente a casa. Me dijo que tenía un diario en el que iba registrando todas mis idas y venidas. Empecé a sentirme como si estuviera encerrada en una prisión viviendo bajo su techo. Tuve que mudarme por una cuestión de salud mental.

Poppy cogió un ranúnculo y le fue quitando los pétalos uno a uno.

—Bueno, nosotras somos bastante normales —dijo Kimmy.

—Tú habla por ti —se burló Flick.

Kimmy la ignoró.

—Llevamos cinco años viviendo bajo el mismo techo y todavía no nos hemos matado. Creo que está bastante bien.

—¿Queda más vino? —preguntó Tamsin—. Tengo frío.

Flick sacó la cantimplora y sirvió las últimas gotas de vino en la taza de su compañera. Tamsin bebió y empezaron a recoger todo lo que habían llevado. Ya era de noche y la luna brillaba en el cielo.

—De repente, está todo muy silencioso —comentó June, mirando a su alrededor—. ¿Solo quedamos nosotras en el parque?

—En Londres nunca llegas a estar solo del todo —dijo Poppy.

—No, está claro que no.

Sus voces se podían oír con nitidez en medio de la noche fresca; resonaban entre los árboles que las rodeaban mientras comenzaban a dejar atrás la pradera.

June echó un rápido vistazo hacia atrás. No se imaginaba caminando sola por allí de noche. El sendero estaba sumido en un silencio sobrecogedor y la oscuridad parecía engullirlo todo a su alrededor. Continúo caminando cada vez más rápido, pasando bajo las farolas que iluminaban sus rostros con un resplandor anaranjado. Entonces se dio cuenta de que Tamsin se iba desviando hacia el borde de la acera. La agarró del brazo y la alejó un poco de la carretera.

—¡No sabes beber! ¡Te mareas enseguida! —le dijo en tono de broma.

—No, no me pasa nada, estoy bien.

—Entonces, ¿por qué ibas andando justo al lado de la carretera?

—En serio, estaba bien.

—Algunos coches estaban pasándote muy cerca. Más vale prevenir que curar.

Tamsin se encogió de hombros y agarró con más fuerza la funda de la guitarra. Siguieron caminando en silencio.

***

Más tarde, esa misma noche, June iba caminando de puntillas por el pasillo de la planta baja de la casa, tratando de no pisar ninguna tabla del suelo que crujiera. Echó un vistazo hacia la habitación de Tamsin, en el desván, donde se veía una luz cálida bajo el marco de la puerta. Escuchó la música que provenía de allí, suave y casi imperceptible. El resto de la casa estaba a oscuras cuando entró en el cuarto de baño. Terminó de usarlo muy rápido, una vez se hubo lavado las manos con una película fina de jabón espumoso. Suspiró agotada al mirarse en el espejo. Su pelo castaño claro caía lacio y apagado, y sus pestañas estaban tan claras que eran casi invisibles.

Abrió la puerta del baño, dispuesta a salir al pasillo, pero se encontró cara a cara con Poppy. Retrocedió dando un traspié.

—¡Oh! Lo siento, no te había visto.

Poppy apartó la mirada.

—No pasa nada.

—Bueno, buenas noches —dijo June, apartándose para dejarla pasar.

June volvió a su dormitorio, pero, al abrir la puerta, una sensación desconcertante comenzó a apoderarse de ella. Miró hacia atrás y vio que Poppy seguía clavada en el mismo sitio, mirándola. Y no había

dejado de hacerlo cuando desapareció en el interior de su habitación.

CAPÍTULO 7

JUNE

La luz del sol comenzó a filtrarse por las persianas de June el sábado por la mañana, y ella se incorporó de la cama de un salto, con ganas de aprovechar el día al máximo. Se enfundó unos vaqueros y una camiseta, se recogió el pelo en una coleta impecable y salió de la habitación sin hacer ruido.

Cuando llegó al salón, se detuvo sorprendida. Poppy estaba acurrucada en el sofá, echa un ovillo con las rodillas contra el pecho, sosteniendo entre sus manos una taza grande de café, aún humeante. Tenía unas ojeras que le ensombrecían la piel bajo los ojos.

—Te has levantado temprano —dijo June.

El resto de las chicas seguían durmiendo. Ninguna de ellas se levantaba temprano si no era necesario.

—No, qué va. —Poppy se rio por lo bajini—. Todavía no me he acostado.

—Ah, ¿no?

A June le pareció raro. No podía entender por qué habría decidido quedarse despierta toda la noche.

—¿Tú qué haces ya levantada? —le preguntó Poppy.

—Voy a ir al mercado. Venden embutidos, quesos, panes artesanales… ese tipo de cosas.

—Me gusta cómo suena. ¿Te importa que vaya contigo?

—Claro que no —respondió June con una sonrisa.

Normalmente iba en bicicleta al mercado, pero, como Poppy no tenía una, decidió ir andando. Mientras caminaban por la calle, disminuyó el ritmo para adaptarse a los pasos más cortos de su nueva compañera. A June le encantaba ir al mercado. Era uno de sus pequeños rituales.

—¿Sabes?, ha sido muy agradable ver cómo me habéis acogido todas —dijo Poppy—. Me siento muy afortunada. Algunas casas compartidas son un auténtico infierno. En casa de mi hermana, por ejemplo, todos se pelean por el papel higiénico. Ella tiene que guardarlo en su habitación porque, como lo deje en el baño, alguien se lo roba.

—¡Qué ridiculez!

—Sí, ¿verdad? Es genial encontrar una casa donde la gente se cae bien. Vosotras no sois meras desconocidas que comparten vivienda. Sois amigas de verdad.

—A ver, también tenemos nuestros momentos —dijo June con sinceridad—. El año pasado hubo un día que perdimos el mando a distancia. Todas estuvimos a la gresca durante un par de semanas. Tuvimos que comprar uno nuevo y luego el antiguo terminó apareciendo por casualidad en la panera. Nadie admitió haberlo puesto ahí. Supongo que alguna lo hizo después de una noche de fiesta.

—¡Qué cosas! —dijo Poppy, divertida.

Ambas llegaron a una esquina y se detuvieron antes de cruzar la calle, absorbiendo todo lo que encontraron en ella: el olor a café caliente que salía de las cafeterías, el murmullo de las conversaciones entre desconocidos y los tonos pastel suaves de la papelería de Kimmy, The Paper Pantry. June se la señaló a Poppy.

—¡Qué bonita! ¿Es ella la propietaria?

—No, la gestiona para otra persona. Conseguir este trabajo la hizo muy feliz. La mayor parte del tiempo está sola, así que a nadie le

importa si cierra temprano o se toma un descanso largo para comer.

Poppy arqueó una ceja.

—¡Qué suerte tienen algunas! También es ella la que tiene un novio que está buenísimo, ¿no?

—Sí, la verdad es que las cosas le van muy bien.

—A ver si se me pega algo. Ya va siendo hora de que tenga un poco de buena suerte. —Poppy miró su teléfono—. Parece que tengo que trabajar esta noche. ¿Y tú? ¿Tienes planes para el fin de semana?

—Tengo un libro que leer —dijo June con una sonrisa—. Pero también quiero ver la nueva película *de Misión Imposible*. Vi el tráiler y tiene muy buena pinta. Podríamos ir todas juntas, ¿no?

—Me parece buena idea.

Continuaron caminando hasta llegar al mercado, donde el aire estaba impregnado del aroma apetitoso de la comida recién hecha. Deambularon entre los puestos, maravilladas ante la gran variedad de productos que había. El primer puesto era el de las especias, donde June se dio el lujo de comprar un bote de azafrán.

—Esto es una joya —le dijo a Poppy—. Es caro, pero si le echas un poco al arroz, queda delicioso.

Poppy se detuvo frente a un puesto que vendía galletas caseras y probó algunas de ellas mientras June degustaba diferentes tipos de queso.

—Por eso no hay que ir a comprar con el estómago vacío —dijo Poppy cuando comenzaron a andar de nuevo.

Como June era la responsable del presupuesto para la comida, solía ser bastante comedida. Tenía la esperanza de haber encontrado un alma gemela en Poppy, que parecía estar igual de interesada que ella en los productos frescos. June compró dos panes diferentes, un tarro de aceitunas, unos melocotones frescos y una selección de sus pastas favoritas. Poppy eligió unas salchichas ahumadas y dos

botellas de vino tinto. Aún siguieron andando por el mercado un poco más, echando un vistazo a otros puestos.

A Poppy se le iluminaron los ojos al ver a un vendedor estirar un trozo de masa hasta convertirlo en tiras finas y brillantes.

—¿Podemos comprar un poco de esa pasta fresca? —preguntó.

June sonrió.

—Mejor compramos un par de paquetes para que haya suficiente para las cinco.

También se hicieron con dos botes de salsa; era cara, pero a June no le importó por esa vez.

El olor de los gofres recién hechos era demasiado tentador como para pasar de largo, así que se detuvieron y se compraron uno cada una. Regresaron a casa sin prisas, masticando mientras caminaban. El aroma dulce del sirope de arce flotaba en el aire.

—¿Sabes?, eres completamente diferente a lo que me esperaba —dijo Poppy, deteniéndose para tirar el envoltorio del gofre a una papelera.

—¿Por qué, qué te esperabas?

—No lo sé. Las otras me dijeron que eras…

—¿Que era qué?

—Me dijeron que eras estupenda.

Empezaron a caminar de nuevo y June puso cara de no entender nada.

—Cuéntame la verdad, ¿qué te dijeron?

Poppy se detuvo y giró la cabeza para mirarla.

—Me dijeron que vas por libre, o algo por el estilo.

—¿Quién dijo eso?

Poppy se frotó las palmas de las manos y miró hacia el suelo.

—Da igual, ¿no? Haz como si no te hubiera contado nada. No quiero crear problemas.

Caminaron hacia casa en silencio. June se sentía un poco

perturbada. Se preguntaba quién habría dicho eso sobre ella, y por qué.

Cuando llegaron, atravesaron la entradilla y dejaron todas las bolsas sobre la mesa de la cocina.

Poppy bostezó de forma exagerada.

—Me está llamando la cama. ¿Te importa guardar tú la compra?

—Sí, no te preocupes.

A June no le importaba en absoluto. Le encantaba mirar toda la comida que habían comprado e ir guardándola en los diferentes armarios. Colocó el vino en el botellero y metió los embutidos y los quesos en la nevera. Luego puso la fruta en una fuente de cristal y sacó el pan y las pastas para que sus compañeras lo pudieran ver todo cuando se despertaran.

Cuando lo recogió todo, se fue a su habitación, se quitó las zapatillas y se tumbó en la cama para leer. Se cubrió los hombros con una colcha vieja y cogió el libro de la mesita de noche. Pasó una hora volando, pues estaba absorta en la historia. Cuando llegó a la última página, soltó un suspiro de satisfacción.

—¡Buenísimo!

Contempló el libro con fascinación. Era una pena que ninguna de sus compañeras fuera una lectora ávida. No tenía a nadie con quien compartir su pasión. Miró la contraportada para buscar los otros títulos de la serie. Quizá tuvieran el siguiente en la biblioteca.

Salió de su habitación. Las demás empezaban a dar señales de vida. Kimmy estaba en la mesa de la cocina, frotándose los ojos mientras se llevaba una cucharada de cereales a la boca, mientras que Flick estaba tirada en el sofá con una taza de café con leche entre las manos. June las saludó con la mano y salió a buscar su bicicleta.

Con gran satisfacción, descubrió que la biblioteca tenía tres libros más de la serie. Los abrazó contra su pecho y se acercó a la parte

de las novedades para echar un vistazo. Sin saber bien cómo, terminó con un buen montón de libros en su poder. Esperaba poder meterlos todos en las alforjas de su bicicleta.

Al salir de la biblioteca, el sol le calentaba la piel y una brisa suave le acariciaba las mejillas. Vio a Ralph, que había salido a correr y se aproximaba a ella. Tenía las zapatillas rozadas y desgastadas por los bordes, pero los calcetines eran blancos e impolutos; parecían sacados de un anuncio de detergente. Le hizo un pequeño gesto con la mano y continuó corriendo. Ella se subió a la bicicleta y disfrutó del paseo. El tráfico del fin de semana parecía menos denso que el de los días laborables; la gente era menos impaciente. No había coches en la zona cuando giró hacia su calle, pero hizo una señal con el brazo de todos modos para señalizar el giro. Redujo la velocidad y se bajó de la bicicleta.

Cuando entró en la casa, la encontró en silencio.

—¡Hola! —gritó—. ¿Hay alguien en casa?

No obtuvo respuesta.

Olía al perfume de Kimmy. Encontró varias tazas de café sobre la mesa y platos sucios en el fregadero. Pero no había nadie.

Entonces vio una nota escrita en un pósit rosa sobre la nevera: *«Hemos ido a ver la nueva película de Misión Imposible. Volvemos pronto. Kimmy, Flick, Tamsin y Poppy. Besos».*

Apretó los puños con tanta fuerza que se le pusieron blancos los nudillos. Ir a ver esa película había sido idea suya. Recordaba perfectamente habérselo dicho a Poppy. No podía creer que hubieran ido al cine sin ella.

¿Por qué no la habían llamado? ¿Por qué no habían acordado un día para ir a verla? Miró su teléfono, pero no tenía llamadas perdidas ni mensajes, nada. Arrugó la nota con rabia, la tiró a la basura y salió cabreadísima de la cocina.

Se sentó en el sofá y se puso a hojear uno de sus libros nuevos,

pero no era capaz de concentrarse. La última vez que había ido al cine, los anuncios habían durado una eternidad y luego habían puesto algún tráiler que otro. Quizá aún podía llegar a tiempo.

Cogió el teléfono y consultó los horarios de las películas. Se llevó un sofocón. La película ya había empezado y, aunque saliera de casa de inmediato, se iba a perder los primeros veinte minutos.

Era indignante. ¿Por qué nadie le había mandado un mensaje? Ella había ido al centro. Podría haberse reunido con las demás allí.

Un poco más tarde, sus compañeras llegaron a casa, riendo y hablando de forma ruidosa. Flick y Poppy llevaban envases de comida para llevar. Debían haber ido a por hamburguesas después del cine.

June se levantó, queriendo que se notara que estaba muy enfadada. Con cierta rabia, vio cómo Kimmy pasaba junto a ella sin siquiera mirarla, con el teléfono pegado a la oreja mientras se disponía a subir las escaleras. Las demás se dirigieron directamente a la cocina. June las siguió y se plantó junto a la puerta, con gesto de enfado, hasta que por fin Flick advirtió su presencia.

—¿Qué mosca te ha picado?

—¡Habéis ido al cine sin mí! —protestó—. Yo también quería ver esa película.

—Lo siento, no pensé que fuera de tu estilo.

—Le dije a Poppy esta mañana que quería verla.

Poppy movió la cabeza de lado a lado.

—¿En serio? No lo recuerdo.

June se puso una mano en la cadera.

—Te lo dije de camino al mercado. ¿Cómo es posible que no te acuerdes?

Poppy le dedicó una media sonrisa.

—Después de eso estuve durmiendo. Siempre estoy un poco aturdida cuando me levanto. Luego Kimmy mencionó la posibilidad

de ver la peli y todas quisieron ir. Te lo habríamos dicho, pero no estabas en casa.

—Podíais haberme llamado.

—No me pareció importante, y, además, teníamos prisa. Cuando miramos los horarios, nos dimos cuenta de que teníamos que correr para llegar a tiempo al cine.

Tamsin la rodeó con un brazo, pero June se apartó. No le gustaba que la trataran con condescendencia, como a una niña tonta.

—Olvidadlo.

Encendió el hervidor y la resistencia se puso roja. Pero, mientras buscaba su taza favorita en el armario, Poppy no paraba de hablar de la película. Intentó ignorarla, pero era imposible. Cuando comenzó a salir vapor del hervidor, algo dentro de ella se resquebrajó.

—Por el amor de Dios, ¡que yo todavía no la he visto!

—¡Ay, lo siento, cuidado por si hay algún spoiler! —dijo Poppy.

June la miró a la cara, pero no la conocía lo suficiente como para saber si se lo estaba diciendo con intención de provocarla.

Se dio la vuelta y se sirvió el té. Poppy se quedó de pie observándola mientras sacaba la bolsita de té de la taza y la tiraba a la basura con un movimiento brusco de la mano.

—Hay otra sesión a las siete —dijo Poppy—. Podrías ir a esa hora.

El tono de su voz hizo que a June le recorriera un escalofrío.

¿Eran cosas suyas o Poppy se estaba regodeando?

June se fue a su habitación y estuvo leyendo un rato hasta que se le pasó un poco el enfado. Quizá estaba exagerando. Claro que Poppy no la había excluido a propósito. ¿Por qué iba a hacer algo así? Apenas se conocían. La gente tenía mucha tendencia a creer en conspiraciones, según había leído en alguna parte. Las personas están programadas para buscar patrones en cualquier cosa, y por eso las teorías descabelladas resultaban tan atractivas. Poppy no

tenía intención de perjudicarla. Cosas como esas suceden de vez en cuando, sin más, así que tenía que olvidarlo.

Levantó la cabeza del libro. La casa estaba en silencio y tuvo la sensación de que todas se habían escondido en sus habitaciones. Tenían tendencia a hacer eso después de una discusión: retirarse a sus guaridas para lamerse las heridas. Aunque tampoco es que hubiera sido una bronca gorda. Estaba molesta, eso era todo. Sus compañeras no solían ser tan desconsideradas.

Sintió que el estómago le rugía y decidió ir a la cocina a buscar unas pastas. Cuando salió de la habitación, casi tropezó con Poppy, que estaba sentada en el pasillo, con sus piernas cortas apoyadas contra la pared mientras jugaba con el móvil.

—¿Qué haces ahí sentada? —preguntó June.

—No me va bien Internet en mi habitación.

—Podrías intentarlo en el salón.

—Estoy bien aquí, gracias.

La ira de June se reavivó como una llamarada. Pasó junto a ella, evitando mirarla a los ojos, y se dirigió hacia la cocina. Tamsin estaba allí, untando mantequilla en una tostada. Echó un vistazo a June y, acto seguido, miró el reloj.

—¡Mierda, yo tenía que llamar a mi tía!

June la vio irse de inmediato a su habitación, como si fuera un ratón asustado. Respiró hondo, sintiéndose aún más enfadada, sobre todo cuando abrió la panera y descubrió que sus compañeras se habían comido todas las pastas. No le habían dejado ni una sola. Cogió un plátano y volvió a su habitación. Volvió a pensar en el cine y sintió cómo un calor fugaz le subía desde el cuello hasta las mejillas. Cogió el teléfono y reprodujo algo de música con violín. Se suponía que ese instrumento era relajante, pero las notas agudas y chirriantes solo sirvieron para ponerla más nerviosa, así que cambió a una pieza de piano clásico más suave. Sí, eso estaba mejor. Se

puso cómoda en la cama y, poco a poco, empezó a calmarse. Cogió el libro y se sumergió de nuevo en la historia.

Llevaba un par de horas leyendo cuando oyó que llamaban a la puerta.

—Adelante —dijo sin molestarse en levantarse.

Tamsin y Poppy irrumpieron con un plato de galletas recién horneadas.

—Hemos pensado que a lo mejor tendrías hambre —dijo Poppy con entusiasmo.

Tamsin sonrió a modo de disculpa.

—Sentimos mucho lo que ha pasado.

June se tragó su orgullo.

—No pasa nada, ya lo he superado —dijo, aceptando una galleta de mantequilla, que se derritió en su lengua en una mezcla de dulzura y calidez.

—¿Quieres venir a jugar al Monopoly? —preguntó Tamsin.

—La verdad es que no tengo muchas ganas.

—¿Y qué tal una serie? Podríamos hacer un maratón de la comedia esa nueva que te gusta, ¿no?

—Vale.

June dejó el libro a un lado y las siguió al salón. Flick y Kimmy ya estaban allí. En lugar de la comedia que le habían prometido, estaban viendo un reality show que le importaba bien poco, pero decidió unirse a ellas de todos modos. Poppy se dejó caer en el sillón favorito de June, así que esta se apretujó en el sofá junto a Tamsin y Kimmy. Era incómodo estar así, tan encajonada. Por eso, se levantó y cogió una silla del comedor. Las patas de madera chirriaron contra el suelo cuando la arrastró hasta el salón, lo que le valió una mirada de reprobación de Flick.

Colocó la silla al lado del sofá, pero Poppy no dejaba de inclinarse hacia delante en el sillón, tapándole la vista. Cada vez que creía

haber encontrado un buen ángulo para ver la tele, Poppy se movía en su asiento, impidiéndole ver una y otra vez. Con un suspiro, June sacó su teléfono, derrotada, y empezó a echarle un vistazo a las noticias de manera distraída. En un momento dado, vio que Poppy la miraba de reojo y, cuando sus miradas se cruzaron, vio que le sonreía con exceso, como si estuviera disfrutando de una victoria.

CAPÍTULO 8

JUNE

Cuando June le quitó el envoltorio a su sándwich de jamón, sintió en la nariz el aroma penetrante de la mostaza. Buscó un pañuelo, estornudó con estrépito y reanudó su almuerzo. Lo mejor de trabajar en finanzas era que tenía la suerte de contar con un despacho privado, lejos del bullicio de la sala grande y diáfana contigua.

Su escritorio estaba organizado con precisión militar. Los bolígrafos estaban alineados ordenadamente en el portalápices, como si fueran pequeños soldados perfectos, y sobre el posavasos que quedaba a su derecha reposaba la taza grande amarilla que le había regalado su amiga Grace. Aunque su objeto favorito era el elegante sillón de cuero en el que estaba sentada. Siempre que necesitaba despejarse, cerraba la puerta y daba vueltas sobre sí misma, limpiando así su cabeza.

Aquella mañana había estado reunida durante tres horas y se sentía con derecho a tomarse un buen descanso para almorzar. Cogió el libro que había sacado de la biblioteca y lo leyó mientras comía, con cuidado de no dejar caer ninguna miguita sobre las páginas. Comenzó un capítulo nuevo, pero enseguida notó en el bolsillo una vibración de su teléfono. Al sacarlo, vio que tenía tres mensajes sin leer en Facebook Messenger, todos ellos de personas que no conocía. Leyó el primero, de alguien que se llamaba Nigel:

> Hola, sexy.
> ¿Alguna vez te han dicho que eres muy guapa? ¿Me creerías

si te dijera que eres exactamente lo que estaba buscando?

June puso mala cara y miró el siguiente, de alguien llamado Shaun:

¡Hola!
Desde el momento en el que vi tu cara, he sabido que eres la persona indicada.

También lo borró, cabreada porque el filtro del spam estaba dejando pasar demasiada basura. Pero el tercero la hizo detenerse un poco más:

Hola, June.
Espero que no te importe que sea tan directo, pero no he podido evitar fijarme en tu afición por los libros y el ciclismo. Quizá podríamos compartir esos intereses durante una cena…

June tragó saliva. ¿Cómo sabía tanto sobre ella aquel bot? Suponiendo que fuese un bot, claro.

Soltó el teléfono, sintiéndose como un animal acorralado.

Un poco más tarde, su teléfono volvió a sonar al recibir un nuevo mensaje.

Hola, June.
Me llamo Colin y soy contable, como tú. Tengo treinta y un años y vivo en Clapham. Si te apetece tomar algo algún día, llámame.

Se quedó mirando el mensaje durante un momento, con la respiración un poco entrecortada.

Hizo clic en el perfil de Colin. Parecía una persona real, con un trabajo y una vida.

Le envió un mensaje.

Hola, Colin, ¿de dónde has sacado mis datos?

June le dio un mordisco al sándwich. Su jefa, Marilyn, estaba en la sala de conferencias, gritándole a alguien por teléfono. Se deslizó un poco más hacia abajo en su asiento.

Su teléfono volvió a sonar, pero el mensaje no era de Colin, sino de otro pretendiente. Se puso a tamborilear con los dedos sobre la mesa con impaciencia. Aquello estaba rayando ya lo absurdo.

Volvió a concentrarse en la pantalla del ordenador y su mirada atenta detectó un error en la hoja de cálculo en la que estaba trabajando. Lo corrigió y envió una copia a Marilyn para la reunión que el equipo mantendría durante la mañana del día siguiente.

Luego volvió a mirar su teléfono. Colin le había respondido.

No me acuerdo. O en la página web de DatingLocal o en la de YoungHotSingles. Siento haberte contactado por Facebook, pero no ha sido difícil encontrarte. Mi única intención ha sido adelantarme a la competencia.

June abrió los ojos de par en par, horrorizada. Apartó el sándwich a un lado y abrió un nuevo navegador. Técnicamente, no podía usar su ordenador del trabajo para cosas personales, pero todo el mundo lo hacía.

Tecleó «DatingLocal.com». Mientras exploraba el sitio, sus peores temores se confirmaron. Allí estaba ella, sonriendo en una foto de perfil junto a la que se detallaba su edad, su trabajo, sus intereses, su nombre y un botón para contactar con ella. No se podía creer lo que estaba viendo. La imagen parecía reciente, pero no la reconocía, y la estaban «publicitando» como «nueva soltera cerca de ti».

La sangre le hervía. ¿Cómo coño se atrevían a hacer eso?

Intentó enviarle un mensaje al administrador de la web, pero era imposible hacerlo sin antes iniciar sesión. Ni siquiera tenía acceso a

la sección desde la que se podía borrar un perfil. Se tragó su orgullo y llamó a su compañera Gulnara, del Departamento de Informática.

—Voy enseguida —le respondió.

—Gracias —dijo June con voz tensa. No quería llamar la atención sobre la página, pero no podía dejar las cosas así.

Gulnara llegó en diez minutos, dándole los últimos sorbos a su café. Tenía unas gafas gruesas que descansaban sobre el puente de la nariz, enmarcando su rostro ovalado. Se dirigió directamente al ordenador, cogió el ratón de June y lo movió rápidamente por el perfil de la página, haciendo clic aquí y allá.

—¿Podría ser un intento de phishing? —preguntó June.

—Podría ser. ¿De dónde es la foto? ¿La has publicado en alguna red social?

June negó con la cabeza.

—A lo mejor la ha subido algún amigo, ¿no? No reconozco la foto, pero esa camiseta la uso mucho.

Gulnara arqueó una ceja.

—En ese caso, creo que lo más probable es que alguien te la haya jugado y haya creado tu perfil. ¿Algún ex que quiera vengarse, tal vez? O quizá un amigo que esté intentando ayudarte con tu vida sentimental.

June se recostó en el sillón.

—Hace mucho que no salgo con nadie y todos mis amigos saben que odio las páginas de citas.

Gulnara se encogió de hombros.

—Bueno, pues esto lo ha hecho alguien con toda la intención.

—¿Y cómo elimino el perfil?

—He notificado al administrador de la página que tu perfil se ha publicado de forma fraudulenta. Si es una web legítima, deberían quitarlo en un par de días máximo.

—¿Y si no lo es?

Gulnara puso cara de incertidumbre.

—Podrías probar con la policía. Ellos tienen la opción de rastrear la dirección IP si quisieran, pero yo no me haría muchas ilusiones.

June sintió cómo una oleada de calor le ascendía por el cuello.

—¡Vaya, no me dejas muy tranquila!

Gulnara esbozó una sonrisa que parecía ser un intento de disculpa.

—Ya, te entiendo. Esperemos que lo quiten. Intenta no darle demasiadas vueltas. Lo siento, tengo que irme a una reunión.

—De acuerdo, gracias de todas formas.

June observó a Gulnara salir por la puerta de su despacho y sintió cómo se le hundían los hombros. Pasó el día de trabajo desorientada por los mensajes perturbadores. No le gustaba la idea de que sus datos estuvieran por ahí, al alcance de cualquiera, y se sentía impotente, pues aparentemente no podía hacer demasiado al respecto. Esa página de citas estaba pensada específicamente para conocer a otras personas solteras de la zona, lo que significaba que todos los frikis que le estaban enviando mensajes vivían en Clapham o en los alrededores. Le inquietaba mucho la idea de poder encontrarse con cualquiera de ellos por la calle sin que ella fuera demasiado consciente.

—Madre mía, hoy estás que te sales —dijo Marilyn, muy complacida cuando recibió antes de lo previsto las cuentas que había gestionado June, que esbozó una sonrisa amarga por respuesta. Había canalizado toda su adrenalina en el trabajo, pero ahora lo único que quería hacer era llegar a casa y acurrucarse con su libro y una buena copa de vino.

***

El trayecto a casa fue terapéutico. Volvió montada en la bici, con el viento azotándole la cara y enredándole el pelo. Iba inhalando el olor familiar de la hierba húmeda y el asfalto mojado por la lluvia

mientras se acercaba a su destino. Las ruedas chirriaron cuando se detuvo. Guardó la bicicleta en el cobertizo, entró en la casa y encontró a Poppy en la cocina. El fregadero estaba hasta arriba de sartenes. Había tablas de cortar, cuencos y cuchillos sucios por todas partes.

—¿Qué es todo esto? —preguntó June, esforzándose por que su tono de voz no dejara entrever ningún tipo de reproche.

—Hoy voy a organizar una noche de tacos —respondió Poppy, esbozando su primera sonrisa sincera en días—. Estuve un año viviendo en México, así que esta noche voy a cocinar algunos de los platos que aprendí allí. Espero que te guste el picante.

A June le gustaba.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le preguntó a Poppy.

—No, no. Tengo todo bajo control.

Poppy cogió el pasapurés de June y empezó a triturar los frijoles con él. June apretó los dientes. Probablemente era mejor no mirar, pero aquel desorden la estaba afectando.

Se arremangó y empezó a fregar.

—No tienes por qué hacerlo tú. Yo lo meto todo luego en el lavavajillas —dijo Poppy.

—No te preocupes. Es más fácil hacerlo a mano —respondió June, que no sabía cómo demonios su nueva compañera había conseguido usar todas y cada una de las sartenes que tenían.

Debían llevar ya un buen rato en el fregadero, porque la grasa estaba muy pegada y June tardó bastante en eliminarla por completo.

Poppy siguió cocinando mientras June fregaba. Cortó tantas cebollas que incluso a June, que estaba a cierta distancia, le lloraban los ojos. Cuando terminó de fregar la pila de trastos, June colgó el paño de cocina en su sitio.

—¿Cuánto tiempo crees que falta más o menos para la cena? —

preguntó.

—No mucho.

—Vale, avísame si necesitas ayuda para poner la mesa.

Se dirigió hacia su habitación y se dejó caer sobre la cama. Mientras esperaba, aprovecharía para leer un rato.

Se sumergió en su libro y leyó durante lo que le parecieron horas, pero Poppy no la avisaba. Echó un vistazo al reloj. ¿De verdad eran ya las ocho? Los olores que provenían de la cocina eran tentadores. Ya debía estar todo casi a punto. Pero las ocho se convirtieron en las nueve y June empezó a perder la paciencia. Salió a ver qué pasaba y encontró a Poppy viendo la televisión.

—¿Qué pasa con la cena? —le preguntó.

—No te preocupes, lo tengo todo bajo control —le respondió Poppy, sin apartar la vista de la pantalla.

June cogió un melocotón y volvió a desaparecer en su habitación, tratando de no mostrar su nerviosismo.

Finalmente, Poppy sirvió la cena a las diez. No parecía importarle lo más mínimo la hora que era. ¿Por qué iba a preocuparle, teniendo en cuenta lo tarde que se había acostado la noche anterior? June ya estaba muy cansada, pero las demás chicas no se quejaron, así que hizo todo lo posible por disfrutar de la comida.

Poppy se había esforzado muchísimo para que todo pareciera auténtico. Había colocado en la mesa manteles individuales de tela trenzada de colores muy vivos que combinaban con las servilletas estampadas con chiles y limas. Había velas titilando en dos candeleros rojos y amarillos, que estaban situados en cada extremo de la mesa y proyectaban un resplandor cálido. También había dispuesto sombreros para que todas las chicas se los pusieran.

—¿No es esto apropiación cultural? —preguntó June, cogiendo uno de los coloridos sombreros de paja.

—Más bien, apreciación cultural —respondió Poppy—. Imitar algo

es la forma más sincera de elogiarlo, ¿no te parece?

June se encogió de hombros. No quería entrar en una discusión.

—Bueno, todo tiene una pinta increíble —dijo Kimmy.

June asintió, con la boca ya hecha agua al pensar en probar el guacamole. Aunque, antes de que pudieran empezar a comer, Poppy sacó cinco vasos de chupito y los llenó con un líquido transparente que provenía de una botella de tequila muy decorada.

—Yo no quiero —dijo June, rechazando su vaso con un gesto. No era muy de tequila.

—No seas aguafiestas —murmuró Flick, y Tamsin le lanzó una mirada suplicante.

—Venga, vale, solo uno.

Tomó un pequeño sorbo y frunció el ceño ante la amargura que invadió su boca. El olor le trajo recuerdos de cuando vomitó entre los rosales en la universidad. Echó la cabeza hacia atrás y se obligó a terminarse de una vez todo el contenido del vaso, tragando rápidamente. Las demás la vitorearon como si acabara de lograr una hazaña impresionante. Se sintió como si estuviera viviendo otra vez la primera semana de la universidad, en la que, como el resto de los estudiantes nuevos, se vio obligada a participar en juegos relacionados con la bebida y a ver partidos interminables de rugby mientras sus compañeros cantaban a pleno pulmón canciones desafinadas con letras machistas.

Para quitarse el sabor de la boca, tomó una cucharada grande de salsa directamente del bol. Picaba más de lo que había previsto y se le llenaron los ojos de lágrimas. Poppy la miró y sonrió con picardía.

—Esa es la salsa picante, June. Si te pica mucho, esa de ahí es más suave.

June respiró hondo; en la frente se le acumularon varias gotas de sudor.

—No, gracias, me gusta esta.

Se bebió un vaso de agua de un trago y se dedicó a colocar en su plato un poco de cada cosa que había sobre la mesa. Poppy sirvió más chupitos y las obsequió a todas con anécdotas de sus aventuras en México con el que por entonces era su novio, Miguel.

Movió la cabeza de lado a lado y se rio.

—El tipo era como un fuego artificial: nunca sabías cuándo iba a estallar. Tenía una actitud salvaje, lo único que le importaba era el momento presente. Recuerdo una vez que me dijo: «¡Vámonos el fin de semana a la montaña!». Y allá que nos fuimos, sin detenernos ni para hacer una maleta. Apenas teníamos dinero ni comida, pero fuimos improvisando sobre la marcha, aprovechando cualquier oportunidad que se nos presentaba. El fin de semana se terminó convirtiendo en dos meses. Dormíamos en nuestra caravana y conseguimos trabajo en un bar de la zona. El sueldo era una miseria, pero nos daban de comer. Tuvimos que ahorrar hasta que pudimos permitirnos pagar la gasolina para volver a la ciudad, al piso de Miguel.

—Yo no podría vivir así —dijo June, cogiendo los frijoles refritos.

—Por lo que está contando, me da la impresión de que Miguel era completamente opuesto a ti —dijo Flick, señalándola con el tenedor —. Te volvería loca.

June se encogió de hombros.

—Me gusta planificar las cosas —dijo—. ¿Tiene eso algo de malo?

—Nada —respondió Tamsin, con un tono que reflejaba un sentimiento de lealtad—. Si no fuera por ti, la casa sería un desastre. No todo el mundo puede ser impulsivo y espontáneo.

—¿Y qué pasó con Miguel? —preguntó Flick.

Poppy se encogió de hombros.

—La última vez que lo vi, se cayó a un pozo.

—¿Estaba bien?

—Quién sabe… A lo mejor sigue allí todavía. Era un poco idiota.

La mesa se quedó en silencio durante un momento, hasta que Flick empezó a reírse. Luego se unió Kimmy, y, finalmente, todas las demás.

—¿Sabéis? Yo salí con un desgraciado que una vez se negó a pagar una cena —dijo Kimmy.

Mientras hablaba, todas se volvieron hacia ella. Deslizó el dedo por el borde de su vaso, limpiando la condensación.

—Era un sitio elegante —continuó—, con manteles bien planchados y camareros vestidos con esmoquin. Comimos un menú de tres platos, incluyendo un bistec, unas patatas gratinadas y un vino francés caro. Me preguntó si quería algo más y, cuando le dije que no, me dijo que fuera al baño y saliera por la ventana.

June se horrorizó.

—Yo me habría negado.

—Yo creí que estaba de broma, pero un poco después salió a fumar un cigarrillo y lo vi desaparecer por el final de la calle.

—¿Y qué hiciste tú?

Kimmy se encogió de hombros.

—No tenía muchas opciones. No podía permitirme pagar aquello.

Poppy se inclinó hacia delante.

—¿Volviste a verlo?

—Sí, para mi deshonra. Otra vez nos coló en una boda a la que no estábamos invitados. Fue un evento de lo más exclusivo. Bebimos champán y bailamos con toda la naturalidad del mundo. A nadie le pareció sospechoso, ni siquiera cuando nos hicimos una foto con los novios. El tío era muy divertido, pero iba demasiado al límite para mí.

—Ralph encaja mucho mejor contigo —afirmó June, limpiándose la boca con una servilleta.

—¿En qué sentido? —preguntó Poppy.

June dudó, se mordió el labio y apartó la mirada brevemente.

Luego, volvió a mirar a Poppy.

—Bueno, es buena persona. Un tío estable en el que se puede confiar.

—¡Qué pereza! Me estás quitando las ganas de seguir escuchando —protestó Poppy.

—No, a ver, lo que quiero decir es que, si te dice que va a hacer algo por ti, lo hace. Cumple sus promesas. Hay muchos hombres que te prometen todo y luego no hacen nada. —Miró a todas sus compañeras—. ¿Os acordáis de cuando Kimmy dijo que le encantaba aquel programa de televisión antiguo y él consiguió encontrárselo en una página de esas piratas?

—Vale, sabe buscar en Google —dijo Poppy.

—No solo eso, también es muy sexy —añadió Tamsin, levantando las cejas de manera juguetona.

Flick asintió.

—¿Está saliendo con Kimmy o con todas vosotras? —preguntó Poppy.

Tamsin sonrió.

—Mira, para explicártelo mejor: si pudiéramos clonarlo, lo haríamos.

—Vale. Pues brindemos por eso.

Poppy volvió a llenar los vasos y, aunque sabía que no debía, June se bebió otro chupito. La salsa picante era el antídoto perfecto para el sabor amargo. Antes de que se dieran cuenta, la botella estaba vacía.

—¡No pasa nada! —exclamó Poppy, que se levantó de un salto para coger otra botella de la nevera.

Todas vitorearon cuando volvió a llenar todos los vasos.

June se levantó de su silla. La comida había estado deliciosa, pero se sentía ligeramente borracha y quería evitar a toda costa repetir la humillación del incidente del rosal, así que se dispuso a recoger los

platos. Cuando llegó con ellos a la cocina, se le revolvió un poco el estómago al ver lo que le dio la bienvenida: estaba todo lleno de sartenes manchadas de grasa, utensilios y pieles de verduras. Había salsa de tomate por toda la vitrocerámica y manchas de crema agria en el suelo. Poppy no podría haber provocado un caos mayor que aquel ni aunque se lo hubiera propuesto.

Lo lógico es que June hubiera dejado que otra persona se encargara de los platos, pero dudaba mucho que alguna de sus compañeras se fuera a molestar en hacerlo a aquellas horas de la noche. Y ella no podía soportar la idea de enfrentarse a aquel desorden por la mañana. Así que llenó el lavavajillas con todo lo que pudo y luego fregó lo demás mientras las otras seguían sentadas a la mesa, bebiendo y charlando con un tono de voz tan alto que se las podía escuchar por toda la casa. Ninguna se fue a dormir hasta pasada la medianoche.

CAPÍTULO 9

JUNE

June iba en bicicleta por la calle, con la cabeza latiéndole al compás de sus pedaladas inestables. Daba gracias por que la policía no la hubiera parado. No tenía la sensación de haberse pasado demasiado la noche anterior, pero la maldición del tequila había vuelto a atacarla y sentía como si un pájaro le estuviera picoteando la cabeza.

Llegó al edificio donde se encontraba su oficina, pasó por el lector su tarjeta de identificación para entrar en el ascensor y subió hasta la cuarta planta. Mientras avanzaba por el pasillo, mantuvo la mirada fija en el suelo, con la esperanza de pasar desapercibida. Pero no tuvo esa suerte. Marilyn, su jefa, estaba en medio de la sala diáfana, rodeada de un grupo de empleados.

—¡Buenos días, June! —la saludó.

Ella entrecerró los ojos.

—¡Espera un momento! ¡No me digas que anoche tuviste una cita llena de pasión!

La vergüenza se apoderó de June cuando todo el mundo se giró para mirarla. Intentó arreglarse un poco el pelo, pues estaba despeinada, y esperó que su jefa no percibiera el olor a alcohol que desprendía su aliento.

—No. Una noche complicada, nada más —murmuró, mirando hacia el suelo.

Marilyn hizo una mueca.

—Pues da la sensación de que llevaras toda la semana sin dormir.

June quería que se la tragara la tierra.

—Estoy bien, de verdad. Voy a ponerme al lío.

Se dirigió rápidamente hacia su despacho, dando gracias por poder aislarse allí del resto del mundo. Se dejó caer sobre el sillón y encendió el monitor, suspirando aliviada al ver que no tenía ninguna reunión programada para aquel día. ¡Aleluya!

Encendió la cafetera y se preparó un café bien fuerte. Pronto, un aroma a nuez inundó su despacho. Revisó las páginas web de citas. Gracias a Gulnara, una de ellas ya había eliminado su perfil, pero con la otra estaba resultando más complicado. A su cuenta de Facebook Messenger seguían llegando mensajes irritantes. La mayoría de ellos eran indecentes o empalagosos.

«Quiero cubrir mi cuerpo con sirope de caña y bailar desnudo para ti», había escrito un hombre. Otro estaba deseando compartir con ella su pasión por el «sexo tántrico al aire libre».

June se estremeció. ¿Por qué la gente tenía que ser tan rara?

Abrió una hoja de cálculo y la miró con los ojos entrecerrados, tratando de encontrarle un sentido a los números que veía en ella. Fue un trabajo lento; cada tecla que pulsaba con cansancio era como remar en un mar de melaza. Pero siguió trabajando hasta que los ojos le ardían y le dolían todos los músculos de su cuerpo. En cuanto dieron las tres, cerró el archivo, apagó el ordenador y salió tan temprano como pudo de la oficina.

***

Llegó a casa y encontró la entradita llena de zapatos. Desde que Poppy se había mudado con ellas, el zapatero no tenía suficiente espacio para albergar los zapatos de todas, así que habían empezado a alinearlos ordenadamente a lo largo de la pared. A June no le importó, pero en aquel momento se los encontró tirados por

cualquier parte. Parecía que se hubieran multiplicado durante la noche. Los puso en orden antes de entrar en el salón.

La mesa de centro lucía una lata de refresco vacía, un bolso dado la vuelta y un pintalabios. Había dos zapatillas desparejadas en esquinas opuestas del salón y una bufanda de colores vivos estaba tirada sobre el respaldo del sofá.

Lo ordenó todo y pasó al comedor. Allí encontró el cajón de los cubiertos de la cocina, con todo su contenido esparcido por la mesa: servilletas arrugadas por aquí, velas dispersas por allá, junto con otras muchas cosas. Parecía como si alguien hubiera empezado a ordenar, pero lo hubiera dejado todo a medias.

Frunciendo el ceño, entró en la cocina. La encimera azul claro estaba cubierta de harina. Unos cupcakes, recién salidos del horno, perfumaban el ambiente, aunque June no era capaz de apreciar su dulzura. Su mirada se desplazó rápidamente a la pared, donde había manchas de mantequilla resbalando por los azulejos. Sentía el suelo áspero al pisarlo. Bajó la vista y comprendió que una capa de azúcar se había cristalizado en el suelo y brillaba en remolinos dorados bajo sus pies.

—¿Hola? —gritó, tratando de averiguar quién había hecho aquello, pero nadie respondió.

Aunque, a decir verdad, sabía bien quién había sido. Sus otras compañeras podían ser desordenadas, pero no hasta aquel punto. Y Poppy era la única persona, al margen de ella misma, a la que le gustaba cocinar. Bajó las escaleras con paso firme y llamó con fuerza a la puerta del dormitorio de Poppy. Como no obtuvo respuesta, la abrió. Enseguida percibió que una especie de vapor denso y, en cierto modo, picante, salía del interior del sótano, provocándole un escozor en los ojos.

June parpadeó. El sótano estaba completamente sumido en la oscuridad, como si alguien hubiera tapiado la ventana. Avanzó a

trompicones, tropezándose con una cajonera.

—¿Poppy?

Retrocedió hasta la pared y tanteó con los dedos la superficie, buscando el interruptor de la luz. Con un clic, la bombilla fluorescente parpadeó y se encendió, proyectando sombras siniestras por toda la estancia.

June se quedó boquiabierta. Todos los muebles habían sido movidos, estando ahora separados de la pared y cubiertos con sábanas desteñidas. Las paredes en las que tanto había trabajado, pintándolas con un tono amarillo cálido para que el sótano resultara acogedor, tenían ahora un color berenjena muy apagado. Se había transformado por completo el aspecto de la habitación, que había dejado de ser un lugar agradable y se había convertido en una mazmorra lúgubre.

CAPÍTULO 10

JUNE

—Pero ¿qué coño es esto?

June pensó en todo el esfuerzo que le había dedicado a aquella habitación, acondicionando las paredes y dándole un par de capas de pintura con toda la entrega del mundo. Había sacrificado un fin de semana entero para dejarla bonita. Apretó los puños de forma inconsciente, pues un sentimiento de frustración la invadió. Poppy le había dicho que la habitación era preciosa cuando se la enseñó. ¿Simplemente se limitó a ser educada y decir lo que June quería oír para poder quedarse con la habitación? ¿Qué otras mentiras le habría soltado ya a esas alturas?

Retrocedió a trompicones hasta la puerta, incapaz de mirar el sótano ni un segundo más. Subió las escaleras y se pasó la hora siguiente limpiando. Fregó bien las mesas y las encimeras con desinfectante y luego pasó una fregona con agua y jabón por el suelo, hasta que quedó reluciente. Devolvió los cubiertos y las velas al cajón de la cocina e incluso volvió a repasar los zapatos en la entrada, para que quedaran perfectamente ordenados. Luego se desplomó el sofá, y, justo cuando lo hizo, sus compañeras regresaron.

—¡Anda, June, has limpiado! —exclamó Kimmy al entrar por la puerta. El tono de su voz parecía transmitir la idea de que June lo hubiera hecho por pura diversión.

Tamsin y Poppy entraron detrás. Poppy llevaba en la mano una

crema de chocolate industrial para decorar. Sonrió a June de forma muy convincente. Parecía auténtica y sincera.

—Gracias por haberte encargado de limpiar todo el caos, no tenías por qué hacerlo. He salido un momento a comprar esta crema para mi bizcocho de chocolate y naranja. Los podemos tomar de postre.

June respiró hondo, dispuesta a desatar su furia, pero en lugar de eso la liberó con un suspiro bien largo y profundo. El hecho de que ella odiara el desorden no significaba que todo el mundo lo tuviera que odiar. Solo porque a ella le encantaran las paredes de color amarillo luminoso no tenían por qué gustarle también a Poppy. Miró a su nueva compañera y se obligó a tomar un poco de distancia y perspectiva. Años de convivencia le habían enseñado a no dejar que su necesidad de orden y limpieza afectara a los demás. También le habían enseñado a saber esperar el momento oportuno.

Justo a continuación, Flick entró por la puerta y se quitó la chaqueta verde brillante que traía puesta.

—¿Estás lista, June? Me como unos espaguetis de lata en un minuto y nos vamos cuando quieras.

June la miró sin comprender nada, pero enseguida cayó en la cuenta. Era martes por la noche, así que tocaba ir al Mud and Mingle. Sintió en el cuerpo una sensación agradable que la condujo a sonreír ampliamente. Una tarde de cerámica era justo lo que necesitaba.

***

—¿A dónde vais? —preguntó Poppy quince minutos más tarde, cuando June y Flick se ponían ya los abrigos.

—A clase de cerámica —respondió Flick, calzándose unos tacones.

—Anda, qué divertido. Quizá podría ir con vosotras, ¿no?

June negó con la cabeza.

—No creo que puedas empezar estando a mitad de trimestre.

Poppy se encogió de hombros.

—Voy a acompañaros y preguntaré. Si no es posible, me iré al pub, y nos vemos allí cuando acabéis.

June se mordió la lengua, mirando a Flick y después a Poppy una y otra vez. A Flick no parecía importarle la sugerencia.

—Venga, pero tenemos que irnos ya.

June comenzó a caminar a su ritmo habitual junto a Flick, con muchas ganas de llegar a la clase, pero Poppy iba a cierta distancia de ellas, andando despacio y de forma cansada. Al cabo de un rato, estaba tan lejos de ellas que tuvieron que parar a esperarla. A June le exasperaba lo lenta que era Poppy. Entendía que la zancada de su compañera era más corta que la suya, pero parecía absolutamente incapaz de andar más rápido. Tenía la sensación de que lo estaba haciendo a propósito, con la intención de hacerlas llegar tarde.

Cuando llegaron al estudio, June observó cómo Poppy se acercaba a la profesora. No pudo oír lo que le decía, pero Nadia sonreía y se reía a partes iguales, asintiendo con la cabeza mientras Poppy hablaba. Luego, esta última se giró y le hizo a June un gesto discreto con el pulgar hacia arriba. Acto seguido, se sentó entre Flick y ella, justo en el centro de la fila de mesas. Su presencia pareció llenar el espacio casi de inmediato, dejando poco sitio libre.

Nadia se acercó y le dio a Poppy una lección rápida de alfarería, enseñándole a amasar y dar forma al material húmedo hasta que quedara suave y maleable.

En cuanto la profesora se alejó, Poppy accionó el interruptor de su torno y observó cómo cobraba vida con un leve zumbido. Presionó los dedos contra la arcilla, moldeándola con delicadeza. La arcilla se elevaba con cada movimiento de sus manos. Poppy hacía cambios instintivos aquí y allá, y canturreaba para sí misma mientras la vasija iba tomando forma. June tenía que admitir que, para ser su primera vez, se le daba bastante bien. Miró a Flick, que también estaba

impresionada.

Intentó concentrarse en su propio trabajo, pero no podía evitar mirar la vasija tan bonita que las manos de Poppy estaban creando.

Flick sacudió la cabeza.

—Vaya, Poppy, tienes un talento natural. ¡Tendrías que haber visto mi primer intento!

Orgullosa, Poppy sacó su vasija del torno y todo el mundo se acercó para contemplarla.

—Muy buen trabajo —dijo Nadia—. ¿Seguro que es la primera vez que trabajas con arcilla?

—Sí, no lo había hecho nunca —respondió Poppy. Se había puesto colorada; tenía una expresión de satisfacción plena.

June intentó concentrarse en su propia vasija. Quería que le quedara perfecta, para poder empezar con algo diferente la semana siguiente. Se tomó su tiempo, moldeando con sumo cuidado y delicadeza. Ya casi había terminado cuando Poppy se echó a reír a carcajadas por algo que había dicho Flick y se tambaleó hacia la posición de June.

—¡Cuidado!

June agarró a Poppy por el brazo. El grito que le había dado, en un intento porque no cayera sobre su torno, resonó por todo el estudio. Pero ya era demasiado tarde. La vasija de arcilla se rompió en pedazos a causa del impacto. June apagó el interruptor y miró con incredulidad los restos de su trabajo. Tuvo que parpadear para contener las lágrimas.

—¡Por el amor de Dios, Poppy! ¡Mira lo que has hecho!

—¡Ay, madre mía, lo siento mucho! No sé qué ha pasado. Me he resbalado y…

Poppy balbuceó una serie de disculpas mientras movía las manos con nerviosismo, lo que provocó que varias personas se giraran para mirarla. Francamente, su comportamiento era un tanto vergonzoso,

insistiendo una y otra vez, como si estuviera provocando a June para que reaccionara de alguna forma y perdiera la compostura.

Flick la miró.

—No te tortures tanto. Estas cosas pasan, son accidentes —la consoló Flick.

Por alguna razón, eso enfureció aún más a June, pero se tragó su resentimiento y miró el reloj. Era demasiado tarde para empezar otra vasija, así que lo mejor sería empezar a recoger. Llevó sus cosas al fregadero y abrió el grifo. Estando allí, le dio por mirar el lugar en el que Poppy había colocado su vasija. Pasó los dedos por el borde de la misma, y se trató de imaginar cómo se sentiría si la dejara caer. Un empujoncito y estarían en paz.

—Ha quedado bien, ¿verdad? —dijo Nadia, detrás de ella.

June se puso rígida. Se giró despacio, con una sensación de culpabilidad y exposición porque la profesora la hubiera pillado tocando el trabajo de Poppy.

—Sí, está… Yo estaba… —balbuceó.

Nadia sonrió.

—Tu trabajo también es bueno, June. Estoy deseando ver una taza tuya, o quizá una tetera, ¿no te parece?

June asintió, incapaz de apartar la mirada de los ojos amables de Nadia mientras luchaba por recomponerse.

Después de la clase, las tres se dirigieron al Tipsy Toad. Kimmy y Ralph estaban allí de nuevo, y llevaban puestas camisetas de fútbol idénticas.

—¿Lo hacen a propósito? —preguntó Poppy en voz baja.

—No lo sé. Creo que simplemente están muy compenetrados —respondió June.

Poppy hizo un gesto que se podría interpretar como de desaprobación, pero no dijo nada. Probablemente estaba celosa, decidió June, ya que su vida amorosa era un desastre. Pidieron

cervezas en la barra y se dirigieron hasta la mesa de Kimmy y Ralph.

—¿No trabajas esta noche? —le preguntó Ralph a Poppy.

—No, me toca mañana por la noche.

Ralph asintió y volvió a centrar su atención en Kimmy, que les contó algunas anécdotas divertidas sobre los clientes que había tenido ese día en la tienda. Flick vio a unos amigos y se acercó a hablar con ellos. Mientras tanto, Poppy se fijó en un grupo de hombres que había en la mesa de al lado. Se metió en su conversación, esbozó una sonrisa seductora y terminó sentándose junto a ellos en su mesa. Desde allí, no dejaba de mirar a June, indicándole que se uniera a ellos, aunque obviamente ella no pensaba hacer eso. June no levantó la mirada del paquete de patatas fritas con sal y vinagre que había en su mesa, fingiendo tener un gran interés por él.

Entonces Poppy alzó la voz y June se dio cuenta de que estaba organizando una cita.

—¿Podrías traer a un amigo para mi amiga? —sugirió a uno de los hombres, señalando a June.

June se sintió avergonzada y horrorizada. Hizo un gesto firme de negación con la cabeza, dejando claro que no quería tener nada que ver con aquello.

Poppy juntó sus labios. «No sabes divertirte», pareció decir, en un tono de voz más alto de la cuenta. June sintió cómo se le enrojecían las mejillas cuando varias cabezas se giraron para mirarla. No estaba segura de si su rubor se debía al cabreo o a la humillación. En ese momento recordó las páginas de citas en las que alguien la había registrado y apretó la boca con un gesto rígido. Ninguna de sus amigas le habría buscado pareja sin antes preguntarle, pero con Poppy todo era posible.

***

El sábado por la mañana, June se despertó con la cálida luz del sol filtrándose por la ventana de su habitación, una sensación poco habitual. Entrecerró los ojos para mirar el teléfono y se dio cuenta de que eran casi las diez. Saltó de la cama, se vistió a toda prisa y se calzó sus zapatillas amarillas favoritas, impaciente por salir hacia el mercado.

Mientras se abrochaba el abrigo, un estruendo retumbó en la entradilla. Corrió hacia la puerta de la calle, pensando que sería el cartero, pero, cuando la abrió, se encontró a Poppy en el umbral cargando varias bolsas.

—¿Qué…?

Poppy pasó de largo junto a ella y entró en la casa.

—¡Adivina quién ha ido de compras! —dijo con voz cantarina.

June se quedó boquiabierta.

—¿Has ido al mercado sin mí?

—Sí. Me asomé a tu habitación, pero estabas durmiendo como un bebé.

June se quedó sin palabras. La siguió hasta la cocina. Poppy soltó las bolsas sobre la encimera y comenzó a disponer sobre ella todo lo que había comprado: paquetes de queso, tomates secos, croissants, baguettes y sidra espumosa.

—Supongo que aún quedarán cosas que merezcan la pena si quieres ir —dijo Poppy con generosidad.

June negó con la cabeza. Ya no tenía sentido ir al mercado.

—¡De nada! —dijo Poppy. Sonrió alegre, cogió una lata de Coca-Cola de la nevera y bajó al sótano dando saltitos, con su melena rubia balanceándose a cada paso. A June la invadió una sensación de calor por todo el cuerpo. Poppy lo había hecho a propósito. Estaba segura de ello.

CAPÍTULO 11

JUNE

—¿Qué estás cocinando? —preguntó Poppy, mientras June picaba un poco de cilantro fresco de la planta que tenía en el alféizar de la ventana.

June miró a su compañera de piso con recelo.

—Estoy haciendo curry de coco con arroz.

Poppy ladeó la cabeza para mirarla.

—¿Picante?

—Se supone que debería serlo, pero lo suelo cocinar suave porque a Kimmy no le gusta el picante. Voy a picar unos chiles y los pondré aparte para que las demás podamos añadirlos a nuestro antojo.

Poppy pareció reflexionar sobre ello.

—Qué buena pinta. ¿Qué lleva?

June señaló la selección de ingredientes que había sobre la mesa.

—Ay, no me gustan los champiñones —dijo Poppy—. ¿Podrías ponerlos aparte también?

June reprimió su enfado.

—Los echo para que absorban el sabor del curry. Pero puedo dejarlos enteros para que sea fácil apartarlos.

—Vale.

Poppy continuó mirando todo lo que June hacía. No podía evitar tener los ojos tan grandes, pero a June le ponía nerviosa la forma en la que la miraba. Cogió el arroz de un armarito de la cocina. Iba a cocinarlo con un poco de azafrán. Lo buscó en el cajón de las

especias, pero no lo encontró. Revisó los demás cajones y la nevera, pero no estaba por ninguna parte. Qué frustrante. Era imposible que se hubiera terminado ya. Estaba bastante segura de que ella era la única que lo usaba para cocinar.

A todas les gustó el curry. De hecho, casi todas repitieron. June intentó no mirar a Poppy, que montó un espectáculo esforzándose en mostrar su desagrado cada vez que encontraba un champiñón y lo apartaba. June no había echado muchos. Estaba convencida de que Poppy lo estaba haciendo con toda la intención del mundo.

Cuando terminó de comer, la nueva inquilina se levantó de un salto.

—Me toca fregar —dijo, y empezó a recoger los platos mientras las demás seguían comiendo. Caminó hacia la cocina provocando un ruido estridente con el resonar de los platos y los cubiertos entre sí.

—Está armando ese jaleo a propósito —murmuró June a las demás.

Tamsin se rio.

—Solo está fregando los platos.

—Por lo menos está cumpliendo con lo que le toca —dijo Kimmy.

June miró a Flick, pero esta siguió comiendo, negándose a entrar en el juego.

Después de cenar, June por fin pudo ponerse al día con su comedia favorita con la compañía de Tamsin. Prepararon chocolate caliente con nata y esponjitas, y se acomodaron en el sofá para verla. Cuando terminaron, June se secó los ojos.

—Creo que hacía mucho tiempo que no me reía así.

—Yo igual —coincidió Tamsin.

Se fueron a sus habitaciones. June tenía pensado acostarse temprano. Cogió su libro diciéndose a sí misma que solo leería media hora, pero, casi sin darse cuenta, habían dado las once. Bostezó, dejó el libro sobre la mesita de noche, se puso las zapatillas y caminó despacio por el pasillo hasta llegar el baño.

Hizo sus necesidades y fue a alcanzar un rollo de papel. Pero

detuvo la mano por el camino, pues se dio cuenta de que el portarrollos estaba vacío. Miró hacia el alféizar de la ventana. Hacía un rato había un rollo de repuesto colocado sobre el mismo, pero había desaparecido. Apretó los dientes. Poppy debía haberlo cogido todo.

La luz de la habitación de Poppy seguía encendida cuando salió del baño. Podía escuchar la música que provenía de allí. No estaba demasiado alta, pero, cuando June regresó a su habitación, la intensidad del volumen aumentó ligeramente. Se metió en la cama y cerró los ojos, pero, de vez en cuando, la música cambiaba de forma inesperada y eso la sobresaltaba, despertándola de golpe. Echó las mantas hacia atrás y salió de su habitación con discreción.

Se detuvo en lo alto de las escaleras, con una mano en la barandilla. Dudó un momento, pero al final bajó y llamó a la puerta de Poppy.

—Adelante —dijo esta, como si la estuviera esperando.

Poppy parecía contenta por verla. Demasiado contenta. June echó un vistazo alrededor de la habitación. Las paredes oscuras tenían ahora su razón de ser. Poppy había iluminado la estancia con pequeñas luces decorativas. El resultado era un ambiente realmente acogedor. Era como si se entrara en una guarida secreta.

—¿Qué necesitas? —preguntó Poppy con una sonrisa falsa.

—La música —dijo June—. No me deja dormir.

—¿Por qué no te unes? —dijo Poppy—. Tengo una buena botella de vino.

—No, gracias, tengo que trabajar mañana.

—Vaya, qué pena.

—¿Podrías bajar el volumen?

—Sí, claro.

Poppy se inclinó e hizo lo que le había pedido.

—Gracias.

June regresó a su habitación y volvió a meterse en la cama. Todavía podía escuchar la música, pero ya no estaba tan alta como para que la molestara. Cerró los ojos y se quedó dormida, pero pronto la despertó un golpe de percusión inesperado. La música se detuvo de nuevo y ella se dio la vuelta. Estaba demasiado cansada como para ni siquiera enfadarse, pero, una vez más, se despertó sobresaltada por un estallido repentino que cesó tan pronto como había comenzado.

Cada vez más furiosa, se quitó las mantas de encima de un tirón y salió enfurecida al pasillo. Miró hacia arriba, hacia las escaleras, para ver si las ocurrencias de Poppy habían despertado a alguna de sus otras compañeras. Pero el resto de las puertas estaban cerradas y no se veía ninguna luz en ningún dormitorio. Aunque claro, ella era la única que tenía que dormir justo encima de Poppy. Y daba la sensación de que la nueva estaba decidida a hacerle la vida imposible. Consideró la posibilidad de volver a bajar y exigirle a Poppy que apagara la música, pero sospechaba que no serviría de mucho.

Se volvió a meter en la cama y sintió cómo el ritmo grave del bajo retumbaba a través de su colchón. Las notas eran agudas y distorsionadas, como las de una típica radio antigua. Sentía las vibraciones en su cuerpo, provocándole cosquillas en los dedos de los pies y haciéndola temblar como si en su cama se produjeran pequeñas descargas eléctricas. Y, entre el ruido, distinguió también la risa irritante de Poppy.

Rebuscó torpemente en el cajón de la mesita de noche, tratando de encontrar los auriculares. Se los colocó en los oídos y puso en marcha su lista de reproducción con sonidos de ballenas. Pero las paredes seguían retumbando con una vibración incesante que sentía en todo el cuerpo. Era como si estuviera atrapada dentro de un motor gigantesco y el bajo hiciera temblar todos los objetos de la

habitación.

CAPÍTULO 12

JUNE

June se detuvo en Sainsbury's de camino a casa después del trabajo. Tenía que comprar algunos ingredientes para la cena, entre ellos azafrán para reemplazar el frasco que había desaparecido de la casa. Aparcó su bicicleta junto a otro ciclista, que estaba rebuscando torpemente en sus bolsillos como si hubiera olvidado algo.

—¿Tienes candado? —le preguntó a June.

Ella asintió y sacó la cadena de su alforja.

—¿Puedes hacerme un favor? ¿Te importaría que ate mi bicicleta con la tuya? No quiero dejarla aquí afuera, no vaya a ser que me la roben.

—Vale. —June se arrodilló para rodear con su cadena ambas bicicletas—. ¿Y si terminas antes que yo? —le preguntó al chico.

—En ese caso, esperaré a que llegues.

June cruzó las puertas automáticas, con la cabeza en la lista de ingredientes que tenía que encontrar.

Cuando salió, allí estaba él, apoyado en su bicicleta. Las comisuras de sus labios se curvaron para formar una pequeña sonrisa.

—Gracias por dejarme usar tu candado. Te debo una —le dijo, mientras ella soltaba la cadena que mantenía unidas las bicis.

—No hay de qué.

June se limpió las palmas de las manos en los pantalones y guardó la compra en las alforjas.

El chico no se movió. Jugueteaba con la correa de su casco.

—¿Qué te parece que te invite a un café para darte las gracias? —preguntó finalmente.

De primeras, lo único en lo que June pensaba era en llevar la compra a casa y meterla en la nevera antes de que se estropeara. Pero, cuando lo miró, un calor inesperado le recorrió el cuerpo. No se había fijado bien en él antes, pero ahora se dio cuenta de que era un tipo alto y de complexión fuerte. Llevaba una camiseta azul marino ceñida al cuerpo, delgado. Tenía unos ojos marrones intensos que parecían relucir.

—Venga, vamos.

La sonrisa del hombre se intensificó.

—Todavía no me has dicho tu nombre.

—June.

Al decirlo, se ruborizó y notó el calor en sus mejillas.

—Hola, June, yo soy Dan.

June siguió a Dan hasta una pequeña cafetería, alejada del bullicio del parque. Cuando abrió la puerta, sintió una corriente de aire cálido cargado con el aroma del café recién hecho. Dan le acercó una silla a una de las mesitas pequeñas e inestables que había en un rincón.

—¿Qué te apetece? —le preguntó él.

—Un capuchino, gracias.

Dan se levantó, se dirigió a la barra y se apoyó en ella mientras esperaba su pedido. El barista colocó dos tazas de porcelana blanca sobre una bandeja. Dan pagó y la llevó a la mesa. June le dio las gracias cuando le ofreció su taza. El chico inhaló el vapor que salía de su café; luego, le dio un sorbo y apoyó los codos sobre el borde de la mesa.

En la cabeza de June resonaba la voz de Kimmy, insistiéndole para que dijera algo y así romper ese silencio tan incómodo.

—¿A qué te dedicas? —preguntó. No sabía por qué eso era lo único

que se le ocurría para romper el hielo.

—Soy fotógrafo especializado en los animales salvajes.

—¿En serio? —Ella lo miró, divertida—. ¿Cuántos encuentras en Londres para poder fotografiarlos? —le preguntó con verdadera curiosidad.

—Te sorprendería. Me gustan especialmente los zorros que viven en la ciudad; son inteligentes y es casi mágico observar cómo logran apañárselas para sobrevivir en un lugar como Londres. Pero también hay erizos correteando por los jardines, ratones que buscan comida en los cubos de basura y mis animales favoritos: palomas.

June sonrió, tratando de descifrar si le hablaba en serio o si le estaba tomando el pelo.

—También me gusta montar en bici —dijo el chico a continuación—. Combino el ciclismo con la fotografía. Era solo una afición, pero terminó convirtiéndose en mi trabajo.

—Qué maravilla —dijo ella, impresionada.

—Bueno, aunque lo he llamado afición, la verdad es que a estas alturas ya casi se parece más a una obsesión. Me paso las noches en mi cuarto oscuro, revelando e imprimiendo las fotos a mano.

June se llevó la taza a los labios y sintió el calor del líquido cremoso al deslizarse por su garganta. Era una fusión bien lograda entre lo terroso y lo dulce. Dan parecía poder hablar por los dos, y lo hacía con soltura cuando se refería a su trabajo. De vez en cuando, ella daba su opinión o se reía de alguna anécdota divertida.

—No me has dicho a qué te dedicas tú —le dijo él.

Dan se inclinó hacia delante, esperando su respuesta. Ella jugueteó con el borde de su camisa mientras buscaba algo en su mente, cualquier cosa, que fuera más interesante que ser contable.

Le encantaba su trabajo, pero era consciente de que no era la respuesta que él esperaba.

—¿En qué crees tú que trabajo? —preguntó ella.

—¿Eres astronauta?

June no pudo evitar reírse de la ocurrencia.

—¿Acróbata?

—Inténtalo otra vez.

Él continuó, sin dejarse amilanar por la reacción de June.

—¿Jugadora de críquet?

Dan lo preguntó con tanta ilusión que June deseó que fuera cierto.

—Lo siento, pero vamos a cerrar pronto —dijo el barista.

Dan sonrió a modo de disculpa.

—Supongo que será mejor que nos vayamos —le dijo a June.

Ella asintió y se levantó de la silla.

—Gracias por el café.

June se dirigió hacia la puerta. Estaba a punto de salir de la cafetería cuando escuchó cómo Dan la llamaba desde atrás.

—¡Espera, June!

Ella se dio la vuelta.

—Mi bicicleta está atada a la tuya, ¿recuerdas? —le dijo.

—¡Ay, es verdad!

Salieron de la cafetería y se dirigieron hacia la farola a la que habían atado las bicicletas. June cerró la mano sobre la fría cadena metálica y quitó el candado que las unía. Las desengancharon y ella se ajustó el casco, apartándose de los ojos un mechón rebelde, dispuesta a marcharse ya.

—Bueno, pues hasta luego, entonces —dijo él en voz baja.

—Gracias por el café. —Los dedos de June se detuvieron un instante sobre la correa.

—No me has dado tu número.

Ella dudó. Kimmy le había inculcado que nunca se le daba tu número de teléfono a un hombre, sino que eras tú la que cogía el suyo. Pero entonces se fijó en sus tiernos ojos marrones. Le gustaba ese hombre. Aunque sabía que quizá no debía hacerlo, le recitó su

número y él lo guardó en su móvil.

Dan se guardó el teléfono en el bolsillo y le dedicó una sonrisa pausada y cargada de intimidad. Estaba lo bastante cerca como para que ella sintiera el calor de su cuerpo, y sus ojos se encontraron con los de June con tal intensidad que parecía que estuvieran extrayendo algo de su interior, pero no hizo ningún movimiento para besarla. Finalmente, pasó una pierna por encima de la bicicleta y se sentó en el sillín. El resplandor de las farolas se reflejó en el cuadro metálico de la bici. El chico se alejó en dirección contraria a la que tenía que tomar June, dejando solo un rastro de su colonia en el aire fresco de la noche.

June sonrió para sus adentros mientras lo veía desaparecer. El sol se empezaba a ocultar en el horizonte y una brisa fría le acariciaba el pelo. Se subió rápidamente a la bicicleta y comenzó a pedalear, observando cómo el color del cielo se teñía de un naranja intenso al caer la tarde.

Cuando se adentró en su calle, sintió música retumbar con fuerza desde una zona próxima a su casa. Guardó la bicicleta en el cobertizo y comenzó a subir por el camino del jardín, rezando para que la música no proviniera del interior de su vivienda.

Al entrar por la puerta fue recibida por un montón de carcajadas, conversaciones, y, por supuesto, por la música. Apenas si cabía en la entradita. Había gente por todos los rincones, bebiendo, bailando y charlando en pequeños grupos. Sobre la mesa del comedor había vasos de cartón con bebidas de diferentes colores. También se había dispuesto sobre la mesa un surtido de patatas fritas, salsas y platos de pizza.

Se abrió paso a empujones entre la gente. Todo el mundo se lo estaba pasando en grande, pero lo único que June sentía era rabia. Varias personas tenían las manos apoyadas en las paredes, dejando marcas pegajosas, y, además, la gente iba de un lado a otro con los

zapatos puestos. Todos reían y gritaban para hacerse oír por encima de la música.

June echó un vistazo al salón. Kimmy y Ralph estaban sentados con un grupo de desconocidos, y su compañera estaba gesticulando animosamente mientras contaba una historia. Poppy estaba sentada en el brazo de su silla, riéndose a carcajadas. ¿Quiénes eran todas esas personas? June no conocía a nadie. Se moría de ganas por decirles a todos que se fueran de su casa, pero comprendía que estaba en clara desventaja numérica.

Se giró y vio a Flick en las escaleras. Le dedicó un saludo distraído. Mantenía un diálogo intenso con un hombre mayor que ella, de pelo canoso. Le resultaba vagamente familiar. Pensó que quizá fuera un vecino. Desvió la mirada hacia lo alto de las escaleras. La puerta de la habitación de Tamsin estaba abierta y había alguien con ella. Se estaban besando con pasión.

June movió la cabeza de lado a lado, consternada. Ella nunca había sido muy fiestera, pero eso, una reunión espontánea sin previo aviso, era insufrible. ¿Por qué nadie le había preguntado si le parecía bien? Sus compañeras jamás habían hecho nada así de desconsiderado; no hacía falta ser un genio para adivinar quién estaba detrás de todo aquello.

Se dio la vuelta y se encontró con un hombre de ojos grises y mirada apacible.

—Acabas de llegar, ¿no?

June se quedó callada, tratando de encontrar una respuesta sensata. El hombre pareció interpretar aquello como una invitación a seguir hablando.

—¿Puedo ofrecerte algo para beber?

—No.

La idea de que un hombre al que no conocía le estuviera ofreciendo una bebida en su propia casa le parecía ridícula. June tenía la

sensación de que el mundo se había vuelto loco.

Aunque, a decir verdad, ese hombre no era exactamente un desconocido. Su nariz le resultaba familiar, y también la forma inclinada de su mentón. ¿Sería un antiguo compañero de las clases de conversación en francés a las que ella asistió en el pasado? O tal vez trabajaba en la licorería de la esquina… En cualquier caso, no lograba recordarlo con precisión.

—Acabo de empezar a trabajar en Stavros, el restaurante griego, lo conoces, ¿no? La comida está deliciosa. Hacen tzatziki, gyros y ese tipo de cosas.

June asintió vagamente, pues no dejaba de recorrer la casa con la mirada, tratando de comprender qué estaba sucediendo a su alrededor.

—¿Te gustaría probarlo? Me han dicho que eres una apasionada de la gastronomía, igual que yo.

Ella lo miró perpleja. ¿Estaba aquel hombre infantil proponiéndole una cita? Sin saber cómo, empezó a reírse. Su casa estaba sitiada por una horda de desconocidos y ese tipo la estaba invitando a salir con él.

El hombre frunció el ceño y June comprendió que su risa no era la reacción que el hombre había esperado.

—Lo siento, no tiene nada que ver contigo. Soy…, bueno, la verdad es que tampoco es por mí. Me ha cogido por sorpresa. Es que, a ver, ¿qué haces tú en mi casa? —Gesticuló hacia un grupo grande de personas—. ¿Qué hace aquí toda esta gente?

June se abrió paso entre la multitud de juerguistas. Era casi imposible entrar en la cocina con toda la gente que había en ella, pero tenía que meter las chuletas de cordero en la nevera.

—¡Por favor! —Se abrió paso a empujones, para sorpresa de una pareja que se besaba desenfrenadamente. Consiguió llegar hasta la nevera y abrió la puerta. Estaba repleta de bebidas. Sacó un pack de

seis cervezas para hacerle sitio a la compra. No lo ordenó todo como solía hacer. Se limitó a meter las cosas sin demasiado cuidado y se largó de allí pitando, loca por encontrar la intimidad de su dormitorio.

Un grupo de chicas estaban sentadas en la entradita, riéndose y bebiendo algo que parecía ponche. Llevaban mucho maquillaje y ropa tan moderna que casi resultaba dolorosa de mirar, pero June no podía saber con certeza si eran adultas o adolescentes. Solo esperaba que no terminaran vomitando sobre la exclusiva alfombra afgana del casero.

Cuando llegó a su habitación, encendió la luz y la estancia se iluminó de un fulgor amarillo siniestro, lo que le permitió ver a dos desconocidos enredados en su cama. Estaban envueltos en las sábanas como en un capullo y los cuerpos de ambos relucían húmedos por el sudor. June se quedó mirando fijamente a la pareja durante un instante, paralizada por el shock, hasta que el sonido de los dos cuerpos chocando entre sí cortó el aire como un cuchillo. Soltó un grito, lo que hizo que la pareja se asustara, comenzara a maldecir y se separara de un salto.

—¡Fuera de aquí! —gritó con un tono de voz que se quebraba por la rabia que la invadía.

Las dos personas salieron a toda prisa de la cama, con los brazos y las piernas aún enredados en las sábanas. Cogieron su ropa y salieron casi tropezándose al pasillo. June escuchó carcajadas estridentes y, luego, la voz de Poppy, que resonó en las paredes:

—¿Quién estaba ahí con el culo al aire?

Las risas continuaron hasta que June no pudo soportarlo más. Arrancó las sábanas de la cama y las tiró a un rincón de la habitación. Luego apretó los dientes y emitió un gruñido mientras empujaba su pesada cajonera para ponerla delante de la puerta, creando un obstáculo que nadie podría atravesar. Con el sudor

goteando por la frente, se dejó caer en el suelo, exhausta.

Sentía que el corazón le latía con fuerza en el pecho y trató de tomar aire, aunque con dificultad. Toda la rabia que ya había sentido hacia Poppy en los días anteriores pareció incrementar dentro de ella hasta el punto de amenazar con explotar y salir al exterior a través de sus poros. Ya estaba bien. Ya había tenido suficiente. Poppy tenía que irse.

CAPÍTULO 13

JUNE

June estuvo despierta la mitad de la noche, pero no se atrevió a salir de su habitación hasta que amaneció. Le costó muchísimo apartar la cajonera de la puerta. Cuando lo logró, quedó al descubierto un arañazo considerable en el zócalo. La casa estaba por fin en silencio, salvo por un leve zumbido que provenía del sótano. Avanzó por el pasillo, pisando a propósito las tablas del suelo que crujían. Sus compañeras no habían tenido ninguna consideración con ella durante la noche anterior, así que no le importaba despertarlas. De hecho, esperaba hacerlo.

Contuvo la respiración al ver el estado en el que había quedado el salón. Todo estaba revuelto: había muebles volcados, cristales rotos y colillas esparcidas por todo el suelo. También advirtió marcas de quemaduras en la alfombra; ni siquiera el techo se libraba de algunas manchas de humo.

Sacó la aspiradora y se ocupó de los cristales, solo por asegurarse de que nadie se hiciera daño con ellos. No tenía intención alguna de limpiar lo que sus compañeras habían provocado, pero disfrutaba con el ruido de la aspiradora. Esperaba que las despertara a todas. Se lo merecían.

***

Llegó a casi cerrar los ojos en el trabajo durante la reunión matutina. Marilyn hablaba sin cesar con tono aburrido mientras todos los

demás parecían ausentes. El único sonido en la oficina era el rasgueo suave de los bolígrafos sobre el papel. Se sorprendió al comprobar que su propio bolígrafo se había movido a través de la página, dejando un rastro de tinta.

Un compañero le dio un codazo, sacándola del trance. June se enderezó, cruzó las piernas y juntó las manos sobre su regazo. Por suerte, en ese momento, un ayudante entró en la oficina empujando un carrito repleto de tazas de café. June cogió una de forma casi impaciente, con la esperanza de que el aroma intenso avivara sus sentidos.

Marilyn hizo gestos hacia la hoja de cálculo que mostraba la pantalla del proyector y le pidió a June que explicara los números. Una sensación de desánimo la invadió cuando comprobó que solo tenía ideas difusas en la cabeza; era como si la hubieran despojado de todos sus conocimientos. Podía percibir que todos los asistentes tenían la vista fija en ella; su rostro ardía por la vergüenza que sentía. Había pasado años perfeccionando su capacidad profesional, pero aquel día no estaba en condiciones de trabajar.

Se aclaró la garganta y jugueteó con el bolígrafo mientras revisaba sus notas.

—Eh… Estos son los números de este mes. —Dio golpecitos con un dedo sobre una columna de la hoja de cálculo—. Como podéis ver, esto es lo que hemos gastado hasta ahora.

Marilyn frunció el ceño.

—¿Y qué indica la segunda fila? ¿Son las cifras previstas para el futuro?

June se quedó mirando los números de esa segunda fila, tratando por todos los medios de encontrarles algún sentido. Se le vino el mundo encima al darse cuenta de su error.

—No… O sea, eso sería… Esos son los números del año pasado, en realidad.

June se puso roja como un tomate cuando Marilyn suspiró y negó con la cabeza.

—Bueno, gracias, June, por dejarnos todo tan claro. Nótese la ironía.

June trató de enmendar su error tan rápido como pudo, pero la vergüenza se apoderó de ella. Se atrevió a levantar la vista y se encontró con las miradas de sus compañeros. Algunos parecían sorprendidos por verla tener un mal día, mientras que otros la miraban con empatía. June no quería que la compadecieran. Solo quería volver a ser la persona tan eficiente que siempre había sido.

Más tarde, Gulnara se pasó por su despacho.

—¿Cómo va todo? —le preguntó a June.

—Bien —respondió, esbozando una sonrisa forzada. Sus hombros se pusieron rígidos al acomodarse en el sillón, que crujió como un anciano al levantarse de la cama. Eso de bien era pura cortesía. Nada iba bien ese día. Un rato antes había atascado la impresora. Ahora parecía que había imprimido unos documentos que no eran los que necesitaba. Respiró hondo y rebuscó entre el montón de papeles que había sobre su escritorio.

—Parece que las páginas de citas ya han eliminado todos tus perfiles —dijo Gulnara—. ¿Has averiguado ya quién lo hizo?

—Tengo una idea bastante clara. —June le habló de Poppy, dándole algunos detalles de lo sucedido recientemente.

Gulnara la escuchó e hizo una mueca.

—Tienes que hablar con el resto de tus compañeras.

—¿Cómo voy a hacerlo? Poppy siempre está en medio.

—Pues tienes que conseguirlo. En serio. Tienes que darles un ultimátum. O se va Poppy, o te vas tú. No puedes vivir así.

—¿De verdad lo crees?

Gulnara asintió.

—Deja de ser tan buena gente. Ya le has dado suficientes

oportunidades. Ahora lo que tienes que hacer es echarla.

***

Dan la llamó justo cuando estaba saliendo de la oficina. Se detuvo y miró a su alrededor para asegurarse de que ninguno de sus compañeros la estuviera escuchando.

—Me has llamado —dijo, tratando de sonar despreocupada.

—No sabía cuánto tiempo debía esperar para hacerlo. No quería agobiarte. No se me dan muy bien estas cosas —dijo Dan, con un tono de nerviosismo en la voz.

—A mí tampoco —respondió June, que no podía evitar sonreír. Le gustaba hablar con él. Era el único momento agradable de un día que por lo demás estaba siendo horrible.

—Mira, si no tienes nada que hacer el viernes, ¿te apetece que vayamos a cenar? —preguntó Dan con cierta vacilación.

—Me encantaría.

—¿Te parece que te recoja en tu casa, sobre las ocho?

Ella se lo pensó un momento.

—La verdad es que tengo algunos problemas con alguna de las chicas con las que comparto casa. ¿Te parece bien que nos veamos en el restaurante?

—Perfecto, como prefieras. Yo me encargo de reservar mesa. Te mando sitio y hora.

—Estupendo. Tengo muchas ganas.

***

El camino a casa fue reconstituyente. Pedaleaba con fuerza bajo un intenso aguacero y su bicicleta iba salpicando cada vez que pasaba sobre un charco. Estaba contentísima porque Dan la hubiera invitado a cenar y no a verlo jugar al rugby, como le había sugerido una vez una antigua pareja, o a ir a un escape room, como había hecho otro

tipo. Media hora encerrada en una habitación con aquel tarado fue más que suficiente.

Iba a tal velocidad que veía los edificios casi borrosos a su paso. Entonces pilló un semáforo en rojo y su alegría se desvaneció al instante, pues recordó el caos que la esperaba en casa.

Queen Anne's Crescent estaba tranquila, lo cual contrastaba enormemente con el día anterior. Se desvió hacia el callejón que daba a su casa y se detuvo en el jardín para arreglar un pequeño pinchazo e inflar un poco las dos ruedas. Luego, guardó la bici en el cobertizo.

Cuando entró en la casa, escuchó desde la entradita unos suaves ronquidos y comprendió que la mayoría de sus compañeras aún estaban acostadas. Se le hizo un nudo en el estómago al ver varias latas de cerveza vacías esparcidas por el suelo.

Bajó a toda velocidad las escaleras hasta el sótano, con la respiración entrecortada y, a la vez, acelerada. Golpeó la puerta de Poppy con los puños, provocando un sonido agudo que transmitía de forma muy evidente su enfado. La puerta se abrió con un chirrido, dejando al descubierto a una Poppy con muy mala cara. Habló con dificultad.

—No me encuentro muy bien.

—Me da igual —dijo June. Su rostro reflejaba la ira que sentía—. No me habéis dejado dormir en toda la noche y la casa parece un campo de batalla.

Poppy se echó hacia atrás al oír las palabras de June.

—Lo siento —le dijo, apenas capaz de articular las palabras—. Lo limpiaré todo. Pero ahora mismo me siento tan mal que…

—Hombre, claro que lo vas a limpiar todo. Y pon el puto papel higiénico en su sitio —espetó June, antes de darse media vuelta y salir de la habitación. Cerró dando un portazo tan fuerte que resonó en todas las paredes de la casa.

Fue hacia la cocina y miró con consternación la colección de botellas y latas vacías. Se suponía que esa noche le tocaba cocinar a ella, pero, en lugar de hacerlo, se preparó una tostada con jamón y queso y se metió en su habitación.

A eso de las cinco, escuchó voces junto a su puerta. Alguien llamó.

—¿Podemos entrar? —preguntó Tamsin.

June tenía ganas de responder que no, pero todas sus compañeras entraron juntas casi de inmediato, con aspecto de estar increíblemente avergonzadas. Incluida Poppy.

—Siento que la fiesta se nos fuera de las manos —dijo Flick.

—¿Por qué montasteis una fiesta? —les preguntó June—. Por el amor de Dios, era un día laborable, y ni siquiera me preguntasteis. —June posó su mirada sobre Poppy—. Seguro que fue idea tuya, ¿verdad?

—No, todas nos dejamos llevar por la emoción y perdimos el control —aseguró Kimmy—. Poppy invitó a un par de amigos, luego apareció Ralph con sus colegas y Flick se puso a charlar con un vecino en la escalera. Todo surgió de forma espontánea.

—Ya hemos limpiado todo el caos —dijo Tamsin, como si eso fuera algo de lo que estar orgullosa.

—Anda, mira qué bien, habéis limpiado el caos que vosotras mismas provocasteis.

June no pretendía ser demasiado cruel, pero no pudo evitar sonar irónica.

Nadie se atrevió a hablar; durante unos instantes, todas intercambiaron miradas incómodas. Finalmente, Kimmy dio un paso adelante y tocó a June en el brazo.

—Vamos a ver *Pesadilla en Elm Street*. ¿Quieres unirte?

June miró hacia la ventana. La brisa que provenía del exterior hacía ondear sus ligeras cortinas de encaje. No le apetecía pasarse otra noche encerrada en su habitación.

—Vale —aceptó.

Siguió a sus compañeras hasta el salón. Tamsin trajo una silla del comedor y June recuperó su sillón. Se dio cuenta de que Poppy esperó a que se sentara antes de hacer lo propio en el lado opuesto del salón. Parecía estar tratando de evitar cualquier contacto físico con ella. Como si tuviera alguna enfermedad contagiosa.

June notó que su teléfono vibraba en el bolsillo. Lo cogió con cierta expectación, esperando que se tratara Dan, pero le enfadó comprobar que era Colin, el chico de DatingLocal. Guardó el móvil y observó a Poppy por el rabillo del ojo mientras se le ocurría una idea.

CAPÍTULO 14

JUNE

June apoyó la mano en la puerta de madera tallada de The Paper Pantry para empujarla y abrirla. Al entrar, un tintineo ligero resonó en el espacio. Se adentró en la tienda, sintiéndose diminuta bajo las estanterías que se elevaban hasta el techo, que era bien alto. Las paredes estaban cubiertas de cajones y armarios repletos de toda clase de artículos de papelería: cuadernos de varios tamaños, bolígrafos de un montón de colores, barras de pegamento, sacapuntas e incluso algunas impresoras. Al verlo, se quedó casi extasiada; podría pasarse horas curioseando en aquella tienda. Siempre había un montón de cosas interesantes que observar.

Dejó con cuidado sobre el mostrador los refrigerios que traía: unos cafés en vasos de plástico y un buen surtido de macarons de colores, que había comprado en su pastelería favorita. El aroma dulce de esas exquisiteces recubiertas de azúcar flotó en el aire.

Kimmy estaba de espaldas, reorganizando varios artículos en la estantería que había detrás del mostrador.

—Entiendo que soy la primera en llegar, ¿no? —preguntó June con delicadeza, pues no quería darle un susto.

Kimmy se dio la vuelta. Tenía el ceño fruncido y la mirada un tanto perdida.

—¿Qué tal va la cosa? —preguntó June.

—Un poco floja, la verdad —respondió Kimmy, dejando escapar un suspiro—. Vendí algo más con la promoción de san Valentín, pero

desde entonces todo ha vuelto a estar demasiado tranquilo.

—¿Por qué no pones un anuncio en algún periódico o algo por el estilo?

—No tengo presupuesto para eso. —Kimmy se fijó en lo que había traído June—. ¿A qué viene este despliegue?

June se mordió la lengua.

—Te lo contaré cuando lleguen las demás.

—Flick ya está aquí. Ha ido al baño un momento.

—Ah, vale. Pues entonces solo falta Tamsin.

—Nos pediste que no se lo dijéramos a Poppy, ¿verdad?

June bajó la mirada hacia sus manos.

—Correcto.

—Entonces, me imagino que tiene algo que ver con ella, ¿no?

—Vamos a esperar a que llegue Tamsin, ¿te parece?

Mientras aguardaban, echó un vistazo a su alrededor, recorriendo con los dedos algunos de los estantes y pasando la mano por los paquetes de acuarelas, óleos y acrílicos.

—¿Quieres que vayamos al cine el sábado? —preguntó June.

—A lo mejor. Pero aún no sé qué vamos a hacer.

A June le irritaba que últimamente Kimmy siempre tuviera que consultarlo todo con Ralph. Si a ella le apetecía ir al cine, ¿por qué no iba y ya está? No podía imaginarse a sí misma cediendo ante un novio de esa manera. Seguro que Dan no soportaría ese tipo de comportamiento. Tenía una serenidad envidiable.

June ocultó una sonrisa al pensar en él. Estaba deseando que llegara ya la cena en la que habían quedado. No le había hablado de él a ninguna de sus amigas. Le parecía divertido tener un pequeño secreto. Además, aún no sabía a ciencia cierta a dónde iba a llegar aquello. No quería gafarlo.

En ese momento entró Tamsin. Llevaba puesto un vestido por encima de una camiseta y unos calcetines que le llegaban hasta las

rodillas. A Tamsin ese look le sentaba muy bien, le daba un aire juvenil y tierno. Si June se pusiera algo así, se sentiría ridícula.

Flick salió del baño y June se peleó con el cierre hermético de la caja de macarons. Kimmy repartió los cafés y luego se giró hacia June, con una mirada de expectación.

—Venga, June. A ver qué tienes que contarnos.

A June se le hizo un nudo en la garganta.

—Bueno, pues la cosa es que quiero que Poppy se vaya de casa.

Todas intercambiaron miradas de desconcierto.

—Mirad, no me siento cómoda con ella —continuó explicando—. No me gusta y no me fío de ella.

Kimmy arqueó una ceja.

—Solo fue una fiesta.

June negó con la cabeza.

—No, no se trata de la fiesta. Al menos, no solo de eso.

—¿Es porque ensucia mucho la cocina? Es buena cocinera.

Tamsin asintió.

—¿No te gustó la noche de tacos?

June cruzó los brazos.

—No se trata de nada de eso, aunque a decir verdad sí que me resulta intolerable el ruido que hace y el desorden que provoca. En cualquier caso, tiene más que ver con cómo se comporta conmigo. Hay una tensión constante. No me gusta cómo me mira. No me siento segura en mi propia casa. Me pone nerviosa.

Nadie pestañeó.

—Yo no he percibido nada de eso —dijo Flick.

—Yo tampoco —añadió Tamsin.

June intentó no alterar demasiado su tono de voz.

—Porque con vosotras está bien. Soy yo a quien se ha propuesto fastidiar. Me tiene entre ceja y ceja.

—Tengo que decirte, June, que suenas un poco paranoica. —

Tamsin no la miró mientras le lanzaba esa acusación.

June alzó las manos, un tanto exasperada.

—Soy consciente de cómo suena, pero tenéis que creerme. ¿Cuánto tiempo hace que me conocéis?

Se produjo un silencio. Kimmy cogió un macaron y se lo llevó a la boca.

—A ver, ella está pagando su parte del alquiler —dijo Flick—. Incluso si quisiéramos que se fuera, tendríamos que avisarla con antelación y darle el preaviso.

—Pues hagámoslo —dijo June.

—Sería muy incómodo —se quejó Tamsin—. Tendríamos que vivir con ella uno o dos meses más mientras encuentra otro sitio. No puedes ponerla en la calle así, sin más.

—Yo haré las gestiones que sean necesarias —dijo June, que ya estaba desesperada—. La ayudaré a buscar una casa nueva, a hacer las maletas, a mudarse, lo que haga falta. Lo siento, pero no puedo seguir viviendo con ella.

Flick se rascó la cabeza.

—Todo esto me parece un poco exagerado, June. ¿Seguro que no puedes arreglar las cosas con Poppy? Quizá, si pasas algo de tiempo con ella, termines descubriendo que tenéis cosas en común.

June cruzó los brazos por delante del pecho.

—Te lo digo en serio, me da mala espina.

—¿Y si le damos un par de semanas más? —sugirió Flick—. Hasta finales de mes, por ejemplo. A ver si las cosas mejoran un poco.

Las demás asintieron.

—No van a mejorar —dijo June con la mandíbula tensa—. Te lo juro, me odia.

Ninguna de ellas parecía convencida. Era exasperante. Se suponía que eran amigas suyas, no de Poppy.

—¿Kimmy?

June miró a la persona cuya amistad se remontaba más atrás en el tiempo. Si no conseguía que Kimmy lo entendiera, estaba perdida.

—Está bien —dijo Kimmy, entrelazando los dedos delante de su cara—. Si accedemos a esto, serás tú la que se lo diga, June. Y tendrás que encargarte de buscarnos una nueva compañera, ¿entendido?

—¡Sí! —exclamó June, tratando de que no se le notara demasiado el entusiasmo.

Las demás se miraron con tristeza y June les acercó los macarons, gesto simbólico para sellar el acuerdo.

Se dirigieron todas juntas hacia casa. Poppy no estaba en ella.

—Acaba de mandarme un mensaje para decirme que tiene que quedarse a trabajar hasta tarde —dijo Flick, mirando su teléfono.

—Vaya —dijo June, sintiéndose desanimada. No sabía cómo iba a poder sobrellevar la noche. Quería darle puerta a Poppy. Cuanto antes, mejor.

No sería capaz de relajarse hasta que lo hiciera. Ahora que tenía luz verde, quería que el momento llegara cuanto antes. Le irritaba que Poppy tuviera un horario tan extraño. Nunca sabía cuándo iba a estar en casa.

Pensó en ir en bicicleta hasta el Tipsy Toad, pero enseguida lo descartó. ¿Y si se tomaba mal la noticia? No podía arriesgarse a que se echara a llorar en el trabajo. Conociendo como conocía ya a Poppy, sabía muy bien que no se iba a tomar la noticia con tranquilidad. Montaría un espectáculo y June estaría en su diana. Lo único que June no sabía era si le daría por gritar o por llorar.

Para su enorme disgusto, Poppy aún no había llegado a casa a las once y media de la noche, así que June acabó yéndose a la cama. Incluso entonces, tumbada bajo el edredón, esperó escuchar el típico alboroto que su escandalosa compañera solía provocar. Pero, por una vez, Poppy no hizo ni un solo ruido.

***

Al día siguiente, durante toda su jornada laboral, ensayó mentalmente lo que le iba a decir. «Poppy, lo siento mucho, pero esto no ha funcionado». Visualizó el rostro contrariado de su compañera. Era probable que perdiera los nervios. Incluso podría empezar a tirar cosas por los aires, aunque, si le daba por hacer algo así, solo serviría para demostrar que ella tenía razón.

Volvió a casa en bicicleta más rápido de lo habitual. Cuando llegó, tenía hasta náuseas. Dejó el bolso sobre la mesa del salón y atravesó la casa, fijándose en que el abrigo de Poppy estaba colgado en el perchero. Bien.

Respiró hondo para armarse de valor, bajó las escaleras hasta la habitación de Poppy y llamó a la puerta.

No hubo respuesta. June estaba furiosa. ¿La estaba ignorando Poppy a propósito? ¿Se habría enterado de alguna manera de lo que estaba a punto de suceder? No le extrañaría que hubiera escuchado a alguna de sus compañeras hablando del tema. La sutileza no era precisamente el punto fuerte de ninguna de ellas.

Volvió a llamar con más agresividad, pero Poppy continuaba sin responder. June abrió la puerta y echó un vistazo al interior. El color berenjena de las paredes había vuelto a cambiar; ahora se había convertido en un azul intenso. El aspecto había mejorado, aunque Poppy hubiera salpicado pintura azul sobre el escritorio y el armario. June tendría que quitarla con una lija antes de que se mudara el nuevo inquilino.

Por lo demás, la habitación estaba desordenada. Había ropa tirada por todo el suelo, pero June pensó que no estaba peor que la habitación de Flick. No había ni rastro de Poppy. Enfadada, salió de la habitación y subió los escalones pisando con rabia cada peldaño. Casi se choca con Poppy cuando esta salía del baño.

—¡Poppy! —exclamó.

Comenzó a recitar las palabras que tan cuidadosamente había ensayado.

—Lo siento, pero esto no ha funcionado. Voy a tener que pedirte que te vayas de la casa. Por supuesto, puedes quedarte aquí hasta que encuentres otro sitio y te ayudaré con mucho gusto a…

Antes de que June pudiera terminar su discurso, Poppy lanzó un grito desgarrador que resonó por toda la casa. Para incredulidad de June, su compañera retrocedió bruscamente, casi perdiendo el equilibrio al borde de las escaleras. Sus ojos se abrieron de par en par, presa del pánico, mientras buscaba algo a lo que agarrarse. Su cuerpo fue emitiendo crujidos secos al chocar contra cada escalón, hasta que terminó impactando contra el suelo en el sótano, provocando un gran estruendo.

CAPÍTULO 15

JUNE

—¡Poppy! —June no se había dado cuenta de que Flick estaba detrás de ella. Debía haber salido del baño justo en aquel momento. Su amiga dio un paso adelante y, junto a June, se asomó a la escalera para echar un vistazo.

Los gritos de Poppy eran cada vez más fuertes y desgarradores. Estaba tumbada de espaldas, con los ojos muy abiertos y una expresión dramática en el rostro.

—Por el amor de Dios, ¿no ves que está fingiendo? —dijo June, disponiéndose a bajar las escaleras—. Venga, va, Poppy, ya puedes levantarte. Deja de simular.

Pero, aún desde la distancia, comprobó que el aspecto de la nueva compañera era peor de lo que había imaginado en primera instancia. Su semblante se había teñido de una palidez mortuoria y tenía el brazo derecho torcido en un ángulo espeluznante que causaba repulsión.

Kimmy llegó corriendo hasta el borde de las escaleras.

—¿Qué ha pasado?

Flick frunció el ceño, presa de la confusión. Miró hacia abajo para encontrar en el suelo a Poppy, que alzó la vista hacia ellas, desorientada.

—June y Poppy estaban discutiendo. De pronto, y no sé ni cómo, he visto que Poppy salía volando por las escaleras.

Kimmy se acercó hasta June y se dirigió a ella con voz baja pero

acusadora.

—¿Qué has hecho?

Una diminuta gota de sudor resbaló por el cuello de June. En aquel instante, su estado de shock le impedía hablar. Flick pareció recuperar la lucidez. Bajó las escaleras todo lo rápido que pudo, y Kimmy la siguió. June prácticamente se desplomó sobre el escalón superior, demasiado impactada como para ser capaz de decir palabra.

Comenzó a repasar mentalmente el accidente, una y otra vez. Estaba tan concentrada en el discurso que tenía preparado que apenas había mirado a Poppy. Casi ni se había dado cuenta de que estaba de pie justo al borde de las escaleras. Ahora se arrepentía y se maldecía a sí misma, porque había escogido un lugar demasiado imprudente para tener una conversación seria. De todos modos, estaba segura de que no había tocado a Poppy. Ni siquiera se había acercado a ella lo suficiente.

No tenía motivos para hacerlo. Todo estaba yendo como quería. Sus compañeras habían aceptado echarla de casa. Había conseguido lo que pretendía.

June observó cómo Flick se arrodillaba en el suelo y le hablaba a Poppy en voz baja mientras Kimmy se deslizaba hasta situarse a su lado. Hablaban con un tono sereno y tranquilizador, tratando al mismo tiempo de evaluar las posibles lesiones. June vio a Poppy estremecerse cuando Kimmy se acercó demasiado al brazo en el que se había hecho daño.

—Tenemos que llevarte a urgencias —le dijo Kimmy a Poppy. Luego, miró a June—. No te quedes ahí parada, tráele algún analgésico para el dolor.

June se puso de pie tambaleándose, cogió el botiquín de primeros auxilios de la cocina y sacó una caja de ibuprofeno. Cuando regresó, Kimmy y Flick estaban ayudando a Poppy a levantarse. Tenía un

aspecto terrible: estaba pálida y no dejaba de temblar.

June bajó las escaleras y les dio las pastillas.

—¿Puedes traerle un poco de agua? —preguntó Flick.

—Por favor —dijo Poppy de forma apenas audible.

June se quedó mirándola durante un momento. Parecía que aquel espécimen débil y patético era alguien completamente diferente a la persona con la que había empezado una conversación apenas unos minutos antes. Volvió a la cocina, cogió un vaso y lo llenó con agua del grifo mientras escuchaba lo que sucedía a unos metros de allí. Poppy gritaba mientras trataban de subirla por las escaleras. Si estaba fingiendo, lo estaba haciendo maravillosamente. A June no le quedaba más remedio que asumir que se había hecho daño de verdad.

Volvió con el agua y se la dio a Flick. No quería acercarse a Poppy. No sabía si estar enfadada o asustada. Todas aguardaron mientras Poppy se tragaba las pastillas, lo cual hizo sin decir ni pío. Luego terminó de subir a duras penas las escaleras, con Flick y Kimmy flanqueándola en todo momento por si se volvía a caer.

June observó la escena hasta que Poppy llegó a la primera planta y pasó junto a ella moviéndose con pasos torpes, dirigiéndose hacia la puerta de la calle.

—¡De verdad que yo no he hecho nada! —les gritó cuando las tres habían comenzado a dejarla ya atrás.

Ninguna de sus compañeras respondió nada. O estaban demasiado concentradas en la tarea de llevar a Poppy al hospital, o simplemente no la creían.

Cuando se marcharon, June se quedó sola en el salón. Se encontró a sí misma apretando los dedos contra los reposabrazos de su sillón, muy preocupada. Se sobresaltó al escuchar cómo se abría la puerta y levantó la cabeza de golpe para ver a Tamsin en el umbral, con la guitarra colgada del hombro con una correa. Sus ojos oscuros

recorrieron la estancia con incertidumbre.

June se dispuso a contarle lo que había pasado, pero enseguida dio cuenta de que alguien debía haberlo hecho ya, porque Tamsin la fulminó con una mirada severa y sostenida en el tiempo.

—¿Qué coño ha pasado? —le preguntó.

—Estábamos hablando y, de repente, se cayó por las escaleras. No sé si lo ha hecho queriendo o si se ha tropezado.

—¡Claro que no lo hizo queriendo! —dijo Tamsin—. ¿Qué disparate es ese?

—Bueno, pues yo no la he empujado —dijo June con firmeza.

Tamsin se quedó callada.

—¡No he hecho nada! —le gritó June, mientras su compañera subía hacia su habitación, casi arrastrando el cuerpo.

Al cabo de unos minutos, una melodía triste comenzó a bajar por las escaleras desde la habitación de Tamsin. June se dejó caer en el sillón y se cubrió el rostro con las manos. Apretó los dientes y exhaló por la nariz. Estaba tan frustrada que quería gritar. En lugar de hacerlo, se levantó de manera abrupta. No podía quedarse allí sentada esperando. Tenía que hacer algo. No se sentía con ánimos para cocinar, pero alguien tenía que hacerlo.

Entró en la cocina, sacó una bandeja apta para el horno y dispuso sobre ella unas pechugas de pollo. Las sazonó con romero y aceite. Metió la bandeja en el horno y cogió una olla para preparar el arroz.

—Eh, ¿dónde está el azafrán?

Rebuscó en el cajón de las especias, pero no lo encontró por ninguna parte. Tampoco estaba en el cajón de los utensilios para hornear. Ni en la nevera. Por el amor de Dios. Cada vez era todo más absurdo.

Hizo el arroz sin azafrán. Cuando estuvo listo, avisó a Tamsin desde la base de las escaleras.

—¡La cena está lista!

De primeras, encontró el silencio por respuesta. Pero fue un alivio cuando por fin escuchó cómo se abría una puerta y sintió pasos en las escaleras.

Las dos comieron en la mesa de la cocina, ya que no tenían ni idea de cuánto tiempo iban a tardar las demás en llegar.

Tamsin probó el pollo, masticándolo despacio.

—Está buenísimo, June.

June sonrió con cierta frialdad. Las cosas seguían estando raras entre ellas. Tamsin no dejaba de observarla con una mirada triste.

—¡Yo no he hecho nada! Poppy debería haber tenido más cuidado.

Tamsin alzó los brazos con frustración.

—Yo no estaba cuando sucedió.

—Pero me crees, ¿verdad?

Tamsin dudó durante una fracción de segundo.

—Por supuesto que sí.

June masticó lentamente la comida, jugando con ella con el tenedor. No tenía ganas de seguir comiendo, así que apartó su plato y se levantó de la mesa. Dejó a Tamsin encargándose del fregado y se dirigió hacia el salón con paso cansado. Encendió la televisión y la pantalla mostró la imagen de una colonia de hormigas arremolinándose sobre un montículo de tierra. Llevaba tiempo queriendo ver aquel documental, pero una furia intensa la consumía por completo, ardiéndole en las venas como si de fuego se tratara. Solo podía pensar en lo que había hecho Poppy. En todas sus artimañas insensatas y manipuladoras. ¿Cómo podían creerla sus amigas, aunque fuera por un solo instante? Parecía que no la conocieran lo más mínimo.

***

Sus compañeras llegaron poco después de las nueve. Poppy parecía mucho más animada. Sus mejillas habían recuperado el color y

llevaba el brazo escayolado.

—Se ha roto por dos sitios —anunció mientras Tamsin se lo examinaba.

June sirvió la cena para las tres y todas comieron con apetito, pero nadie la miraba a la cara. De vez en cuando, Kimmy la observaba de reojo. Flick mantuvo la conversación ella sola, hablando de un tío que estaba buenísimo con el que había estado hablando en la sala de espera.

Cuando recogieron los platos, todas se dispusieron a escribir sus nombres con colores vivos en la escayola de Poppy. Kimmy le pasó el bolígrafo a June, que miró a Poppy con cierta incomodidad.

—Si no se te ocurre nada, escribe tu nombre —le dijo su compañera lesionada.

—Podrías hacer un dibujito de los tuyos —le sugirió Tamsin.

Así que June dibujó un girasol amarillo brillante y una regadera que vertía agua sobre él. «Que te mejores pronto», escribió debajo.

Se dirigieron al salón y Poppy se sentó en el sillón. June se apretujó en el sofá junto a Kimmy, pero notaba la rigidez del cuerpo de su amiga, que seguía mirándola furtivamente de vez en cuando. Tenía la sensación de que todas estaban esperando que dijera o hiciera algo. Un poco después, Poppy fue al baño y todas las demás se acercaron a June.

—Creo que deberías pedirle perdón a Poppy —dijo Kimmy.

June sintió que se le enrojecían las mejillas.

—¡Pero si yo no le he hecho nada! —Miró a Flick—. ¡Díselo tú!

—No llevaba puestas las lentillas —admitió Flick—. Lo vi todo un poco borroso.

June negó con la cabeza, incrédula, y se marchó furiosa a su habitación. Se tumbó sobre la cama y comenzó a revivir la escena una y otra vez. Vio a Poppy retroceder, agarrarse al vacío y precipitarse por las escaleras. Todo sucedió muy rápido. Ella no lo

hizo. No había tenido intención de hacerlo. Ambas cosas eran lo mismo, ¿no?

Llamaron a la puerta y Kimmy entró en su habitación. Se sentó en el borde de su cama.

—Tienes que creerme —dijo June.

Kimmy se quedó callada un momento. Luego miró a June a los ojos.

—No has empujado a Poppy, como tampoco empujaste a tu madre.

El labio inferior de June tembló.

—Esto es algo completamente diferente.

Los ojos marrones de Kimmy se tornaron más oscuros cuando intensificó su mirada.

—¿Lo es?

CAPÍTULO 16

JUNE

Dieciséis años antes

—Es mi cumpleaños. Debería poder hacer lo que me diera la gana —protestó June.

Lo que quería hacer era coger el autobús hasta el centro con Kimmy para gastarse el dinero de su cumpleaños y tomarse un batido en su cafetería favorita.

—No entiendo por qué no puedes —dijo Kimmy.

—Porque mi madre me ha obligado a salir a comer con la abuela y suele pasarse horas intentando decidirse por algo del menú que le apetezca. Te juro que lo lee todo por lo menos cinco veces antes de pedir y luego tarda una eternidad en comer. Cuando volvamos a casa, todas las tiendas van a estar cerradas.

Kimmy metió la mano en su mochila, buscando en el fondo de la misma. Apartó los libros de texto y un estuche de lápices de colores. Sonrió triunfante cuando sacó un paquete envuelto con un papel brillante.

—Toma, te he comprado esto.

—¿Es para mí?

El papel de regalo era de color rosa chicle, pero June no se lo tuvo en cuenta a su amiga. Abrió su regalo y alisó el papel para poder reutilizarlo. Descubrió una mochila negra elegante y sofisticada. Levantó la vista hacia Kimmy, que la observaba con expectación.

—¿Por qué me has comprado esto? —le preguntó June, examinando la mochila como si fuera algún tipo de artefacto extraterrestre.

—Porque es tu cumpleaños.

—Pero ¿por qué una mochila?

—Porque ya no puedes seguir llevando la de los *Power* Rangers —dijo Kimmy, dejando entrever cierto hastío.

June sintió que se le enrojecían las mejillas.

—¿Qué tienen de malo los *Power Rangers*?

—No tienen nada de malo, pero los niños se van a reír de ti si sigues usando esa mochila en quinto.

—Pues a mí me gusta.

—Ya lo sé, y en casa no pasa nada porque la uses, pero tienes que madurar un poco. Es importante integrarse bien y no dar la nota.

June se encogió de hombros. No tenía ni idea de moda. ¿Por qué todo el mundo estaba tan obsesionado con ser igual que los demás? *Power Rangers* era su serie favorita. La veía todos los días cuando llegaba a casa del colegio. A menudo se trataba del mismo episodio, repetido una y otra vez. Estaba segura de que no era la única a la que le seguía encantando, solo que los demás niños mentían y fingían que a todos les gustaban las mismas cosas. Como Kimmy, que fingía que le gustaban las Girls Aloud cuando June sabía perfectamente que prefería Coldplay.

—Bueno, muchas gracias por el regalo —dijo June, recuperando los buenos modales—. Será mejor que me vaya a cambiar. Mi madre me ha comprado un vestido espantoso.

—Ven a mi casa cuando volváis —dijo Kimmy—. Nunca se sabe. Quizá aún nos dé tiempo a salir.

—Lo dudo mucho.

June cogió su mochila y entró en casa con paso decidido para empezar a prepararse.

Aunque primero se dirigió hacia la cocina, con la esperanza de encontrar una galleta o alguna otra cosa para picar.

Miró en la despensa, pero, por supuesto, no había ni rastro de galletas. Cogió un puñado de cacahuetes.

—¿Qué estás haciendo?

Se dio la vuelta y encontró a su madre, que la estaba mirando con las manos en las caderas.

June parpadeó. ¿No era obvio lo que estaba haciendo?

—¿Picando algo?

—Vamos a salir a comer dentro de diez minutos. Se supone que deberías estar ya preparándote, no atiborrándote de basura.

—Solo son unos cuantos cacahuetes.

—Me da igual. Venga, ve a vestirte. Tu vestido nuevo está sobre la cama.

June cerró la puerta de la despensa. Discutir no le iba a servir para nada. En su casa nunca había justicia. Las cosas se hacían como su madre decía o no se hacían.

Subió las escaleras con los ojos humedecidos por las lágrimas. Tampoco servía de nada recurrir a su padre. Siempre apoyaba todo lo que decía su madre. A veces, June se preguntaba si su madre tenía el control total sobre la mente de su padre.

Entró en su habitación y miró con consternación su vestido nuevo. Era repugnante. Había pedido algo amarillo, pero aquello no era amarillo. Tenía un color mostaza horripilante. Supuso que su madre lo habría comprado porque estaba de moda, sin importarle que June fuera a parecer un perrito caliente con patas.

Desabrochó la cremallera de la espalda del vestido y se lo puso. La tela, feísima, se ciñó a su cuerpo como si de una segunda piel se tratara, marcándole la cintura y abriéndose con un ligero vuelo sobre sus piernas. Puso una expresión de disgusto en su rostro al verse en el espejo, deseando poder ponerse sus vaqueros.

Se miró por última vez y se resignó al almuerzo tedioso que tenía por delante, siendo consciente de que, si insistía en no ir, tanto su madre como su abuela le darían un sermón.

Bajó los escalones medio a trompicones y se detuvo sobre la lujosa alfombra del salón. Su madre llevaba puesto un vestido elegante de color crema, con pliegues cuidadosamente elaborados y botones delicados. Vestía unos imponentes stilettos de color beige que la hacían parecer aún más alta de lo habitual. June no comprendía cómo alguien podía caminar con unos tacones como esos. Debía ser parecido a andar sobre zancos.

—Estás preciosa, cariño. ¡Qué mayor!

June sabía que su madre estaba intentando ganársela después de la conversación desagradable que acababan de tener, pero no estaba interesada en reconciliarse con ella. Lo único que quería era terminar de almorzar pronto para poder disfrutar del resto de su cumpleaños.

Salieron a la calle. Su madre cerró la puerta con llave y le lanzó una mirada expectante a June antes de ponerse en marcha. Ella la siguió, sintiéndose amargada y resentida. Se volvió a mirar su vestido. Bajo el resplandor del sol, parecía desentonar con cada brizna de hierba mientras cruzaban el césped. Su madre caminaba con paso alegre, marcando el camino, mientras June arrastraba los pies, sintiéndose como si la estuvieran llevando directa al patíbulo.

Saludó con la mano a Kimmy, que estaba sentada en el columpio que había en el centro del jardín de la casa de al lado. June hizo una mueca en su dirección, queriendo indicarle a su amiga lo mucho que odiaba su vestido. Kimmy le sonrió de forma empática. Pero, conociéndola, probablemente a ella le gustaba. Su amiga se preocupaba por cosas como la moda. De hecho, incluso leía algunas de las revistas que le gustaban a su madre. Era difícil de creer que fueran tan buenas amigas.

—Que vaya bien la comida —le dijo Kimmy—. Nos vemos luego.

June asintió y se apresuró a intentar seguir a su madre. Era todo un misterio cómo podía caminar tan rápido con aquellos tacones. Un autobús dobló la esquina y June aceleró el paso.

—¡Mamá, espera!

June corrió a toda prisa por el camino, tratando de seguir el ritmo de su madre y muy enfadada porque ella no la estaba esperando. Tardó unos instantes en alcanzarla, y cuando lo hizo ya estaba sudorosa y con la respiración entrecortada. A propósito, chocó contra ella, empujándola por detrás. Su madre tropezó y se tambaleó hacia delante, perdiendo el equilibrio con sus tacones de quince centímetros. La mirada de June siguió el recorrido del autobús que se aproximaba hacia ellas. A su alrededor resonaron alaridos de terror, pero June tuvo la sensación de que lo que sucedió a continuación era parte de una película. Se sintió completamente ajena a todo lo que ocurría cuando su madre rebotó contra el cristal delantero del autobús, saliendo despedida como si fuera una muñeca de trapo. Solo fue capaz de volver a la realidad cuando la vio aterrizar contra el asfalto con un golpe seco. Se quedó boquiabierta al ver el cuerpo robusto de su madre tendido en la calle como si de basura se tratara.

Se produjo un momento de silencio. Su madre yacía inmóvil en la carretera y sus ojos se apagaron. June observó impotente cómo la gente se iba reuniendo a su alrededor. Todo había sucedido tan rápido que no era capaz de asimilarlo. No dijo ni una palabra hasta que sintió que Kimmy la abrazaba.

—¿Qué has hecho? —le susurró su amiga al oído.

***

Horas más tarde, June estaba sentada junto a su padre en la sala de espera del hospital. Él no apartaba la mirada del reloj, como deseando que el tiempo pasara más rápido. Casi ni le prestó

atención cuando ella intentó explicarle lo que había pasado, fulminándola con una mirada gélida que le caló hasta los huesos.

—Tienes diez años —le dijo con rudeza—. Justo esa es la edad mínima en la que la ley te puede considerar responsable de un delito. Tendrás suerte si no te encierran en alguna parte y tiran la llave al fondo del mar.

June escondió la cabeza entre las manos y rezó para que su madre estuviera bien. Revivió el accidente una y otra vez en su cabeza, sin llegar a ser capaz de entenderlo. Solo había querido darle a su madre un empujoncito, un pequeño sobresalto. Jamás se le había ocurrido que su acción infantil fuera a tener consecuencias tan graves.

Su padre no dejaba de pasearse de un lado a otro por la sala de espera. Por fin, un médico salió de otra habitación. Le dedicó a June una sonrisa empática antes de girarse hacia su padre y darle las malas noticias. Su padre se desplomó sobre una silla, sollozando, mientras el médico le explicaba que su mujer había sufrido lesiones graves en la columna vertebral y que era muy improbable que pudiera volver a andar.

***

Durante las siguientes semanas, June y su padre deambularon por la casa como si fueran fantasmas. Si se cruzaban por algún pasillo, él parecía no percatarse de la presencia de su hija. Vivían de las comidas que les llevaban algunos vecinos, ya que a su padre no se le daba demasiado bien cocinar, y toda su vida giraba en torno a las visitas a su madre en el hospital. June temía esas visitas, teniendo que ver a su madre rodeada de tubos y cables por todas partes y a su padre, obligado a llevar el peso de la conversación. Cada vez que entraba en el hospital, sentía que todo el mundo la mirada. Todos sabían lo que había hecho.

Un buen día llegaron al hospital y vieron que habían desconectado a su madre de las máquinas de monitorización y la habían incorporado en la cama. Había recuperado el color en la cara y era la versión más parecida a ella misma que habían visto en semanas.

—Se te ve mucho mejor —le dijo June.

Su madre sonrió, con los ojos brillantes por las lágrimas.

—Tienes que entender que las lesiones que tiene son permanentes —dijo su padre con tono solemne—. Tu madre no puede volver a casa hasta que la adaptemos para la silla de ruedas.

Sus padres se miraron de forma elocuente.

—Hemos estado hablando y creemos que lo mejor es que vayas a Saint Winifred durante algún tiempo —dijo su padre.

—¿A dónde?

—Saint Winifred. Es un internado solo para niñas que está en Devon.

June tragó saliva. Trataba de asimilar lo que estaba escuchando.

—Sé que va a ser un cambio enorme, pero tu madre no va a poder cuidar de ti. Va a necesitar toda su energía para recuperarse.

June miró a su padre impactada, pero, cuando comenzó a comprender lo que le estaba explicando, una llama se encendió en su interior. Por fin tendría un poco de distancia con sus padres, y, además, tiempo ilimitado para centrarse en sus estudios. No sabía si sus padres la estaban amenazando sin más o si de verdad pretendían enviarla lejos de casa, pero, cuando mostró entusiasmo por la idea, el rostro de su padre se encendió de pura incredulidad. Él se puso manos a la obra y se encargó de todas las gestiones.

La gente sintió lástima por ella según se enteraron de que la iban a mandar a un internado. Algunos juzgaron a sus padres por alejarla de su casa. Pero, aunque June se sentía muy avergonzada por el accidente que había causado, tenía la sensación de que su vida acababa de empezar.

CAPÍTULO 17

JUNE

Cuando June llegó al restaurante Lagos el viernes por la noche, Dan ya la estaba esperando en la puerta. Llevaba una camisa blanca impecable que resaltaba los músculos de sus brazos y ponía de relieve la amplitud de sus hombros. Se notaba que se acababa de peinar para la ocasión. Ella se detuvo en seco, invadida por una corriente de energía nerviosa. Cuando él la vio, una sonrisa le iluminó el rostro.

—¡Has venido!

Ella se permitió sonreír.

—Tú también.

—¿Entramos?

Una brisa suave acarició su piel justo cuando él le abría la puerta. Al entrar, el camarero los condujo hasta una mesa cerca de la ventana, desde donde podían ver la calle. Él le separó una silla de la mesa en un gesto de cortesía y ella se sentó, dejando que el aroma a especias que reinaba en el ambiente la envolviera.

—¿Qué tipo de cocina hay en este restaurante? —preguntó ella.

—Nigeriana. ¿La has probado alguna vez?

Ella negó con la cabeza y su pelo se deslizó alrededor de sus hombros por el movimiento.

—La verdad es que no, pero tengo muchas ganas de hacerlo.

El camarero regresó y pidieron vino. Luego, estudiaron el menú.

—¿Has probado alguna vez el cabrito guisado? —preguntó Dan—.

Aquí lo hacen muy bien. Yo voy a pedirlo, puedes probarlo si te apetece.

—Vale. Creo que yo voy a elegir las brochetas de ternera.

Él asintió para mostrar su aprobación.

—¡Perfecto, están muy buenas!

Cuando pidieron la comida, Dan se echó hacia atrás en la silla y la miró a los ojos.

—Me resulta muy agradable conocer a alguien a quien le gusta probar cosas nuevas. Mis amigos tienen gustos muy básicos.

—Sí, a mí me pasa lo mismo. La mayoría de mis amigos piensan que las vieiras son algo exótico.

Él negó con la cabeza.

—No me hagas hablar de marisco. Me hierve la sangre que exportemos la mayor parte del pescado británico. ¿Qué sentido tiene vivir en una isla y no aprovechar sus recursos?

—No podría estar más de acuerdo con eso.

El camarero llegó con dos copas alargadas de un licor popular de Nigeria, el ogogoro. Cada uno cogió una y cruzaron las miradas mientras brindaban. Cuando June le dio el primer sorbo, un aroma a miel y especias penetró en su nariz. Parpadeó sorprendida por la intensidad inesperada que invadió su paladar. El sabor le recordaba al de la ginebra.

—¿Qué te parece? —preguntó Dan.

—Creo que esta cosa podría emborracharme mucho.

—Menos mal que estoy yo aquí para acompañarte a casa.

Ella ocultó una sonrisa. Se notaba más de la cuenta lo mucho que Dan se estaba esforzando, pero le resultaba encantador.

—¿Qué tal has estado estos últimos días? —preguntó Dan.

Ella suspiró y le contó que Poppy se había tirado por las escaleras.

Él enarcó una ceja y abrió ligeramente la boca.

—Madre mía, da la impresión de que esa mujer está un poco

desquiciada.

—No te equivocas. Lo peor de todo es que justo cuando sucedió le estaba diciendo que tenía que irse de casa. Ahora el resto de mis compañeras dicen que sería muy mala idea echarla estando fastidiada con el brazo. Estoy convencida de que hay alguna que piensa que la empujé de verdad. Me doy cuenta de cómo me miran cada vez que estamos en la misma habitación. Las tiene a todas comiendo de su mano.

Dan movió la cabeza de lado a lado.

—Tienes que andarte con mucho ojo —le advirtió—. Si yo fuera tú, me mantendría lo más lejos posible de ella.

—Créeme, lo estoy intentando. Pero no es fácil viviendo bajo el mismo techo. Y ahora no está trabajando, así que se pasa todo el día en casa. No puedo prepararme una taza de té sin que aparezca de repente por la cocina y se ponga a observar lo que hago. Me pone los pelos de punta.

—Tengo mucha suerte de tener solo un compañero de piso. Kelvin es muy fácil de tratar.

—Pues sí, más te vale que nunca se mude.

El camarero les sirvió dos platos grandes y June esperó impaciente mientras les explicaba qué había en cada uno de ellos. En cuanto se marchó, cogió una de las tiernas brochetas de ternera y la probó. Quedó encantada con el estallido de sabor en su paladar.

—Tienes que probar esto —la instó Dan con entusiasmo.

Ella se echó hacia delante para coger una cucharada de su guiso. El aroma de las cebollas ahumadas y las hierbas hizo que le picara un poco la nariz al probarlo. El sabor era complejo; el tomate le aportaba un toque dulce.

—Coge un poco más —le sugirió él, al ver que le gustaba.

—Tienes que probar mis brochetas.

Se estuvieron deleitando con ambos platos hasta que estuvieron

tan llenos que a ninguno de los les quedaba sitio para el postre.

Dan le hizo un gesto al camarero para que les llevara la cuenta. June lo dejó pagar, solo por esa ocasión. Si hubiera una segunda cita, ella insistiría en hacerse cargo de la cuenta.

Salieron del restaurante. El aire nocturno era fresco cuando cruzaban una calle comercial. La luna estaba medio oculta tras un manto de nubes, proyectando sombras a lo largo de la calle.

—No tienes por qué acompañarme hasta casa —dijo ella, pero él se limitó a sonreír y le cogió la mano.

Pasaron la estación de metro y giraron hacia Queen Anne's Crescent.

—Esta es mi casa —dijo June cuando llegaron.

Ambos se detuvieron un momento en el umbral de la puerta; entonces él se inclinó y rozó suavemente sus labios con los de ella. June sintió que un calor burbujeante le recorría el pecho y pensó en invitarlo a entrar en casa, pero, justo en ese momento, él dio un paso atrás.

—Me lo he pasado muy bien —dijo Dan—. Si te parece bien, te llamo y hablamos para ver dónde nos apetece ir la próxima vez.

—Me gustaría que lo hicieras.

June lo vio alejarse y se quedó allí un momento, sonriendo mientras él se alejaba por la calle.

Pero, en cuanto abrió la puerta de la casa, notó la ausencia de la calidez habitual en el interior. Se asomó al salón y encontró a todas sus compañeras relajadas frente a la televisión. Estaban completamente absortas en el programa que estaban viendo y no pudo evitar fijarse en que Poppy estaba otra vez sentada en su sillón favorito.

—Buenas noches —las saludó desde la puerta, pero nadie pareció oírla.

Tuvo una sensación muy extraña, como si alguien hubiera ocupado

su lugar.

***

La lesión de Poppy tuvo una parte positiva. Cuando llegó el martes, Poppy se quedó en casa mientras Flick y June se disponían a ir a la clase de cerámica. June no pudo evitar sentirse triunfante al salir por la puerta, pero Flick no compartía su regocijo.

—Pobre Poppy. Justo cuando le estaba cogiendo el gusto a la cerámica. Qué pena que no pueda venir.

—Sí, pero es imposible girar el torno con una sola mano.

Ambas caminaron en silencio. June había estado deseando que llegara ese momento para pasar ese rato juntas, pero Flick parecía incapaz de superar el accidente de Poppy. Era lo único de lo que hablaban todas.

—Oye, como sabes, no va a poder trabajar durante unas semanas, y si no puede trabajar, no va a poder pagar el alquiler —dijo Flick.

—Es verdad —dijo June—. Quizá debería haber pensado en ello.

Flick se quedó callada un rato, pero June entendió lo que acababa de insinuarle. Pensaba que June era, al menos en parte, responsable del accidente de Poppy y que, por lo tanto, debía ayudarla a pagar el alquiler. Si realmente hubiera tenido algún tipo de responsabilidad, estaría de acuerdo con eso, pero Poppy se lo había provocado ella sola. Ella no había tenido nada que ver. Estaba casi segura de ello.

Llegaron a Mud and Mingle y Nadia llamó a June antes de que le diera tiempo siquiera a sacar su torno.

—June, ¿qué vas a hacer esta semana?

Reflexionó brevemente antes de responder.

—Estaba pensando en probar con una taza.

—Muy bien. Por un momento pensé que ibas a hacer otra vasija.

Ambas se rieron, aunque June en realidad había pensado en hacer otra vasija. Ahora tendría que replantearse las cosas. No quería que

Nadia pensara que estaba loca.

Mientras se dirigía hacia su mesa, vio que otra estudiante estaba ocupando el lugar habitual de Flick. Quiso decir algo al respecto, pero Flick estaba hablando con alguien, así que tendría que esperar.

La otra estudiante le sonrió cortésmente y June le devolvió el saludo con la cabeza. Sintió los nervios en el estómago. Ese era el sitio de Flick. Miró hacia atrás y vio que su amiga se había puesto a hablar con otra persona. Por el amor de Dios, ¿cuándo iba a venir?

June fue a buscar todos sus materiales y los dispuso sobre la mesa. No dejaba de mirar a Flick, intentando hacerle señas para que se acercara de una vez, pero no conseguía que la viera. A su lado, la persona que había ocupado el sitio de Flick ya estaba preparando la arcilla. En cualquier momento empezaría a tornear la vasija y entonces ya sería demasiado tarde para decirle que se cambiara de sitio.

Por fin, Flick la miró, y June le lanzó una mirada con la intención de hacerle ver lo que pasaba, pero Flick se limitó a encogerse de hombros y le indicó que se quedaría donde estaba. Los ojos de June se enrojecieron ligeramente, fruto de la desilusión de ver a su amiga en el extremo opuesto del estudio. No había ido a aquella clase solo para hacer cerámica. También valoraba mucho el tiempo que podía pasar en ella con Flick. Le daba la sensación de que, incluso cuando Poppy no estaba presente, de alguna manera se las arreglaba para crear distanciamiento entre ellas.

Con un suspiro, June extendió un trozo de arcilla y rápidamente le fue dando forma ovalada, antes de empezar a estrecharla hacia dentro. Se concentró al máximo mientras trabajaba con los pulgares sobre la superficie curva. El olor de la arcilla húmeda le llenó las fosas nasales. Miró su obra con actitud pensativa. Básicamente, una taza era una vasija con asas, ¿no? Empezaría por hacer su vasija habitual y quizá esta vez le saldría perfecta.

—¿Vas a ir al pub? —le preguntó a Flick cuando terminó la clase, mientras ambas colocaban sus creaciones sobre la estantería para que estuvieran seguras.

—No, esta noche he quedado con mi hermano.

June entrecerró los ojos.

—Vale —murmuró.

Las dos mujeres salieron a la calle. June observó con tristeza cómo Flick se alejaba con paso cansado hacia la estación de metro. Era consciente de que las cosas no iban bien entre ellas, pero no tenía ni idea de cómo mejorar la situación.

CAPÍTULO 18

JUNE

Ocho semanas después

June se montó en su bicicleta y comenzó a pedalear por la calle, siguiendo a Dan. El barrio rebosaba energía mientras pasaban a toda velocidad frente a edificios y escaparates. Al cabo de un rato, el paisaje se despejó y reveló una sucesión de colinas onduladas pobladas de ovejas y de árboles que extendían sus ramas hacia el cielo azul luminoso.

—¡Pub a la vista! —bramó Dan al divisar un edificio blanco refugiado por el valle que se abría ante ellos.

Bajaron por un camino rural sinuoso. El sol les calentaba la piel cuando llegaron a la altura del aparcamiento. Se bajaron de las bicicletas y las amarraron justo delante del pub.

Dan atrajo hacia sí a June con un tirón de su mano. El calor de su cuerpo se filtró en el de June cuando ella le rodeó el cuello con los brazos y sus labios se encontraron.

Dan fue el primero en separarse.

—Ejem. Creo que será mejor que nos sentemos en alguna parte antes de que nos dejemos llevar más de la cuenta.

June se rio y movió la cabeza con una sonrisa divertida. Se separaron a regañadientes y se dirigieron a una de las mesas de pícnic que había en el jardín del pub. Encontraron un soporte metálico que contenía el menú. Ella le echó un vistazo.

—Voy a pedir el pollo —decidió.

—No suena mal —respondió él.

Dan entró a pedir. Regresó con una pinta fría en cada mano y las dejó sobre la mesa. Luego, tomó las manos de June entre las suyas. Se sentaron y compartieron un momento de silencio placentero. Ella no recordaba haberse sentido nunca así de cómoda en una relación.

Con Dan, no tenía que poner excusas si quería quedarse en casa todo el día en lugar de salir. Él siempre lo entendía y no le exigía nada. Además, tenía sus propias aficiones y pasiones con las que pasar su tiempo. Por primera vez en su vida, podía disfrutar de una relación sin tener que sacrificar su verdadera identidad.

Cuando llegó la comida, June se arrepintió por un momento al ver la pinta tan deliciosa que tenía el cordero que había pedido Dan.

—Toma, pruébalo —le dijo él, cortándole un buen trozo.

June sonrió, pues le encantaba comprobar hasta qué punto la comprendía.

Cuando terminaron de comer, cogieron sus bicis y se adentraron más en el campo. Se toparon con una arboleda frondosa y extensa, y Dan detuvo la bicicleta para sacar su cámara. June siguió pedaleando un poco más, hasta que divisó un conjunto de setas. Se bajó de la bici y se puso en cuclillas para investigarlas. Levantó con cuidado una de ellas, que tenía forma delgada y cónica, y examinó la parte inferior. La superficie estaba salpicada de pequeños poros, lo que le indicó que se trataba de un champiñón comestible. Una sonrisa irónica se dibujó en su rostro al recordar la primera vez que se puso a recolectar alimentos, cuando era una niña huraña que prefería buscarse su propia comida antes que comer en casa.

Continuaron pedaleando un poco más hasta que los árboles eran ya demasiado frondosos como para seguir adelante montados en las bicis. Entonces se bajaron de ellas y las apoyaron a ambos lados de un robusto roble. Cogidos de la mano, se abrieron paso entre el

denso follaje hasta llegar a un sendero que parecía extenderse hasta el infinito. Finalmente, llegaron hasta un claro verde y exuberante, donde las hierbas altas se balanceaban suavemente con el viento y en el que había flores silvestres de color rosa y amarillo. A lo lejos, June vio un movimiento y contuvo la respiración. Había un cervatillo pastando en la pradera. Dan le soltó la mano y sacó muy despacio la cámara de su chaqueta. Tomó cuatro o cinco fotos, hasta que el cervatillo levantó la cabeza y se alejó dando brincos hasta desaparecer de su vista.

Dan se giró para mirar a June, con los ojos brillantes por la emoción.

—¿Lo habías planeado? —le preguntó ella.

—¡Por supuesto! He llamado al ciervo hace un rato para pedirle que hiciera una aparición estelar ante nosotros.

June sonrió.

—Vaya, estoy impresionada.

Él se inclinó hacia ella y la besó. Aquel claro en medio de la arboleda también parecía un lugar perfecto para besarse.

***

Cuando llegaron a Clapham, estaban montando una feria en el parque. Había mástiles con banderas que ondeaban al viento y se habían erigido carpas rojas, azules y amarillas.

—¿Te apetece que vengamos luego? —le preguntó June a Dan.

—Claro, ¿por qué no?

—Mis compañeras querrán venir también.

Él frunció el ceño.

—¿No crees que ya va siendo hora de que las conozca? No vas a poder mantenerme en secreto eternamente.

—Lo sé —dijo ella, esbozando una sonrisa forzada.

El ambiente en la casa seguía siendo un poco tenso. Con el brazo

escayolado, Poppy no había podido cocinar mucho en las últimas semanas y también había reducido el ritmo de las fiestas. Como seguían sin ponerse de acuerdo sobre lo que sucedió aquel día, el resto de sus compañeras evitaban el tema a toda costa. No se había vuelto a hablar de echar a Poppy de la casa, y June había abandonado la idea por el momento. Entretanto, la evitaba todo lo que podía y prefería pasar el tiempo en su habitación cuando no estaba con Dan o en el trabajo. Pero no había sucedido nada reseñable desde entonces. Poppy no se había dedicado a poner la música muy alta y había dejado de merodear frente al dormitorio de June, quien, de no saber lo que había pasado, habría jurado que Poppy le tenía miedo.

***

Estaba ya bastante oscuro en la calle cuando June se dirigió al parque junto a Flick, Tamsin y Poppy. Era como revivir los viejos tiempos. Todas estaban de muy buen humor, haciendo bromas tontas y hablando de las atracciones en las que querían montarse. Cuando llegaron a la feria, oyeron las risas y los gritos de las personas que, montadas en las atracciones, volaban en todas direcciones.

Abonaron la entrada y accedieron al recinto, respirando un olor delicioso a palomitas y algodón de azúcar. Poppy se adelantó ligeramente al grupo, saltando y dando vueltas de pura alegría ahora que por fin tenía el brazo libre del yeso. Se dispuso a recuperar el tiempo perdido con rapidez, así que comenzó con el lanzamiento de algunas pelotas en el juego de los cocos y luego probó el tiro al blanco, apuntando con precisión a los patos de plástico.

De las tazas giratorias surgían gritos divertidos mientras sus pasajeros daban vueltas en círculos. Los caballos pintados a mano del carrusel galopaban al son de una melodía alegre. Unos

toboganes hinchables se balanceaban al compás del viento y una noria imponente giraba lentamente, con sus bombillas de múltiples colores resplandeciendo en la noche.

June vio a Kimmy y a Ralph en la montaña rusa. Kimmy las saludó con la mano y gritó al tomar una curva cerrada.

—¡Deberíamos montarnos ahí! —chilló Poppy.

—Tú primera —respondió June de inmediato. Sentía náuseas solo con contemplar la atracción.

—Yo voy contigo —dijo Flick—, pero primero necesito comer algo.

Se detuvieron en una furgoneta que hacía las veces de puesto ambulante, y todas compraron perritos calientes y algodones de azúcar.

Kimmy se acercó para unirse a ellas. Se la veía radiante con su bufanda verde nueva. Tenía las mejillas sonrosadas por la emoción de la actividad.

—¿Estás bien? —le preguntó Tamsin.

—Sí. ¡La montaña rusa ha sido una pasada! —exclamó Kimmy.

—¿Dónde se ha metido Ralph?

—Ha ido a saludar a unos amigos. ¿Alguien quiere pescar unos patos?

Antes de que a June le diera tiempo de responder, apareció Dan. Vestía una chaqueta de cuero marrón y desprendía un aroma limpio y agradable. Atrajo a June hacia sí.

—¡Te encontré!

—Eh, ¿quién es este? —preguntó Kimmy, cuyos ojos casi se le salieron de las órbitas.

—Este es Dan —afirmó June.

Dan sonrió educadamente mientras las amigas de June lo miraban de arriba abajo, evaluándolo como si fuera un caballo de los que participan en concursos y exhibiciones.

—Hola, yo soy Poppy —dijo canturreando la ya recuperada Poppy.

—¿Dónde lo tenías escondido? — quiso saber Tamsin.

June cambió de postura, moviendo el peso de su cuerpo de un lado al otro.

—A Dan le gusta el ciclismo —aseguró.

En cierto modo, estaba disfrutando de esa atención. Notaba que sus amigas estaban sorprendidas de que hubiera conseguido a un partidazo como Dan. No se trataba de un hombre guapo en el sentido más clásico, como podía ser Ralph, pero tenía una sonrisa natural y un carácter amable que lo hacían parecer muy atractivo.

—Bueno, ¿vamos a echar un vistazo? —le dijo June a Dan.

Él asintió.

—Encantado de conoceros —se despidió Dan de sus amigas. La tomó de la mano y comenzaron a abrirse paso entre la multitud, disfrutando de lo que veían y escuchaban. Oían risas y música procedentes de las distintas atracciones. Allá donde miraran, había puestos en los que vendían juguetes novedosos, juegos con luces llamativas como el de lanzar aros para tratar de encestarlos y, en definitiva, gente pasándoselo bien.

Dan la llevó hasta una atracción que daba vueltas sin parar.

—Si vas a probar solo una, por favor, que sea esta —le pidió—. Es mi favorita.

June tragó saliva. Era una de las atracciones en las que Poppy había intentado que se montara.

—Bueno, venga, vamos.

Manipularon con torpeza las correas de los asientos hasta que quedaron bien sujetos. La atracción se puso en marcha bruscamente, haciendo que dieran vueltas a una velocidad cada vez mayor. June sintió como si su estómago estuviera dando volteretas mientras se agarraba a su asiento con todas sus fuerzas, con la misma desesperación de quien lucha por sobrevivir. Entonces vio a Tamsin y a Poppy en el extremo opuesto. Ambas gritaban de pura

emoción y levantaban los brazos con entusiasmo. Cuando la atracción se detuvo, June bajó tambaleándose, con la cabeza todavía dándole vueltas.

—Aquí no me monto más —declaró, llevándose las manos al estómago.

—¿Dónde te gustaría ir entonces?

—¿Qué te parecen los coches de choque?

—Creo que no son coches de choque —dijo Dan.

—Ah, ¿no? ¿Y qué son entonces?

—Se supone que en estos hay que intentar esquivarse para no golpearse.

—Sí, claro, vaya gracia tendría eso.

Se pusieron en la cola mientras observaban la atracción.

—¿Quieres que compartamos un coche? —preguntó Dan.

—¡Ni hablar!

Él soltó una risita divertida.

—Vale, vale.

Ella se sonrojó.

—Es que yo ya he elegido el que me gusta para mí.

Ella esperó impacientemente, dando golpecitos suaves con un pie contra el suelo. Él la atrajo hacia sí, lo que le sirvió de distracción perfecta. Cuando ella se giró hacia la atracción, había gente saliendo de los coches y caminando hacia la salida haciendo zigzags del mareo que llevaban.

Después de que todo el mundo se hubiera bajado, un empleado de la feria les hizo señas para que entraran. Dan se subió a un coche rojo, mientras que June abrió de golpe la puerta de uno amarillo chillón y se acomodó en el asiento del conductor. La música de la atracción estaba a todo volumen mientras esperaban a que subiera más gente. En el último momento, aparecieron Flick, Tamsin y Poppy a toda velocidad y se subieron a los tres últimos coches. Hubo una

pausa mientras la gente forcejeaba con los cinturones de seguridad. Luego, el encargado levantó la mano y los coches comenzaron a moverse.

June comenzó a dar vueltas por la pista, sintiendo como, por la velocidad, el viento le mecía el pelo. Vio a la cafre de Poppy acercándose hacia ella a toda pastilla. Con un movimiento rápido, se apartó hacia un lado, sintiendo una gran satisfacción cuando Poppy terminó impactando contra la barrera. Se giró y vio a Flick acercándose con una expresión de determinación en el rostro. Aceleró y chocaron entre sí, provocando que ambas se rieran a carcajadas. Entonces volvió a divisar a Poppy un poco más adelante y condujo hacia ella. Poppy se preparó para el impacto cuando vio que June iba a chocar irremediablemente contra el costado de su coche. June volvió a tomar velocidad, dando otra vuelta por la pista para casi chocar con Tamsin, aunque en última instancia giró bruscamente para evitarla. Dan, mientras tanto, permanecía al otro lado de la pista, aparentemente decidido a conducir bien su coche. Pobrecillo. June se volvió a dirigir hacia Poppy y se preparó para provocar otra colisión. Para su decepción, se encendieron las luces de la pista y los coches se detuvieron.

—¿Y ahora qué? —preguntó Dan mientras salían del coche, empapados en sudor—. ¿Quieres que vayamos a la casa del terror?

June miró hacia arriba para divisar la siniestra estructura de madera, cuya fachada, con tonos amarillos, estaba a la vez iluminada por horribles destellos de neón verde. Las ventanas estaban tapiadas y había espinas afiladas por todas las paredes.

Terminó asintiendo. Siempre le habían gustado las casas del terror. Aunque últimamente no le parecía que dieran demasiado miedo. Cuando era pequeña, la cosa era diferente. Creía que los fantasmas que saltaban sobre ella eran reales. Le tenía un miedo real a lo que pudiera acechar detrás de cada esquina.

Pagaron al encargado, que estaba encorvado en una silla de metal con pinta de aburrirse como una ostra. Les cogió el dinero y les hizo pasar sin decir palabra. Una cortina gruesa colgaba de la puerta de entrada, impidiendo ver lo que había dentro. Dan apartó la tela y entraron. La oscuridad con que el interior recibía a la gente provocaba que todo el mundo se desorientara. June avanzó a tientas con las manos extendidas hasta que chocó contra un objeto duro que respondió con un gemido. June gritó y dio un salto hacia atrás, para darse cuenta de que se trataba de un esqueleto colgado de una cadena que estaba fijada al techo, balanceándose con sus brazos huesudos extendidos hacia abajo.

Dan caminaba unos metros por delante de ella, hipnotizado por una calabaza luminosa colocada sobre un palo. June miró hacia arriba y observó un líquido de color verde neón que goteaba del techo. Retrocedió de forma casi instintiva, pues no quería mancharse su camiseta favorita. Un alarido agudo, proveniente de la siguiente esquina, resonó en el aire. June aceleró el paso y encontró a dos chicas adolescentes temblando frente a un armario viejo. Antes de que le diera tiempo siquiera a pestañear, las puertas del armario se abrieron de golpe y un esqueleto iluminado saltó hacia afuera, provocando que las chicas chillaran de la emoción y salieran corriendo por el pasillo.

June se adentró todavía más en la oscuridad, tratando de acostumbrar sus ojos a la misma. Avanzó a través de un túnel largo y estrecho cuyas paredes estaban húmedas y viscosas al tacto. No vio a nadie durante unos minutos y empezó a cuestionarse si estaba yendo por el camino correcto. El túnel estaba completamente en silencio, pero tuvo la sensación de que escuchaba algo. Le parecía el sonido de alguien respirando.

—¿Dan?

Alguien la agarró por detrás y un par de manos heladas le rodearon

la garganta.

CAPÍTULO 19

CREEP

Me muevo silenciosamente por detrás de ella. Mi sudadera negra se funde con la oscuridad del lugar. Siento cómo la adrenalina recorre mi cuerpo mientras la voy siguiendo a lo largo de un túnel oscuro. El corazón se me va a salir del pecho cuando enredo mis brazos alrededor de su cuello y lo aprieto con una fuerza implacable durante unos instantes.

Me inunda una sensación de poder absoluto cuando soy consciente de que tengo su vida en mis manos. Podría cargármela como si fuera la ramita de un árbol. Pero entonces todo terminaría demasiado rápido. Sin provocarle el dolor necesario. No sufriría lo suficiente. Nada que esté a la altura de lo que se merece.

Mantengo el agarre durante unos segundos y luego la suelto. Es suficiente para darle el susto de su vida. En cuanto la libero, sale disparada, corriendo a toda velocidad por el túnel. Yo permanezco en las sombras. Es una sensación increíble.

Por fin tengo el control.

CAPÍTULO 20

JUNE

June separó los labios y emitió algo parecido a un grito silencioso, abriendo mucho los ojos. Luchó por respirar mientras sentía cómo aquellas manos apretaban su cuello, impidiéndole coger aire. Por encima del pitido que notaba en los oídos, podía distinguir los latidos sordos del corazón de su agresor y sus inspiraciones y exhalaciones profundas.

Entonces, apenas unos instantes después, comprobó que podía volver a respirar. Las manos habían desaparecido. Se dejó caer contra la pared, asustada y completamente en shock. No entendía lo que había pasado. ¿Había sido una broma retorcida de alguien o habían tratado de hacerle daño de verdad? Pensó en Poppy de inmediato. ¿Podría haber sido ella? Aquella noche había parecido una persona casi agradable. Las embestidas en los coches de choque no habían sido nada más que un juego, ¿no?

Se le empañaron los ojos con lágrimas que amenazaban con brotar mientras luchaba por recuperar el aliento en la oscuridad de la noche. Sentía la garganta irritada y, aunque quiso llamar a Dan, apenas fue capaz de articular un susurro. La cuestión era que seguía estando aterrorizada ante la posibilidad de que pudiera ocurrir otra vez. Tenía que salir de allí. De inmediato.

Sus pies golpearon con fuerza el suelo cuando echó a correr tan rápido como pudo a través de aquel túnel oscuro y húmedo, desesperada por escapar de allí. Palpó la pared con los brazos

extendidos por delante de ella hasta que sus manos tocaron un nuevo túnel, más luminoso que el anterior. Se desvió bruscamente para adentrarse en él. Un esqueleto mecánico saltó de la oscuridad y June gritó, con una voz frágil y apenas audible. Siguió corriendo, tropezando por todas partes, hasta que distinguió una luz tenue al final de ese túnel. Con renovada energía, salió al exterior tambaleándose, protegiéndose los ojos de la claridad.

Volvió a ver a las dos adolescentes junto a la salida, con los rostros iluminados por el resplandor azulado de las pantallas de sus móviles.

—¡Alguien me ha agarrado! —exclamó, llevándose una mano al pecho.

Las chicas levantaron la vista de sus teléfonos y se quedaron con los ojos muy abiertos. Chillaron de entusiasmo.

—¡No, lo digo en serio! —aclaró June, con voz desesperada—. Había una persona ahí dentro.

Avanzó dando tumbos hasta el empleado de la atracción y se puso a hablarle atropelladamente para tratar de explicarle lo que había pasado. Pero estaba claro que él no la estaba escuchando, pues tenía la mirada fija en algo lejano.

—Es una casa del terror —afirmó. Sus ojos parecían brillar a la luz de la luna—. Se supone que tiene que dar miedo.

—Pero no de esa forma. Alguien me ha agarrado por el cuello.

—Ya, sí, bueno… Ahí dentro está muy oscuro.

June no estaba preparada para lidiar con semejante estupidez. Volvió sobre sus pasos y encontró a Dan, que agachaba la cabeza para salir del túnel. Sus labios dibujaban una sonrisa feliz.

—¡Ha sido muy divertido! —exclamó—. Algunos de los esqueletos parecían muy reales.

June respiró hondo y le contó lo que había pasado.

Él abrió mucho los ojos.

—¿Crees que ha sido algún trabajador? Tienen gente ahí dentro

con la intención de darnos algún susto.

—No —respondió ella con firmeza—. Alguien me ha agarrado como si quisiera estrangularme.

El rostro de Dan se tensó y una vena de su mejilla pareció palpitarle.

—¿Quieres que llamemos a la policía?

—No —dijo June con un suspiro—. ¿Qué podrían hacer ellos?

Él reflexionó durante un instante, observando el parque desde su posición.

—Hay gente muy mal de la cabeza por todas partes.

Ella se dejó caer sobre él.

—Y que lo digas.

—¿Sabes? Todavía tienes el cuello un poco rojo. ¿Te duele?

—Estoy bien. Pero me ha dado un susto de muerte.

—Venga —instó Dan con rudeza—. Vámonos de aquí.

—Quiero que te quedes en casa conmigo esta noche —le pidió June—. No quiero estar sola.

—¿Estás segura?

Ella asintió y lo cogió de la mano. Caminaron por el recinto ferial, saludando a sus compañeras desde la distancia cuando las vieron junto a una carpa en la que vendían bebidas. Tamsin le guiñó un ojo y le hizo un gesto de aprobación con el pulgar. June esbozó una sonrisa débil y luego miró a Flick, que estaba charlando con el chico que estuvo en la fiesta de su casa. El que la invitó a salir a ella. Lo miró fijamente durante un momento y él le devolvió la mirada, pero luego se dio la vuelta de forma ostensible e intencionada.

El camino a casa la ayudó a calmarse. Se sentía más segura sabiendo que Dan estaba a su lado. Luchó por reprimir el recuerdo de la casa del terror cuando abría ya la puerta de su casa. Llevó a Dan hasta la cocina, cogió una botella de pinot noir del botellero y sirvió dos copas generosas. Le dio una a Dan y cogió la otra.

Brindaron, y ella le dio un buen trago al vino seco y refrescante, con la esperanza de terminar de calmar sus nervios.

Él dio un paso hacia ella suspirando de forma suave y la rodeó con sus brazos. Sus labios eran suaves y tentadores, y exploró la boca de June con la lengua. El beso se intensificó hasta que ella ya no fue capaz de pensar con claridad. Cada contacto provocaba que sintiera algo parecido a una descarga eléctrica en su columna vertebral. Notaba que su corazón se aceleraba cada vez más mientras él le acariciaba los hombros y sus manos comenzaban a recorrer su espalda.

Los ojos de Dan brillaban con fuego contenido cuando June le tomó la mano y lo llevó hacia su dormitorio. Sus cuerpos se fundieron a la perfección en la cama cuando se metieron en ella. Él tocó cada centímetro de su piel y ella respondió, con el cuerpo estremecido por el deseo.

En la oscuridad, sincronizaron sus respiraciones como si hubieran hecho aquello cientos de veces antes; su pasión dio paso a algo más profundo, algo más allá del sexo. June no pudo evitar tener la esperanza de que aquello no fuera algo pasajero. Tal vez era amor.

***

June estaba en la cocina, dándoles la vuelta a unas tortitas en una plancha de hierro fundido. Doradas y esponjosas, todavía chisporroteaban ligeramente cuando las sirvió en dos platos. Kimmy entró en la cocina, mordiéndose los labios para reprimir una sonrisa mientras cogía un yogur de la nevera.

—¿Quieres una? —le preguntó June, señalando las tortitas.

—Oh, no, no te preocupes por mí —respondió Kimmy con una sonrisa cómplice.

June cortó unas fresas en rodajas y las añadió a cada plato antes de colocarlos sobre la mesa.

Dan cogió el tenedor con una sonrisa en la boca.

—Ya sabes que tengo las expectativas por las nubes.

—Eso es bueno —dijo June, mirándolo a los ojos—. Yo también.

Desayunaron sin prisas, y Dan insistió en meter las cosas en el lavavajillas antes de irse.

Cogió su chaqueta y le dio a June un último beso antes de salir por la puerta. En cuanto se marchó, June suspiró profundamente de pura satisfacción y se fue a su dormitorio. Se dejó caer sobre la cama y sonrió mirando al techo. La noche con Dan casi le había hecho olvidar el miedo que había sentido en la casa del terror. Pero en aquel momento volvió a recordar en un flashback repentino aquellas manos frías alrededor de su cuello. Se estremeció al revivirlo.

Se acurrucó en su cama y se puso a leer su última novela de misterio, pero, cuando escuchó las risas de sus compañeras, dejó el libro a un lado. Salió al pasillo y se dirigió hasta el salón, donde Flick, Tamsin y Poppy estaban juntas viendo una comedia nueva. Se sentó en una esquina del sofá e intentó ponerse al día de la serie.

Entonces escuchó cómo se abría la puerta de la calle y vio a entrar a Kimmy, que venía de comer con Ralph. Tenía una sonrisa de oreja a oreja. Flick la agarró inmediatamente del brazo, con los ojos abiertos de par en par por la emoción.

—¡Déjame verlo!

Kimmy levantó su mano izquierda a cámara lenta y mostró un anillo resplandeciente único de oro blanco con un diamante. Todas las presentes se quedaron boquiabiertas y los ojos de June se abrieron como platos a causa de la sorpresa.

—¡¿Estás de broma?! ¿Te has comprometido?

Kimmy se puso colorada. Nunca había estado tan guapa.

—¿Cuándo es la boda?

—Aún no hemos fijado una fecha, pero queremos casarnos pronto,

probablemente en otoño. Creo que las hojas caídas de los árboles quedarían muy románticas en las fotos.

—Olvídate de la boda, ¿cuándo es la despedida de soltera? —preguntó Poppy—. Porque supongo que habrá despedida, ¿no?

—Quizá podríais organizarla vosotras —sugirió Kimmy—. Quiero que todas seáis mis damas de honor.

—¡Oh! ¡Tengo un montón de ideas! —exclamó Poppy, frotándose las manos.

June esperó a que Kimmy dijera algo, a que le explicara a Poppy que no la incluía en sus planes. Pero Kimmy se limitó a sonreír.

¿Cómo podía mostrarse tan indiferente? Era lógico que Kimmy se lo pidiera al resto, llevaban años siendo amigas. Pero ¿quién coño era Poppy para disfrutar de ese privilegio? Ni siquiera tendría que estar invitada a la boda de Kimmy. Es que no debería ni ser parte de sus vidas.

—Bueno, cuéntanos, ¿cómo te lo ha pedido? —le preguntó Tamsin.

Kimmy suspiró.

—Ha sido muy romántico. Ha organizado un flash mob frente a la estación de Marble Arch.

—¡No me digas!

—Dios mío, ¡qué vergüenza! —exclamó June.

Todas se giraron hacia ella.

—O sea, a mí me daría vergüenza.

—¡Pues a mí me encantaría! —dijo Poppy—. Siempre he querido ver un flash mob.

—Yo también —concordó Kimmy—. Ha sido increíble. Había gente cantando y bailando, y al final ha aparecido un trío de violines que ha tocado nuestra canción.

Los ojos de Poppy se iluminaron.

—¡Qué romántico!

La boda fue el único tema de conversación del resto de aquel día.

June estaba muy contenta por Kimmy, pero tenía poco que aportar a la conversación cuando sus compañeras debatían sobre vestidos, estilos y combinaciones de colores. De repente, cayó en la cuenta de algo. Kimmy se iba a mudar. En cuanto se le vino aquello a la cabeza, ya no pudo pensar en otra cosa. Por supuesto, era consciente de que no podían quedarse todas en aquella casa eternamente, pero ahora lo sabía con certeza. Aunque terminara consiguiendo echar a Poppy, Kimmy se iba a ir de la casa y alguien tendría que ocupar su sitio. Y entonces se vería obligada a lidiar con otra persona nueva. Un sentimiento de vacío se fue apoderando de ella. Por muy feliz que se sintiera por Kimmy, en el fondo tenía la sensación de estar experimentando una especie de luto.

CAPÍTULO 21

CREEP

Cuando era pequeña, tenía un amigo imaginario. Al principio, Creep solo aparecía cuando no había nadie más alrededor. Jugábamos juntos a la pelota, a las cartas o a lo que fuera. Pero, poco a poco, Creep empezó a visitarme cada vez con más frecuencia. Por ejemplo, mi padre me estaba regañando por algo y Creep aparecía a su lado y comenzaba a hacerle muecas. Me costaba mucho no reírme.

Luego, Creep empezó a seguirme al colegio. En aquella época me iba bien porque las tareas me resultaban bastante fáciles, pero a mi profesora le preocupaba que no interactuara mucho con el resto de la clase. Les contó a mis padres que tenía la impresión de que era una persona solitaria, que parecía un poco aislada.

Qué equivocada estaba, porque cuando tienes un amigo imaginario, la verdad es que no necesitas a nadie más. Cuanto más tiempo pasábamos juntos, más grande y fuerte se hacía la presencia de Creep. Si alguien me menospreciaba, Creep siempre encontraba la réplica perfecta. Aunque yo nunca me atrevía a repetirla en voz alta.

A veces, cuando todo está tranquilo y hay mucho silencio, todavía escucho a Creep susurrándome al oído.

CAPÍTULO 22

JUNE

El lunes por la mañana, June cascó dos huevos contra una sartén ya caliente y, a continuación, los removió con una espátula de goma hasta que tuvieron una textura esponjosa. Untó dos rebanadas de pan integral tostado con un aguacate maduro, les echó una cucharada de salsa picante por encima y se llevó el primer bocado a la boca. Mientras comía, echó un vistazo a las noticias en Internet. Le gustaba estar al tanto de la actualidad, sobre todo porque así tenía tema de conversación si coincidía con alguien en la máquina de agua del trabajo. Nunca había tenido facilidad para las charlas sociales triviales. De hecho, no les veía ningún sentido. Pero la realidad era que trabajar en una oficina implicaba que a veces era inevitable.

Después de enjuagar el plato en el fregadero, lo colocó con cuidado en el lavavajillas y cogió su bolso, lista para irse al trabajo.

Flick apareció en bata.

—¿No vas un poco tarde? —le preguntó June.

—Hoy tengo turno de tarde, pero vamos, que tampoco es que sea asunto tuyo.

June miró a su compañera. No era propio de Flick estar así de irascible.

—¿He hecho algo que te haya molestado? —le preguntó.

Flick se mordió el labio inferior.

—¿Es que no lo sabes?

—No.

Flick se apoyó sobre la encimera.

—No trataste demasiado bien a mi hermano.

June movió la cabeza de lado a lado, en señal de no entender nada.

—Sinceramente, no sé de qué me estás hablando. Ni siquiera conozco a tu hermano. ¿O sí?

Flick la miró. De repente, June lo comprendió todo.

—Espera, aquel chico que vino a la fiesta… ¿Ese es tu hermano?

Ahora recordaba que había algo en él que le resultaba familiar, aunque no logró identificar de qué se trataba.

—Le gustabas mucho, June. Podrías haberlo rechazado con más delicadeza.

—¡Ay, Dios! Lo siento mucho, Flick. Lo habría hecho si lo hubiera sabido. Soy muy mala con las caras. Pensé que era un tío cualquiera.

Flick suspiró.

—Está bien, lo entiendo.

—Oye, ¿puedes decirle que lo siento? No fue mi intención hacerle daño. Ni siquiera estaba segura de que me estuviera hablando en serio cuando me propuso salir con él. Pensé que a lo mejor me estaba tomando el pelo.

Flick esbozó una sonrisa.

—Tía, tienes una autoestima muy baja, ¿no?

—Bueno, tú también la tendrías si fueras yo.

June dejó el tema y se calzó los zapatos. Se sentía mejor ahora que había aclarado las cosas con Flick. Ya entendía por qué había estado tan distante últimamente. Pensaba que sería por culpa de Poppy, pero no. En aquello, la había cagado ella sola.

El día estaba soleado cuando se dirigió al cobertizo y comenzó a manipular la cerradura. Encontró la combinación correcta y la puerta se abrió de golpe. Miró a su alrededor. El patinete de Flick estaba en

su sitio habitual y había un montón de cajas y demás trastos. Pero su adorada bicicleta había desaparecido.

CAPÍTULO 23

JUNE

June parpadeó. ¿Cómo era posible? El cobertizo estaba cerrado con llave.

Dio una vuelta alrededor. No tardó mucho en darse cuenta de lo que había pasado. La ventana estaba destrozada, habían desaparecido todos los cristales. No era una ventana demasiado grande, pero sí lo suficiente como para que alguien entrara y saliera a través de ella.

Se quedó allí de pie, contemplando incrédula el lugar en el que había estado su bicicleta el día anterior y que ahora se encontraba vacío. No era una bici cara. La había comprado de segunda mano, pero se esforzó mucho en ponerla a punto: le cambió los frenos y le pintó el cuadro. Alguien se había tomado enormes molestias para arrebatársela. Tenía que haberlo deseado con toda su alma. O, tal vez, la persona responsable no quería que June la tuviera.

Se arremolinaron varias ideas en su cabeza. Debería llamar a la policía para denunciarlo. Su bicicleta estaba registrada, así que quizá fuera más fácil recuperarla. Buscó en su teléfono una foto de la bici, pero aparentemente no tenía ninguna. No se le había ocurrido que pudiera necesitarla.

Echó un vistazo al reloj. Ya eran las ocho y cuarto de la mañana. Más le valía irse cuanto antes para coger el autobús. Lo último que le apetecía era ir a trabajar, pero tenía una reunión a las nueve y era consciente de que no debía hacer esperar a Marilyn.

***

La reunión se prolongó durante lo que le parecieron horas, con debates complejos y réplicas interminables que no parecían conducir a ningún sitio. June estuvo a punto de quedarse dormida. De hecho, se puso a garabatear en los márgenes de su cuaderno un entramado de patrones minuciosos y formas intricadas en un intento por mantenerse despierta.

—Muy bien, continuaremos desde aquí en la próxima reunión —afirmó Marilyn, mirando el reloj de la pared—. June, has estado tomando notas, ¿te importaría pasarlas a ordenador y enviárselas a todo el mundo?

June esbozó una sonrisa forzada, insegura y con la sensación de que todo se le complicaba. Recogió rápidamente sus papeles de la mesa y se levantó, loca por salir de la reunión.

Cuando se encontró ya en el refugio de su despacho, comenzó a revisar los perfiles de Facebook de las comunidades locales de su barrio. Los objetos robados solían terminar apareciendo en esas páginas porque los ladrones no eran muy inteligentes. Si tuvieran un mínimo de sentido común, pintarían la bicicleta de otro color. Ella la había teñido de amarillo chillón para que fuera más visible en medio del tráfico. No cabía duda de que iba a destacar.

Alguien llamó a la puerta de su despacho. Se sentó un poco más derecha en su sillón, pero era Gulnara.

—¿Qué andas buscando? —le preguntó, mirando por encima del hombro de June.

Le contó a su compañera lo de la bicicleta robada.

Gulnara arqueó las cejas.

—¿Dónde estaba tu compañera nueva cuando desapareció la bici?

June negó con la cabeza.

—Podría haber sido Poppy, pero también cualquier otra persona. Es difícil saberlo.

—Pero ¿qué te dice tu instinto?

—Yo creo que ha sido Poppy. Últimamente se ha estado comportando, pero muchas veces se queda despierta hasta muy tarde y ya tiene bien el brazo, así que puede que decidiera ir a dar una vueltecita con una bici robada.

—Pues ahí lo tienes.

June asintió con tristeza.

—Lo que no entiendo es por qué.

Gulnara se arrancó un hilillo suelto de su jersey.

—No lo sé. Hay gente que, simplemente, está mal de la cabeza. Si estuviera en tu lugar, ya me habría puesto a buscarme otra casa. Más vale prevenir que curar.

—Pero es que esa es mi casa y las demás son mis amigas —argumentó June—. Fue Poppy la que irrumpió en mi vida como un torbellino. ¿Por qué tengo que ser yo la que se mude?

***

June dejó escapar un suspiro ahogado al entrar en la boutique The Blushing Bride. Kimmy ya estaba balanceándose sobre sus tacones en un gesto de impaciencia. June intentó concentrarse en la tarea de encontrar un vestido de dama de honor que les quedara bien a todas. Desde Poppy, baja y rubia, hasta Flick, alta y con un aire punk y que nunca había mostrado interés alguno en ponerse un vestido.

Se abrieron paso por la tienda, y, mientras avanzaban, June no pudo evitar quedarse maravillada ante todos los preciosos vestidos largos que colgaban de los percheros. Las prendas tenían una increíble variedad de detalles: estaban cubiertas de encajes ornamentados, abalorios brillantes y bordados delicados.

—¡Cuidado!

June se giró rápidamente y chocó contra un maniquí con un velo largo de tono marfil.

—Lo siento —murmuró, y enseguida se sintió estúpida por hablarle a un maniquí.

Kimmy le hizo señas para que se acercara a ella. Tenía ante sí una estantería llena de zapatos de novia. Su rostro se iluminó al señalar un par de stilettos de color rosa pálido con hebillas pequeñas adornadas con diamantes de imitación.

—¡Son perfectos! —exclamó su amiga, llena de emoción—. ¡Quiero que todo sea rosa!

June se quedó atónita, horrorizada al ver aquellos tacones descomunales. Nunca se había puesto unos zapatos como aquellos, ni siquiera en ocasiones especiales. Sus pobres pies estarían condenados a sufrir.

—Oye, parecen bastante caros —dijo al ver el precio en la etiqueta.

—No te preocupes demasiado por el precio —dijo Kimmy—. Los padres de Ralph se van a hacer cargo. Podemos comprar todo lo que queramos, dentro de lo razonable.

—Anda, qué maravilla.

June se alegraba de que Kimmy fuera a disfrutar de la boda de sus sueños, pero era una pena que eso significara que pudiera permitirse comprar aquellos zapatos tan horribles.

Avanzó un poco más por la tienda, hasta que su mirada se posó sobre un vestido precioso que estaba colgado sobre uno de los percheros. Era de color rosa claro, con una serie de bordados complejos en el torso y una caída en forma de sirena. Se lo probó y se giró para verse en el espejo. Se sentía como si acabara de sumergirse en un cuento de hadas.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Es bonito —respondió Kimmy, que, sin embargo, continuó buscando.

Poppy le mostró un vestido de un color rosa muy intenso que tenía un escote pronunciado. Confeccionado en un satén lustroso y

brillante, la tela del vestido resplandecía con la luz de la tienda cuando Poppy lo hizo girar. June abrió los ojos de par en par, horrorizada al pensar en ponerse una prenda tan llamativa.

—Es precioso —dijo Kimmy, acercándose para admirarlo más de cerca.

—Solo hay uno —señaló June—. Necesitamos cuatro vestidos iguales.

Kimmy llevó el vestido al mostrador. La dependienta les dedicó una sonrisa benévola mientras echaba un vistazo al inventario en su ordenador.

—Tenemos varios más en el almacén —dijo triunfante—. Y, además, disponemos de tres tallas diferentes.

Cada una de las futuras damas de honor especificó su talla, y todas esperaron a que la dependienta les trajera los vestidos. Luego se dirigieron a los probadores para ver cómo les quedaban. Solo había tres cabinas, así que June esperó su turno en la sala exterior, que contaba con un espejo enorme.

Poppy se cambió rápidamente y salió del probador con una expresión excesiva de satisfacción.

—¿Qué te parece?

Se puso a dar vueltas sin parar, admirando cómo la tela bailaba alrededor de sus piernas.

June balbuceó algo ininteligible y entró en el probador. Se quitó la ropa de trabajo y se puso el vestido, subiéndose la cremallera lateral. Era de su talla, pero cuando se miró en el espejo, se estremeció. El escote era demasiado pronunciado para su gusto y no le parecía apropiado para una boda. Tiró de las mangas para intentar tapar algo más de su cuerpo, pero eso solo sirvió para hacerla sentir incluso más expuesta. Era improbable que a Kimmy le pareciera que quedaba bonito, ¿verdad?

June corrió la cortina y encontró a Tamsin frente al espejo.

—¿Se supone que debe quedar así? —preguntó Tamsin. Intentó tirar del vestido hacia un lado y hacia otro, pero era imposible evitar que continuara siendo demasiado revelador.

June negó con la cabeza.

—Si mi abuela me pudiera ver en este momento, a lo mejor hasta me escupía. Es imposible que Kimmy quiera que nos pongamos esto para ir a una iglesia.

—Pero no se va a casar por la iglesia, ¿eh? —apuntó Flick, saliendo del otro probador—. Van a hacerlo en el ayuntamiento.

—Da igual.

—Bueno, pues a mí me gusta —dijo Poppy.

—Eres la única —dijo June, fulminándola con la mirada.

—A Kimmy también le gusta —señaló Poppy.

—Quizá no le guste tanto cuando nos lo vea puesto —sugirió Tamsin—. Vamos a enseñárselo.

Salieron de los probadores y a Kimmy se le iluminó la cara.

—¡Guau, estáis todas guapísimas! ¡Incluso tú, Flick!

Flick se echó a reír.

—¿Cómo que incluso yo?

—¡Ay, Dios, lo siento, ha sonado fatal! ¡Nunca te pones nada tan elegante! Me refería a que…

Flick se acercó hasta Kimmy y le tocó el brazo.

—Tranquila, sé lo que has querido decir. Mira, si de verdad es así como quieres que nos vistamos, yo me pongo el vestido, aunque tengo que decirte que no me representa demasiado.

Kimmy sonrió.

—Créeme, vas a estar preciosa.

June esbozó una sonrisa incómoda. Esperaba que Flick fuera la que se opusiera a aquel vestido, pero parecía que estaba dispuesta a aceptarlo, y no quería ser ella la que agitara las aguas. Había pensado en pedirle a Dan que fuera su acompañante en la boda,

pero ya ni pensarlo. De ninguna forma iba a permitir que la viera con ese vestido horrible.

—No quiero que nadie publique fotos en Instagram —advirtió Kimmy—. ¡Nada de spoilers! De hecho, creo que voy a dejar Instagram por un tiempo, por si acaso.

June intercambió una mirada con Flick.

—No podría estar más de acuerdo con esa idea.

Todas se volvieron a poner la ropa que llevaban y, cuando salieron de los probadores, la dependienta cogió todos los vestidos, los puso en perchas y los metió en bolsas con cremallera.

—He venido en coche, por si queréis que os lleve —dijo Kimmy mientras salían ya de la tienda. Tamsin, Flick y Poppy se subieron.

—Nos vemos en casa —dijo June, que fue en dirección contraria para dirigirse a la biblioteca. Necesitaba pasar unos minutos en su refugio de felicidad.

Fue directa a la caja automática, escaneó los libros que acababa de leer y los dejó todos en la bandeja de devoluciones, a excepción del que quería renovar. Sacó la cartera y buscó su carné de la biblioteca. No estaba allí. Rebuscó en el bolso, en sus bolsillos y de nuevo en la cartera, pero no lo encontró por ninguna parte.

Miró con dolor la estantería de las últimas novedades y salió apesadumbrada del edificio. Se fue directa a casa.

—¿Estás bien? —le preguntó Poppy cuando entró dando un portazo.

Como June no tenía ganas de hablar, se limitó a asentir con la cabeza. Buscó en su habitación, luego miró en ambos lados del sofá, entre los cojines, incluso rebuscó en los cajones de la cocina. Pero no lo encontró por ninguna parte.

***

A la mañana siguiente, June iba montada en el autobús con la cara

prácticamente pegada a la ventana, siguiendo con la mirada las casas y los árboles que iban dejando atrás. Al pasar junto al parque, vio algo entre la vegetación que le llamó la atención. Una rueda sobresalía de uno de los arbustos. Se le aceleró el pulso y se inclinó hacia delante en el asiento para intentar ver mejor. Sí, parecía la rueda de una bicicleta. ¿Podría ser la suya?

Se levantó de un salto, se agarró al pasamanos e hizo sonar el timbre, haciendo gestos apremiantes para que el autobús se detuviera. Los pasajeros la miraron, algunos refunfuñando en señal de desaprobación, pero ella no les prestó atención. En cuanto se abrieron las puertas, salió corriendo del autobús y cruzó la calle, esquivando algunos coches que tocaron el claxon, protestando ante su conducta.

Tiró, empujó y forcejeó con la bicicleta, que estaba encajada en lo más hondo de los arbustos. Un transeúnte la vio esforzándose al máximo y se acercó para ayudarla. Juntos la sacaron de entre las ramas con un fuerte tirón, haciendo volar hojas y tierra en todas direcciones. Finalmente, la colocaron sobre el suelo.

June la miró con detenimiento. No había dudas de que era su bicicleta, con ese distintivo amarillo chillón, que era inconfundible. Pero le habían quitado su timbre de la suerte, el manillar estaba completamente doblado y los radios estaban obstruidos por una gran cantidad de barro y un montón de ramas pequeñas. Le dio la vuelta a la bici para echarle un vistazo al otro lado del cuadro. En él, había un mensaje escrito con tinta negra irregular.

«El infierno tiene un lugar especial reservado para ti».

CAPÍTULO 24

JUNE

June metió la mano en el bolsillo para coger su móvil. Llamó a Marilyn y le dijo que estaba enferma. A decir verdad, tenía ganas de vomitar. Los bollitos dulces que había disfrutado en el desayuno amenazaban con salir de su cuerpo y quedar desparramados por toda la calle. Arrastró la bicicleta dañada hasta su casa. Las ruedas temblaban e iban retumbando con cada giro, como si estuvieran intentando escaparse.

Entró tirando de ella a duras penas en el callejón que daba a la casa y llegó hasta el jardín, donde la lavó lo mejor que pudo para tratar de eliminar toda la suciedad. Aplicó quitaesmalte para borrar el grafiti, pero, por mucho que frotó, no logró quitarlo del todo.

Se tiró la mitad del día trabajando en la bicicleta. Apretó tornillos y cambió las cámaras, decidida a arreglar cada imperfección. Pintó por encima del mensaje hiriente y dejó que la bici se secara al sol, pero no consiguió hacer mucho con el manillar. Más tarde, la metió en casa, pues no quería volver a guardarla en el cobertizo hasta que arreglaran la ventana. Sentía una extraña necesidad de protegerla. No soportaba la idea de que alguien hubiera tratado tan mal algo que ella quería tanto.

Se suponía que iba a quedar con Dan para tomar algo aquella tarde-noche, pero no estaba de muy buen humor, así que le envió un mensaje para explicarle lo que había pasado. Unos cuarenta minutos después, apareció en su casa con un timbre nuevo,

adornado con un lazo rojo. Ella se abalanzó sobre él y lo abrazó con fuerza. Él le dio unas palmaditas cariñosas en la espalda.

—Tranquila —le dijo—, yo te ayudo a arreglarla.

Examinó de cerca el manillar, girándolo hacia un lado y hacia otro.

—Creo que vamos a tener que cambiarlo.

A June le gustó ese «vamos a tener», como si el problema fuera tan suyo como de ella.

Dan le echó un buen vistazo a la bicicleta, comprobando las reparaciones que ella había hecho.

—Malditos ladrones —murmuró.

—No creo que haya sido ningún ladrón —replicó June, mirando hacia la puerta de su dormitorio.

Él bajó la voz.

—¿Piensas que ha sido Poppy?

—¿Quién si no?

—Me contaste que últimamente te había estado dejando en paz.

June cerró los ojos con fuerza.

—Supongo que habré bajado la guardia más de la cuenta, ¿no?

—No te lamentes, tranquila, es imposible que pudieras prever algo así.

—Lo que no entiendo es por qué se molestaría en romper la ventana. Sabe el código del cobertizo. Todas lo sabemos.

Él movió la cabeza de lado a lado.

—No lo sé. Si de verdad fue Poppy, probablemente estuviera intentando no dejar rastro.

Dan dio un paso adelante y la envolvió en un abrazo cálido y reconfortante. Ella se dejó envolver por él. Los muelles de la cama chirriaron bajo sus cuerpos cuando se entrelazaron. Ella cerró los ojos y se dejó llevar, envuelta en el deseo que recorría todo su ser.

Cuando terminaron, June se inclinó hacia delante apoyándose sobre un codo, con la piel todavía brillante por el sudor.

—¿Quieres quedarte a dormir?

Él la miró con una sonrisa agridulce.

—Creo que hoy no es buena idea. Mañana tengo que madrugar mucho, voy a fotografiar pájaros en el parque para un nuevo calendario de fauna salvaje. Me voy a tener que levantar demasiado temprano, a unas horas absurdas. Te daría el coñazo.

—Vale, pero te vas a perder los mejores huevos con bacon del mundo.

—En otra ocasión.

—Más vale que la haya.

Ese fin de semana le pidió a Kimmy que la llevara a la ferretería, de cuyos estantes seleccionó algunos clavos y varias láminas de hierro. De vuelta en el jardín, trabajó sin descanso, clavando tablones de madera contrachapada gruesa sobre las rendijas de las ventanas a ambos lados del cobertizo, para mayor seguridad. Colocó un nuevo candado en la puerta y la reforzó con cerrojos nuevos.

Cuando soltó el martillo, oyó un ruido detrás de ella y vio a Poppy cruzada de brazos, apoyada contra la pared de la casa. Cruzó la mirada con ella, pero Poppy no se inmutó. Se dejó caer sobre una de las sillas del jardín y bajó la vista hacia su teléfono, lanzando miradas furtivas a June de vez en cuando, como para dejarle claro que la estaba observando.

June volvió a coger el martillo, sintiendo su peso en la mano.

—Fuiste tú, ¿verdad? Tú destrozaste mi bicicleta.

Poppy abrió mucho los ojos; su rostro mostraba una expresión de miedo que resultaba claramente fingida.

—¿Me estás amenazando, June? ¿Vas a atacarme con ese martillo?

June apretó la mandíbula y los nudillos se le tensaron alrededor del mango. Estaba tan enfadada que quería darle un martillazo a Poppy. Pero eso era lo que ella buscaba, que June se abalanzara sobre ella para volver a hacerse la víctima.

—¿Qué coño te he hecho? —exigió saber June.

Poppy respondió con una sonrisa de superioridad y suficiencia, lo que provocó que June volviera a sentir cómo la rabia invadía su cuerpo. Cuando percibió que estaba llegando al límite, soltó con mucha cautela el martillo y se dirigió al interior de la casa.

Un par de horas más tarde, escuchó a Poppy en el pasillo. Abrió un poco la puerta de su habitación y vio que su compañera se estaba poniendo los zapatos. Genial. Parecía que iba a salir, probablemente para ir a trabajar al pub. La verdad es que le daba exactamente igual a dónde se fuera, siempre que desapareciera al menos un rato. Esperó a escuchar el portazo, porque Poppy era incapaz de cerrar la puerta con suavidad. En cuanto lo oyó, se atrevió a salir de su habitación.

Flick había preparado una cena sencilla de patatas asadas con queso y frijoles cocidos. Todas se sentaron alrededor de la mesa y comenzaron a disfrutar de una conversación distendida, como solían hacer.

El teléfono de Tamsin emitió un sonido, y su dueña miró el mensaje que acababa de recibir. Acto seguido, le lanzó una mirada a June cargada de reproche.

Entonces sonó el móvil de Flick.

June entrecerró los ojos.

—¿Es Poppy? ¿Os está enviando mensajes?

—No es nada —dijo Tamsin. Guardó el teléfono en el bolsillo antes de que June pudiera leer el mensaje.

—Sé que no os va a gustar escuchar esto, pero pienso de verdad que pudo ser Poppy quien se llevó mi bicicleta —afirmó mientras las demás se disponían a disfrutar de la comida.

A Kimmy casi se le cae el tenedor.

—¿Lo estás diciendo en serio? ¡Creía que ya habías superado todo eso!

—Por favor, os lo suplico. ¿No podríais al menos considerar la posibilidad de que fuera ella?

Miró a todas sus compañeras, pero ninguna de ellas le concedió siquiera un gesto de asentimiento.

—Muy bien —dijo, levantándose de la mesa. Se marchó furiosa a su habitación y cerró la puerta de un portazo.

Un momento después, alguien llamó a esa misma puerta.

June la abrió un poco.

Tamsin asomó la cabeza, con una expresión amable y afectuosa.

—No sé quién se llevó tu bicicleta, pero estoy segura de que no fue Poppy.

—No puedes saberlo.

—Conozco a Poppy. He pasado tiempo con ella. Sé que a veces es un poco excéntrica e imprevisible, pero no haría algo así, créeme. Tienes que dejar esa cantinela, June. La gente está empezando a decir que estás paranoica.

CAPÍTULO 25

JUNE

Un año antes

—¡La cena está lista! —gritó June a sus compañeras.

Había estado horas en la cocina preparando una deliciosa cena dominical y en la cocina se respiraba un aroma intenso a ajo y algunas hierbas.

Tamsin fue la primera en aparecer y ayudó a llevarlo todo hasta el comedor. June la siguió, sosteniendo en sus brazos varios platos que echaban humo. Entrecerró los ojos al ver que Flick tenía el cuerpo inclinado, mirando su teléfono.

—¿No habíamos acordado que no habría móviles sobre la mesa? —recordó.

Flick se apresuró a guardar su teléfono y June colocó los platos. Tamsin suspiró y sacó su móvil del bolsillo para ponerlo en silencio. Entonces, sonó el teléfono de Kimmy y June estuvo a punto de perder los nervios.

Cogió un bol del aparador y metió en él su teléfono. Luego dio la vuelta a la mesa y recogió los de todas sus compañeras. Hubo gestos de fastidio, pero ella había dedicado un gran esfuerzo a preparar la comida, así que al final todas terminaron cediendo. June llevó el bol al salón y lo dejó allí durante toda la comida.

Volvió al comedor y encendió su tocadiscos antiguo. Las notas relajantes de un violín resonaron por la estancia mientras servía la

comida, colocando con habilidad una porción generosa de solomillo de cerdo y puré de patatas cremoso en cada plato.

Cuando se terminaron el plato principal, volvió a la cocina canturreando al compás de la música y se dispuso a calentar un poco de chocolate negro. Sus compañeras exclamaron de alegría al ver la fondue de chocolate burbujeante.

Desplegó sobre la mesa una selección de frutas. Todas estaban participando de la conversación mientras mojaban fresas, uvas y plátanos en el mar de chocolate fundido. June pensaba que había cortado demasiada fruta, pero la devoraron al completo.

—¡El mejor postre de mi vida! —proclamó Kimmy.

—Estoy a punto de reventar —aseguró Tamsin, dándose palmaditas en el estómago.

June sonrió satisfecha. Ella, personalmente, habría preferido una mousse sofisticada de chocolate blanco, pero había tenido la sensación de que la fondue iba a ser un éxito rotundo.

Tamsin y Kimmy recogieron la mesa, mientras que June se retiró al salón para disfrutar de un merecido descanso. Cerró los ojos. Debió quedarse frita durante unos minutos, hasta que un fuerte chillido de Tamsin la despertó.

Acababa de sacar su teléfono del bol y lo estaba mirando, contrariada.

—Tengo once llamadas perdidas. Espera, hay un mensaje de voz.

June tragó saliva mientras Tamsin lo reproducía en el altavoz. En el salón comenzó a resonar la voz de una mujer.

«Tamsin, soy Gladys, la vecina de tu padre. Me lo he encontrado desplomado en el jardín. Tienes que ir al hospital, cariño. Lo más rápido que puedas».

Tamsin se quedó boquiabierta. Con los dedos temblorosos, le devolvió la llamada a Gladys. Mientras la escuchaba, le comenzaron a resbalar lágrimas por las mejillas. June no podía distinguir lo que

decían, pero la mujer parecía histérica.

Kimmy estaba ya de pie junto a la puerta.

—Venga, vamos. Yo te llevo.

—Todas hemos estado bebiendo.

—Estoy bien. Solo me he tomado una copa.

—Gracias.

June se puso de pie.

—Yo también voy.

Ambas la miraron fijamente durante unos instantes, pero ninguna de ellas puso objeciones.

—¿Preparamos una maleta rápida? —preguntó Kimmy.

Tamsin negó con la cabeza.

—No hay tiempo.

Les dijeron a Flick a qué hospital se dirigían y salieron corriendo hacia el Volkswagen de Kimmy.

***

Apenas hablaron mientras el coche avanzaba a toda velocidad en mitad de la noche, recorriendo el trayecto entre Clapham y Pontypridd en tiempo récord. Cuando llegaron al hospital, Tamsin salió del coche y corrió hacia la entrada, donde una mujer de pelo gris ataviada con un abrigo azul grueso la envolvió en un abrazo reconfortante. June corrió tras ella mientras Kimmy aparcaba el coche.

Gladys se apartó de Tamsin y la miró con una expresión apesadumbrada.

—Lo siento, cariño. Me temo que ha fallecido hace unos minutos.

—¡No! —gritó Tamsin. Fue un alarido que sacudió todo su cuerpo. Rompió a llorar en los brazos de Gladys. Con los ojos llorosos, levantó la vista y se dirigió hacia la vecina de su padre—. ¿Te ha preguntado por mí?

—Estuvo prácticamente inconsciente todo el tiempo, pero, cuando le dije que venías de camino, pareció relajarse un poco. Estoy segura de que lo entendió.

Todas se dirigieron hacia el interior del hospital, donde un médico cuya bata blanca destacaba en la oscuridad recibió a Tamsin.

—Se ha ido en paz. No ha sufrido ningún dolor. ¿Te gustaría ir a verlo?

Tamsin asintió y June dio un paso para seguirla, pero Kimmy, que acababa de volver del aparcamiento, le puso una mano en el hombro.

—No, deja que vaya sola —le murmuró.

June se dejó caer sobre una silla, sintiendo como si sus piernas fueran de plomo. Exhaló profundamente. El corazón le latía con fuerza en el pecho y no dejaba de mirarse las manos. Kimmy permanecía a su lado, mirando por la ventana hacia el aparcamiento. No dijo nada, pero June sabía por instinto lo que estaba pensando. Ojalá Tamsin hubiera tenido el teléfono consigo cuando Gladys la llamó. De no haber sido por June, habría llegado a tiempo.

CAPÍTULO 26

JUNE

June estaba escuchando un audiolibro mientras picaba zanahorias para el guiso de la cena. Estaba absorta en sus pensamientos, completamente atrapada por la historia que estaba escuchando, cuando oyó que el hervidor de agua comenzaba a cobrar vida. Se giró de inmediato y se encontró a Poppy apoyada en la encimera, observando cómo salían remolinos de vapor del hervidor, como si se tratara de un genio al que acabaran de liberar de su lámpara.

June logró esbozar una medio sonrisa educada y Poppy le devolvió un ligerísimo gesto con la cabeza. June se puso tensa y detuvo la reproducción del audiolibro, incapaz de concentrarse. No le gustaba que la interrumpieran cuando estaba cocinando, le hacía perder el hilo. La presencia de Poppy era particularmente incómoda. ¿Eran imaginaciones suyas o de repente hacía un calor insoportable en la cocina?

Así era la relación entre ellas últimamente. Compartían espacio, pero apenas se hablaban. No era un silencio cómodo, como los que solía compartir con las demás de la casa. Estaba cargado de tensión.

Terminó de picar las verduras y dejó el guiso en el fuego. Se sentó a ver la televisión en el salón y le echó un vistazo a la olla de vez en cuando, para asegurarse de que no rebosara.

Una hora más tarde, la cena estaba lista y la sirvió con un cucharón en cinco cuencos de cerámica. El aroma era embriagador, impregnado de hierbas, tal y como a ella le gustaba.

June llamó al resto de sus compañeras para que se sentaran a la mesa. Incluso bajó al sótano para llamar a la puerta de Poppy.

—¡A cenar!

Todos se sentaron alrededor de la mesa, quejándose amargamente del tiempo: habían tenido la esperanza de disfrutar de un día soleado, pero hacía frío y viento, lo que había arruinado sus planes de hacer una barbacoa.

Poppy metió la cuchara en su plato y removió el guiso en círculos.

—¿Lleva champiñones?

June arqueó una ceja.

—Solo unos cuantos. Puedes quitarlos fácilmente si quieres.

Poppy hizo un movimiento tan enérgico de negación con la cabeza que un mechón de pelo rubio se soltó del moño que llevaba.

—No, la última vez que lo hice me tragué uno sin querer y luego estuve todo el día eructando con el sabor a champiñones.

—¡Demasiada información! —exclamó Flick.

Poppy se rio por lo bajini.

—Solo te cuento lo que pasó. No os preocupéis por mí, yo me preparo otra cosa.

Se levantó de la mesa como un huracán y se puso a hurgar en la despensa en busca de una alternativa. June la observó decidirse por una lata de espaguetis. Abrió y cerró el cajón, buscando el abrelatas. Hubo una breve pausa y luego el microondas comenzó a emitir un sonido contundente, que se extendió hasta el salón. Poco después se escuchó un pitido agudo que anunciaba que la comida de Poppy ya estaba lista.

De pronto, Kimmy se puso a aplaudir al mismo tiempo que abría mucho sus ojos, que resplandecían.

—Ya he reservado mi despedida de soltera —dijo, mirando al resto de las comensales—. ¡Vamos a pasar una semana en Miconos!

La emoción se extendió por el grupo como si de una ráfaga de

viento se tratara. June no recordaba cuándo las despedidas de soltera se habían convertido en un fin de semana y luego en una semana.

Su sugerencia personal había sido pasar un día de spa, pero las demás votaron en contra.

—¿Cuánto va a costar todo eso? —preguntó.

Al fin y al cabo, apenas unos meses antes habían tenido dificultades para pagar las facturas. No quería que sus compañeras se arriesgaran a endeudarse.

—Yo he pagado el alojamiento —dijo Kimmy—. Solo tenéis que haceros cargo de los vuelos.

Poppy sonrió mientras llevaba su bol a la mesa.

—Yo no tengo un duro, pero Kimmy se ha ofrecido a prestarme el dinero para el billete —afirmó.

June miró horrorizada a Kimmy.

—¿Seguro que puedes permitírtelo?

Kimmy hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—Ralph puede —le explicó—. Me ayudará si es necesario. Está decidido a que disfrute de una despedida de soltera inolvidable.

—¡Qué chico! —murmuró Flick.

June la miró de reojo, pero la conversación ya había avanzado hacia otro tema. Charlaron sobre todas las cosas que podrían hacer en Miconos, desde bailar en las discotecas hasta tomar el sol en la playa. June tenía sus propias ideas. Se imaginaba pedaleando por esas carreteras costeras tan pintorescas y descubriendo calas escondidas.

—¿Cuándo es la despedida de Ralph? —preguntó.

—La misma semana. Se va a Ibiza.

—Más me vale ir empezando a ahorrar un poco —dijo Flick—. Voy a necesitar dinero para la cerveza.

Poppy se llevó a la boca un tenedor lleno de espaguetis.

—¡Ay! ¡Quema!

Sopló antes de volver a comer. June la observó con una mezcla de horror y curiosidad.

—Hablando de dinero, he empezado a actuar con mi guitarra en la calle —afirmó Tamsin.

June frunció el ceño.

—¿Dónde?

—En la estación de metro. Me está yendo bastante bien. Anoche me saqué cincuenta libras.

—¡Qué bien! —exclamó Kimmy.

Flick asintió en un gesto de aprobación, pero June seguía teniendo una expresión de preocupación en su rostro.

—¿Estás haciéndolo sola?

—Yo y mi guitarra. Toco mis propias canciones. Es una gran oportunidad para probar a tocar en directo.

La idea hacía que June se sintiera intranquila. Aunque admiraba el entusiasmo de Tamsin, le preocupaba que estuviera sola allí abajo.

—¿No necesitas un permiso para eso?

Tamsin se encogió de hombros con indiferencia.

—Nadie se ha quejado.

—Pero ¿es seguro?

—Eres doña angustias, June —dijo Poppy, con una sonrisa de suficiencia—. Es como vivir con mi abuela.

El comentario le dolió. June no creía estar exagerando. La zona que rodeaba la estación de metro podía ser peligrosa por la noche, sobre todo cuando había gente que había bebido. Eso la ponía nerviosa.

Poppy succionó ruidosamente sus espaguetis al volver a probar otro bocado.

—No sé cómo puedes comerte eso —dijo June, sacudiendo la cabeza.

—Oh, oh, la inspectora de alimentos —dijo Flick.

Poppy se encogió de hombros.

—Me recuerda a mi madre, me los hacía muchas veces.

June no podía hacer la misma asociación mental. En la casa de su infancia nunca hubo concesiones especiales para nadie en la mesa. Te comías lo que te ponían delante.

Tamsin fue la primera en terminar. Fue directa a la cocina para ir llenando el lavavajillas.

—¿Todas habéis recogido vuestra ropa del jardín? —preguntó Flick —. Creo que está empezando a llover.

June cogió una cesta y salió corriendo a rescatar su colada. Pudo oír a su vecino en el jardín de la casa de al lado silbando mientras se fumaba un cigarrillo. No parecía molestarle la lluvia lo más mínimo.

Recogió toda la ropa y la metió dentro de la casa. La llevó a su habitación, la dobló cuidadosamente y la guardó para que no se arrugara. Cuando salió del dormitorio, vio a Kimmy arrodillada en el suelo delante del cuarto de baño. Dio un paso hacia ella.

—¿Estás bien?

—Acabo de vomitar.

—¡Ay, pobre! —exclamó June. A continuación, miró a Flick, que estaba acurrucada en el sofá, con la piel pálida y brillante a causa del sudor.

—Tú tampoco tienes muy buen aspecto —le dijo.

Flick negó con la cabeza.

June les llevó un cuenco a cada una para que pudieran vomitar en ellos y luego fue al armario en el que guardaban la ropa de cama para coger unas mantas para ellas.

—Creo que acabo de escuchar a Tamsin —afirmó Kimmy.

June subió al desván donde dormía Tamsin y llamó a la puerta.

—Tamsin, ¿estás…?

Oyó un gemido en el interior y abrió la puerta de golpe.

Un hedor nauseabundo la invadió y casi se atraganta al ver vómito

cuajado sobre la colcha de la cama. Tamsin estaba tirada en el suelo, en posición fetal. Había una cantidad considerable de vómito a su lado, y también en el pelo.

—¡Madre mía, Tamsin! Venga, vamos a darte una ducha.

Tamsin estaba tan débil que apenas podía caminar.

June la cogió del brazo y la condujo escaleras abajo. Peldaño a peldaño, descendieron lentamente hasta llegar al cuarto de baño.

La guio hasta la ducha y la ayudó a desvestirse. Tamsin se apoyó con fuerza sobre June para no caerse. June abrió el grifo y comenzó a lavarla. Tamsin estaba tan agitada que no se atrevía a soltarla por miedo a perder el equilibrio. Una vez limpia, June envolvió su cuerpo tembloroso con una toalla caliente y le dio una bata. Luego la ayudó a bajar las escaleras hasta su propia habitación para que pudiera descansar un poco mientras ella limpiaba.

Lo hizo tan rápido como pudo, luchando contra sus ganas de vomitar. No sabía bien si también se estaba poniendo enferma o si era el tremendo olor lo que la estaba afectando. Metió las sábanas de Tamsin en la lavadora y fue a comprobar cómo se encontraban Flick y Kimmy. El aire de la casa apestaba a enfermedad.

Escuchó a Poppy subir las escaleras desde el sótano.

—¡Estamos todas malas! —gritó Flick.

Poppy les echó un vistazo y retrocedió.

—¡Muchas gracias por tu ayuda! —le gritó June a sus espaldas.

—Lo siento, pero me pongo fatal cuando veo a alguien vomitando. Como suba, voy a acabar vomitando yo también.

June respiró hondo y se dirigió a su habitación, donde encontró a Tamsin agitándose suavemente, con gemidos que delataban su dolor.

—Quiero ver a mi padre —susurró.

A June se le llenaron los ojos de lágrimas. Abrazó a su compañera con ternura, deseando poder quitarle el dolor. Mientras estaba

tratando de consolar y reconfortar a Tamsin, su estómago también comenzó a rugir. Se lo masajeó con delicadeza, intentando ahuyentar las náuseas.

Tamsin parecía estar quedándose dormida, así que la dejó y se sentó en las escaleras para llamar a urgencias. La tuvieron en espera varios minutos. A través de la pared podía escuchar a Flick en el baño, vomitando en el inodoro. Cada arcada resonaba por todas las paredes del pasillo, impidiendo que se escuchara cualquier otro sonido.

Finalmente, la atendieron, y se puso a detallar los síntomas de sus compañeras.

—Vómitos, diarrea, fiebre y dolores de estómago. Todo se ha desatado de repente, esta noche. Antes estábamos todas bien.

—¿Han comido algo extraño?

—No, solo hemos comido estofado de ternera.

—Mmm… Parece gastroenteritis —afirmó el médico—. Asegúrese de que todas beban mucha agua e intenten descansar.

—¿Hay algo que podamos tomar para mejorar?

—Estas cosas suelen seguir su curso y resolverse solas, pero, por favor, vuelva a llamarnos si alguna de ustedes empeora.

—De acuerdo, gracias.

June se inclinó hacia delante y hundió la cabeza en su regazo. Ya no podía resistirlo más, las náuseas eran cada vez más intensas.

***

Kimmy y Tamsin durmieron, pero Flick y June vomitaron varias veces durante la noche. Poppy solo subió del sótano para ir al baño y beber algo. June la observó con atención. Seguía teniendo buen color de cara y no estaba temblando como las demás.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Mientras no respire vuestros gérmenes… —respondió Poppy. Se

acercó a la nevera y sacó una lata de Irn-Bru.

Flick protestó desde el sofá.

—No te preocupes, tú también vas a terminar cayendo.

—Espero que no, ¡no fastidies! —dijo Poppy, retirándose a su habitación. Un momento después, empezó a sonar música desde el sótano, pero June no tenía fuerzas para pedirle que bajara el volumen.

***

Poppy nunca llegó a contagiarse. El resto de las chicas pasaron dos o tres días malos, tras los cuales todas estaban débiles y pálidas, pero ya habían dejado de vomitar. Durante todo ese tiempo, nadie salió de casa ni se permitió la entrada de ningún visitante. Kimmy se consumía por Ralph y June descubrió que no podía dejar de pensar en Dan. Se enviaban mensajes sin parar, intercambiando pequeñas bromas y anécdotas.

—Te echo de menos —le dijo Dan durante una videollamada.

—Yo también a ti.

—¿Cuándo voy a poder verte?

—Muy pronto. Solo tengo que asegurarme de haber eliminado esta cosa.

Ella lo vio coger algo que quedaba fuera de la perspectiva que ofrecía la pantalla y, a continuación, llevárselo a la boca.

—¿Qué estás comiendo?

Dan le mostró una porción de tarta.

—Kelvin ha estado cocinando —respondió, enfocando luego una bandeja de pasteles blancos con virutas de colores.

—Me estás haciendo sentir hambre.

—Eso es buena señal, ¿no?

—Supongo que sí.

—En cuanto te encuentres mejor, te voy a llevar a una pastelería

increíble que acabo de descubrir en Abbeville. Tienen las mejores milhojas del mundo.

La mente de June comenzó a divagar mientras Dan le describía sus pasteles favoritos. Estaba exhausta y sentía que se le cerraban los ojos.

—Venga, que estoy viendo que necesitas descansar. Te dejo ya. ¿Hablamos mañana a la misma hora?

—Sí, por favor, y gracias por llamarme. Me ha venido genial escuchar tu voz.

—¿Alguien quiere ir a dar un paseo? —preguntó Tamsin cuando June colgó—. Me está entrando claustrofobia de tanto estar en casa. Necesito un poco de aire fresco.

—Sí, buena idea —respondió June, estirando los brazos. No quería pasarse otro día entero durmiendo.

—Yo también voy —dijo Flick.

Kimmy asintió.

—¿Y Poppy?

—Acaba de acostarse —dijo June.

—Vale, entonces la dejamos aquí.

Kimmy y Flick se pusieron los abrigos y las cuatro salieron tambaleantes hacia la luz del sol.

—Me siento como si acabáramos de sobrevivir a un apocalipsis zombi —dijo Flick mientras caminaban lentamente por la calle.

Se dirigieron al parque. Estaban demasiado cansadas como para hacer otra cosa que no fuera sentarse en un banco y ver a la gente correr. Les sentaba muy bien estar al aire libre. June disfrutaba de la brisa fresca en su rostro.

—Oye, ¿ese no es Ralph? —dijo Flick, señalando a una persona en la distancia.

—¡No! —se rio Kimmy—. Es su hermano.

Todas estiraron el cuello para mirar, pero el hombre ya se había

alejado corriendo, desapareciendo de su vista.

—No nos habías contado que tenía un hermano —dijo Flick—. Eso va a hacer que la boda sea más interesante. ¿Está soltero?

Kimmy se llevó las manos a la cara.

—¡Por favor, no intentes ligártelo! Sería muy raro.

Flick sonrió.

—Podría terminar casándome con él. ¡Seríamos cuñadas!

Todas se partieron de risa.

—¿Cómo van los preparativos de la boda? —preguntó June—. ¿Crees que va todo según lo previsto?

—Más o menos —respondió Kimmy.

—Creo que haces bien en celebrar una boda íntima. La última boda a la que fui parecía un circo. ¿Qué sentido tiene invitar a un montón de gente a la que casi ni conoces?

Kimmy asintió.

—Eso es exactamente lo que dice Ralph. No queremos ver las fotos en el futuro y descubrir que no sabemos el nombre de la mitad de los invitados. Solo estarán nuestros familiares y los amigos más allegados.

Tamsin bostezó cuando ya iban de regreso a casa.

—Voy a darme un baño en cuanto lleguemos —dijo—. Y luego quizá me eche una siesta.

June asintió en señal de aprobación. Acto seguido, le vibró el móvil en el bolsillo. Era Marilyn.

—Solo quería saber cómo estabas —le dijo.

—Voy mejorando —le respondió June.

—Eso es bueno. Tómate todo el tiempo que necesites. Pero el lunes estarás de vuelta, ¿verdad?

June sonrió.

—Volveré en cuanto deje de ser contagiosa —le prometió. La realidad era que echaba de menos el trabajo, excepto las reuniones.

Le había venido bien saltarse algunas. Colgó y volvió a alcanzar a sus compañeras.

Al acercarse a la casa, June se fijó en que el camino de entrada estaba muy descuidado, lleno de maleza. Puede que después cogiera los guantes de jardinería para arrancar algunas malas hierbas. Tamsin se quedó paralizada delante de los parterres. June pensó que, al igual que ella, también estaba mirando las flores. Pero, de repente, un sonido ahogado escapó de su garganta y, acto seguido, cayó al suelo, con las extremidades convulsionando violentamente como si una corriente eléctrica recorriera su cuerpo.

CAPÍTULO 27

JUNE

Kimmy llamó al número de emergencias desesperadamente mientras June se arrodillaba junto a Tamsin. La voz de Flick temblaba de miedo.

—¿Qué le pasa?

—Está convulsionando —dijo Kimmy.

A June se le aceleró el pulso mientras trataba de reconfortar a Tamsin.

—Tranquila, viene una ambulancia de camino. ¿Puedes oírme, Tamsin? ¿Puedes mirarme a la cara?

Pero Tamsin solo miraba al frente, ausente. Movía la boca, dando la sensación de estar luchando silenciosamente por conseguir articular palabras.

—Estoy contigo —le dijo June, colocando su bufanda bajo la cabeza de Tamsin. Daba mucho miedo ver a su amiga perder el control de su cuerpo.

Los movimientos de Tamsin se fueron ralentizando poco a poco, pero ahora parecía asustada, mirando a su alrededor como si no supiera lo que había sucedido. Le goteaba saliva por la comisura de los labios. June sacó de su bolsillo un pañuelo para limpiársela.

Comenzó a escucharse el ulular tenue de una sirena. El sonido se hizo más fuerte cuando una ambulancia de un color amarillo intenso giró hacia su calle. June agitó los brazos y el vehículo se detuvo bruscamente frente a la casa. Dos sanitarios vestidos de verde se

bajaron de un salto. Se acercaron a ellas con paso decidido, hablando en tono tranquilizador mientras se dirigían hacia Tamsin.

—Hola, cariño. ¿Puedes oírme? ¿Cómo te llamas?

—Es Tamsin Davies —dijo June al ver que Tamsin no respondía.

En ese momento, Poppy salió corriendo a toda velocidad por la puerta de la casa y entró en el jardín, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué demonios está pasando? —gritó, con una voz llena de pánico—. ¿Qué le ha pasado a Tamsin?

Miró a June para que le ofreciera una respuesta, pero esta permaneció inmóvil y con la boca cerrada. No era momento para que Poppy montara uno de sus típicos espectáculos.

—¿Le había pasado alguna vez algo así? —preguntó uno de los sanitarios.

Kimmy y Flick negaron con la cabeza.

—No —explicó June—. No es epiléptica ni nada por el estilo. No tiene ninguna enfermedad, aunque todas acabamos de pasar por una gastroenteritis.

—Todas menos yo —puntualizó Poppy.

El segundo sanitario miró a June.

—¿Comisteis algo raro antes de la gastroenteritis?

June negó con la cabeza mientras su mandíbula se tensaba.

—No, lo último que comimos fue un guiso casero. Lo cociné yo misma. Todos los ingredientes eran frescos.

—Usaste champiñones silvestres, ¿verdad? —intervino Poppy.

Esas palabras cargadas de reproche quedaron suspendidas en el aire entre ambas. June sintió que comenzaban a sudarle las axilas mientras luchaba por sostener la mirada de Poppy.

El sanitario no pareció inmutarse, centrado únicamente en averiguar qué podría haber causado la enfermedad repentina.

—¿De dónde provenían los champiñones? —preguntó.

June carraspeó y movió el cuerpo, desplazando el peso del mismo

de un pie a otro.

—Yo… Los suelo coger del bosque. Sé lo que hago. Llevo recolectando alimentos desde que era muy niña —explicó, horrorizada ante la insinuación de que pudiera haber envenenado a sus compañeras.

—Bueno, vendría bien que consiguieras una muestra de los champiñones que utilizaste, por si acaso.

June tragó saliva y asintió con la cabeza.

—Lo haré, pero estoy bastante segura de que los champiñones no han tenido nada que ver.

June volvió a centrar su atención en Tamsin. Sus mejillas habían recuperado un poco de color y parecía que su mirada comenzaba a recuperar el enfoque. No dejaba de abrir y cerrar los dedos, como si estuviera intentando procesar lo que acababa de pasarle.

—Tamsin, nos gustaría llevarte al hospital —le dijo el sanitario.

June miró a Tamsin. Era difícil saber si se había enterado de lo que le acababan de decir.

—Iré con ella si no os importa —dijo Kimmy.

—De acuerdo. Podemos apretarnos y hacerte un hueco.

June observó aturdida la escena mientras los sanitarios acomodaban a Tamsin. No soportaba verla así de mal, pero no podían haber sido los champiñones, ¿verdad? Había recogido los mismos de siempre. Era muy meticulosa. De ninguna manera iba a correr el riesgo de poner en peligro a sus compañeras. Se acercó para apretar la mano de Tamsin y la dejó entrar en la ambulancia, seguida muy de cerca por Kimmy.

En cuanto la ambulancia se marchó, se giró de golpe para mirar a Poppy, cuyo rostro estaba iluminado por el destello rojo de las luces traseras del vehículo. Poppy abrió la boca para decirle algo, pero June no estaba dispuesta a oírlo.

—¡Quítate de en medio! —le espetó.

Pasó junto a ella a toda velocidad y entró en su habitación, donde se derrumbó sobre la cama y enterró la cabeza entre las almohadas.

***

Un par de horas más tarde, Kimmy llamó desde el hospital.

—Está bien, pero la van a tener en observación toda la noche para hacerle unas pruebas. ¿Puedes prepararle una mochila con sus cosas? Y no te olvides de recoger una muestra de los champiñones. Pasaré por casa a recogerlo todo.

—Sí, claro.

—Genial, gracias.

June subió a la habitación de Tamsin y enseguida pensó en el tiempo que pasaron juntas como compañeras de habitación en el internado Saint Winifred. Mientras June se había adaptado bien a aquel entorno seguro y estructurado, Tamsin había sufrido terriblemente, pues añoraba su hogar. A menudo se despertaba por la noche, cubierta de sudor y llorando. A veces se metía en la litera de June y las dos permanecían allí tumbadas, esperando a que amaneciera. June siempre había sido la que cuidaba de Tamsin. No soportaba la idea de que su guiso la hubiera puesto tan enferma. Sabía que no era cierto. Era imposible que hubiera recolectado champiñones dañinos. Imposible.

Abrió un cajón y encontró un pijama, unos calcetines limpios y ropa interior para Tamsin. Luego cogió uno de sus dragones de peluche y lo metió también en la mochila. Le preparó después una bolsa de aseo cogiendo varias cosas del cuarto de baño y lo dejó todo sobre la mesa del comedor. Luego se puso el abrigo y los zapatos, y fue al bosque para recoger unos cuantos champiñones.

Encontró algunos en el lugar habitual, junto a un seto. Cogió un puñado, los examinó cuidadosamente y los metió en una bolsa con cierre. Estaba segura de que eran comestibles. No sabía con certeza

qué podría haber causado la enfermedad que habían sufrido, pero los champiñones no podían haber sido.

***

Esa noche, tumbada en la cama, con la luz de la luna brillando en su rostro, recordó la tarde en la que habían empezado a sentirse mal. Aún podía oler el aroma terroso de los champiñones mientras los lavaba, los cortaba y los echaba en la olla. Los había preparado exactamente igual que siempre y luego dejó el guiso cocinándose en el fogón. Se aferró a la almohada con fuerza. Poppy había estado merodeando por la cocina aquel día mientras ella cocinaba. Luego, June se fue al salón un rato a ver la tele mientras esperaba a que el guiso estuviera listo. ¿Y si Poppy hubiera echado algo en la olla? Se había negado a probar ni una sola cucharada del guiso. ¿De verdad sentía tanto rechazo por los champiñones o es que había añadido algo tóxico sin que ella la viera?

***

A la mañana siguiente, June habló con Dan por teléfono.

—Deberías ir a la policía —la instó—. Si tu compañera ha intentado envenenaros, deberías denunciarlo.

—No tengo pruebas —respondió ella—. Nos terminamos el guiso y fui yo quien lo cocinó. Si le echan la culpa a alguien, será a mí.

—Pero ¿estás segura de que no cogiste ningún champiñón dañino?

—Sí, estoy segura.

—Ojalá pudiera hacer algo para ayudarte —dijo Dan—. Siento que no te sirvo para nada en este momento.

—No se te ocurra decir eso. Tenerte ahí para hablar significa muchísimo para mí. A veces siento que todo el mundo está en mi contra en esta casa.

—Bueno, yo estoy aquí para dar la cara por ti y apoyarte.

—Gracias. Te lo agradezco mucho.

—¿Cuándo podremos volver a vernos?

Ella dudó.

—No lo sé aún. Primero tengo que asegurarme de que ya estamos bien del todo. No quiero correr el riesgo de contagiarte.

—Yo estoy dispuesto a arriesgarme.

—Aun así, no quiero tener eso en mi conciencia. Y, además, la verdad es que todavía me siento como si me hubiera atropellado un camión.

—Está bien, avísame cuando creas que estás lista. Te quiero, June.

A June casi se le cae el teléfono.

—Ah, ¿sí?

—Esa no era la respuesta que esperaba.

—¡No! Lo siento, es que nadie me había dicho eso antes.

—Bueno, pues yo te lo digo completamente en serio, June: te quiero. Y quizá algún día, cuando estés preparada para ello, me lo digas tú también a mí.

Atónita, se despidió y se quedó mirando la pared. ¿Aquello era amor? Podría ser. Sin duda, sentía una calidez reconfortante en su interior.

Entró en la cocina. En la nevera había una nota escrita en un pósit rosa.

He ido a recoger a Tamsin al hospital. Vuelvo pronto. Kimmy. ¡Besos!

June sonrió. Eso sonaba muy bien.

Tenía sed. Se echó un vaso grande de zumo de naranja y se dirigió al salón. ¿Dónde se habían metido las demás? Miró el reloj. Poppy debía estar en el trabajo y Flick probablemente andaría durmiendo.

No estaba muy segura de qué la condujo a bajar las escaleras hasta el sótano, pero sentía como si una vocecita la llamara,

desafiándola a echar un vistazo.

—¿Poppy? —preguntó en voz alta, por si acaso su compañera estuviera dentro de su habitación.

Pero no hubo respuesta. June empujó la puerta para abrirla y se encontró con el caos habitual: ropa tirada por el suelo, latas de refresco vacías apiladas sobre el escritorio y estanterías que rebosaban cosméticos.

Si estaba en lo cierto y Poppy las había envenenado a todas, entonces quizá hubiera comprado el veneno por Internet. Y, de ser así, podrían existir pruebas: un envase vacío o algo por el estilo. Merecía la pena echar un vistazo.

Su mirada recorrió todo aquel desorden, tratando de encontrar algo que pudiera serle útil. El lugar más obvio por el que empezar era debajo de la cama, pero lo único que encontró allí fue un montón de ropa sucia. Hurgó en la papelera, pero no halló nada importante, solo un montón de bolsas de patatas fritas vacías.

¿Dónde podría guardar algo que no quisiera que nadie encontrara? El armarito que había junto a la cama parecía una buena opción. Rebuscó en él con cuidado, dejando a un lado fotos sueltas, postales y envoltorios de caramelos. Entonces, oculto entre un sobre viejo y arrugado y un botón, encontró lo que parecía un carné de biblioteca. Lo sacó y lo examinó. Y, como era de esperar, tenía el nombre «June Worth» grabado en él.

Le hirvió la sangre. ¿Por qué tendía ella su carné? Enfadada, se lo guardó en el bolsillo y siguió buscando.

Se movió rápidamente por la habitación, rebuscando en cada uno de los cajones. Estaba a punto de darse por vencida cuando vio un rectángulo dorado y brillante dentro de un cuenco decorativo. Lo cogió y lo miró a contraluz. Era su insignia de la asociación de estudiantes. El nombre de su universidad estaba escrito en letras en relieve, circundadas por espirales sutiles de pintura dorada. No era

más que un trozo de metal barato que les habían dado en la primera semana del curso durante su primer año. Llevaba semanas sin verlo y ahora sabía por qué: Poppy lo había cogido.

Hizo una mueca, tratando de encontrarle un sentido a sus descubrimientos. Aquellas cosas no tenían ningún valor. No significaban nada para nadie, excepto para June. Igual que su bicicleta.

CAPÍTULO 28

CREEP

Él se dirige hacia el parque. Voy siguiendo su ruta en la aplicación que usa para correr hasta que lo veo, con el rostro concentrado y unos auriculares puestos que bloquean todo el ruido a su alrededor. Me pongo a correr a su ritmo, detrás de él. La posibilidad de que me vea me resulta excitante, pero está absorto, completamente centrado en sí mismo. No se le ocurre girar la cabeza para mirar atrás ni una sola vez. Va trotando por delante de mí y su aliento dibuja una especie de nube de vapor en el aire frío de la mañana. Sus pies golpean el suelo con precisión militar, marcando un ritmo uniforme. Los árboles comienzan a difuminarse mientras lucho por seguirle el paso. Tengo la camiseta empapada de sudor y siento cómo los pulmones me arden por el esfuerzo. Dobla una esquina y se adentra en la arboleda. Por un instante, pienso que ha podido verme. Pero no, está demasiado concentrado en su carrera. Continuamos avanzando por el parque dejando nuestras huellas sobre la hierba, cubierta de rocío, hasta que él gira a la izquierda hacia un pequeño estanque. Me duele el costado por intentar seguirle el ritmo, así que reduzco la velocidad mientras él continúa su camino. A través de los árboles, lo veo hacerse cada vez más pequeño hasta que, finalmente, desaparece de mi vista.

CAPÍTULO 29

JUNE

June escuchó las voces de Kimmy y Tamsin acercándose a la casa y subió corriendo las escaleras para recibirlas. Tamsin tenía el pelo lacio y caminaba muy despacio. A June le resultaba evidente que un cansancio extremo se había apoderado del cuerpo de su compañera.

—Bienvenida a casa —le dijo, extendiendo los brazos para abrazarla —. Tienes mejor aspecto.

—Sí, ya estoy bien —dijo Tamsin con una sonrisa débil—. Un poco cansada, nada más. Me han dicho que descanse todo lo que pueda.

Se sentó en el sofá. Kimmy la arropó con una manta y le preparó una taza de té.

—¿Te han dado ya los resultados de las pruebas? —le preguntó June.

Tamsin negó con la cabeza.

—Todavía no. Espero que hoy o mañana.

***

June llevó su portátil al salón y abrió su correo electrónico del trabajo. Abrió los ojos de par en par al ver la cantidad de reuniones que se había perdido, pero estaba decidida a no trabajar durante lo que quedaba de semana. Casi no se había tomado ningún día libre desde que había empezado en aquel trabajo, así que sentía que tenía todo el derecho del mundo a hacerlo ahora.

Kimmy puso una de las películas favoritas de Tamsin.

—¿No te quedas a verla con nosotros? —le preguntó Tamsin a Kimmy.

—No, he pensado que voy a ir a trabajar unas horas. Me siento mal por llevar tanto tiempo sin ir a la tienda.

June se puso derecha en su sitio.

—Tu jefe no puede echarte la culpa por estar enferma —objetó.

—Y no lo hace, pero no tiene a nadie que pueda llevar la tienda en mi ausencia.

—Está bien, pero no trabajes demasiado.

—No, no. Solo voy a hacer un par de horas. Luego he quedado con Ralph para comer. Tenemos que decidir a dónde vamos a irnos de luna de miel.

—Disfrútalo. Yo me quedo aquí con ella.

Tamsin se recostó contra los cojines y muy pronto empezó a roncar con suavidad. June se restregó los ojos. Ella también tenía un poco de sueño. Estuvo dormitando un rato, hasta que oyó llegar a Poppy a casa. De repente, se sentía completamente despierta.

Poppy se deslizó hacia la cocina. June la siguió, sintiendo a la vez curiosidad y nerviosismo. Dejó caer con fuerza sobre la mesa su carné de la biblioteca, y, a continuación, hizo lo mismo con su insignia de la universidad.

—He encontrado estas cosas en tu habitación.

Poppy arqueó las cejas.

—¿Y qué hacías tú en mi habitación?

—Buscando mis cosas.

—¿Qué te hizo pensar que estarían allí?

June se encogió de hombros.

—Una corazonada.

—¿Basada en qué? —Poppy se inclinó hacia delante y miró los objetos que June había tirado sobre la mesa—. Parece que habré cogido tu carné de la biblioteca por error. ¿Lo dejaste en la cocina?

Debí pensar que era mío.

—Tú ni siquiera tienes carné de la biblioteca.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo lo sabes? En cuanto a la insignia, es mía.

June sintió un pequeño escalofrío, presa de su nerviosismo.

—No, no lo es. Tiene el nombre de mi universidad.

—Esa era *mi* universidad —dijo Poppy sin alterarse lo más mínimo.

—¿Tú fuiste a Guildford?

—Sip.

June se quedó anonadada. Parecía que Poppy tenía respuesta para todo.

—De todas formas, no deberías rebuscar en sus cosas —dijo Flick desde la puerta de la cocina—. A mí no me gustaría que me lo hicieran. Si quieres coger algo de la habitación de alguien, primero deberías preguntarle y, probablemente, esperar a que vuelva a casa.

June trató de mantenerse firme, con rabia contenida. Flick no lo entendía.

Luego, miró a Poppy.

—Si fuiste a la misma universidad que yo, ¿cómo es que nunca te vi?

—Es una universidad muy grande.

Se acercó más a ella.

—¿Tú y yo… nos conocíamos?

—Lo dudo mucho. Yo estudiaba Historia y Trabajo Social. Tú, Literatura Inglesa.

June contrajo la boca en un gesto. La forma en la que Poppy le había dicho esas palabras estaba cargada de veneno. Le latía con fuerza el corazón y sentía que, si se quedaba en la cocina un momento más, iba a terminar explotando. Salió de la misma con toda la dignidad que pudo y se fue a su habitación. Cogió su teléfono. Puede que ella no recordara a Poppy, pero tal vez Grace sí que lo hiciera.

CAPÍTULO 30

JUNE

June subió su abultada bolsa de viaje a un tren completamente abarrotado y se acomodó a duras penas en un asiento. Aquel día había mucha gente y el vagón apestaba a sudor. Sacó su libro y se sumergió en él, pues tenía la necesidad de huir de los pensamientos que se arremolinaban en su cabeza. No recordaba haber conocido a Poppy en el pasado. Y, sin embargo, Poppy parecía odiarla. Tenía que haber alguna conexión.

Estaba llegando a la estación de Guildford cuando recibió el mensaje de Tamsin.

> June, ya tengo los resultados de las pruebas. Se han detectado trazas de una seta venenosa. Sin embargo, aseguran que las que enviaste al hospital son perfectamente comestibles. El médico cree que, de alguna manera, cogiste una de otro tipo y se mezcló con las demás. Quiero que sepas que no te culpo en absoluto. Pero pensé que querrías saberlo. Un besazo. Tam.

June se quedó mirando el mensaje con horror. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Un envenenamiento con setas venenosas podía ser mortal. Podría haberlas matado a todas.

No, no se lo creía. No había tocado nada que resultara mínimamente sospechoso. Estaba más segura que nunca de que Poppy estaba detrás del envenenamiento. Pero ¿por qué?

Se puso de pie y se abrió paso a codazos entre la multitud de pasajeros para llegar al portaequipajes superior. Ayudó a una anciana a sacar su maleta y luego cogió su bolsa de viaje. Ya había visto a Grace en el andén. Era alta y corpulenta, y el pelo le caía por la espalda como si de una cortina dorada se tratara. June se bajó corriendo para abrazar a su vieja amiga, que pareció sorprendida por la fuerza con la que lo hizo.

Se separaron y salieron de la estación. June no pudo evitar fijarse en lo tranquilo que parecía Guildford en comparación con el bullicio londinense.

La casa que ambas habían compartido en el pasado estaba prácticamente a la vuelta de la esquina. June debía haber recorrido aquel camino cientos de veces. Todo le resultaba familiar, pero, a la vez, diferente. Habían cambiado un par de tiendas y se habían remodelado algunas casas. De hecho, justo en la de al lado había unos andamios.

—Me he apuntado a lo del mes de mayo sin cortar el césped —explicó Grace, señalando con la mano el jardín cubierto de maleza—. Y, sin saber muy bien cómo, se ha terminado extendiendo al verano. Los vecinos aún no se han quejado, y la verdad es que a los animales les encanta.

June asintió, admirando las flores silvestres que habían brotado en la hierba alta. Si Dan estuviera allí, ya habría sacado la cámara para fotografiar las abejas. Intentó no mirar hacia el rosal mientras Grace abría la puerta. Entraron. La casa seguía oliendo igual que siempre. June se quitó los zapatos. Algunos de sus pósteres antiguos aún decoraban una pared del pasillo. Las citas inspiradoras y los mensajes motivacionales hicieron que sintiera una mezcla de nostalgia y vergüenza. Lo que antes le había parecido inspirador ahora le resultaba un tanto vacío y bastante pretencioso.

—Mi compañera va a estar fuera todo el fin de semana, así que

puedes dormir en tu antigua habitación —le dijo Grace.

—¿En serio?

June empujó la puerta para abrirla y se asomó al interior. Fue muy feliz al contemplar sus antiguas cortinas con estampado de margaritas. Dejó caer la bolsa de viaje sobre la cama y observó la habitación con detenimiento: las paredes amarillas se habían descolorido con el paso del tiempo y el tablón de corcho en el que tenía puesto su horario de la universidad estaba ahora cubierto de postales. El olorcillo que reinaba, procedente de las velas de sándalo, le recordó que en la actualidad era otra persona la que vivía allí. Esperaba que la compañera nueva de Grace disfrutara de las vistas al río Wey tanto como lo había hecho ella.

—Voy a poner la tetera, ¿vale? —preguntó Grace—. ¿O prefieres una copa de vino?

—Vino, por favor —respondió June, cuya voz resonó en el silencio de la habitación. Encontró sus zapatillas y se dirigió al salón, donde se dejó caer en su viejo y querido sofá. Le hizo gracia ver que Grace todavía conservaba la misma mesa de centro, que seguía estando coja.

—Pareces un poco tensa —dijo Grace mientras chocaban las copas para brindar—. Tienes la cara un poco pálida y la postura, completamente descompensada.

—Sí, es que verás…

June le hizo un resumen a Grace de todos los problemas que tenía con Poppy y su antigua compañera la escuchó con atención.

—¿Tú te acuerdas de ella? —le preguntó June, enseñándole una foto en el móvil.

Grace la miró detenidamente.

—La verdad es que no. ¿Sabes qué estudiaba?

—Historia y Trabajo Social.

—Ah, bueno, es que eso no era lo mío.

—Ni lo mío tampoco.

June levantó la copa de vino, dio un trago y la volvió a dejar lentamente sobre la mesa. Respiró hondo, reflexionando sobre lo inútil que era el plan que había trazado. Hacía mucho tiempo que había terminado la universidad y, lo que era aún peor, estaba harta de pasarse la vida preocupándose por cosas relacionadas con Poppy. Tal vez debería centrarse en disfrutar del fin de semana con Grace.

—Me vendría bien distraerme un poco —le dijo—. ¿Quieres echar una partida de ajedrez?

Grace sonrió y se levantó para coger el tablero de los estantes que había junto a la chimenea. June sintió que la invadía un poco la nostalgia al recordar lo mucho que solían jugar. Pero fue comenzar a colocar las piezas y darse cuenta de que lo más probable era que estuviese un poco oxidada, ya que ninguna de sus compañeras actuales jugaba al ajedrez. No le sorprendió en absoluto que Grace le ganara la partida. Siempre había sido muy inteligente.

—¿Quieres echar otra? —preguntó Grace.

—Pues mira, estaba pensando en terminarnos el vino y luego ir a la asociación de estudiantes. ¿Qué tema van a tratar esta semana en el club de debates?

—El club se ha disuelto —dijo Grace con pesar—. Su hueco lo han ocupado los que juegan a ese juego de rol, Dragones y Mazmorras.

—Ah. Vale, bueno… ¿Y sabes si hay algún grupo de música?

—Puede que sí. Vamos para allá y nos enteramos, ¿te parece?

***

Mientras June paseaba por su antigua universidad, se apoderó de ella un sentimiento de nostalgia permanente. Se detuvo frente a la biblioteca de la universidad, admirando su arquitectura de ángulos pronunciados. Había pasado muchos días felices en ella.

—Oye, tengo una idea. ¿Vamos al Top Banana? —sugirió June—.

Me apetece un montón tomarme un helado de los suyos.

—El Top Banana ya no existe. Cerró hace un par de años.

—¿En serio? ¡Qué pena! ¿Te acuerdas de las galletas enormes de mantequilla que hacían, las espirales vienesas?

—A mí me gustaban sus strudels de manzana —dijo Grace con nostalgia.

—¡Oh, estaban para chuparse los dedos! ¿Seguro que ha cerrado?

Grace se rio.

—Podemos ir hasta allí, si quieres, y te lo enseño.

Comenzaron a avanzar a través del campus. Pasaron por delante de la antigua agencia de viajes y de lo que había sido un banco. Era una pena que todos aquellos negocios del pasado hubieran cerrado y que nadie hubiera tomado el relevo de sus locales.

—Cuidado —advirtió Grace mientras subían los escalones empinados en los que June se había tropezado una vez, torciéndose el tobillo.

La cafetería Top Banana seguía en el mismo sitio, pero su fachada estaba empapelada con anuncios antiguos. Había carteles de la discoteca de los viernes por la noche, del club de tiro con arco y de una manifestación para legalizar las drogas.

Caminaron hasta que comenzaron a escuchar música a lo lejos. Siguieron el sonido hasta llegar a un trozo pequeño de jardín donde estaba tocando un grupo de músicos. Unas cuantas personas se balanceaban al ritmo de la música y bebían cerveza, que habían comprado en un puesto cercano.

June compró un par de ellas y se sentó junto a Grace en el césped.

—¿Alguna vez piensas en irte de aquí? —le preguntó.

Grace negó con la cabeza. Había encontrado trabajo en el edificio de administración, haciendo una transición natural de estudiante a empleada de la universidad.

—Me siento como en casa —admitió—. Es un poco triste, ¿verdad?

—A mí no me lo parece —respondió June, que entendía perfectamente que alguien deseara vivir una vida sin demasiadas complicaciones.

Mientras estaban allí sentadas escuchando la música, Grace señaló a un hombre que tenía poco pelo en la coronilla.

—Ahí está Richard —dijo.

June parpadeó sorprendida. Richard había sido el novio intermitente de Grace, en una relación con constantes idas y venidas. Pasaron mucho tiempo con él en aquella época. Todos estaban cortados por el mismo patrón: eran muy trabajadores y estudiosos.

En ese tiempo, miraban con desdén y cierta superioridad a los fiesteros, a las mujeres que perdían el tiempo comprando ropa que pronto pasaba de moda y que bailaban hasta el amanecer y a los hombres que engullían cerveza a raudales y cantaban canciones de rugby desafinadas. June suponía que era un mecanismo de defensa. Ser inteligentes había sido su seña de identidad, una especie de superpoder. En el colegio habían sido empollones, sin más. En la universidad, sin embargo, estuvieron como pez en el agua.

—¿A qué se dedica ahora? —preguntó ella, viéndolo desaparecer entre la multitud.

—Es profesor universitario.

June parpadeó.

—¿Quieres decir que trabaja aquí?

—Lo hacía hasta hace un par de años. Se trasladó a Portsmouth, pero creo que sigue viviendo por aquí.

En su época, Richard había sido presidente de la asociación de estudiantes. No era especialmente popular. Tenía la costumbre de hablar con un exceso de crudeza. A pesar de ello, se convirtió en un héroe cuando frustró los intentos de la facultad de cerrar los bares del campus.

Grace bostezó exageradamente.

—Creo que ya va siendo hora de volver a casa.

June la miró sorprendida. Por una vez, le habría encantado quedarse a escuchar música toda la noche. Se terminaron las cervezas, se levantaron y se dispusieron a salir del recinto por la puerta sur para que June pudiera echarles un vistazo a los viejos cobertizos para bicicletas. Había más carteles antiguos pegados en sus paredes.

—Mira, he encontrado uno de los carteles de la campaña de Richard —le dijo a Grace.

Su antigua compañera se inclinó para examinarlo de cerca. Había un eslogan escrito junto a Richard. «El único hombre que puede hacer este trabajo».

A June le daba un poco igual el eslogan. Grace miraba el cartel con ternura.

—¿No parecía joven?

No era una foto demasiado favorecedora. En aquella época, Richard tenía bigote y los carteles estaban impresos en blanco y negro, lo que le hacía parecerse vagamente a Hitler.

Una sombra se cernió sobre ellas y una voz grave interrumpió los pensamientos de ambas.

—A ver, si queréis, os lo puedo firmar.

CAPÍTULO 31

JUNE

June se dio la vuelta bruscamente.

—¡Richard! ¡Me has dado un buen susto!

Él sonreía de oreja a oreja. June se alegró de ver que se había quitado el bigote.

—¿Qué te trae de vuelta por Guildford? —le preguntó él.

—Pues he venido para visitar a Grace y, bueno, para recordar viejos tiempos.

—Entonces, quizá os apetezca venir a mi casa, por eso de recordar viejos tiempos. Tengo una botella buenísima de Chianti.

June estuvo a punto de poner una excusa para declinar la invitación, pero se le ocurrió que Richard podría ser una persona ideal a la que preguntarle por Poppy. Tuvo la esperanza de que su memoria fotográfica no se limitara solo a datos relacionados con los horarios de los trenes y los videojuegos y que se extendiera también a las personas.

—Sería un placer —terminó respondiendo con una sonrisa.

Nada más aceptar el ofrecimiento, se dio cuenta de la expresión de hostilidad que adquirió el rostro de Grace, pero ya no podía echarse atrás. Tendría que compensárselo a su amiga más tarde.

Los tres salieron juntos del recinto universitario. June caminaba en medio, con Grace y Richard a ambos lados. Mientras avanzaban, él le preguntó por su nueva vida en Londres. Le interesaba especialmente saber dónde estaba viviendo.

—No me imagino compartiendo una casa —aseguró—. Siendo sincero, a veces ni yo mismo me aguanto.

June se rio, pero Grace permaneció en un silencio sepulcral.

La calle de Richard estaba bien iluminada y, a ambos lados de la misma, había casas impecables, cuidadas con esmero, pero había algo que resultaba extraño. Daba la sensación de que una tenebrosa nube oscura se hubiera cernido sobre ellos, provocando cierta angustia. Grace pareció comenzar a respirar con dificultad y agarró con más fuerza su bolso mientras se adentraban en el camino que daba a la casa de Richard.

—¿Estás bien? —murmuró June.

Grace apretó los dientes.

—Si me dieran a elegir, preferiría ir al dentista.

—Lo siento. No nos vamos a quedar mucho tiempo.

June levantó la vista hacia la casa y se dio cuenta de que en otros tiempos debió haber sido algo así como la segunda residencia de Grace. No sabía qué había provocado su ruptura con Richard, pero sospechaba que él había conocido a otra persona, ya que estaba claro que ella aún no había pasado página.

Richard abrió la imponente puerta de entrada y les hizo un gesto a ambas para que pasaran. El salón estaba decorado con muebles antiguos. En el centro de la estancia había una mesa cuadrada, en la que les estaban esperando una botella de vino y varias copas, como si Richard hubiera previsto que iba a tener invitados. June se fijó en que en la pared había en una colección de espadas entrecruzadas y trofeos de caza.

Intentó no reírse. Todo el conjunto resultaba un poco extraño, pero la verdad es que Richard siempre había sido un viejo en el cuerpo de un joven.

Él abrió el vino y lo sirvió con mucha soltura.

—Por los viejos amigos —dijo, entregándoles una copa a cada una.

Brindaron con educación y tanto June como Grace se sentaron en el sofá.

Richard comenzó a divagar sin rumbo, charlando sobre trivialidades. Empezaba con un tema y, de repente, se desviaba hacia otro completamente distinto, sin importarle lo más mínimo si su público lo seguía o no. Mientras hablaba, no apartaba los ojos de June y apenas si miraba a la pobre Grace, que la mayor parte del tiempo contemplaba la pared.

—Oye, quería saber si te acuerdas de una chica que acaba de empezar a vivir conmigo y con mis amigas —interrumpió June, antes de que Richard pudiera comenzar a relatarles otra anécdota tediosa —. Se llama Poppy Kendrick. Dice que estudió Historia en Guildford. ¿Te acuerdas de ella, por casualidad?

Antes de que Richard tuviera tiempo de responderle, June sacó su teléfono y le mostró una foto.

Esperó con gran expectación mientras él la examinaba.

—Debes situar el objeto de tu foto justo en el centro —le señaló—. Y tienes que tomar la imagen a la altura de los ojos, porque así queda mucho mejor.

—A June le da exactamente igual la calidad de la maldita foto — explotó Grace—. ¿Te acuerdas de Poppy o no?

Richard parpadeó y se rascó la cabeza.

—Sí, creo que recuerdo a una Poppy. Una chica rubia bajita. Con una voz estridente.

—¡Esa es! —confirmó June—. ¿Qué recuerdas de ella?

Él reflexionó durante unos instantes.

—Había algo raro en ella, ¿no?

Ella se inclinó hacia delante en el sofá.

—¿A qué te refieres?

—¿No desapareció de la noche a la mañana? Se fue unos meses antes de terminar el curso.

—¿En serio?

Richard trató de concentrarse para recordar mejor.

—Sí, creo recordar algo parecido a eso. Corrió el rumor de que se había largado a México. Fue todo un poco extraño.

June asintió.

—Sé que pasó un año en México, pero no tengo ni idea de por qué se marchó. Lo único de lo que estoy segura es de que parece que quiere hacerme la vida imposible, y necesito saber por qué.

Richard frunció el ceño.

—Ojalá pudiera ayudarte, pero eso es todo lo que recuerdo.

June dejó su copa sobre la mesa.

—Bueno, gracias de todas formas. Al menos tengo un poco de información con la que seguir investigando.

A continuación, se levantó del sofá. Grace hizo lo mismo, casi de un salto.

Richard parecía decepcionado.

—Oh, no os vayáis todavía, queda mucho vino.

—Gracias, pero mañana tengo que madrugar. Ha sido un placer volver a verte.

—Lo mismo digo.

Él se acercó a June, se inclinó ligeramente y le dio un beso en la mejilla. Sintió los labios de Richard fríos contra su piel, pero consiguió no estremecerse.

June se volvió hacia Grace y le dio la sensación de que estaba nostálgica. Era como si su amiga también tuviera preguntas que hacerle, preguntas que él aún no le había respondido. June esperó, pero ninguno de los dos parecía dispuesto a hablar con el otro.

—Al menos dejadme que os pida un taxi —dijo Richard—. Es un poco tarde para que volváis a casa solas en medio de la oscuridad.

—Tonterías, no va a pasarnos nada —respondió Grace bruscamente. Acto seguido, se dirigió muy decidida hacia la puerta y

June la siguió, despidiéndose casi avergonzada de Richard con una mano.

Salieron al exterior, encontrando ya una noche silenciosa. Sus sombras se fundían en la oscuridad. Ninguna de las dos habló mientras caminaban por la calle desierta, pero June no podía dejar de darle vueltas a la cabeza. ¿Qué podría haber provocado que Poppy se largara de repente y, para colmo, en su último año? Sabía que algunos estudiantes no soportaban la presión de los exámenes, pero tenía la impresión de que, en el caso de su compañera, estaría relacionado con algo más personal. Miró a Grace, pero su amiga estaba hermética. Incluso un poco triste.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí. Sí, por supuesto.

—Aún sientes algo por él, ¿verdad?

Grace le dirigió una mirada severa.

—Vale, vale, mejor me ocupo de mis asuntos.

Siguieron caminando. Sus pasos suponían el único sonido audible en medio de la calle oscura y desierta. June sintió una especie de hormigueo en el cuello, como si alguien las estuviera observando. Miró hacia atrás, pero lo único que vio fueron los reflejos de las farolas que se iban quedando atrás. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y aceleró el paso, apresurándose para llegar a casa de Grace.

Su amiga tuvo que correr un poco para seguirla.

—Oye, ¿por qué tanta prisa?

—Tengo que ir al baño pero ya —le mintió. Probablemente estaba exagerando, pero los acontecimientos de los últimos días la habían puesto nerviosa y no podía quitarse de la cabeza la sensación de que estaba en peligro.

***

Tamsin se había arreglado el pelo y estaba maquillada cuando June

regresó a su casa en Clapham. Eso parecía una buena señal. Estaba sentada en el salón con la guitarra en su regazo, tocando distraídamente mientras veía la televisión. June la saludó con un abrazo.

—¿Cómo estás? Ya pareces la de siempre.

Tamsin asintió.

—He conseguido comerme un pastelito relleno esta mañana, así que debo estar recuperándome.

—Si te apetece comida de verdad, dímelo. He comprado una barra de pan artesanal de camino a casa. ¿Qué estás viendo?

—Es una telenovela brasileña a la que nos ha enganchado Poppy. Es completamente adictiva. ¿Por qué no te unes?

—Quizá dentro de un rato —dijo June—. Voy a ponerme a trabajar un poco para que cuando vuelva el lunes no sea tan horrible.

—¡Como quieras!

June se fue a su dormitorio y encendió el portátil. Tenía la bandeja de entrada colapsada de emails. Empezó a revisarlos y eliminó de inmediato los que carecían de importancia. Se detuvo en una dirección de correo que no reconocía. Por un momento, pensó que se trataría de algún hombre de DatingLocal. Todavía recibía algunos correos de esos de vez en cuando, aunque ya hacía tiempo que no le llegaba ninguno. Enseguida cayó en la cuenta de que se trataba de Richard.

Querida June:

¡Me encantó verte, fue toda una sorpresa! Después de que os fuerais ayer, me terminé lo que quedaba de la botella de Chianti y me puse a escuchar un poco de Gilbert y Sullivan. ¿Te acuerdas de que solíamos escuchar sus operetas? Bueno, a lo que iba. He hablado con un antiguo

compañero de la facultad de Historia y me he contado que Poppy Kendrick estaba a punto de ser suspendida cuando se marchó. Al parecer, cometió plagio. La universidad estuvo probando un nuevo software antiplagio y pilló a varias personas. En el caso de Poppy, había entregado un trabajo que era casi idéntico a uno que se había presentado el año anterior. Cuando la universidad le comunicó sus sospechas, se marchó antes de que pudieran investigar apropiadamente. Creo que eso la deja en evidencia y habla mucho de su culpa, ¿no te parece?

Tu viejo amigo,

Richard

P. D.: Tienes mi número. Si vuelves por aquí, no dudes en pasarte. Las puertas de mi casa siempre están abiertas.

June se quedó perpleja mirando el email, con la sensación de que se le había revuelto el estómago. Cerró lentamente el portátil con las manos temblorosas mientras un profundo escalofrío le recorría el cuerpo.

Cogió el teléfono. Grace tardó unos segundos en contestar.

—Grace, Richard se ha acordado de algo. Poppy tuvo problemas en la universidad por plagiar un trabajo. ¿No lo entiendes? Tuvo que ser culpa nuestra.

CAPÍTULO 32

JUNE

—¿Te refieres a La Pluma y el Tintero? —preguntó Grace.

—Sí.

—Pero nadie sabía que éramos nosotras las que estábamos detrás de aquello.

—Ya lo sé.

La Pluma y el Tintero era una especie de taller de trabajos académicos. Era un negocio muy pequeño y secreto. Se suponía que nadie debía conocer la identidad de las personas que lo llevaban. La única forma de contactar con ellas era mediante correo electrónico. Grace y June se dedicaron a poner anuncios diminutos en la biblioteca y en los tablones del campus, y metieron algunos folletos entre las páginas de los libros de texto. Su negocio proporcionaba a los estudiantes desesperados la ayuda que necesitaban para terminar la universidad y sirvió para que Grace y June tuvieran dinero suficiente para pagarse sus cervezas durante toda la carrera.

Vendían modelos de trabajos académicos a cien libras cada uno. O incluso más, cuando el solicitante en cuestión lo necesitaba con urgencia. Como ambas eran excelentes estudiantes, no les costaba ningún esfuerzo redactar ejemplos de trabajos sobre temas de todo tipo. En teoría, los trabajos que confeccionaban solo debían servir de guía, de ejemplo. Pero las dos eran conscientes de que algunas personas los entregaban tal cual, como si fueran suyos. Seguramente eso fuera lo que hizo Poppy. Por desgracia, en esa

ocasión, una de ellas debió confeccionar un trabajo demasiado parecido a otro que habían hecho antes y Poppy probablemente habría intentado hacerlo pasar como suyo. Así que, cuando lo sometieron al control de plagio, fue detectado. Poppy no debería haber hecho lo que hizo. Pero, en última instancia, ¿a quién se debió que la pillaran? A June y a Grace. Fue culpa suya, porque no le dieron a Poppy lo que les había pedido. Aquel trabajo carecía de la suficiente originalidad.

—Es imposible que Poppy haya sido capaz de vincular eso con nosotras —dijo Grace—. Nunca le contamos a nadie lo que hacíamos. Trabajamos siempre en secreto.

—Debe haberlo descubierto de alguna manera. Y ahora quiere venganza.

June colgó y escribió la dirección de correo electrónico de La Pluma y el Tintero. Hacía años que no iniciaba sesión con esa dirección, pero su portátil antiguo aún tenía memorizada la contraseña. Hasta cierto punto esperaba que la cuenta hubiera sido desactivada, pero se alegró al ver que seguía intacta.

Se abrió la bandeja de entrada y una larga lista de correos electrónicos le dio la bienvenida. No recordaba que la actividad del negocio hubiera sido tan intensa. Algunos de los correos estaban fechados la semana anterior. Incrédula, siguió desplazándose hacia abajo y comprobó que alguien había respondido a algunas de las consultas. ¿Cómo era eso posible?

Se recostó sobre su silla, con la mente a mil por hora. Creía que Grace había cerrado el negocio cuando se graduaron. Al fin y al cabo, Grace había aceptado un trabajo en la administración de la universidad. Pero esos correos electrónicos sugerían algo distinto. La Pluma y el Tintero seguía muy viva y en funcionamiento. De hecho, Grace había subido los precios y todo. Debía estar forrándose.

June no estaba en posición de juzgar a su amiga, dado que

también había sido partícipe de aquel negocio, pero sí que estaba un poco sorprendida con Grace. Lo que realmente le molestaba era que no le hubiera contado nada unos minutos antes, cuando le había mencionado lo de La Pluma y el Tintero. ¿Estaría Grace avergonzada por lo que estaba haciendo o tal vez le estaba ocultando algo?

Exploró los emails anteriores y encontró un mensaje antiguo de Poppy quejándose de que no le habían vendido un producto exclusivo. June hizo clic en la respuesta de Grace y fue incapaz de contener su sorpresa al leerla.

Estimada Poppy:

Asumo toda la responsabilidad por haberle entregado un trabajo que no alcanzaba el nivel deseable. Lamento profundamente las molestias que eso le haya podido causar y deseo compensarla de cualquier manera posible. Como representante de La Pluma y el Tintero, me resulta difícil expresarle con palabras hasta qué punto nos tomamos en serio nuestro compromiso con la excelencia y cómo nos esforzamos por ofrecer productos que cumplan con nuestros más altos estándares. Por supuesto, le reembolsaremos el importe de su compra. Acepte mis más sinceras disculpas.

Vanessa

June se quedó mirando el correo. Nunca había habido ninguna Vanessa. Grace y ella eran las únicas que lo gestionaban todo. Su amiga debió haberse inventado ese nombre para parecer más cercana y, al mismo tiempo, ocultar su identidad real. Pensaba que la respuesta había sido muy razonable, pero no entendía por qué

Grace no le había contado todo aquello en su momento. Si el trabajo que le mandaron provocó que Poppy se metiera en un buen lío, el asunto era bastante serio.

Poppy había respondido:

He tenido que dejar la universidad. Mi vida está arruinada. Quiero saber el nombre del empleado que redactó mi trabajo. De lo contrario, pienso contárselo todo a los medios de comunicación.

Y había otro correo electrónico de Grace.

Estimada Poppy:

Su trabajo fue redactado por June W, que ya no trabaja en nuestra organización. Espero que en el futuro encuentre usted el éxito y la felicidad que se merece.

Atentamente,

Vanessa

June casi se cayó de la silla. ¡Grace la había delatado! Vale, no había facilitado su apellido completo, pero ella era la única June de su curso. ¿Por qué hizo algo así? Podría haberle dado a Poppy un nombre falso. ¿Por qué se arriesgó a cargarse su reputación?

Reflexionó sobre ello, pero estaba bastante segura de que Grace y ella nunca habían hablado de aquel asunto. Era cierto que June había dejado el negocio por aquellas fechas para concentrarse en los exámenes finales, pero ¿qué pudo ganar Grace dándole a Poppy su nombre de esa manera? A pesar de haberlo hecho, Poppy podía haber acudido a la prensa de todas formas. Había corrido un riesgo

enorme que podría haberles costado a ambas la expulsión de la universidad. Y, además, aquello era algo que no se le hacía a una amiga. Creía que conocía a Grace. Al parecer, no tanto.

***

June contuvo la respiración mientras bajaba las escaleras hacia el sótano. Se detuvo justo delante de la puerta de Poppy y llamó tres veces. Unos instantes después, Poppy abrió la puerta con el ceño fruncido. June jugueteaba con el dobladillo de su camiseta.

—¿Puedo pasar un momento? Quiero hablar contigo.

Poppy la miró con recelo.

—Siempre que no te vayas a poner a rebuscar otra vez entre mis cosas…

June tensó la mandíbula y la siguió al interior de la habitación. Intentó no estremecerse al ver el estado de las paredes. La pintura azul había empezado a desconcharse, dejando al descubierto unas manchas amarillas y otras de color berenjena.

—Mira. No he bajado aquí para discutir contigo. Quería pedirte perdón.

Poppy la miró, incrédula y desconcertada.

—Yo fui la culpable de que tuvieras que dejar la universidad, ¿verdad?

—Tú redactaste mi trabajo.

June asintió.

—No tienes por qué disculparte —dijo Poppy con tono cortante—. No lo hiciste a propósito.

—Siento que aquello te causara tantos problemas.

—Tienes razón. Me enfadé mucho. Pero ¿sabes qué? Sucedió hace mucho tiempo. Ya lo he superado.

June se mordió el labio inferior. Por alguna razón, no la creía.

—No fue solo culpa mía, ¿eh? Tú podrías haber… En fin, podías no

haber hecho pasar el trabajo como tuyo.

June hinchó sus mejillas con un suspiro. Poppy la miraba fijamente. Sus grandes ojos azules no pestañeaban. Ella le devolvía la mirada.

—Dime la verdad. ¿Envenenaste el guiso para vengarte de mí?

Poppy se mostró horrorizada.

—¡No, claro que no! Eso fue cosa tuya, June. Madre mía, qué cara más dura.

—Entonces, ¿por qué fuiste la única que no lo comiste?

—Ya te lo he dicho: odio las setas y estoy harta de que las eches en todo lo que cocinas.

June se acercó un poco más a ella.

—¿Fuiste tú la que me robó la bicicleta?

—No seas ridícula. Mira, admito que te he intentado fastidiar un poco. Creé un perfil de citas con tu nombre y he hecho un par de tonterías más, pero nada más serio que eso, solo bromas, ¿vale? No voy por ahí envenenando a la gente ni robándoles sus bicicletas.

June la miró a los ojos, pero Poppy ni se inmutó. Aunque su compañera podía ser muy convincente cuando quería.

—¿Tregua? —dijo Poppy, tendiéndole la mano.

June la aceptó.

—Tregua —accedió.

Aún no se fiaba de Poppy ni por asomo.

***

June se debatía entre confrontar a Grace o dejarlo estar. Tenía muchas ganas de encontrar alguna explicación, pero también tenía cierto miedo de lo que su amiga le pudiera contar. Un rato después, ya no tuvo la responsabilidad de tomar la decisión, pues recibió una llamada de Grace.

—¿Por qué lo hiciste? —le preguntó June—. Acabo de releer los antiguos correos electrónicos. Sé que le diste a Poppy mi nombre.

También me he enterado de que sigues con el negocio.

Grace se quedó en silencio durante un momento.

—Siempre me he arrepentido de delatarte —dijo finalmente.

—¿Y por qué decidiste hacerlo?

—Me convencí de que lo hice por proteger el negocio. No quería que desapareciera. Me venía demasiado bien el dinero que ganábamos como para renunciar a él. Sabía que terminarías mudándote a Londres y consiguiendo un trabajo de verdad, pero yo no quería irme de aquí. Quería que todo siguiera igual.

—No tenías por qué darle mi nombre real.

—No, pero, bueno, supongo que yo también quería mi venganza.

—¿Por qué?

—Sé que te acostaste con Richard.

A June casi se le cae el teléfono de las manos.

CAPÍTULO 33

JUNE

Durante más de un minuto, ninguna de las dos dijo una palabra. Sabía que Grace seguía al otro lado del teléfono porque podía oír su respiración. Se imaginaba el dolor y la pena que debía sentir. Grace debía odiarla. Lo menos que podía hacer era explicárselo.

—Te fuiste a casa por Navidad y me quedé sola. Supongo que me sentía un poco triste, así que, cuando Richard me invitó a ir al pub con él, acepté. Pensé que solo tomaríamos una copa y charlaríamos, como siempre. No dejó de hablar de ti en todo el rato. Resultaba obvio que te echaba de menos. Yo creo que sentía un poco de lástima por mí misma. Me sentía un poco sola. Así que supongo que una cosa llevó a la otra y terminamos en nuestra casa. Nunca habría pasado si hubiéramos estado sobrios. Y, por si sirve de algo y para que lo tengas en cuenta, ni siquiera estabas saliendo con él en ese momento. Me dijiste que no ibas a volver con él ni aunque fuera el último hombre sobre la faz de la tierra.

—Entonces, ¿por qué no me lo contaste?

—No sé… Supongo que quise fingir que nunca había pasado. Ni siquiera me gustaba de esa manera. Fue un error garrafal.

—Richard no pensaba que aquello hubiera sido un error.

—¿Qué?

—Cuando volvimos a estar juntos después de aquellas Navidades, las cosas ya no eran igual que antes. Una noche tuvimos una discusión y él me lo contó. Me dijo que le había estado pesando

mucho, que le remordía la conciencia.

—Ay, Grace, lo siento mucho.

—Necesitaba algo de tiempo para asimilarlo. No vi a Richard durante un par de semanas. Y a ti también traté de evitarte un poco, porque no me fiaba de mí, me daba miedo decirte algo de lo que después pudiera arrepentirme. Me volqué en los estudios y escribí muchos trabajos para el negocio. Necesitaba algo que me mantuviera ocupada. Y fue entonces cuando recibí aquel email de Poppy en el que exigía saber quién la había metido en un buen lío.

June se recostó sobre la silla y apretó los labios, luchando contra la necesidad que sentía de interrumpirla.

—Estaba tan enfadada que no pude evitarlo. Le respondí y le dije que habías sido tú. Ni siquiera era cierto. El trabajo lo había hecho yo. Lo redacté a altas horas de una madrugada mientras me bebía un whisky. No solía escribir sobre política social, así que utilicé un trabajo tuyo como guía. Supongo que copié más de la cuenta, sin pretenderlo. Fui yo quien metió la pata, no tú.

—Pero, aun así, le dijiste que fui yo, ¿verdad?

—Me arrepentí de ello enseguida. Incluso intenté cancelar el envío del email, pero era demasiado tarde. El daño ya estaba hecho. Después de eso, estuve en guardia, preparándome para lo peor, esperando a ver si había alguna repercusión. Pero Poppy pareció satisfecha con mi respuesta. No volví a saber nada de ella. Creía que nos había dejado en paz.

—Grace, lo siento mucho. Si pudiera volver atrás y deshacer lo que ocurrió, lo haría.

Grace suspiró profundamente.

—Él era el amor de mi vida, pero, por desgracia, creo que tú eres el de la suya.

CAPÍTULO 34

POPPY

Cinco años antes

Poppy miró esperanzada a June. Su largo cabello rubio le caía sobre un hombro.

—Necesito ayuda con un ensayo sobre política social —le dijo—. ¿Hay alguna posibilidad de que puedas hacerme un hueco la semana que viene?

—Déjame ver cómo lo tengo.

Poppy esperó con educación mientras June sacaba su teléfono y consultaba su agenda.

Llevaba todo el semestre pasando apuros con el módulo de política social y estaba muy contenta de haber decidido finalmente buscar una profesora particular. Solo llevaba un par de semanas trabajando con June, pero estaba claro que tenía un talento especial para desglosar las tareas en partes más fáciles de comprender. Incluso parecía disfrutar del proceso.

—Puedo el martes a las nueve y media.

Poppy frunció el ceño.

—Tengo clase de política social justo a esa hora.

—Pues es el único hueco que tengo libre la semana que viene.

Poppy dudó.

—No sé, a lo mejor debería ir a clase.

June hizo una ligera mueca.

—¿Quién es tu profesor?

—Dell McDonald.

June torció el gesto.

—Una amiga mía lo tuvo el año pasado. No entendía ni una palabra de lo que decía.

—Tiene un acento muy marcado —concedió Poppy.

June se metió las manos en los bolsillos de su peto.

—Mira, por supuesto que la decisión la tienes que tomar tú, pero yo creo que vas a aprender más en una sesión conmigo que en la clase de McDonald. Podemos repasar todo lo que necesites. Te puedo ir guiando, ayudarte a planificar tu ensayo y recomendarte algunas referencias útiles. Con eso lo tendrás todo a punto y organizado. Una vez que sabes lo que tienes que hacer, escribir el ensayo no requiere demasiado tiempo.

Poppy se rio.

—Quizá sea rápido para ti. Yo tardo una eternidad.

—Bueno, no tiene por qué ser así.

Poppy sopesó sus opciones.

—Vale, me quedo con tu hueco del martes. ¿Dónde nos vemos?

—En la biblioteca. Busca una mesa cerca de los libros de política social y yo iré a buscarte.

***

Poppy sintió un nudo en el estómago cuando cruzaba el campus el martes por la mañana. Levantó la vista hacia la enorme aula magna y observó cómo sus compañeros entraban en ella, dispuestos a aprender. Se mordió el labio inferior, se dio la vuelta y siguió caminando hasta llegar a la biblioteca.

La sala, espaciosa, estaba tranquila, aunque ya había algunos estudiantes trabajando, tecleando en sus portátiles o revisando libros minuciosamente. Encontró una mesa y observó las numerosas estanterías que se alzaban hacia el techo. Se fijó en los lomos de los

libros de política social y empezó a seleccionar los que parecían relevantes para su tema.

Suspiró, abrumada por la cantidad de libros que la rodeaban. El tema del ensayo que tenía entre manos era monótono y tedioso, y no conseguía comprenderlo del todo. Habían pasado cinco minutos desde la hora en la que había quedado con June y empezaba a sentir los nervios en el estómago, así que miró su teléfono.

El móvil estaba en silencio, pero la pantalla se iluminó con una llamada entrante, así que se lo llevó a la oreja. Escuchó a June toser al otro lado de la línea. Poppy miró a su alrededor tímidamente, consciente de que había otros estudiantes concentrados en sus tareas.

—¿Hola?

—Lo siento, Poppy, voy a tener que cancelar. Creo que estoy cogiendo la gripe y no quiero contagiarte.

—¡Oh, no! —Poppy intentó parecer empática, pero no podía pensar en otra cosa que no fueran sus tareas académicas. Se había saltado una clase para quedar con June y ahora ni siquiera iba a disfrutar de su ayuda.

—¿Podrías hacerme otro hueco esta semana? —preguntó, esperanzada—. De verdad que necesito ayuda. He intentado empezar por mi cuenta, pero no he conseguido llegar demasiado lejos.

Hubo una pausa. June volvió a toser.

—No creo que pueda quedar contigo hasta la semana que viene —respondió.

Poppy apretó el teléfono con más fuerza.

—La semana que viene no me vale, porque ya será demasiado tarde. Tengo que entregar el trabajo el lunes. De verdad que necesito tu ayuda, June.

—Podrías hablar con McDonald.

—Las dos sabemos que no serviría para nada. ¿Conoces a algún otro profesor particular?

—No, pero tienes La Pluma y el Tintero. ¿Has oído hablar de ellos?

—No.

—Es un servicio de elaboración de trabajos académicos. Por ejemplo, escriben ensayos que sirven de guía. Te harían uno completamente personalizado. Podría ser un buen punto de partida.

—¡Sí! Tiene muy buena pinta.

—Perfecto, te mando su dirección de correo electrónico y así puedes ponerte en contacto con ellos. Voy a volverme a la cama, que falta me hace.

Poppy asintió.

—Gracias por tu ayuda.

Un momento después, recibió en su teléfono un mensaje con el email de La Pluma y el Tintero.

Poppy redactó un correo electrónico rápido y esperó. Poco después, recibió una respuesta.

> Sí, estaremos encantados de escribirte un ensayo modelo. Personalizamos nuestros trabajos y los redactamos con los estándares más exigentes.

Desplazó la página hacia abajo y encontró un montón de testimonios de clientes satisfechos. Los leyó rápidamente. Parecían impresionantes. Demasiado buenos para ser verdad, pensó. Sintió un cierto desasosiego mientras salía de la página web y abría un buscador. No encontró nada sobre La Pluma y el Tintero, pero, si June le había recomendado el servicio, tenía que ser legítimo.

Respondió al email con los detalles de lo que necesitaba. Cinco minutos más tarde, recibió un presupuesto personalizado. Se quedó de piedra al ver la cifra. Querían cien libras por el ensayo, ciento

cincuenta si lo necesitaba para esa semana. Se le revolvió el estómago. Era mucho dinero y ya estaba hasta el cuello de deudas.

Reflexionó sobre ello mientras salía de la biblioteca, entrecerrando los ojos al encontrarse con un sol radiante en el exterior. Se abrió paso entre los grupos de estudiantes que estaban tumbados en el césped y atravesó el campus, rumbo a su turno de trabajo en el Top Banana.

Al entrar en la cafetería, la rodeó el murmullo de las conversaciones y el tintineo de los cubiertos contra los platos de cristal. El calor del verano hacía que todo el mundo pidiera a gritos helados y bebidas frías.

El señor Lin, propietario del negocio, la vio y se acercó corriendo hasta ella. Tenía la frente brillante por el sudor.

—Poppy, menos mal que has llegado. Se ha estropeado el lavavajillas. Necesito ayuda en la cocina urgentemente.

Poppy esbozó una sonrisa forzada. Le caía bien el señor Lin, siempre era amable. Lo siguió hacia la cocina y fregó los platos con gran determinación, convirtiendo sin cesar el jabón en abundante espuma. Mientras, el señor Lin se afanaba en la cocina preparando los pedidos. Una vez que Poppy terminó con el trabajo atrasado, salió al césped, que estaba iluminado por el sol, para tomarse un descanso.

Respiró un poco de aire fresco y observó a un grupo de estudiantes que disfrutaba de un descanso bajo el sol, aparentemente sin ninguna preocupación en la vida.

Sacó el móvil y volvió a leer el último mensaje de La Pluma y el Tintero. A continuación, realizó su encargo.

La fecha estimada de envío era el viernes, lo que le daría suficiente tiempo para poder leer el ensayo con calma y elaborar su propia versión del trabajo. La cosa andaría un poco justa de tiempo, pero, según parecía, era algo gestionable.

Cuando se giró para volver al interior de la cafetería, vio a June corriendo por el césped. El viento hacía que su pelo se meciera tras ella. Tenía una sonrisa de oreja a oreja mientras iba persiguiendo el frisbee que un chico de complexión atlética había lanzado al aire. El tipo llevaba un polo de color azul marino ceñido a sus hombros, robustos, y su impecable corte de pelo al ras resaltaba sus facciones marcadas. Le ponía una sonrisa a June cada vez que ella atrapaba el frisbee, y ella le devolvía una sonrisa aún más radiante. Poppy movió la cabeza de lado a lado en un gesto de incredulidad, pero June ni siquiera la vio.

El ensayo llegó al buzón de Poppy el viernes a la hora del almuerzo. Tuvo que leerlo un par de veces para lograr entenderlo. Tomó notas sobre su estructura y reflexionó acerca de cómo iba a redactar suyo. Tenía clases toda la tarde, pero pretendía ponerse manos a la obra y sumergirse en la tarea después de cenar.

Pero se terminó quedando dormida en el sofá. Cuando quiso darse cuenta, su compañera de piso la estaba sacudiendo para despertarla, diciéndole que se acostara.

—Se supone que tengo que escribir mi ensayo —se quejó.

—Por el amor de Dios, es viernes por la noche. Vive un poquito.

Poppy se pasó todo el sábado trabajando en el Top Banana y, cuando terminó, se dirigió hacia la biblioteca. Por suerte, abrían hasta tarde. Tenía que ponerse en marcha de inmediato si pretendía escribir tres mil palabras antes del lunes.

Redactó la introducción y luego se sumergió en la primera sección, pero era consciente de que estaba repitiendo prácticamente el ejemplo que le habían vendido. No podía evitar recurrir a él a medida que iba avanzando.

—La biblioteca cierra en diez minutos.

Poppy levantó la vista, sorprendida. ¿Cómo era posible? Ni siquiera iba por la mitad de su ensayo.

Recogió los libros y se fue a casa, agotada. Terminaría su trabajo durante la siguiente mañana.

Pero, cuanto más iba profundizando, mayor era la sensación de que lo único que estaba haciendo era repetir frases del ejemplo que le habían mandado de La Pluma y el Tintero. Sabía que tenía que darle su sello personal, pero la realidad era que carecía de él. Para empezar, ni siquiera había llegado a dominar el tema que tenía que tratar en el ensayo.

El lunes releyó el resultado final y le entraron ganas de gritar. Era horrible. Una copia burda del ejemplo que había comprado. Fue en aquel momento cuando cayó en la cuenta de algo. ¿Por qué no entregaba el ejemplo modelo como suyo? Lo habían escrito a su medida, expresamente para ella. Quizá por eso era tan caro, porque los escritores de La Pluma y el Tintero daban por sentado que la gente entregaría los trabajos que les vendían como si fueran de confección propia. Es que, si no, ¿por qué iban a cobrar cantidades tan exageradas? Poppy se sentía una idiota. Pero la realidad es que había intentado hacer el trabajo ella misma. Al final, imprimió el que había comprado e incorporó una portada con su nombre y el número del curso.

Luego fue a los buzones y lo dejó en el lugar que correspondía.

De inmediato, sintió como si se hubiera quitado un gran peso de encima.

Se fue a la asociación de estudiantes, con ganas de celebrarlo con una cerveza. Casi no había visto a sus amigos en toda la semana y estaba loca por pasarse la noche bebiendo y socializando. Esa era la faceta de la universidad en la que sobresalía. Al entrar en el edificio, vio a June sentada sola junto a una de las mesitas.

Poppy se acercó a ella, dispuesta a cantarle las cuarenta.

—Tienes buen aspecto —le dijo sin demasiados rodeos.

June sonrió y pareció no captar el sarcasmo.

—Sí, ya estoy mucho mejor, gracias. ¿Pudiste terminar el ensayo?

Poppy asintió con cierta tensión.

—Toma, cariño.

June se giró y aceptó una cerveza espumosa del mismo chico con el que estaba jugando al frisbee cuando Poppy la vio unos días antes. Pareció olvidarse de la presencia de su alumna cuando él la atrajo hacia sí.

—¡Idos a una habitación! —murmuró Poppy, alejándose con desagrado.

El chico se giró hacia ella; sus hermosos ojos parecían brillar. Poppy recordó que un día, en el comedor, una amiga le había llamado la atención sobre él.

Ah, sí, ya recordaba su nombre.

Ralph.

CAPÍTULO 35

JUNE

Presente. Un mes después

June cogió la mano de Dan mientras estaban sentados uno frente al otro en un restaurante italiano muy acogedor. La fragancia de una salsa que aún hervía y del queso fundido se extendía sobre el ambiente y la luz de las velas otorgaba a la sala un aire muy agradable.

—Con todos los problemas que has tenido con Poppy, ¿has considerado alguna vez la posibilidad de mudarte? —preguntó Dan —. Quizá sea hora de que te busques un sitio para ti sola, ¿no te parece?

June hizo girar el tenedor entre las capas compactas de queso ricota y la salsa marinara.

—Vivir sola es muy caro, y además me gusta tener compañía. Todo ha sido un poco más fácil desde que sé la verdad sobre ella. Al menos comprendo cuáles son sus motivos.

Dan frunció el ceño.

—Eres muy indulgente, teniendo en cuenta que intentó envenenaros a todas.

—Tampoco sé con seguridad si aquello fue obra de Poppy. Pero sí que te voy a decir una cosa: lo que pasó me ha quitado las ganas de cocinar para la casa. Llevamos varias semanas alimentándonos a base de patatas asadas y pizzas precocinadas, y tampoco es que

nadie se haya quejado por ello.

—Bueno, a mí sigue sin gustarme la idea de que vivas con ella.

June se movió en su asiento.

—Vamos a hablar de algo más agradable, ¿vale? No quiero tener que pensar en Poppy esta noche. Venga, vamos a centrarnos en esta comida tan deliciosa.

Mientras levantaba la copa de vino para darle un sorbo, June recorrió con la mirada todo el restaurante, hasta terminar posándola sobre la mesa que se encontraba en un rincón. Fue en ese momento cuando vio a Ralph. Tenía un brazo apoyado despreocupadamente sobre el respaldo de la silla de la mujer con la que estaba mientras le susurraba algo al oído. Ella echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, con una sonrisa radiante en el rostro. June sintió ganas de vomitar al observarlos.

—Ese es Ralph —le advirtió a Dan con tono apremiante.

—¿Quién?

—El prometido de Kimmy.

Dan giró la cabeza para mirarlos.

—¿Podría ser una amiga? —preguntó June, mirando a la mujer que estaba con él.

—No creo.

—¿Quizá su hermana?

Dan y June observaron durante unos minutos más. Poco después, Ralph se inclinó hacia delante y posó sus labios sobre los de la mujer.

—Pues sí que están unidos en esa familia —dijo Dan.

June estaba demasiado enfadada como para reírse de la broma. Presa de la rabia, cerró las manos con tanta fuerza que los dedos se clavaron en su piel. ¿Cómo se atrevía Ralph a hacerle eso a Kimmy? Y, además, con tanto descaro. Como si le diera exactamente igual cómo se pudiera sentir.

June se dispuso a levantarse de su asiento, pero Dan extendió la mano y le agarró la muñeca.

—June, esto es cosa de Kimmy. Deja que ella decida lo que quiere hacer al respecto.

June dudó unos instantes y luego volvió a sentarse en la silla.

—¿La llamo? Si viene rápido, quizá lo pille con las manos en la masa.

—Yo no haría eso. Kimmy necesita procesar algo así en privado y luego decidir cómo quiere gestionarlo.

—Voy a hacerles una foto —dijo June—. Por si no me cree.

—Te creerá. Puede que no quiera creerte, pero lo hará.

***

—¿Te importa si no te invito a entrar en casa esta noche? —le preguntó June a Dan, que la había acompañado hasta la puerta—. Ha sido una cena maravillosa, pero ver a Ralph me ha chafado un poco el ánimo.

Él la cogió de las manos.

—Lo entiendo perfectamente. No te preocupes, tenemos todos los días del mundo. Buena suerte con Kimmy.

June se dejó llevar por el calor reconfortante que la invadió.

—Gracias.

Se puso de puntillas y se sumergió tanto en el beso que prosiguió que casi se olvidó de lo que estaba a punto de hacer.

Finalmente, fue Dan el que se apartó primero.

—Si me voy a ir, más vale que me vaya ya…

Ella asintió.

—Luego te cuento cómo va todo con Kimmy.

June abrió la puerta, entró en la casa y dejó las llaves en el gancho.

Sus compañeras estaban en el salón. Todas tenían puestas

camisetas de color fucsia brillante que tenían las palabras «Equipo de la novia» estampadas en la espalda y un apodo en la parte delantera.

La de Kimmy rezaba «Noviazilla», la típica novia neurótica, y, la de Poppy, «La ruidosa».

June cogió su camiseta y se quedó desconcertada al leer el texto: «La callada».

—Yo no soy callada —objetó.

—Lo eres en comparación con Poppy —explicó Kimmy.

—Venga, pruébatela —la animó Poppy—. Vamos a hacernos un selfie con ellas en el aeropuerto cuando estemos a punto de salir de viaje y luego otro más tarde, cuando estemos todas destrozadas.

June sostenía la camiseta en la mano, sin saber bien qué hacer. No podía contarle nada a Kimmy allí, en el salón, delante de todo el mundo.

—Pruébatela —insistió Kimmy.

June se puso la camiseta y todas sus compañeras aplaudieron. Tragó saliva y miró a las demás, que estaban muy contentas y emocionadas. Iba a tener que contárselo a Kimmy. No podía permitir que siguiera pensando que todo iba bien.

Sus compañeras se pusieron a charlar sobre la semana que iban a pasar celebrando la despedida de soltera.

—Si pasara algo, ¿podríamos recuperar el dinero? —les preguntó—. Ya sabéis, si Kimmy se rompiera una pierna o algo así.

—No, ya está todo pagado —respondió Kimmy—. La semana pasada se abonó la última cuota.

June rechinó un tanto los dientes.

—Vale.

Se fue a su habitación y estuvo unos minutos sentada, con la cabeza entre las manos. Luego llamó a Dan.

—¿Cómo se lo ha tomado? —le preguntó él.

—Lo he intentado, pero no he podido contárselo. Está muy emocionada con los preparativos de la despedida de soltera. Ya lo ha pagado todo y no es reembolsable.

—Pues entonces a lo mejor deberías intentar disfrutar de las vacaciones —le sugirió él—. Haz que Kimmy viva un último momento de felicidad antes de contarle la mala noticia. Cuando vuelvas, puedes sentarte con ella y explicarle la verdad.

June asintió. Kimmy se merecía unas vacaciones estupendas, aunque eso significara que tuviera que guardarse su horrible secreto durante todo el viaje.

Se despidió de Dan y se recostó sobre la almohada. Su yo más egoísta y desconsiderado estaba feliz, porque acababa de darse cuenta de lo que aquella situación significaba. No iba a tener que soportar a un nuevo inquilino desconocido. Kimmy no se iba a ir de la casa.

CAPÍTULO 36

JUNE

June sintió su teléfono vibrar en el bolsillo y eso la sacó de sus casillas. Lo cogió y puso mala cara al ver el nombre de su madre en la pantalla. Le resultó irritante y rechazó la llamada. El teléfono volvió a sonar. No contestó, y terminó silenciándolo.

Sabía que su madre estaba siendo irracional, porque aquel día era jueves y ni siquiera era final de mes. Una vez más, la estaba llamando un día que no tocaba. ¿Lo hacía a propósito para fastidiarla? Hizo todo lo posible por seguir con su vida con normalidad, pero el sábado por la tarde un sentimiento de culpa la devoraba por dentro. Hurgó entre sus cosas para buscar su teléfono y contuvo la respiración mientras daba tono.

—Hola, mamá. Siento no haberte cogido el teléfono el otro día.

—No pasa nada —dijo su madre con un suspiro—. Me alegro de que me llames ahora. Yo… He estado pensando en algunas cosas últimamente y quería saber si tal vez te gustaría venir a casa en Navidad este año.

—¿Navidad? —June se rio—. Mamá, estamos en agosto. ¿Por qué me hablas ahora de Navidad?

—Porque hace más de un año que no vienes a casa y tengo que confesarte que te echo de menos.

—¿De verdad?

—¿Quieres dejar de decir cosas como esa? Pues claro que te echo de menos. Soy tu madre.

June rebuscó en su mente, pero no se le ocurrió una respuesta adecuada. Siempre le fascinaba cuando escuchaba a la gente hablar por teléfono con sus madres con absoluta naturalidad, como si hablaran con una amiga. Su familia nunca había sido así. Cuando era aún una niña, se había esforzado mucho por mantenerlos alejados de su vida, para que ella misma pudiera tener una. Y ahora que ya era una mujer adulta, la dinámica parecía seguir siendo la misma.

—¿Tienes…? ¿Tienes ya algún plan para Navidad?

—La verdad es que no he empezado ni siquiera a pensarlo —respondió June.

—Entonces, ¿vendrás?

—Me lo pensaré.

Ambas sabían que eso era una forma indirecta de decir que no.

Su madre dejó escapar un suspiro.

—Supongo que en ese caso tendré que ser yo la que vaya a verte. No es fácil, estando en esta silla. Tendremos que quedarnos en un hotel o algo por el estilo.

June notó que los hombros se le ponían en tensión.

¿Por qué le estaba haciendo aquello? Sus visitas eran muy incómodas. Dudaba que a su madre le aportaran mucho más que a ella.

June permitió que su madre valorara las implicaciones de ir a verla. Si la dejaba hablar lo suficiente, probablemente se terminaría convenciendo de no hacerlo. Como era de esperar, su monólogo prosiguió y en un abrir y cerrar de ojos le estaba contando a June su tediosa visita semanal al supermercado. Poco podía June añadir en una conversación que giraba en torno al precio de las zanahorias. Ella ni siquiera se había dado cuenta de que se había incrementado.

—Bueno, supongo que será mejor que te deje —dijo su madre, empezando a ponerle fin a la llamada.

—Sí, me ha gustado hablar contigo —dijo June, siguiendo el guion.

Esperó a que su madre se despidiera, pero, en lugar de eso, dijo algo que no logró oír bien.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—He dicho que siento haberte echado de casa.

June parpadeó.

—¿De qué estás hablando?

Su madre parecía tener un poco de hipo.

—No deberíamos haberte mandado a un internado. Eras solo una niña…

Aquella confesión fue tan inesperada que June no supo si había oído bien.

—No te preocupes, mamá. Me encantaba Saint Winifred.

—Ya lo sé. Pero lo que estoy intentando decirte es que nunca debimos enviarte allí siendo tan joven. Estabas en esa edad rebelde y problemática, y yo tenía que centrarme en mi recuperación.

—Lo entiendo. Estabas enfadada y no querías ocuparte de mí.

—Sí —reconoció su madre.

June se quedó en shock al ver que su madre se lo admitía. Nunca la había visto ser así de sincera.

—Sé que ha pasado mucho tiempo. Te has construido tu propia vida y estoy muy orgullosa de todo lo que has conseguido.

Sus palabras eran como lanzas que chocaban contra un escudo. Ahora no necesitaba a su madre. La necesitó dieciséis años antes. Aun así, dado que su madre estaba haciendo un esfuerzo, quizá ella también debería hacerlo.

—Soy consciente de que el accidente fue culpa mía. Fui yo quien te dio el empujón, sin pensar en las consecuencias, pero obviamente lo hice sin ninguna intención y papá y tú me tratasteis como si lo hubiera hecho a propósito.

—Lo siento, June.

—Yo también lo siento, pero, respondiendo a tu pregunta de antes,

no, no creo que pueda ir a casa el día de Navidad.

—¿Y en el Boxing Day?

—¡No! —June no había pretendido ser así de rotunda, pero la mera idea de ir a visitar a sus padres le empezaba a resultar insoportable —. Lo siento, mamá, no quiero prometerte algo que no voy a poder cumplir. Ahora tengo muchas cosas entre manos. Muchos compromisos en el trabajo y con…, bueno, con mis compañeras.

Estuvo a punto de cometer un desliz y mencionarle a Dan. Eso era lo último que quería hacer. Su madre no dejaría de hablar de ello.

Aunque, como si tuviera un sexto sentido, pareció leer entre líneas.

—¿Estás saliendo con alguien?

June apretó los dientes y echó la cabeza hacia atrás. No quería tener esa conversación bajo ningún concepto.

—Es pronto todavía, demasiado como para hablar de ello.

—Conmigo puedes hablar de cualquier cosa. Soy tu madre.

June se estremeció. ¿Es que no lo entendía? Precisamente esa era la razón por la que no podía hablar con ella. Nada en su familia era normal. El simple hecho de mencionarle el nombre de Dan podía romper la frágil armonía de su incipiente relación. Dios no quisiera que ella quisiera conocerlo. Dios no quisiera que se viera obligada a contarle a Dan aquella historia tan bochornosa del pasado. Podía imaginarse la expresión de conmoción en su rostro, aunque a la vez de empatía. Ella solo era una niña, Dan no podía culparla por aquello. Pero empezaría a mirarla con otros ojos, como hacía todo el mundo cuando se enteraba del suceso.

—¿June? ¿Sigues ahí?

—Sí, mamá, es que estoy cansada. ¿Podemos hablar de esto en otro momento?

—Claro, si eso es lo que quieres, cariño.

«¿Cariño?». Hacía años que su madre no actuaba con ella como si realmente se lo tuviera. Quizá nunca lo hubiera hecho. June se

despidió y apagó el teléfono. Se quedó mirando la estantería, preguntándose por enésima vez cómo habría sido su vida de no haber cometido aquel gran error.

CAPÍTULO 37

POPPY

Tres meses antes

Poppy se sorprendió mucho al leer el mensaje que le acababa de enviar Flick.

> Siento ser portadora de malas noticias, pero me temo que June quiere que te vayas de casa. Nos ha puesto a todas entre la espada y la pared. Mira, sé que te va a parecer una tontería, pero se le ha metido en la cabeza que no te cae bien. A lo mejor podrías hablar con ella para intentar ganártela un poco, ¿no?

Al instante, Poppy se arrepintió de todos los jueguecitos que había estado poniendo en práctica con June. Una cosa era fastidiarla un poco y otra muy distinta, acabar en la calle. No podía permitirse pagar otra habitación. Ni siquiera podía permitirse una furgoneta para la mudanza. Se dio palmadas en la frente. Estúpida, más que estúpida. ¿Por qué no había sido más sutil en su venganza? ¿Por qué había permitido que a June le resultara obvio que estaba intentando molestarla?

Estuvo evitando a June todo lo que pudo, pero, si ella estaba decidida a echarla, en algún momento tendría que confrontarla. Pensó en suplicarle que la dejara quedarse, pero no se veía capaz de hacer una cosa así. Seguía odiando a June, seguía queriendo que

pagara por haber arruinado su carrera universitaria.

Le caían bien las demás compañeras. ¿Y si existiera alguna forma de ponerlas a su favor? Se le ocurrió una idea: simular un de accidente algún tipo para que June fuera señalada como culpable.

Había visto suficiente fútbol en su vida como para saber cómo caer al suelo. El truco estaba en que pareciera más grave de lo que era, exagerarlo un poco. ¿Y si se ponía justo en lo alto de las escaleras y se dejaba caer a propósito un par de peldaños? Si tenía cuidado, no le pasaría nada, y podría hacer creer a las demás que June la había empujado. Seguro que eso le granjeaba la simpatía de las otras.

***

Cuando June llegó a casa, ella estaba en la cocina. La oyó bajar las escaleras con paso decidido y golpear la puerta de su habitación. Estuvo tentada de volver a evitarla, pero quizá fuera hora de terminar con aquello de una vez.

Poppy dejó la merienda a un lado y se dirigió hacia su habitación. June tenía una expresión triunfante en el rostro cuando llegó a su altura en el pasillo. Empezó a hablar sin ni siquiera mirarla a la cara.

—Lo siento, pero esto no ha funcionado. Voy a tener que pedirte que te vayas de la casa. Por supuesto, puedes quedarte aquí hasta que encuentres otro sitio y te ayudaré con mucho gusto a…

Poppy tragó saliva y soltó un grito desgarrador que resonó por toda la casa. June levantó la vista, sorprendida, y Poppy dio un paso atrás, calculó mal y perdió el equilibrio. Intentó desesperadamente aferrarse a la barandilla, pero no lo consiguió. Su cuerpo fue impactando dolorosamente contra cada escalón hasta que aterrizó de espaldas contra el suelo.

Poppy miró a June, y esta le devolvió la mirada. Ambas parecían igual de sobresaltadas. Poppy intentó respirar, pero se había quedado sin aire y tardó un momento en recuperarlo.

Se quedó donde estaba mientras las demás acudían corriendo a ayudarla, pero, para entonces, ya era consciente de un dolor punzante en el brazo que casi le hacía tener ganas de vomitar. Flick se acercó y se quedó sin aliento al verla. Poppy giró la cabeza y enseguida comprendió lo que estaba mirando con tanta atención. Tenía el brazo completamente deformado. El dolor se intensificó cuando intentó moverlo. No se podía creer lo que acababa de hacer. Había protagonizado algunos disparates en su vida, pero aquello lo superaba todo.

CAPÍTULO 38

CREEP

Me levanto temprano para mi carrera matutina, me pongo la ropa de deporte, lleno la botella de agua y salgo de casa. Compruebo la aplicación donde registra sus carreras y me alegro de ver que él también está saliendo de su casa en estos momentos. Es mucho más fácil cuando respeta los horarios habituales. A veces le da por salir a correr a mitad del día. No siempre me viene bien unirme a su carrera. Al fin y al cabo, tengo un trabajo.

Voy corriendo por la acera, tratando de coger el ritmo. Lo veo un poco más adelante. Viste un impermeable ligero y lleva la capucha puesta por encima de las orejas.

Me coloco detrás de él, trato de coger su ritmo y dejo que mis ojos recorran el parque. Esta mañana está todo tranquilo, todavía no hay demasiada gente. Él empieza a dar una vuelta larga alrededor del estanque y yo me dirijo hacia los arbustos. Espero allí, sin saber exactamente cuánto tiempo tardará en aparecer. A veces se desvía en otra dirección, pero hoy parece estar siguiendo su ruta habitual.

Abro la cremallera de mi mochila, saco el ladrillo y espero.

CAPÍTULO 39

JUNE

June estaba absorta en el informe semanal de Marilyn cuando escuchó que alguien llamaba a la puerta de su despacho de forma suave pero insistente. Gulnara se encontraba al otro lado de la misma.

June la hizo pasar con un gesto.

—¿Quieres una galleta? Están buenísimas.

Gulnara negó con la cabeza y cambió de postura.

—No, gracias, estoy a punto de salir a comer, pero quería decirte que he encontrado otro perfil tuyo en otra página web de citas. ¿Quieres que te envíe el enlace por email?

June se quejó en voz alta e hizo un gesto de fastidio.

—¡Sí, por favor! Y gracias por avisarme.

Gulnara sacó su teléfono, le envió la dirección y salió del despacho.

June entró en el enlace y, en efecto, allí estaba su perfil. Se podía ver la misma foto que Poppy le había hecho aquella noche en el parque de Clapham. Siguió desplazándose por la pantalla. Sí, la biografía que acompañaba la fotografía era la misma que Poppy había subido a los otros sitios web de citas. Probablemente todo aquello hubiera estado publicado desde que June descubrió las otras páginas, pero ni ella ni Gulnara lo habían visto entonces.

Se puso a buscar algún enlace de ayuda para notificarle al administrador de la página que quería que eliminaran su perfil. Mientras lo hacía, algo le llamó la atención en la parte izquierda de

la página. Había una serie de perfiles de hombres y, arriba del todo, pudo ver una foto de Dan.

Hizo clic para ampliarla. Aparecía riéndose y abrazando a un erizo adorable contra su pecho. Debajo había una descripción breve pero sincera de sí mismo. Por mucho que quisiera creer que Poppy podía haber sido la responsable de aquello, esas palabras y esa foto solo podían proceder de él.

June tragó saliva con dificultad. Dan nunca le había contado que utilizara páginas web de citas. De hecho, recordaba muy bien que se había burlado de ellas en alguna ocasión.

Con las manos temblorosas, escribió apresuradamente un mensaje, pero luego lo borró. Aquello era demasiado importante como para hablarlo a través de mensajes de móvil. Necesitaba verlo cara a cara. Tenía que saber por qué le había mentido.

***

Quedaron en una cafetería que estaba medio escondida en una callejuela. Dan tenía un don para encontrar sitios como aquel. Cada día la llevaba a uno diferente. Tenía puesta su camisa azul descolorida y olía a detergente y colonia. Ella respiró su aroma, tratando de mantener la cabeza fría.

Él le dio un beso delicado en la mejilla y le acercó una silla. Ambos se sentaron de forma que sus rodillas se rozaban entre sí.

—¿Qué tal el trabajo? —le preguntó él.

June no fue capaz de responderle.

—He visto un perfil tuyo en una página de citas —dijo con voz tensa—. ¿Y eso?

Él dejó caer los brazos a los lados y sus hombros se hundieron un poco, abatidos.

—Dime la verdad, Dan, no soporto que me mientan.

Dan tragó saliva.

—Vale, creé un perfil en una de esas páginas. Fue hace meses, no estaba teniendo demasiado éxito conociendo gente la vida real.

—Entonces, ¿por qué me dijiste que nunca habías usado ese tipo de páginas?

—Nunca lo he hecho. No surtió ningún efecto. No llegué a tener ninguna cita ni nada por el estilo. No me convenció lo que se respiraba en la página. Hasta que vi tu foto.

June oprimió los párpados con un gesto tenso.

—Sigue.

—Vi tu fotografía y leí tu perfil. Comprobé que te gustaba el ciclismo y la buena comida. Supe que eras el tipo de persona que me gusta. Eras muy natural y muy… diferente a todas las demás. Y la cosa es que tuve la sensación de que te había visto alguna mañana de camino al trabajo. Así que, en lugar de tratar de contactar contigo, intenté abrir mucho los ojos en el día a día. Y allí te vi, junto a la puerta de Sainsbury's. Me acerqué a ti y me inventé lo de la cadena. No lo había planeado, se me ocurrió sobre la marcha. Sé que debería habértelo contado, pero quería que nuestra historia tuviera un buen punto de partida. Pensé que, si lo nuestro terminaba funcionando, si acabábamos juntos, no me iba a gustar la idea de que nos hubiéramos conocido por Internet. Quería que fuera algo real. Por favor, no me odies por ello.

June arrugó el entrecejo. Movió la cabeza de lado a lado, apretando los labios hasta reducirlos a una línea delgada que denotaba su incredulidad.

—Estoy tratando de entenderlo, pero me está costando trabajo. Me has mentido, aunque fuera con buena intención. No me parece bien. Tengo una sensación rara, como si, de repente, no te conociera.

Se levantó de inmediato y, con un movimiento fluido, se colgó el bolso en el hombro de forma impetuosa.

Los ojos de Dan suplicaban en silencio.

—No te vayas.

—Necesito irme a casa y pensar un poco.

—¿Me llamarás?

—Me voy a Miconos el sábado. Dejamos las cosas así hasta que vuelva.

Dan tragó saliva.

—¿A qué hora sales para allá? Me paso para despedirme de ti.

—No, Dan. Déjame aclarar mis ideas. Te llamaré cuando lo haya hecho.

—June…

June se levantó bruscamente y esquivó al camarero, que estaba barriendo el suelo. Ya en la calle, miró a Dan por última vez; miró sus ojos marrones, tan expresivos, y su abundante cabello ondulado. Luego se montó en su bicicleta y se alejó pedaleando.

***

June le dio un sorbo a su té, dobló la camiseta dos veces y la enrolló hasta convertirla en un bulto compacto. La metió en la maleta y la hundió un poco para comprobar que aún quedaba espacio para algunos recuerdos que inevitablemente iba a comprar. Satisfecha, cerró la cremallera de la maleta y subió las escaleras para ver cómo iban sus compañeras.

Se detuvo frente a la puerta de Kimmy y se encontró con una maleta azul grande que estaba llena hasta los topes de ropa y otros enseres. La maleta tenía la cremallera a medio cerrar, mostrando pertenencias amontonadas de mala manera que parecían haber sido metidas a presión en el interior de la misma. Parecía estar a punto de estallar.

—Déjate un poco de espacio por si quieres comprar algo allí.

Kimmy rechazó la idea con un gesto de una mano.

—Bah, no te preocupes, todo bien.

De la habitación de Flick parecía escapar un ritmo vibrante. June echó un vistazo rápido a través de la puerta, que estaba entreabierta, y vio a Flick y Poppy bailando. Un torbellino de brazos y piernas se entrelazaban en giros constantes. Había una maleta abierta sobre la cama con algunas camisas dentro. Daba la sensación de que se hubieran distraído a mitad del proceso.

Subió el siguiente tramo de escaleras hasta el desván de Tamsin, a la que encontró ocupada pintándose las uñas.

—¿Has hecho ya la maleta?

—La haré dentro de un rato —respondió Tamsin.

—¿Como cuándo?

—No te preocupes. Lo tengo todo controlado.

La realidad era que, en teoría, todas se iban a tener que levantar a las seis de la mañana. Habían reservado un taxi para que las llevara al aeropuerto.

June sacudió la cabeza y bajó las escaleras casi arrastrando los pies. Estaba segura de que, a juzgar por la maleta tan voluminosa de Kimmy, iban a superar con creces el límite de peso permitido para el equipaje, y no quería encontrarse con sorpresas desagradables a la hora de facturar. Entró en el cuarto de baño y sacó la vieja báscula verde, que chirriaba con el movimiento. La colocó sobre las baldosas del suelo y gritó hacia las plantas de arriba, para que la escucharan sus compañeras.

—¡No os olvidéis de pesar las maletas!

—¡Oh, alguien se está estresando! —dijo Poppy en voz alta.

June la ignoró y volvió a su habitación. Se sentó en la cama y sacó el móvil. Se moría de ganas de mandarle un mensaje a Dan, pero todavía estaba dolida por lo que había hecho. Por ello, se obligó a dejar el teléfono sobre la mesa y cogió la guía turística.

Cuando Kimmy mencionó por primera vez lo de Miconos, tuvo muchísimas ganas de ir, pero en aquel momento se sentía nerviosa.

Cada vez que su amiga hablaba de Ralph o de sus planes de boda, sentía un nudo en el estómago. ¿Cómo iba a disfrutar del viaje sabiendo que tendría que romperle el corazón a Kimmy cuando volvieran?

Bostezó profundamente. Aún era temprano, pero decidió ir preparándose para acostarse. Fue al baño. Estaba cepillándose los dientes, escuchando el zumbido constante del cepillo eléctrico, cuando de repente oyó a alguien detrás de ella. Se giró bruscamente. Su compañera tenía una expresión de agotamiento, con el entrecejo arrugado y unas ojeras bien marcadas.

—June, necesito que vengas a ver una cosa —le dijo en voz baja.

June parpadeó dos veces.

—¿Qué pasa?

—Tienes que venir ahora mismo. Es urgente.

CAPÍTULO 40

POPPY

—¡Despertad todas! —gritó Poppy. No pudo resistirse a golpear con fuerza la puerta de la habitación de June cuando pasó junto a ella. Qué difícil era abandonar algunas costumbres.

No cabía duda de que June ya estaría despierta. Probablemente se encontraría ya junto a la puerta de la casa, mirando su reloj. El taxi que las iba a llevar al aeropuerto debía llegar en media hora. June estaría contando cada minuto.

La casa estaba en silencio. Poppy dedicó unos instantes a prepararse y luego subió las escaleras. Tamsin abrió la puerta de su habitación y miró hacia abajo, bostezando.

—Estoy despierta —gritó.

—Yo también —dijo Flick.

Poppy llamó a la puerta del dormitorio de Kimmy. No hubo respuesta. Entró y encontró a Kimmy bocabajo en la cama.

—¡Despierta! —exclamó, abriendo las cortinas de la habitación.

La luz inundó el dormitorio, pero Kimmy siguió inmóvil. Poppy buscó el interruptor, encendió la luz y la sacudió con delicadeza.

—¿Kimmy?

Su somnolienta compañera murmuró algo, pero mantuvo los ojos cerrados.

—¡Kimmy! —exclamó elevando el tono de voz y dando palmadas con las manos—. ¡Tienes que despertarte ya! ¡Nos vamos a Miconos!

Kimmy no respondía. Poppy fue a llamar a la puerta de la

habitación de Flick.

—¡Ayúdame a despertar a Kimmy!

Flick salió de su habitación a toda prisa y se dirigió al cuarto de baño. Al cabo de unos instantes, apareció sosteniendo en sus manos una jarra de agua fría. Entró en la habitación de Kimmy y le echó unas cuantas gotas sobre la cabeza.

Kimmy se incorporó en la cama casi de un salto, dejando escapar un grito tras despertarse sobresaltada. Con el brusco movimiento, un buen montón de gotas de agua terminaron derramadas sobre las sábanas. Kimmy seguía aturdida y tenía una expresión inequívoca de enfado en el rostro, hasta que Poppy dijo la palabra mágica.

—¡Miconos!

Al oírlo, Kimmy se animó un poco.

—¡Miconos! —repitió.

Flick cogió la jarra y la volvió a dejar en el cuarto de baño.

Poppy regresó a su habitación para maquillarse y peinarse.

Unos instantes más tarde, escuchó a Kimmy.

—¡El taxi está ya a cinco minutos! ¡Todo el mundo para abajo! ¡Esto no es un simulacro!

Se desató un estado de pánico nervioso mientras todas se movían caóticamente por la casa, provocando que se escucharan sus pasos por todas las habitaciones. Todas arrastraron sus maletas hasta la planta baja. Poppy salió de su habitación y encontró a Tamsin sentada en el último escalón, atándose los zapatos.

Flick bajó las escaleras con el semblante muy serio.

—Acabo de recibir un mensaje de June. Está de camino a Kent. Al parecer, la han llamado durante la noche para decirle que su madre está muy enferma.

Una sombra se dibujó en el rostro de Tamsin. Poppy supuso que estaría pensando en su propio padre. Kimmy le había contado que Tamsin no había podido estar presente para acompañarlo cuando

falleció.

—Pobre June. Qué horror.

Todas miraron a Kimmy, que estaba echándole un vistazo a su teléfono.

—Yo también tengo un mensaje.

No apartaba la vista del móvil mientras trataba de digerir lo que leía.

—Dice que sigamos adelante con el plan sin ella. Que le enviemos muchas fotos y que nos veremos cuando volvamos. —Kimmy tragó saliva y miró a sus compañeras—. ¿Qué hacemos? ¿Creéis que deberíamos cancelarlo?

—No podemos cancelarlo. Es tu despedida de soltera —dijo Poppy, reprimiendo a duras penas una sonrisa—. Es una putada para June, está claro, pero no hay razón para que nosotras no vayamos. No podemos hacer demasiado para ayudar en esta situación.

—Podría ir con ella —dijo Kimmy con ciertas dudas.

Poppy sabía que en realidad no quería hacerlo, solo necesitaba que le dieran algo de apoyo y confianza. Observó a sus compañeras y percibió un cambio sutil en el lenguaje corporal de todas ellas mientras asimilaban la noticia de que June no podría hacer el viaje. Notó que relajaban los hombros y que la tensión parecía comenzar a abandonar sus cuerpos. Dejó escapar un profundo suspiro. Le daba la sensación de que todas sentían un cierto alivio por no tener que soportar la obstinación de June de comer bien y seguir las normas. Aunque era evidente que la querían, todas necesitaban un descanso de vez en cuando.

—Le compraremos algo bonito —dijo Tamsin—. ¿Qué creéis que le gustaría?

—Conociéndola, le encantaría algún libro aburrido sobre Miconos —dijo Poppy.

—Está claro —añadió Flick con una sonrisa—. Y quizá, un paño de

cocina.

La expresión de Kimmy volvió a ensombrecerse. Parecía insegura, indecisa.

—Es demasiado tarde para cancelarlo —dijo Flick con firmeza.

—Sí, venga, Kimmy —dijo Poppy. Ni loca iba a permitir que la mala suerte de June le fastidiara el plan y la diversión. Aquello había sucedido en el momento más inoportuno, nada más que eso. No era algo que pudiera haberse evitado.

Justo en el instante preciso, un coche tocó el claxon en la calle. Flick corrió hacia la ventana.

—Ya está aquí el taxi —confirmó.

Un momento después, sonó el timbre y todas se pusieron en marcha. Poppy corrió hacia la puerta mientras las demás se apresuraban a cerrar las maletas y comprobar que las ventanas estuvieran bien cerradas.

—¿Habéis cogido todas los pasaportes? —gritó Tamsin mientras revisaba la puerta trasera.

—¡Los cargadores! —añadió Flick, desenchufando el suyo.

Poppy se detuvo un momento y echó un vistazo por la cocina y luego, por el salón. Una sensación inquietante hacía que tuviera un nudo en el estómago. Sentía como si se le estuviera olvidando algo, pero no sabía qué. Había una euforia desbordante cuando salieron a toda prisa de la casa. Flick y Tamsin estaban cantando mientras Kimmy echaba la llave de la puerta.

El taxista tenía el maletero abierto, listo para guardar el equipaje. Las ayudó a meter las maletas y luego todas se metieron en el coche casi a empujones. Flick, con sus piernas largas, se adueñó del asiento del copiloto. Solo cuando el taxi había arrancado ya, Poppy se dio cuenta de que la compañía de taxis les había enviado un coche de tamaño normal. Si June hubiera estado allí con ellas, no habrían cabido todas. Podría haber meditado un poco sobre ese

hecho, pero las demás estaban hablando muy animadamente, emocionadas ante el comienzo de las vacaciones.

CAPÍTULO 41

POPPY

Poppy apoyó la frente contra la ventanilla del avión e inhaló profundamente mientras este comenzaba a descender. El horizonte estaba salpicado de edificios encalados y el sol era una esfera incandescente en el cielo, que tenía un color azul muy brillante. Cuando tocaron tierra, estaba a punto de estallar de la emoción que sentía. El avión permaneció en la pista durante varios minutos y todas empezaban a impacientarse. Flick se levantó y se volvió a sentar. Tamsin se revolvía en su asiento, hasta que le dio por sacar su teléfono para hacer unos selfies.

—Qué ganas tengo de beberme algo —dijo Kimmy, estirando los brazos por encima de la cabeza.

—Yo no veo el momento de meterme en la piscina —aseguró Poppy.

Cuando salieron del aeropuerto, se apiñaron en la parte trasera de un taxi. El conductor hablaba rápido en griego a través de su auricular bluetooth mientras se abría paso por las calles, cada vez más estrechas.

La villa vacacional, un edificio bajo construido con piedra blanca que resplandecía con la luz del atardecer, estaba rodeada de olivos. El mar Egeo brillaba un poco más abajo, a solo unos metros de la terraza. Aún montada en el taxi, Poppy podía oír cómo rompían las olas en la orilla.

Kimmy sacó un fajo de billetes del bolsillo y pagó al taxista. El sol

les daba de lleno mientras descargaban las maletas. Flick encontró una pequeña caja de seguridad gris, que guardaba en su interior las llaves de la villa.

—Kimmy, ¿cuál es el código?

Kimmy se acercó y entrecerró los ojos por el sol mientras lo introducía. No se abrió.

Poppy sintió un nudo en el estómago y cambió su postura corporal. El taxi ya había dado marcha atrás para salir del camino de entrada a la villa. Gritó al conductor para que esperara un momento, pero el hombre no se dio cuenta.

—Inténtalo otra vez. Quizá lo hayas metido mal.

—Yo creo que no —insistió Kimmy.

Volvió a introducirlo con el mismo resultado.

—Déjame intentarlo a mí —dijo Tamsin, extendiendo la mano para coger el teléfono de Kimmy. Observó las instrucciones y luego hizo un chasquido con la lengua.

—Te has saltado el cero del principio.

Introdujo el código correcto y, para alivio de todas, la cerradura se abrió. Tamsin cogió las llaves y se dispuso a abrir la puerta. Todas vitorearon al ver por primera vez la casa en la que pasarían sus vacaciones.

Poppy entró y de inmediato se sintió atraída por el salón, que tenía unas cortinas blancas muy ligeras y el suelo de madera. Echó un vistazo por el pasillo, donde se escondían dos pequeños dormitorios, y luego se detuvo a observar el cuarto de baño y la cocina, ambos decorados con encanto, con paredes encaladas y azulejos de terracota.

Kimmy y Flick habían decidido quedarse con la primera habitación, así que arrastró sus maletas hasta la segunda. La recorrió con la mirada. Las camas se encontraban dispuestas contra las paredes y estaban cubiertas con edredones blancos lisos. Había un escritorio

entre ambas, y, además, en el dormitorio había una silla de mimbre vieja y una copia de la Biblia.

—¿Qué cama quieres? —preguntó Tamsin.

—Me da igual —respondió Poppy, frunciendo el ceño.

Tamsin colocó su maleta sobre una de las camas y sacó un bañador de color rojo intenso. Se detuvo y miró a Poppy.

—¿Pasa algo?

—No. Bueno… Es solo que… No sé, ¿dónde se supone que iba a dormir June?

Tamsin echó un vistazo a su alrededor.

—Supongo que el sofá del salón se puede convertir en cama.

Todas se pusieron los bañadores, deseosas de bajar a la piscina. Cuando salieron al porche, Poppy vio que la piscina ya estaba llena de turistas que buscaban alivio del calor.

—Todas las tumbonas están ocupadas —se quejó Flick.

—Da igual, vamos a buscar algo de beber —dijo Kimmy.

Encontraron sitio junto a una mesa pequeña de madera que estaba cerca del bar y pidieron los típicos cócteles Mati griegos, de un azul muy brillante.

Poppy se llevó la bebida a los labios y le dio un sorbo muy largo. Un sabor afrutado explotó en su paladar.

Flick señaló al otro lado de la calle, hacia una cafetería de estilo antiguo.

—En esa cafetería sirven fish and chips —dijo—. Quizá podríamos ir allí después.

Poppy sonrió.

—¡Me imagino lo que diría June al respecto!

—Oye, hablando de June, vamos a hacernos una foto para ella —dijo Tamsin. Llamó al camarero y este les hizo una foto con gran amabilidad.

—¡Sonreíd!

—Que sea vea el cartel de fish and chips al fondo —dijo Flick—. ¡June se va a poner a gritarle al móvil en cuanto la vea!

Kimmy se encorvó ligeramente.

—Vamos a no hablar más de June. Ya me siento bastante culpable.

Tamsin la rodeó con un brazo.

—No es culpa tuya que su madre haya enfermado. Vamos a intentar disfrutar. Al fin y al cabo, es tu despedida de soltera.

***

Fueron adoptando hábitos fijos, levantándose justo a tiempo para hacerse con las cuatro últimas tumbonas y relajarse en la playa o junto a la piscina.

Siempre disfrutaban del almuerzo en la misma cafetería junto al mar, que contaba con sombrillas de colores vivos que daban sombra sobre las mesas. Después de los dos primeros días de fish and chips, se aventuraron a probar platos locales como el souvlaki, los dolmas y algo de pescado fresco, siempre acompañados de una jarra de vino blanco procedente de viñedos locales.

Después, nadaban y tomaban el sol hasta el anochecer, y cuando les apetecía, jugaban al ping-pong o al voleibol.

Cuando oscurecía, buscaban un bar animado en el que tomar ouzo helado combinado con sandía y menta y bailar hasta el amanecer.

El último día, Poppy cayó de repente en la cuenta de que no habían visto demasiadas cosas de la isla, así que convenció a las demás para hacer una visita guiada por la tarde.

Caminaron por senderos de piedra hasta llegar a los emblemáticos molinos de viento de Chora, con el sol permanentemente cayendo a plomo sobre ellas.

—¿Satisfecha? —le preguntó Flick después de posar para docenas de fotos.

Poppy asintió mientras se abanicaba con su sombrero de paja.

Regresaron a la villa para vestirse para la última noche de baile.

***

Estuvieron bailando hasta más tarde de lo habitual y continuaron la fiesta en la playa con otro grupo de turistas. Poco a poco, todo el mundo fue regresando a sus villas hasta que llegó un momento en el que se quedaron solas en la playa. Poppy bostezó y se sentó sobre una roca grande, muy cerca del agua. Hundió los dedos de los pies en la arena fresca. Kimmy se dejó caer a su lado, temblando ligeramente a causa de la brisa fresca que soplaba. Juntas, observaron cómo de la penumbra comenzaba a emerger una franja de color rosa pálido. Tenues pinceladas naranjas comenzaron a cubrir el cielo, creando un brillante estallido de color en las nubes.

—A June le habría encantado ver esto —murmuró Kimmy.

—June ya estaría acostada —respondió Poppy.

En algún lugar detrás de ella, Flick resopló.

—Deberíamos volver —dijo Tamsin, calzándose las chanclas.

Poppy asintió. Se levantó y le tendió la mano a Kimmy para ayudarla a levantarse. Las cuatro regresaron a la villa por última vez.

—¿Cómo es posible que se haya terminado tan rápido? —preguntó Kimmy con pesar.

—No lo sé, pero ha sido increíble —dijo Poppy—. ¡Las mejores vacaciones de mi vida!

***

Ya de vuelta en Londres, el taxi avanzaba lentamente por una calle congestionada por el tráfico. Poppy se movió en su asiento con cuidado de no despertar a Tamsin, que dormitaba a su lado. El autobús que tenían delante se había detenido, por lo que Poppy dirigió la vista hacia el parque.

El margen del césped estaba lleno de policías y, a lo largo de uno

de los laterales del parque, se había dispuesto una barrera con cinta amarilla de advertencia.

—Han encontrado un cadáver en el agua —dijo el taxista.

—Madre mía, qué horror —dijo Flick desde el asiento delantero.

Kimmy cruzó los brazos sobre el pecho y Poppy sintió un escalofrío que le bajaba por la columna. Deseaba que el autobús se pusiera de una vez en marcha. De repente, tenía muchas ganas de llegar a casa.

Cuando el taxi se detuvo frente a su vivienda, todas salieron apresuradamente y comenzaron a arrastrar sus maletas por el camino de entrada. Kimmy fue la última en hacerlo. Su piel tostada por el sol casi hacía juego con las camisetas del «Equipo de la novia» que todas llevaban puestas. Soltaron las maletas en la entradilla y se desplomaron en el sofá como si fueran osos perezosos.

—¡Eh, un momento! —exclamó Poppy, levantándose de un salto. Sacó el palo selfie de su bolso. Tras unos cuantos giros y chasquidos, lo colocó en la posición perfecta para sacar a las cuatro en la foto, metiéndose en el encuadre en el último momento.

—¿Alguien sabe algo de June? —preguntó Tamsin mientras estaban aún posando.

—Hace días que no sé nada —admitió Kimmy.

—¿Qué es lo último que se sabe? ¿Está mejor su madre?

—Ni idea. No me ha devuelto ninguna llamada. Supongo que sigue en el hospital.

—Espero que esté bien.

Como nadie tenía ganas de cocinar, Tamsin sacó su teléfono y pidió comida para llevar en su restaurante chino favorito. Vaguearon un buen rato, esperando a que llegara la comida. Poppy no podía evitar pensar que, si June estuviera allí, lo más seguro es que estuviera insistiendo en que todas llevaran sus maletas a sus habitaciones. Sin

embargo, estaban apiladas en medio de la entradilla, bloqueando el paso. Y, además, todas tenían todavía arena en sus chanclas, que estaba ensuciando el suelo.

La comida llegó bastante rápido y se sentaron a la mesa para comer.

Poppy olfateó con deleite, disfrutando del aroma dulce del curry y el ajo. En la mesa había gambas al vapor y arroz frito, además de pollo, dumplings y rollitos de primavera. Todo tenía un aspecto delicioso, pero Poppy estaba atenta por si había setas, escarbando en cada plato para asegurarse de que no fuera así.

Acababan de empezar a comer cuando volvió a sonar el timbre de la casa.

—¡Quizá sea June! —dijo Tamsin.

Poppy se levantó de un salto para abrir. Era Dan, que tenía revuelto su pelo rizado. Una barba de un par de días marcaba su barbilla y acentuaba el agotamiento que reflejaba su mirada. Pareció decepcionado al verla.

—¿Puedo hablar con June? —le preguntó.

Kimmy se interpuso entre Poppy y él.

—No quiere verte.

Dan intentó mirar hacia el interior de la casa.

—Ni siquiera está aquí —dijo Poppy. Miró a Kimmy, confundida. ¿Dan no sabía nada de lo de la madre de June?

Kimmy no se molestó en contárselo al chico.

—¿Podéis decirle que he venido a verla? —preguntó con cierta desesperación—. Necesito verla.

Poppy sintió compasión por él.

—Sí, claro que se lo diremos —respondió con amabilidad, pero Kimmy ya estaba cerrando la puerta.

—June ha dejado muy claro que no quiere verte, gracias.

Poppy la miró fijamente.

—¿No crees que debería ser June quien decidiera eso?

Kimmy se frotó el brazo.

—June está muy vulnerable en estos momentos. Sus emociones deben estar a flor de piel. Confía en mí, Poppy, la conozco desde hace más tiempo que tú. Ahora mismo necesita centrarse en su familia.

Poppy volvió a la mesa, pero se dio cuenta de que ya no tenía hambre. Algo la carcomía por dentro, provocándole un nudo en el estómago. Se sentía desconcertada, pero no sabía muy bien por qué.

Cuando todas terminaron, Poppy ayudó a recoger la mesa y tiró todos los envases vacíos a la basura. Las demás se fueron al salón para tontear con sus móviles o, en el caso de Tamsin, para pintarse las uñas de los pies.

Poppy terminó de recoger, metió los platos en el lavavajillas de cualquier manera y lo cerró de golpe. Sacó su móvil del bolsillo y le mandó un mensaje a June.

> Pensé que te gustaría saber que Dan ha venido a verte. Parece tener muchas ganas de hablar contigo.

Al instante, oyó el pitido de un teléfono en el salón. Un momento después, recibió una respuesta.

> Gracias por decírmelo, pero ahora mismo no me encuentro en condiciones de ocuparme de él.

Kimmy entró en la cocina y encendió el hervidor. Poppy miró su teléfono.

> Vale. Tú decides, obviamente.

Miró hacia el salón con el corazón en un puño y pulsó enviar.

Y, por segunda vez, escuchó el pitido de un teléfono.

CAPÍTULO 42

POPPY

Poppy respiró hondo. Se guardó instintivamente el teléfono en el bolsillo y entró en el salón.

—¿Me he dejado aquí mi móvil?

—¿Es el que está junto a la ventana? —preguntó Tamsin.

—No, ese es el mío —respondió Flick.

Había otro teléfono en la mesa de centro, junto al de Tamsin. Era rosa chillón, así que obviamente era el de Kimmy.

—Vale, pues me lo habré dejado en mi habitación entonces —dijo Poppy, esforzándose por no mostrar su preocupación.

Pero, mientras se dirigía al sótano, se detuvo frente a la habitación de June y apoyó una mano sobre el pomo de la puerta. Echó un rápido vistazo hacia atrás para asegurarse de que nadie la estaba mirando y decidió entrar.

Lo primero que le llamó la atención fue, como siempre, el orden de June. La cama estaba hecha a la perfección, las almohadas mullidas en su lugar exacto, y distinguió un ligero olor a un producto de limpieza con cítricos. Se arrodilló y miró debajo de la cama. Lo único que vio fueron cajas de libros viejos y polvorientos. Se levantó, se acercó a la ventana y corrió las cortinas para dejar entrar la luz. No estaba del todo segura de lo que estaba buscando. Simplemente tenía la sensación de que algo no iba bien.

Observó el escritorio de June con mirada crítica, fijándose en el montón ordenado de libros de la biblioteca, un portátil muy

estrecho, un teclado y un conjunto de bolígrafos de colores alineados siguiendo el mismo orden que el arcoíris. Abrió uno de los cajones y miró en el interior. Todo estaba tal y como esperaba. Lo cerró y probó con el de abajo, pero solo vio libros en él. Al dar un paso atrás, observó que había algo sobre la silla: el bolso de June.

Curiosa, lo cogió. Obviamente, June podía tener otros bolsos, pero Poppy nunca la había visto con otro que no fuera aquel. Rebuscó en su interior. En el bolsillo delantero estaba el pasaporte de June y, en el de atrás, su cartera. La sacó y la revisó. Había dos tarjetas de crédito. Un billete de diez libras. Un carné de la biblioteca y una tarjeta de puntos. Sintió que el estómago se le revolvía un poco. Algo no cuadraba.

Dejó el bolso donde estaba y salió de inmediato de la habitación de June, chocando con Tamsin en el pasillo.

—¿Qué hacías? —preguntó Tamsin.

—Estaba buscando mi rizador para el pelo.

Tamsin se rio.

—Dudo mucho que lo tenga June.

—Recuerdo perfectamente que se lo presté —mintió Poppy—. Quizá se lo haya llevado.

Tamsin giró ligeramente la cabeza, pero no dijo nada.

—Bueno, estoy cansada —dijo Poppy—. Creo que me voy a acostar temprano.

—Sí, yo también —dijo Tamsin bostezando.

Poppy la esquivó y bajó las escaleras hasta su dormitorio. Una vez dentro, se apoyó contra la puerta, con la sensación de que se le iba a salir el corazón del pecho. Algo pasaba. Algo no iba bien.

Se puso la camiseta grande que le gustaba para dormir y se metió en la cama. Fue una noche muy intranquila. Daba vueltas en la cama sin poder dejar de pensar en lo que estaba pasando. ¿Debería acudir a la policía? Podrían ir a casa de los padres de June y

comprobar que estaba bien. No, estaba exagerando demasiado, permitiendo que su imaginación se desbocara. Tenía que haber una explicación sencilla para todo aquello.

No estaba del todo dormida cuando oyó un crujido en medio de la oscuridad. Era el sonido que produjo la puerta de la calle al abrirse y, luego, al cerrarse suavemente. Se quedó un rato despierta sin poder dormirse, tratando de averiguar qué estaba pasando. ¿Quién estaba saliendo de la casa a aquellas horas? ¿Qué coño estaría tramando?

De algún modo, se terminó quedando dormida, pero se despertó el domingo por la mañana con una sensación aún mayor de desconcierto.

Sus compañeras ya se habían levantado cuando subió las escaleras con paso errante.

Kimmy estaba hablando por teléfono con el catering, discutiendo sobre algo relacionado con la tarta de la boda.

—No, ya os dije que no quiero tarta de frutas. Queremos una tarta de chocolate cubierta de fondant. Con tres capas.

Sacudió la cabeza con exasperación, escuchó un momento la respuesta de su interlocutor y colgó.

Flick dio un paso adelante, con una determinación férrea.

—Bueno, ya está bien, Kimmy. Es hora de que te dejas de tonterías y nos cuentes la verdad.

Kimmy, que parecía estar en shock, abrió los ojos de par en par. Por un momento, Poppy pensó que iba a llorar.

Miró primero a Flick y luego a Kimmy, tratando de comprender qué estaba pasando.

Flick suspiró.

—No va a haber boda, ¿verdad?

—¿Cómo que no va a haber boda? —preguntó Poppy—. ¿Ha pasado algo?

Kimmy se puso blanca. Varias lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

—Nunca llegó a existir la posibilidad de que os casarais —dijo Flick con un tono de voz bajo a la vez que acusador—. Ni siquiera te pidió matrimonio, ¿verdad, Kimmy?

Kimmy se derrumbó sobre un taburete y movió la cabeza de lado a lado en señal de negación. Las lágrimas continuaban corriendo por su rostro.

Poppy se quedó casi sin aliento.

—¿Qué ha pasado?

Kimmy respiró hondo varias veces y se sonó la nariz.

—Ralph rompió conmigo. No pude gestionarlo. Lo quería muchísimo, tenía tantas ganas de casarme con él…

—Así que nos mentiste —dijo Flick, suavizando un tanto la expresión de su rostro—. Has pagado tú sola la despedida de soltera y los vestidos de las damas de honor. ¿Cómo coño has podido permitírtelo?

—Pues… Lo cargué todo a mi tarjeta de crédito. Y, cuando no pude hacer frente a los pagos, me saqué otra tarjeta. Y luego otra.

Flick señaló el anillo que Kimmy llevaba en el dedo.

—También te compraste eso, ¿verdad?

Kimmy asintió. Su barbilla no dejaba de temblar.

Poppy miró a Flick.

—¿Cómo lo has sabido?

—Bueno, lo primero de todo es que Kimmy nos contó que Ralph le había pedido matrimonio con un flash mob frente a la estación de Marble Arch. Me puse a buscar en Internet porque quería ver algún vídeo, pero no encontré nada. Ni tampoco una foto ni comentarios de ningún tipo. No lo entendía. Alguien lo habría grabado, seguro. Y luego un día vimos a Ralph corriendo por el parque, pero Kimmy nos dijo que era su hermano. Nos lo explicó con una cara muy rara, y

eso me hizo sospechar. El chico era idéntico a Ralph y pasó corriendo junto a nosotras sin siquiera saludar. Cuanto más lo pensaba, más claro tenía que había algo que no cuadraba. Tampoco vimos las invitaciones oficiales de la boda, solo una tarjeta con la fecha del supuesto enlace colocada en la nevera. Así que llamé al lugar donde se suponía que iba a tener lugar la celebración y les pregunté por la fecha concreta. Me dijeron que ese día iban a celebrar un festival hindú. Nada de bodas.

Las lágrimas corrían sin cesar por las mejillas de Kimmy. La estancia se quedó en un silencio profundo.

—Por eso borraste tu perfil de Instagram —dijo Poppy al caer en la cuenta. Le había parecido extraño cuando se percató—. Claro, tenías a Ralph entre tus contactos.

—Cambió su estado a soltero. Me sentí enfadada y humillada.

—Joder, Kimmy. Deberías habernos contado algo. Debes haberte gastado mucho dinero…

—Da igual —dijo Kimmy—. ¿No lo entiendes? No me importa nada de eso. Si no tengo a Ralph, no tengo nada.

Flick la abrazó.

—¡Eso no es cierto! ¡Nos tienes a nosotras!

Poppy retrocedió unos pasos y se dirigió a su habitación, tratando de entender qué coño estaba pasando. Parecía que Kimmy era una mentirosa muy convincente. Todas menos Flick se habían dejado engañar. ¿Les habría mentido en algo más?

Alguien había salido de la casa en mitad de noche. ¿Habría sido Kimmy también? ¿Qué tenía entre manos? Poppy tenía un presentimiento muy malo. Todas pensaban que June se había ido a casa de sus padres, pero ¿cómo podría haberlo hecho sin su bolso? ¿Sin su cartera?

Quizá se hubiera llevado la bicicleta. Le encantaba esa bicicleta. Poppy recordaba lo mucho que se había enfadado cuando ella

misma se la robó. Ahora se sentía mal por ello. Se pasó la mano por la nuca y notó las gotas de sudor que se habían acumulado justo al borde del nacimiento del pelo. Se calzó las chanclas y salió al jardín, tratando de recordar los códigos del cobertizo.

June se había esforzado mucho en reforzar su seguridad. El candado nuevo brillaba bajo los rayos del sol. El código del antiguo era 2512, veinticinco del doce, porque a todo el mundo le gusta la Navidad. En cuanto al nuevo… Poppy pensó por un momento. Ya lo tenía. Era la fecha de la supuesta boda de Kimmy. Marcó 2809 y oyó un clic cuando se abrió.

Acto seguido, empujó la puerta para abrirla. La recibió un fuerte aroma a productos de limpieza. Entrecerró los ojos ante la luz tenue. Había abolladuras en las paredes y botes de pintura vacíos esparcidos por el suelo. Levantó la vista y vio la bicicleta de June colgada de su gancho, pero algo no terminaba de encajarle. Se le revolvió el estómago al percibir otro olor, oculto bajo el intenso aroma de los químicos. Olía como si algo hubiera muerto allí dentro.

CAPÍTULO 43

JUNE

Ocho días antes

La habían abandonado. La habían abandonado de verdad.

Incluso a esas alturas se seguía preguntando si aquello no había sido más que una broma cruel. Una pequeñísima parte de ella, esperanzada, aún creía que iban a dar la vuelta para volver a por ella. A lo mejor le contaban que le habían gastado una broma que saldría en uno de esos típicos programas de cámaras ocultas. O, tal vez, simplemente habían ido a una comisaría para denunciar su desaparición.

Pero la cuerda que se le clavaba en las muñecas era real, y también lo eran el miedo y la deslealtad que le revolvían las entrañas. Le escocían un poco los ojos a causa de las lágrimas, y no podía dejar de preguntarse cómo podían hacerle algo así. Si sus compañeras se subían al avión, podría verse obligada a permanecer allí encerrada hasta el siguiente sábado. Una semana entera sin comida ni bebida y sin ningún lugar donde hacer sus necesidades. La habían tratado peor que a un animal; ¿cómo se las iba a arreglar para sobrevivir? Se dejó caer lentamente al suelo. Se apoderó de ella una sensación de cansancio extremo y desesperanza.

El tiempo iba transcurriendo. June no sabía a qué velocidad, pues no tenía forma de cuantificarlo. Se sentía desnuda sin su reloj y su teléfono. No tenía demasiadas cosas que hacer al margen de

explorar el cobertizo, y los resultados a ese respecto no eran demasiado alentadores. Lo examinó todo tanto como pudo sin la ayuda de las manos, pero estaba bastante segura de que allí no había nada que comer ni beber. Tampoco encontró un cuchillo o unas tijeras. Su maleta estaba en una esquina. Ahora deseaba con toda su alma haber metido en ella agua y comida, pero era consciente de que en su interior solo encontraría ropa limpia y artículos de aseo. Sintió un escalofrío al pensar en lo que le esperaba. ¿Cuánto tiempo podía sobrevivir una persona sin agua?

Mientras tanto, sentía una presión implacable cada vez más grande en su interior. Tenía la sensación de estar a punto de estallar. Le temblaban las piernas y empezó a tener sudores fríos. Fue incapaz de contenerse por más tiempo y un líquido cálido comenzó a recorrer su entrepierna, hasta acabar formando un charco alrededor de sus pies. Se puso a tiritar, pues de pronto sintió mucho frío. No podía quitarse los pantalones.

De repente, recordó algo de su infancia. Tenía cinco años y se había hecho pis encima en el patio del colegio. Se sintió avergonzada, pero Kimmy la apoyó. June se escondió detrás del tobogán hasta que Kimmy le trajo un uniforme limpio, que sacó del cuarto donde el colegio guardaba los objetos perdidos. Le quedaba enorme. Probablemente habría pertenecido a alguna niña de tercer curso, pero June estaba agradecida por tener algo limpio. No había calcetines ni ropa interior, así que tuvo que ponerse los pantalones cortos que llevaba para gimnasia. Se cogió de la mano con Kimmy. Incluso con cinco años, tenían la sensación de ser familia. June no iba a contarle a su madre lo que había pasado, de ninguna manera, pero Kimmy lo entendía.

Una mosca negra y voluminosa daba vueltas alrededor del charco de orina, batiendo sus alas con un compás irregular en el aire inmóvil. Parecía seguir cada uno de los movimientos de June,

zumbando en sus oídos y dándole unas ganas irrefrenables de desprenderse de su propia piel.

June suponía que Poppy era la responsable de lo que le estaba pasando. Pero ¿cómo esperaba salir indemne de aquello? En cuanto saliera de allí, iría directamente a la policía. Aunque quizá nunca llegara a salir. Entonces moriría en aquel cobertizo, sola.

Impulsada por la furia, volvió a intentarlo. Gritó, chilló y se lanzó contra la puerta, pero lo único que consiguió fue hacerse daño. Por muy fuerte que gritara, nadie acudía en su ayuda.

Se dejó caer al suelo para descansar unos minutos. Luego, luchó contra su maleta e intentó usar los dientes para abrir la cremallera. Cuando lo consiguió, metió la cabeza en el interior para examinar su contenido, pero, tal y como se temía, casi todo era ropa. Ni siquiera había libros. Había pensado leer en el móvil durante el viaje para ahorrar espacio.

Continuó luchando contra sus ataduras; le dolían las muñecas y las piernas porque las cuerdas le apretaban mucho. Las fibras ásperas le arañaban la piel y comenzaron a brotar en su frente gotas de sudor. Tras varios intentos por liberarse, empezó a perder la esperanza. Cambió de posición, presionando la espalda con fuerza contra la pared, y lo intentó una vez más. Se meció hacia atrás y hacia delante con todas sus fuerzas, sintiendo cómo los bordes ásperos de un clavo viejo le rozaban la piel a cada contacto. Pasaron las horas hasta que, por fin, se rompió una hebra. Sintió una euforia momentánea, pero no fue suficiente para liberarse y ya estaba agotada.

La luz comenzaba a desvanecerse y cada vez le molestaban más los ojos. Cambió de posición de nuevo, buscando una postura en la que pudiera estar mínimamente cómoda. Colocó varias prendas en el suelo para suavizar el contacto con el mismo, pero seguía notando cierta dureza y el aire frío de la noche se filtraba desde el exterior.

Arrugó la nariz ante el olor penetrante de su ropa empapada de orina. Le dio un vuelco el estómago, dejándole una sensación muy desagradable. Qué no daría ella por un buen plato de sopa caliente de tomate en aquel momento…

Oyó un leve crujido. Se le aceleró el pulso mientras trataba de determinar si el sonido provenía de un animal o si solo era que su mente le estaba jugando una mala pasada. Entonces escuchó un ruido bien definido que esperaba que fuera solo un erizo. Lo que más miedo le daba era que entraran ratas o ratones durante la noche, atraídos por el hedor de su cuerpo. La mezcla rancia de sudor y orina podría tentarlos, sin duda.

Luchó contra los nudos apretados, pero sus muñecas y tobillos se resistían a ser liberados. Sentía un frío implacable proveniente del suelo de madera que le congelaba la piel. Respiró hondo, volvió a ponerse de pie y se dirigió dando saltitos hasta un montón de cajas de cartón plegadas que habían quedado allí de cuando Poppy se mudó a la casa. Las agarró una a una con los dientes y las fue arrastrando por el suelo hasta formar una cama improvisada. Reorganizó la ropa que había sacado de la maleta encima de los cartones, se tumbó de nuevo e intentó ponerse cómoda. Hizo un esfuerzo por imaginarse que estaba acurrucada en su cama, bien protegida bajo las suaves sábanas de algodón y su edredón confortable. Le dolía todo el cuerpo por la dureza del suelo, pero finalmente se quedó dormida, sucumbiendo al agotamiento que sentía.

***

Las gotas de la lluvia que había comenzado a caer golpeaban con fuerza el techo. June se despertó al sentir una gota resbalándole por el cuello y se incorporó, poniéndose al instante en alerta. Al hacer el esfuerzo de levantarse, le dolió todo el cuerpo y le dio vueltas la

cabeza, pero permaneció erguida, con la boca abierta, desesperada por atrapar tantas gotas como pudiera.

Al cabo de un rato, la lluvia cesó y poco a poco empezó a amanecer. Le rugía el estómago a causa del hambre y tenía tanta sed que se habría bebido hasta el agua de un charco. Se pasó la lengua por los bordes de los dientes con la esperanza de deshacerse del sabor agrio que le impregnaba la boca. Pero, por mucho que se los lamiera, el sabor desagradable persistía.

Se sentó y estuvo en silencio durante un rato, incapaz de entender por qué estaba teniendo que vivir aquella situación. Ya tenía ganas de orinar de nuevo y los pantalones y los calcetines todavía estaban húmedos del día anterior. Empezaron a caerle lágrimas por las mejillas a causa de la rabia, e intentó recogerlas con la lengua. Nunca había sentido una desesperación así de honda y aterradora. Poppy debía odiarla incluso más de lo que había imaginado.

Al cabo de un rato, oyó una melodía apenas perceptible y se dio cuenta de que provenía del jardín de su vecino. Estaba allí afuera, silbando.

—¡Ayuda! —gritó, con tanta fuerza como le permitieron sus pulmones.

Además, se lanzó contra la puerta del cobertizo, haciendo todo el ruido posible. Unos instantes después, los silbidos cesaron. Desesperada, siguió golpeando y gritando hasta que se le quedó la garganta en carne viva, pero no obtuvo respuesta. El vecino debía haber vuelto a entrar en su casa.

Pasaban las horas y nadie acudía a ver cómo estaba, lo que confirmó su sospecha de que todo aquello era obra de Poppy. ¿Se cuestionarían sus amigas su desaparición repentina o simplemente darían por buena cualquier mentira que les hubieran contado?

Cayó en la cuenta de que Marilyn se extrañaría. Solo se había cogido una semana de vacaciones para el viaje a Miconos. Cuando

no apareciera el lunes por la mañana por la oficina, Marilyn la llamaría y, al no obtener respuesta, lo más seguro es que terminara contactando con la policía. Pero aún faltaba un montón para el lunes. Había muchas posibilidades de que no aguantara tanto tiempo.

Dan era su mejor baza. Pero lo más probable es que él pensara que se había ido de vacaciones, sin más. Se arrepentía de las últimas palabras que le había dicho. Había sido muy dura con él, diciéndole que ya hablarían cuando regresara del viaje. Ahora le parecía insignificante lo que había hecho. Pero ya era demasiado tarde para arreglarlo. Dan interpretaría su silencio como una señal de que todavía estaba enfadada, y cuando se diera cuenta de que algo iba mal, sería ya demasiado tarde.

Ni siquiera su madre sospecharía nada. El domingo siguiente era el último del mes, pero no creía que la fuera a llamar. E incluso si llegaba a hacerlo, simplemente pensaría que June la estaba ignorando. ¿Cómo podía esperar que su familia se preocupara por ella si June siempre intentaba mantenerse alejada de ellos?

No recordaba la última vez que había hablado con su padre. Su madre a veces le pasaba el teléfono cuando ya no sabían de qué charlar. Él era todavía peor que ella a la hora de comunicarse. Sus conversaciones telefónicas no eran más que comentarios sobre el tiempo o sobre los resultados del rugby. Era un hombre aburrido con aficiones aburridas. Hacía muchísimo tiempo que no pensaba en él, pero en aquel momento sentía una necesidad inexplicable de oír su voz. Escucharlo reflexionar sobre las posibilidades de que su equipo ganara el campeonato ese año, o incluso acerca de las plantas que tenía en el invernadero.

Atormentada a causa del remordimiento, se distrajo volviendo a revisar la maleta y esa vez encontró algo que antes se le había pasado por alto: había cuatro sobres de azúcar en un bolsillo interior.

Los sacó y los tiró al suelo. Iba a ser difícil abrirlos, pero necesitaba energía.

No se los tragó todos de una vez, sino que chupó solo un par de ellos. Los granos dulces se le quedaron pegados en la garganta, pero sabía que necesitaba un empujón de energía, así que se los tragó como pudo. Reservó los otros dos para el día siguiente. Para entonces, la cabeza le daba vueltas cada vez que se ponía de pie. Sentía las mejillas calientes y el corazón acelerado. Estaba agotada por el esfuerzo de intentar liberarse.

Sus días estaban llenos de monotonía, dolor y desesperación. Se sacudía y emitía gemidos, retorciéndose contra las cuerdas en un intento inútil por liberarse, pero nunca conseguía ganar más que unos milímetros de respiro y sufría numerosos espasmos dolorosísimos cuando se retorcía por el suelo, incapaz de aflojar las ataduras.

Cuando todo se volvió ya insoportable, comenzó a encerrarse en sí misma, refugiándose en un rincón de su mente en el que se amontonaban recuerdos del pasado. Se encontró pensando en cosas que había olvidado hacía mucho tiempo, como unas vacaciones que pasó con sus padres en un camping, antes del accidente de su madre. Aquella fue una época feliz. Llevaba años sin pensar en ella. Luego recordó el romance breve y apasionado que había vivido con Ralph en la universidad. Lo rápido que se había enamorado de él y lo mucho que sufrió cuando él se enamoró de otra persona. Quizá por eso había dado pie a los intentos de Richard, a pesar de ser consciente de su relación con Grace.

En su tercera mañana atrapada en el cobertizo, mientras se levantaba del suelo, vio un fragmento de cristal afilado que brillaba con la luz del sol que se filtraba. Se inclinó hacia delante, comprimió los labios contra el vidrio y volvió a incorporarse con cautela. ¿Y ahora qué?

Se tumbó y enrolló el cuerpo en la posición adecuada, llevando los pies hacia la boca mientras sujetaba el fragmento de vidrio afilado entre los dientes. Despacio, con dolor, comenzó a frotarlo contra las ataduras de los tobillos. Solo pudo aguantar unos minutos antes de tener que tomarse un descanso porque le dolía mucho el abdomen, pero no se rindió. Le costó mucho esfuerzo y concentración, pero continuó trabajando contra las cuerdas hasta que empezaron a deshilacharse.

En el momento en el que comprendió que estaba funcionando, se le cayó el cristal y tuvo que volver a contorsionarse para recogerlo, cortándose el labio al hacerlo. Se lamió la sangre con la lengua seca, desesperada como estaba por cualquier tipo de líquido, y luego trató de colocar el cristal en posición entre los dientes, hasta que lo consiguió.

Raspó la cuerda con insistencia mientras sentía espasmos en el abdomen por mantener aquella posición tan incómoda. Pero, poco a poco, las ataduras de los tobillos se fueron aflojando. Continuó limándolas hasta que, por fin, se rompieron.

«¡Sí!».

En su imaginación arremetió contra el aire, deseando poder estirar las manos y masajear sus tobillos doloridos.

Liberar sus manos iba a ser más complicado. No podía alcanzar la cuerda con el cristal para cortarla. Había estado forcejando con las muñecas contra el clavo pequeño que sobresalía de la pared, pero no había avanzado mucho. Sin embargo, ahora que tenía los pies libres, estaba más convencida de que podía conseguir liberarse las manos.

Con energía renovada, redobló sus esfuerzos y frotó las muñecas contra el clavo. La cuerda se clavaba cada vez más profundamente en su piel y terminó gritando de dolor, pero siguió adelante, tirando de la cuerda y tensándola con todas sus fuerzas. Los músculos le

ardían a causa del esfuerzo, pero al fin sintió que comenzaba a raerse.

Una vez que se aflojó, su trabajo se hizo más fácil. Movió las manos arriba y abajo, desesperada por liberarse de ella. Sintió que algo se rompía, como si de una banda elástica se tratase, y se dio cuenta de que podía mover las manos mucho más que antes. Frotó la cuerda con más fuerza contra el clavo hasta que, por fin, terminó cediendo.

CAPÍTULO 44

JUNE

June se quedó un tanto en shock al darse cuenta de que por fin era libre. Sus manos tenían un tono morado glaciar y un hormigueo le recorrió los brazos cuando los movió. Sus muñecas tenían grandes marcas rojas en los lugares en los que la cuerda se había clavado en su piel. Apretó los puños en un esfuerzo por detener el hormigueo que llegaba a entumecerle los dedos.

Se giró hacia la puerta sin esperar a que la circulación volviera a sus manos. Intentó abrir el pomo mientras el cuerpo no dejaba de temblarle. Por supuesto, la puerta estaba cerrada con llave. Con un candado desde el exterior. Probablemente también con un cerrojo. Recordó con pesar hasta qué punto se había esforzado por asegurar el cobertizo después de que le robaran la bicicleta. Incluso la ventana parecía infranqueable. Había clavado varias láminas gruesas de madera contrachapada a ambos lados. Iba a ser difícil romper aquella barrera. Comenzaron a resbalarle por la nariz lágrimas de pura frustración, dándose cuenta de que ella misma había construido su propia prisión.

Se puso a registrar de nuevo el cobertizo, con la esperanza de encontrar alguna herramienta que la ayudara a abrir la puerta. Recordó que había una sierra en el estante superior, pero alguien había sido meticuloso a la hora de llevarse de allí todos los objetos útiles: habían desaparecido el martillo, los destornilladores e incluso las tijeras.

Apretó uno de sus puños y golpeó con los nudillos contra la puerta de madera dura, una y otra vez, haciendo una mueca de dolor cuando empezó a brotar sangre de su piel. Luego cogió el patinete de Flick y lo lanzó contra la puerta con todas sus fuerzas. Se apreció un crujido leve y June dejó escapar un grito triunfal. Lanzó un segundo ataque con energías renovadas. Tras múltiples intentos, se rindió, agotada.

Se quitó la ropa sucia y se puso otra limpia, que sacó de la maleta. La sensación de la ropa limpia y seca sobre su piel fue realmente placentera. Encontró su cepillo y se peinó el pelo, que estaba enmarañado y sucio. Puso un gesto de dolor al pasar el cepillo sobre un bulto grande que se había formado en la parte posterior de la cabeza. Luego se echó un poco de desodorante y disfrutó del aroma agradable a lirio de los valles.

A continuación, continuó escudriñando el cobertizo, revisando todo de nuevo, por si se le había pasado algo. Se detuvo cuando divisó la forma de un objeto que le sonaba de algo, escondido detrás de una lata de aceite para motor. Quitó la suciedad y el polvo. Era una lata de espaguetis.

Se le hizo la boca agua. Miró en la estantería, pero no había un abrelatas por ninguna parte. Sin embargo, sabía que habían colocado allí la lata a propósito. Para burlarse de ella, seguramente. La lanzó contra el suelo y rebotó, emitiendo un ruido metálico, pero se negó obstinadamente a abrirse.

Después de varios intentos, el metal estaba abollado y rayado, pero seguía aferrado a la tapa. Reuniendo todas sus fuerzas, apoyó un pie contra la pared para hacer palanca, agarró la lata con fuerza y apretó con todas las energías que le quedaban. Se visualizó como a Popeye, aquel viejo personaje de dibujos animados. Tensó todos los músculos y gimió como un animal. Por fin, la lata se abrió con un pequeño y satisfactorio estallido.

La mano de June temblaba mientras sujetaba la lata fría de espaguetis. Hizo una mueca de dolor al tocar los bordes afilados, pero el hambre se impuso a todas las demás sensaciones y se llevó la lata a los labios. Iba succionando los espaguetis con cada vez más avidez, sin detenerse demasiado para tragar los fideos viscosos antes de llevarse otra porción a la boca. Se lo iba tragando todo de golpe, hasta que se obligó a parar cuando aún quedaba media lata. Le dolía el estómago por la saciedad, pero su garganta seguía pidiendo más comida.

Se tumbó, sintiéndose abatida por la languidez de haber comido demasiado. Su estómago emitió un fuerte rugido y se contrajo luego en espasmos dolorosos. Una mosca revoloteaba alrededor de la lata abierta, zumbando insistentemente. Junte la espantó con la mano y cubrió la lata con una camiseta.

Intentó relajarse de nuevo, pero le resultó imposible contener las ganas de hacer sus necesidades. Se colocó sobre un trozo de cartón y cerró los ojos. Sintió un alivio inmenso en el estómago al liberarse del nudo tenso que la oprimía. El olor a excremento se extendió con rapidez por el cobertizo, pero estaba agradecida por tener al menos algo con lo que limpiarse. El olor fétido persistía, así que roció desodorante y espantó a las moscas que zumbaban a su alrededor.

Había pretendido guardar el resto de los espaguetis para el día siguiente, pero un rato después volvió a tener hambre y no pudo resistirse a coger otra vez la lata y asomarse a su contenido. La salsa había formado una película viscosa y los espaguetis estaban blandos y aceitosos. Pero, en aquel momento, le pareció lo más delicioso del mundo. No podía resistirse a comer aunque fuera solo un poco. Se llevó un puñado a la boca, luego otro, y en cuestión de minutos, se lo había acabado todo.

La comida le proporcionó un respiro temporal, pero, como no tenía nada más que comer ni beber, se fue debilitando cada vez más.

Fueron transcurriendo los días con una sensación cada vez más intensa de hambre y fragilidad. Dormía la mayor parte del tiempo, siendo prácticamente incapaz de moverse. Utilizaba la lata de espaguetis para recoger agua de lluvia que caía del techo, pero nunca consiguió reunir una cantidad que supusiera más que un pequeño sorbo. Un día surgió un momento de gran emoción cuando descubrió un poco de agua en una vieja regadera oxidada. La vertió en la lata de espaguetis y vio que estaba turbia y llena de suciedad, pero no dejaba de ser agua, así que se la bebió, mezclándola con lo que le quedaba de los sobres de azúcar para enmascarar el sabor.

June era consciente de que debía estar muy deshidratada. Sus intentos por escapar se volvieron cada vez más débiles y descoordinados, hasta que cesaron por completo. Sintió cómo su mente se iba desligando de su cuerpo y comprendió que, sin duda alguna, iba a morir.

CAPÍTULO 45

JUNE

Los sentidos de June se despertaron al oír voces en la calle, y eso provocó que su cabeza se ladeara repentinamente. Se obligó a sentarse erguida, apoyándose en la pared para sostenerse. De pronto, comprendió que las voces que estaba escuchando pertenecían a sus compañeras. Parecía que acababan de llegar a casa. Le impactó darse cuenta de que solo había pasado una semana desde que se habían ido. Tenía la sensación de que hacía meses de aquello. Su cuerpo la estaba traicionando a esas alturas. Ya ni podía mantenerse en pie. Tampoco es que le resultara necesario. Hacía tiempo que ya no sentía ganas de orinar, y en general no tenía suficientes motivos para ponerse de pie.

Si sus compañeras estaban ya en casa, eso significaba que todo estaba a punto de terminar. En algún momento, Poppy iría a ver cómo estaba. ¿Qué haría cuando la encontrara viva todavía, tercamente aferrada a su existencia?

¿La dejaría allí hasta que su cuerpo se rindiera o la remataría? Poppy nunca había sido violenta con ella hasta entonces. Al menos, no abiertamente. Siempre se había caracterizado por su secretismo y por actuar de manera traicionera y manipuladora. Pero bueno, a pesar de eso, haberla encerrado de aquella forma parecía una acción bastante drástica. June tenía que estar preparada para cualquier cosa.

Tenía que encontrar un arma. Cogió el trozo de cristal y se lo

guardó en el bolsillo por si acaso, pero dudaba que tuviera fuerzas para usarlo. Así que se quedó allí tumbada, esperando. Forzó la vista para tratar de distinguir formas en medio de una luz que se extinguía ya a aquellas horas del día.

Un rato después, escuchó otra voz que provenía del exterior. Una voz profunda que le resultaba muy familiar.

—¿Puedo hablar con June?

Dan. ¡Era Dan!

June contuvo la respiración; su corazón latía con fuerza mientras escuchaba.

—Ni siquiera está aquí —respondió otra voz, la de Poppy.

—¿Podéis decirle que he venido a verla? Necesito verla.

June sintió cómo una chispa de energía la recorría interiormente y se abalanzó hacia delante.

—¡Dan! —gritó con tono desagarrado al aire de la noche—. ¡Dan!

Las paredes del cobertizo temblaron cuando June arremetió a patadas contra ellas. Se detuvo para ver si él la había oído, pero la calle se había vuelto a quedar en silencio.

—¡Estoy en el cobertizo! —gritó. Su voz era tan débil que le resultaba frustrante—. ¡Dan! ¡Ayúdame! Te necesito. ¡Lo siento!

Le pareció oír a alguien entrando en el jardín.

—¡Ayuda! —gritó con el corazón latiendo cada vez más deprisa. Se detuvo y escuchó. Apreció un pequeño crujido. Parecía la puerta del jardín.

Golpeó la madera con los pies y volvió a detenerse. La puerta seguía chirriando, como si el viento la estuviera meciendo a su antojo. Esperó y esperó, pero no se oyeron pasos en el camino de entrada. Tampoco se escucharon más voces en el jardín.

Dan se había ido.

Su visión se nubló y su mirada se llenó de puntos diminutos de luz que destellaban. Sentía mucho calor de en la cabeza y estaba casi

convencida de que había una bomba a punto de estallar en la base de su cráneo. Cada vez escuchaba más lejos los ruidos de la ciudad y tenía unas náuseas terribles que le hacían sentir el estómago vacío y dolorido. Sus huesos parecían torpes, como si el peso de su extenuación provocara que le temblaran todas las extremidades.

Cuando oyó el clic metálico de las cerraduras, casi lo ignoró, hasta que escuchó la voz de Kimmy, dulce y familiar.

—¿June?

Su cuerpo agotado reaccionó tímidamente. Parpadeó en la oscuridad. No había duda de que se trataba de Kimmy.

—¡Kimmy!

Se sentía demasiado débil como para poder decir nada más. Pronto, los brazos de Kimmy la rodearon. Se desplomó en el suelo, aliviada, consciente de que iban a rescatarla. June sintió la calidez del cuerpo de Kimmy al entrar en contacto con el suyo mientras la ayudaba a ponerse de pie, luego a salir del cobertizo y a adentrarse en el jardín. A su alrededor, oía los sonidos de la vida, desde el murmullo leve del tráfico hasta el crujido de las ramas los árboles. El cielo nocturno estaba salpicado de estrellas titilantes y la luna brillaba como si de un foco se tratara.

Kimmy la mantuvo en pie a duras penas mientras atravesaban el jardín cubierto de maleza, tambaleándose un poco al salir por el callejón estrecho. Había dejado su coche aparcado cerca y la guio hasta el interior. June se tumbó en el asiento trasero y sintió que un calor agradable comenzaba a filtrarse en su cuerpo. Se relajó, consciente de que ya estaba a salvo. Kimmy la llevaría al hospital. Suspiró agotada y cerró los ojos. Oyó el clic de las puertas del coche al cerrarse y luego Kimmy arrancó. Cuando el coche empezó a moverse, el fogonazo de un recuerdo repentino la sobresaltó.

Una semana antes, estaba cepillándose los dientes cuando Kimmy llamó a la puerta del baño.

—June, necesito que vengas a ver una cosa. —Se lo dijo en voz baja, como si no quisiera que ninguna de las demás chicas la escuchara.

Intrigada, June escupió la pasta de dientes.

—¿Qué pasa?

—Tienes que venir ahora mismo. Es urgente —le respondió Kimmy.

June dejó el cepillo de dientes en su sitio y se limpió la boca. Se calzó los zapatos y siguió a Kimmy hasta el exterior. Pensó que tal vez su amiga hubiera descubierto alguna prueba de la infidelidad de Ralph y quisiera hablar de ello en privado. Quizá quería sentarse con ella en el coche para tener una conversación íntima y que las demás compañeras no pudieran molestarlas. O tal vez hubiera descubierto algo acerca de Poppy, algo que demostraría que June había estado en lo cierto desde el principio. Aunque claro, también podía ser cualquier otra cosa. El jardín cobraba vida por la noche. Puede que hubiera visto algo allí afuera.

Al entrar en el jardín, Kimmy iluminó la hierba con su teléfono y June siguió el haz de luz con la mirada, esperando ver un zorro o un tejón. Tal vez un erizo, pero, para su desconcierto, Kimmy la llevó hacia el cobertizo. Lo abrió, encendió la luz exterior e hizo entrar a June.

—Tengo que hablar contigo urgentemente —le dijo.

June detectó un ligero temblor en su voz.

—¿Va todo bien? ¿Es por Ralph?

De repente, June se dio cuenta de que hacía semanas que no la veía junto a Ralph. En ese momento, notó un cambio en el comportamiento de Kimmy. Normalmente no era tan callada.

—Lo sé —le dijo su amiga.

—¿Qué es lo que sabes? —preguntó June con cautela, sin querer meter la pata.

—Sé que te acostaste con Ralph.

—¿Qué? —respondió June, forzando una risa fingida.

—Estuvisteis juntos en la universidad. Poppy os vio juntos.

June respiró hondo.

—Ah, ¿sí…? ¿Nos vio…? —Exhaló aire con fuerza—. Bueno, es verdad, estuve saliendo con él durante un mes más o menos. Pero eso fue hace años, Kimmy. Ahora ya no tiene ninguna importancia.

—Entonces, ¿por qué nunca me lo contaste?

June cerró los ojos.

—Al principio, ni siquiera caí en la cuenta. No me acordé hasta que lo trajiste a casa la primera vez. Lo nuestro acabó porque comenzó a ignorarme, pasó olímpicamente de mí. No creo que ni siquiera me recuerde.

Le resultaba doloroso admitir aquello, incluso internamente. Pero Ralph era un hombre atractivo y, además, carismático. Probablemente había tenido muchas novias antes de conocer a Kimmy.

—¿Por qué no me lo dijiste?

June se encogió de hombros.

—En parte, me daba vergüenza, pero también pensé que podría molestarte y me parecía un sinsentido contarte nada cuando él ni siquiera se acuerda de mí.

—Claro que se acuerda de ti.

Se quedaron sentadas en silencio durante unos minutos. June anhelaba saber qué se le estaba pasando por la cabeza a su amiga.

—Bueno, pero ya no tengo que preocuparme más por Ralph —dijo Kimmy con una sonrisa.

—¿De qué estás hablando? Pensaba que lo querías.

—Y lo quiero. Si no fuera así, lo habría dejado marchar sin más aquel día en la feria. ¿Sabes lo que me dijo? «Necesitas a alguien que te quiera como tú te mereces que te quieran».

—Vaya gilipollez —respondió June, tratando de solidarizarse con su

amiga. Pero su mente no paraba de dar vueltas. ¿Había roto Ralph con ella aquel día en la feria? Eso había sucedido hacía varios meses, mucho antes de que June lo viera con otra mujer. Antes incluso de que oficializaran su compromiso.

—Lo hice con un ladrillo —le explicó Kimmy—. Cuando sale a correr, se mete en su mundo y se aísla por completo. Ni siquiera me vio venir. Un golpe rápido en la cabeza y se quedó inconsciente. Fue exactamente igual que la primera vez que lo vi, cuando lo encontré dormido sobre la hierba. Aunque esta vez tenía un hilo de sangre saliendo por una oreja.

June parpadeó. Era obvio que Kimmy estaba bromeando. La conocía de toda la vida y sabía que no sería capaz de hacerle daño ni a una mosca. Se frotó los ojos. Se le estaban cerrando y su cabeza se inclinó ligeramente, pues le estaba costando un poco mantenerse despierta. Deseaba que Kimmy fuera ya directa al grano y llegara pronto al final de la historia. ¿Acaso estaba sufriendo algún tipo de brote psicótico? Kimmy siguió hablando, aunque lo hacía casi más para sí misma que para June.

—Después de eso, no fue difícil hacerlo rodar hasta el estanque. Problema resuelto. —June sintió que un escalofrío le recorría la espalda. La expresión del rostro de Kimmy era muy seria. Como si creyera lo que estaba diciendo. Como si de verdad hubiera matado a Ralph.

June reflexionó unos instantes, eligiendo qué palabras decir.

—Si quieres, puedo acompañarte a la comisaría. ¿Es eso lo que quieres? ¿Confesar?

—¡La policía! —Kimmy soltó una carcajada—. ¿De verdad crees que te estaría contando todo esto si fuera a permitirte hablar con la policía?

—No… No lo entiendo. Esto no tiene ninguna gracia.

—No pretendo que la tenga.

June miró con curiosidad el rostro de Kimmy. Sus ojos parecían brillar en la penumbra. Había algo cruel en aquellos ojos, algo que jamás había percibido con anterioridad, algo que le daba ganas de salir corriendo y refugiarse. Fue entonces cuando tuvo una revelación repentina.

—Fuiste tú la que intentó envenenarnos a todas, ¿verdad? Tú pusiste aquellas setas en el guiso.

De hecho, ahora que lo pensaba, tenía todo el sentido del mundo. Kimmy era la única de las habitantes de la casa, aparte de ella, que sabía recolectar alimentos. Lo habían hecho juntas años atrás, guiadas por la abuela de Kimmy.

Su amiga no lo negó.

—Pero ¿por qué? Podrías habernos matado a todas, incluso a ti misma.

—No, yo no comí ninguna seta —aseguró Kimmy—. Las fui escondiendo en mi servilleta. Solo las comisteis vosotras tres, aunque yo no quería mataros a todas, solo a ti. Simplemente pensé que resultaría menos sospechoso si todas comíais el guiso.

June recostó la cabeza sobre sus piernas.

—¿Por qué hiciste una cosa así? ¿Qué te he hecho yo a ti?

Kimmy dejó escapar una risa amarga.

—¿Qué no me has hecho? Si no fuera por ti, Ralph y yo seguiríamos juntos. Estaba absolutamente entregado a mí hasta que te volvió a ver. Entonces todo empezó a desmoronarse poco a poco, semana tras semana y con cada pequeño detalle. Eso era lo que tú pretendías, ¿verdad? Por eso apareciste cuando estábamos juntos en el pub y por eso te buscaste un novio nuevo. Querías que Ralph se sintiera celoso. Bueno, pues funcionó.

—Yo… Yo jamás haría una cosa así.

—Ah, ¿no? Pues le hiciste lo mismo a tu amiga Grace, ¿no? Tú misma me lo contaste. Se suponía que era tu mejor amiga en la

universidad. Pero te acostaste con su novio a sus espaldas.

—En aquel momento no estaban juntos. Habían roto.

—Pero tú sabías que ella todavía estaba enamorada de él, así que es igual de grave, ¿no te parece?

June no supo qué responder.

Con los labios temblorosos, Kimmy extendió una mano hacia atrás para buscar algo a su espalda. Cogió el viejo bate de críquet de Flick.

—Si pudiste hacérselo a ella —susurró con voz temblorosa—, entonces podrías hacérmelo también a mí.

Se miraron fijamente durante unos instantes. June no supo bien qué llegó antes: si el dolor punzante en la nuca o el sonido repugnante del bate al impactar contra su piel. Cayó al suelo y el mundo se desvaneció a su alrededor mientras jadeaba en busca de aire. Lo último que sintió fue el peso del zapato de Kimmy presionando su nuca y aplastándole la cara contra el suelo.

CAPÍTULO 46

KIMMY

Dos meses antes

Kimmy estaba esperando a Ralph justo a la salida de la estación de metro. Se le formó un nudo en la garganta al verlo salir. Llevaba puesta la camisa verde que le había comprado. Le quedaba aún mejor de lo que había imaginado, haciéndolo destacar entre la multitud con un aura casi celestial.

Ella siempre lo veía a él antes que él a ella. Había sido así desde el principio de su relación, cuando comenzó a seguirlo por el parque buscando el momento perfecto para presentarse. La preocupación que sintió cuando se lo encontró profundamente dormido la mañana que se conocieron fue real. Y esa preocupación dio paso a un enfado considerable cuando descubrió que tan solo había bebido demasiado la noche anterior.

Ahora él ya la estaba mirando, fijándose en su bufanda, pero no dijo nada mientras caminaba hacia ella. Sus dedos se entrelazaron y él le cogió la mano con suavidad. Se percibía una energía nerviosa entre ellos mientras caminaban por la calle más comercial de Clapham.

Ella avanzaba aferrada a él con fuerza, henchida de orgullo al llegar a la feria. Las luces de las atracciones iluminaban el rostro de Ralph, resaltando su mandíbula firme y el brillo de sus ojos azules. Ella se había esmerado mucho en su atuendo y había elegido una bufanda

verde a juego con la camisa de su chico. Además, había ido a la peluquería y se sentía radiante. Sabía que todo el mundo pensaba que formaban una pareja perfecta.

Esperaba que aquella noche fuera por fin el momento en el que Ralph le pidiera matrimonio. Llevaba tiempo lanzándole indirectas, contándole por ejemplo que su prima pequeña se había comprometido recientemente. Incluso le había sugerido un anillo que le parecía adecuado en el escaparate de una joyería.

—¿No quieres que esperemos a tus amigas? —le preguntó él—. Creo que las he visto en la cola para entrar.

Kimmy negó con la cabeza. ¿Por qué siempre estaba intentando involucrar a sus amigas? Ella quería estar con él y solo con él.

—Tengo muchas ganas de montarme en las atracciones —respondió.

—Vale, vamos entonces.

Él lanzó una mirada hacia atrás por encima del hombro y luego permitió que ella lo fuera guiando hacia delante. Kimmy esbozó una sonrisa forzada, pero tenía un nudo en el estómago. Por mucho que quisiera fiarse de él, percibía que se estaba distanciando de ella. Sus conversaciones eran cada vez más escasas y él apenas había respondido a sus mensajes durante toda la semana. Tenía la esperanza de que fueran solo imaginaciones suyas, pero era consciente de que no podría relajarse del todo hasta que no tuviera ese anillo en el dedo. Entonces sabría que sería suyo de verdad.

Pasearon por la feria, jugaron en varios puestos y se montaron en algunas atracciones. Ralph parecía emocionado cuando se dirigían a la montaña rusa. Siempre había sido su favorita. Ella se agarró fuerte cuando empezó el recorrido. El viento la despeinaba mientras giraban por curvas cerradas y bajaban pendientes muy pronunciadas. Cuando la atracción finalmente se detuvo, Ralph se bajó de un salto y le ofreció una mano. Ella la tomó con entusiasmo,

admirando cómo brillaba su piel por el sudor.

Ella le regaló una sonrisa sugerente.

—¿Sabes? Todas mis compañeras están aquí esta noche.

—Ah, ¿sí?

—O sea, que podríamos tener la casa para nosotros solos si queremos… —Ella observó su rostro, buscando una sonrisa que nunca llegó. En vez de eso, Ralph tensó la mandíbula y frunció el ceño. Qué estúpida. Con lo bien que se lo estaban pasando. Ahora lo había estropeado todo—. ¿Quieres que nos volvamos a montar en la montaña rusa? —dijo con rapidez.

—No, no es eso. —La voz de Ralph sonaba apagada y no podía mirarla a la cara.

Ella se acercó a él y le tiró de la mano.

—¿Vamos al tiovivo?

—Kimmy…

Él suspiró y movió la cabeza de lado a lado en señal de negación. Kimmy respiró hondo. Sabía lo que iba a suceder incluso antes de Ralph dijera nada.

Él hizo un pequeño movimiento con los pies, evitando mirarla a los ojos. Su voz se quebró y empezó a resultar casi imperceptible cuando pronunció aquellas palabras.

—Kimmy, no puedo seguir con esto. Necesitas a alguien que te quiera como tú te mereces que te quieran.

Kimmy sintió como si alguien le estuviera estrujando el corazón.

—No me hagas esto. Te quiero. Sea lo que sea, podemos superarlo…

Él cambió de posición, incómodo.

—No puedo más. Eres demasiado intensa, Kimmy. Como, por ejemplo, cuando me preguntas una y otra vez qué voy a vestir para ponerte tú algo a juego.

Ella jugueteó con su bufanda verde nueva.

—Dejaré de hacerlo.

—No es solo la ropa. Me exiges demasiado. No busco algo que dure para siempre. Solo quería divertirme un poco.

La mirada de Ralph se desvió hacia donde estaban sus amigas. ¿Las estaba mirando a todas o solo a June?

Su corazón palpitaba con fuerza cuando él comenzó a alejarse. Quería correr tras él, agarrarlo con fuerza y evitar que se fuera, pero no dijo palabra. Lo único que fue capaz de hacer fue mirar su espalda mientras se alejaba, apretando los puños con tanta fuerza que las uñas se le clavaron en las palmas de las manos. Desde el día en que lo vio por primera vez, había sentido que él era una parte más de sí misma. Que rompiera con ella la dejaba destrozada, incompleta. Y confundida. Le parecía algo imposible.

Las lágrimas le ardían en los ojos, pero no permitió que cayeran por sus mejillas. Con la respiración agitada, comenzó a avanzar arrastrando los pies por la hierba, sintiendo como si el suelo se hubiera hundido bajo sus pies. Le temblaban las manos como si acabara de tocar una cerca eléctrica, así que se las metió en los bolsillos.

Cuando finalmente llegó a la altura de sus amigas, se centró en June, la única persona que le había prometido que siempre estaría ahí para apoyarla en lo que necesitara. Pero su amiga no percibió la desesperación que emanaba de sus ojos. La conversación era ligera y alegre, aunque Kimmy apenas era consciente de lo que estaban diciendo. Entonces un hombre guapo se acercó al grupo. Al instante, June lo miró a los ojos y su lenguaje corporal cambió de inmediato.

Dan tenía el pelo espeso y ondulado y unos ojos cálidos. Kimmy observó cómo entrelazaba sus dedos con los de June y sintió como si alguien le estuviera dando un puñetazo en el estómago. ¿Por qué todo el mundo quería a June? Ni siquiera era guapa atendiendo a los cánones tradicionales de la belleza, pero había algo en ella que

atraía a todo el mundo.

Kimmy puso alguna excusa y se dio la vuelta como si fuera a volver con Ralph. En lugar de ello, se escondió detrás de un puesto, esperó un poco y comenzó a seguirlos desde la distancia. Su cuerpo temblaba de rabia. No tenía ni idea de lo que iba a hacer, pero sabía que tenía que hacer algo para aliviar su dolor.

Todos se subieron a los coches de choque y ella se quedó mirando, furiosa al ver lo bien que se lo estaba pasando June. Observó cómo Poppy intentaba embestirla con su coche. A Poppy tampoco le gustaba June. Kimmy había reflexionado sobre ese hecho. La llegada de Poppy a su vida le había recordado la verdadera naturaleza de June. No podía olvidar cómo había maquinado para echar a Poppy de casa y, cuando esta se enfrentó a ella, la terminó empujando por las escaleras. Si cualquier otra persona hubiera hecho algo así, alguien habría llamado a la policía, pero June, de alguna manera, se había salido con la suya. Siempre lo conseguía. Fingía ser amiga de todo el mundo, pero, en realidad, solo buscaba su beneficio propio.

Después de los coches de choque, June y Dan se detuvieron frente a la casa del terror y decidieron entrar. Kimmy ya había estado allí antes. Era un lugar muy oscuro. Se quitó la bufanda verde brillante y se la guardó en el bolsillo. Luego, los siguió al interior de la atracción, usando su teléfono para guiarse. Al principio, Dan y June permanecieron juntos todo el tiempo, pero más tarde Dan se distrajo con una calabaza luminosa y June se separó de él, adentrándose en uno de los túneles oscuros.

Kimmy se arrastró silenciosamente detrás de ella; su sudadera negra se fundía con la oscuridad. Sintió una oleada de poder recorrer su cuerpo mientras se acercaba con sigilo a su presa, que estaba desprevenida. La luz de la entrada era insuficiente para iluminar bien el lugar y el corazón de Kimmy latió con fuerza ante la emoción que sintió cuando rodeó con los brazos el cuello de June y

lo sujetó firmemente durante unos instantes. Solo fueron unos segundos, pero bastaron para que June se llevara el susto de su vida. En cuanto la soltó, June salió corriendo por el pasillo mientras Kimmy permanecía oculta en las sombras. Fue una sensación increíble. Por fin tenía el control.

Kimmy se agachó en la oscuridad de aquel estrecho túnel, apoyada contra las paredes rugosas. Escuchó cómo su respiración resonaba entre las sombras. Luego se puso de puntillas y palpó las frías paredes de piedra con los dedos, inspeccionado cada grieta, buscando cualquier indicio de que la estuvieran vigilando aunque fuera ya demasiado tarde.

Permaneció allí durante un rato, con el miedo y el sudor mezclándose en su piel. De vez en cuando, escuchaba voces lejanas, pero, por suerte, nadie se acercó. Con cautela, comenzó a avanzar, armándose de valor ante la inevitable llegada de algún grupo de personas que fueran a registrar el lugar. Si le preguntaban qué estaba haciendo allí, diría que se había perdido.

Cuando salió de la oscuridad, nadie le prestó atención. Divisó a Flick y Tamsin al otro lado de la feria. Se le contrajo un poco el estómago mientras se dirigía hacia ellas.

—Ralph y yo nos vamos ya —dijo.

—Ah, vale —respondió Tamsin con total desinterés.

A menudo se había preguntado si le caía bien a Tamsin. Cuando era una niña, había sido muy posesiva con June. Nunca le gustó la conexión que Kimmy tenía con ella.

—¿Dónde está Ralph? —preguntó Flick, siempre un poco más perspicaz de lo que aparentaba.

Kimmy esbozó una sonrisa forzada.

—Se ha adelantado con sus amigos. Voy a alcanzarlo.

No estaba muy segura de que Flick se hubiera tragado esa explicación, pero si sospechaba algo, se lo guardó para sí misma

porque no dijo nada.

—Vale, cuídate —dijo Tamsin, haciéndole un gesto con la mano para despedirla.

Kimmy salió del recinto ferial con paso cansado, arrastrando los pies por el asfalto mientras se dirigía a casa. Al llegar a Queen Anne's Crescent, vio que las luces estaban encendidas y, al abrir la puerta, escuchó la risa de June. Fue como una puñalada que le partió el corazón en dos. Vio una botella de vino abierta sobre la encimera de la cocina y el abrigo de Dan colgado en el perchero. Entonces las risas se convirtieron en gemidos de placer y lo único que pudo hacer fue taparse los oídos y subir corriendo las escaleras hasta su habitación.

Buscó su teléfono y, sin pensarlo dos veces, abrió su Instagram y comenzó a recorrer su perfil mientras las lágrimas se le acumulaban en los ojos. Revisó todas sus fotos recientes, en todas las cuales aparecía Ralph. Vio una foto en la que ambos salían delante de la chimenea en Navidad, varias instantáneas de sus vacaciones en Dorset y una imagen de ambos riendo sudorosos después de participar en una carrera benéfica. No entendía nada. Habían sido muy felices. ¿Cómo era posible que ya no la quisiera? Entró en el perfil de Ralph y se quedó boquiabierta. Ya había cambiado su estado sentimental a «soltero». El dolor del rechazo le atravesó el pecho una vez más y se apoderó de ella una sensación de humillación. Instintivamente, desactivó su cuenta.

Pasó la noche sola en su habitación, leyendo una y otra vez todos los mensajes que él le había enviado a lo largo del tiempo hasta que se los supo todos de memoria. Por la mañana, se dirigió al mercado de antigüedades y encontró un puesto en el que vendían joyas de imitación. Hurgó entre una caja de anillos hasta que encontró uno que le pareció bastante realista. El diamante no era auténtico, pero el anillo era bonito. Debería ser suficiente para engañar a sus

amigas.

De vuelta a casa, consultó la aplicación que usaba Ralph para registrar sus carreras. En aquel momento se estaba dirigiendo ya al parque para hacer su ejercicio diario. Fue siguiendo su ruta hasta que lo divisó, con un gesto de concentración en el rostro y unos auriculares que bloqueaban el ruido exterior. Se puso a correr detrás de él, que no se giró ni una sola vez. Dieron una vuelta grande por todo el parque, pasando por el templete en el que solían tocar música y atravesando la arboleda. Kimmy comenzó a reducir el ritmo al acercarse al estanque. Le estaba dando un pinchazo en el costado. Respiró hondo y volvió a perseguir a Ralph, sin perderlo de vista. Estuvo tentada de seguirlo hasta su piso, pero se contuvo y permitió que se alejara. Ya volvería al parque al día siguiente. Y ella también pensaba volver.

CAPÍTULO 47

KIMMY

Presente

Kimmy agarró con fuerza su taza de café. Tenía el portátil abierto delante de ella. En las noticias estaban mostrando imágenes del parque de Clapham. Los residentes se agolpaban alrededor de la cámara de televisión, locos por expresar la conmoción y el dolor que sentían por lo ocurrido. Un hombre que tenía un golden retriever de gran tamaño contaba cómo había descubierto un cadáver flotando en una orilla del estanque, con las extremidades laxas como si se trataran de algas muertas.

—Fue Chester quien lo vio —explicaba—. Yo habría pasado de largo, pero en cuanto olió algo, no dejó de insistir. Se puso a tirar de la correa hasta que le dejé investigar, y… —Su voz se fue apagando y en su rostro se dibujó una mueca de repulsión. Se tomó un momento para recomponerse—. Lo siento, es algo que no puedes borrar de tu mente. En cuanto me di cuenta de que era un cuerpo humano, corrí para buscar ayuda. No llevaba el móvil encima, así que tuve que cruzar la calle hasta la tienda y pedirles que avisaran a alguien.

Kimmy le dio un sorbo a su café. Escuchaba aquellas palabras con frialdad, pero no era capaz de apartar la vista de la pantalla. Cuando terminó el reportaje, zapeó un poco y encontró otros canales de noticias, que vio con la intención de enterarse de algo más. Le irritó

encontrar noticias parecidas, como si todos los periodistas estuvieran siguiendo un mismo guion. La policía aún no había identificado el cadáver, pero tampoco iba a hacer falta ser ningún genio para lograrlo. La única pregunta era cuánto tiempo iban a tardar en relacionarlo con ella.

Le temblaban las rodillas. No se avergonzaba de sus actos, pues había hecho lo que había que hacer, pero no podía ignorar el peso de la culpa que le oprimía el pecho. Se le partía el alma por la muerte de una persona, por muy justificada que estuviera. No había tenido más remedio que hacerlo, pero, aun así, iba a dejar una huella imborrable en su alma.

Tamsin llamó a la puerta de su habitación y ella cambió rápidamente de canal.

—¿Estás bien? —le preguntó Kimmy al ver la expresión seria del rostro de su compañera.

—Sí. Oye, escucha, acabo de ver una publicación en el foro de una comunidad del barrio. ¿Sabías que Ralph ha desaparecido? Al parecer, nadie lo ha visto en más de una semana.

—¿En serio? —Kimmy abrió mucho los ojos y respiró hondo—. ¿Se habrá alejado un poco de todo durante algunos días? Solía hacerlo de vez en cuando. Sufre episodios terribles de depresión.

—¿En serio? No tenía ni idea.

—Sí, bueno, aparenta ser un hombre fuerte, pero por dentro está lleno de conflictos, tiene un alma muy atormentada. Espero que esté bien.

Tamsin permaneció en el mismo sitio, sin moverse un ápice.

—¿Se te ocurre algún sitio al que pueda haber ido? Su familia está histérica.

Kimmy asintió.

—Se me ocurren varios sitios. Me sorprende que la policía no me haya preguntado a mí. Quiero decir, yo lo conozco mejor que nadie.

Tamsin bajó la mirada hacia sus zapatillas.

—Quizá no sepan que eres su… que estabais juntos.

Kimmy enderezó los hombros y asintió con la cabeza.

—Bueno, esté donde esté, seguro que aparecerá pronto.

Kimmy volvió a concentrarse en su café. Últimamente se sentía tan desequilibrada físicamente que no sabía bien si estaba cansada o no.

Su teléfono vibró. Miró la pantalla.

—Uf, lo siento, Tamsin, tengo que contestar.

Tamsin asintió y salió de la habitación. Kimmy cerró la puerta en cuanto lo hizo.

—¿Dígame? —respondió con nerviosismo.

—Hola, soy Jim, del Departamento de Seguridad de Clapham. Lamento molestarla, pero acabamos de recibir una alerta de que la alarma de su tienda se ha activado. ¿Quiere que vayamos a echar un vistazo?

Sintió que le daba un vuelco el corazón, pero logró emitir una risa nerviosa.

—¡No! Eso debe ser… Mi prometido, que debe haber olvidado el código. —Su voz tembló un poco al decir aquellas palabras.

—Muy bien entonces, señora, que tenga una buena tarde.

—Igualmente. Gracias por el aviso.

Kimmy frunció el ceño. ¿Dónde estaban sus llaves? Cogió su bolso y sacó el manojo completo. Las llaves de la casa estaban en él, tanto la de la puerta principal como la de atrás. Pero no las de la tienda. Alguien las había cogido.

CAPÍTULO 48

JUNE

Un día antes

June se incorporó para poder mirar a través de ventanilla del coche. Las farolas parpadeaban, proyectando sombras perturbadoras sobre la acera. A pesar de lo tarde que era, todavía había algunas personas deambulando por las calles. Al pasar junto al parque, vio, para su enorme conmoción, una cinta policial amarilla extendida entre dos árboles y una carpa blanca de un tamaño considerable que los equipos forenses debían haber montado.

«Ralph —pensó sobresaltada—. *Dios mío, ¡lo ha hecho de verdad!».*

Una sensación de miedo le revolvió el estómago. Observó los ojos de Kimmy en el espejo. Vio que giraba un poco la cabeza y sintió que el coche reducía la velocidad hasta casi detenerse. A continuación, también su amiga echó un vistazo a través su ventanilla, como si estuviera contemplando aquella escena por primera vez.

—Ni siquiera lo han identificado todavía —dijo Kimmy con orgullo—. Su compañero de piso acaba de denunciar su desaparición. Los hombres son muy poco observadores, ¿no te parece? Me juego lo que sea a que si una de nuestras compañeras desapareciera, las demás se preocuparían de inmediato.

June tragó saliva con dificultad. Algo golpeó su pie y bajó la vista

para ver de qué se trataba. Una botella de agua. No daba crédito. Se agachó para cogerla, y la cabeza le dio vueltas al hacerlo. Tuvo que reunir todas las fuerzas que le quedaban para quitarle el tapón. Bebió tan rápido y tan en silencio como pudo, aunque la mitad del agua terminó derramándose por su cara. No estaba segura de si Kimmy era consciente de lo que estaba haciendo o si tan solo estaba demasiado fascinada por la escena del crimen que ella misma había creado.

Doblaron una esquina y pasaron frente a una hilera de tiendas. Todas ellas estaban cerradas, pero June se hizo una idea de a dónde la estaba llevando Kimmy. En efecto, su compañera se detuvo frente a The Paper Pantry. Se quedaron sentadas en el coche un momento, esperando a que las persianas eléctricas se levantaran poco a poco.

Kimmy salió del coche y lo rodeó para abrirle la puerta a June.

—Sal.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó June, inquieta, dejando caer la botella de plástico que tenía en la mano.

—Dios, qué mal te huele el aliento. ¿No te he dicho que salgas?

Antes de que June tuviera tiempo siquiera de protestar, Kimmy la sacó del coche de un tirón y la arrastró hacia la tienda.

June vio a una mujer caminando por la calle que tenía la mirada fija en el suelo que pisaba.

—¡Ayuda! —gritó. Pero su voz era débil y patética.

La mujer siguió caminando. June no estaba segura de si es que no la había oído o si simplemente había decidido mirar hacia otro lado.

Kimmy abrió la puerta de la tienda y empujó hacia dentro a June, que prácticamente salió volando y aterrizó de golpe contra el suelo. Kimmy echó la llave de la puerta y encendió las luces.

—¡Levántate! —le gritó.

—Tengo mucha sed. ¿Me das un vaso de agua? —June miró con anhelo hacia el cuarto de baño, donde sabía que debía haber un

lavabo. Tenía la garganta reseca, a pesar del agua que había bebido en el coche.

Kimmy la ignoró y la incorporó a la fuerza, empujándola hacia el fondo del local.

—No puedes tenerme aquí encerrada para siempre.

—¿Y por qué no? Si, total, aquí no entra nunca nadie.

—Me estoy muriendo. Habrá gases y olores insoportables.

—Ay, vaya, lo siento. Hubiera preferido tirarte al estanque junto a Ralph, pero la policía me está cortando un poco el rollo. Da igual. De todos modos, van a echar abajo la tienda dentro de poco. ¿No te lo he contado? En cuestión de meses, he perdido a mi prometido y mi trabajo.

—Nunca fue tu prometido.

—Y es por esas cosas, June, por las que no le caes bien a la gente. No importa, ya da igual. Pronto vas a estar muerta. Mírate, ya pareces un monstruo. Se te están poniendo los ojos amarillos. Siempre te gustó mucho ese color, ¿a que sí? Cuando te fallen los riñones, te echaré unas cuantas cosas por encima y quedarás sepultada bajo los escombros.

—Eso no va a funcionar —dijo June—. Van a encontrar mis restos de todas formas y, tarde o temprano, terminarán relacionando mi muerte contigo.

Un destello cruzó los ojos de Kimmy, y sus labios se torcieron en una sonrisa cruel.

—¿Te parece que me importa mucho? Ahora, ya todo me da igual.

Kimmy empujó a June hacia el almacén donde guardaban el material y cerró la puerta dando un portazo, que resonó en toda la tienda. Atrapada en aquella pequeña habitación que casi no tenía ventilación, June luchó contra la puerta mientras Kimmy la cerraba con llave desde fuera.

—¡Kimmy, no hagas esto! —le gritó a su amiga de toda la vida—.

Nunca pretendí quitarte a Ralph. No es culpa mía que él rompiera contigo.

Se hizo el silencio y ella tuvo la esperanza de que Kimmy estuviera reflexionando sobre lo que le acababa de decir.

Lo intentó de nuevo.

—Déjame salir, Kimmy. No se lo contaré a nadie. Solo quiero recuperar mi vida. Por favor, haré lo que sea.

Se oyó un ruido. Pasos que cruzaban la tienda. ¿Estaría Kimmy prestándole atención? No lo sabía.

—¡Por favor, Kimmy! —volvió a gritar—. Te lo pido por favor, hazme caso si nuestra amistad alguna vez significó algo para ti.

A medida que los pasos de Kimmy se fueron desvaneciendo, las luces parpadearon y terminaron apagándose, sumiendo a June en la oscuridad. El sonido de las persianas metálicas resonó en aquel espacio silencioso, provocando que sintiera verdadero pavor.

La oscuridad era intensa y envolvente, y la invadió un silencio sepulcral que la asfixiaba contundentemente. El almacén no era tan húmedo y lúgubre como el cobertizo, pero June aún estaba muy lejos de ser libre.

***

Cuando llegó la luz del día, sus ojos se adaptaron lo suficiente como para comenzar a distinguir formas a su alrededor. Había estanterías por encima de ella. Levantó la vista y vio filas de grapadoras que resplandecían, clips y otros artículos de papelería. Encontró perforadoras, cinta adhesiva y paquetes de bolígrafos. Pero no había nada para comer ni beber, ni tampoco encontró ninguna manera de hacerle saber al mundo exterior que se encontraba allí encerrada.

Si sus compañeras habían llegado el día anterior del viaje, ahora tendría que ser domingo. Kimmy no solía trabajar los domingos. No habría clientes, nadie entraría en la tienda. Nadie podría escuchar

sus gritos. Amargada y frustrada, se dejó caer al suelo.

Sacó el trozo de cristal del bolsillo y lo examinó. ¿A quién pretendía engañar? No podía defenderse con eso, porque sus movimientos eran demasiado lentos y débiles. Y, por lo que ya sabía, Kimmy podría tener sus propias armas.

El fragmento estaba frío al tacto y lo miró más de cerca, con una sensación de miedo cada vez mayor. Se subió la manga de la camisa para dejar al descubierto la tenue «K» que lucía su brazo. Ya casi había desaparecido por completo. Deslizó el fragmento sobre la marca, provocándose un arañazo suave.

Luego lo sostuvo por encima de su muñeca izquierda y lo volvió a deslizar suavemente, esta vez directamente sobre sus venas. Un poco después, presionó con más fuerza, estremeciéndose cuando el corte se hizo más profundo. Apretó los ojos con fuerza; las lágrimas le corrían por la cara. El olor a sangre fría y metálica impregnó el ambiente y le empezó a temblar la mano. Estaba asustada, pero decidida a que aquello fuera el final.

Se detuvo en seco al oír un zumbido eléctrico casi imperceptible. Afinó el oído, escuchó el ruido de unas llaves y, acto seguido, se encendieron las luces, iluminando el local.

—¿Hola? —gritó—. ¡Ayuda! ¡Estoy encerrada en el almacén!

«Por favor, por favor, que no sea Kimmy».

No respondió nadie. June contuvo la respiración y rezó en silencio para que fuera la policía. O el dueño de la tienda.

Se oyeron pasos, como si alguien estuviera cruzando el local.

—¡Hola! ¡Ayuda, por favor! —volvió a gritar.

El tintineo metálico de las llaves se intensificó al abrirse la puerta del almacén con un chirrido.

CAPÍTULO 49

JUNE

Presente

Entornando los ojos ante el resplandor de la luz, June distinguió la cara de Poppy en el umbral de la puerta. Sus ojos se abrieron de par en par a causa de la sorpresa.

—¡Poppy!

June sintió una enorme felicidad; era casi imposible de asimilar lo que estaba ocurriendo. Jamás en su vida se había alegrado tanto de ver a alguien. Avanzó tambaleándose para darle un abrazo a su más reciente compañera.

—¿Cómo… cómo lo has sabido?

Poppy movió la cabeza de lado a lado en un gesto de impotencia y rabia.

—Kimmy se ha estado comportando de forma muy extraña últimamente. Creo que ha estado enviando mensajes a varias personas desde tu teléfono. Yo pensaba que me estaba preocupando más de la cuenta y me estaba volviendo paranoica, pero encontré tu bolso en tu habitación y anoche la oí salir de casa a escondidas, así que mi cabeza empezó a llegar a todo tipo de conclusiones, algunas de las cuales me parecían descabelladas. Empecé a preguntarme si te habría hecho algo. Entonces me puse a pensar en el lugar en el que yo te escondería si estuviera en su piel, y la tienda me pareció el lugar más obvio. La verdad es que jamás llegué a pensar que fueras

a estar aquí de verdad, pero ya hablaremos de todo eso más tarde. Tenemos que largarnos de aquí echando leches.

June se sintió insegura durante unos instantes. *¿Podría aquello ser también parte de una broma cruel?* Buscó en los ojos de Poppy algún indicio de que la estuviera engañando, pero solo encontró reflejado en ellos la misma conmoción que ella sentía. A pesar de que el hecho de que fuera precisamente Poppy quien la rescatara le hubiera parecido improbable tan solo unos minutos antes, en aquel momento tenía que confiar en ella. Las piernas le temblaban demasiado como para salir de allí por sí misma.

Poppy le rodeó la cintura con un brazo.

—Dios mío de mi vida, ¿qué te ha hecho?

—Dejemos eso para más tarde —dijo June—. ¡Por favor, salgamos ya de aquí!

June luchaba por mantener el equilibrio mientras trataba de salir de la tienda tan rápido como podía. Sus extremidades parecían gelatina y cada pocos pasos tenía que agarrarse a un expositor para no caerse.

Al levantar la vista hacia las cámaras de seguridad, la asaltó un pensamiento.

—¿Y la alarma? ¿Cómo es que no se ha activado cuando has entrado?

Poppy se encogió de hombros.

—Quizá no la pusiera.

—¿O puede que tenga una de esas alarmas modernas silenciosas?

Ambos miraron hacia la puerta al mismo tiempo.

—¡Vamos! —dijeron al unísono.

Aceleraron el paso. June veía borroso mientras se iba tambaleando por la tienda, pero continuó avanzando. De no haber sido por Poppy, habría llegado hasta la puerta arrastrándose a gatas. Por débil que estuviera, nada iba a impedirle salir de allí.

Había elegido vivir.

El aire fresco le golpeó en la cara y respiró profundamente. Se prometió a sí misma que nunca volvería a dar por sentada su libertad. A partir de entonces, con una bebida, cualquiera que fuera, y un buen plato de fish and chips sería la persona más feliz del mundo. Miró a su alrededor. La calle estaba desierta. ¿Siempre estaba así de tranquila los domingos?

—Voy a llamar a la policía—dijo Poppy—. Pero primero vamos a intentar llegar a un lugar seguro. Tengo miedo de que Kimmy se dé cuenta de que le faltan las llaves de la tienda y venga a buscarnos.

—¿Sabes qué? Lo más rápido sería pedir un Uber —dijo June.

Poppy sacó su teléfono. Trasteó un poco con él durante un minuto. Entretanto, June permanecía apoyaba en una farola. Incluso el mero hecho de respirar le costaba un esfuerzo sobrehumano.

—No creo que pueda caminar mucho más. ¿Puedes pedir que nos recojan aquí?

—Creo que sería más seguro al otro lado de la calle.

—No tendrás algo para beber, ¿verdad?

—Me temo que no, pero la gasolinera debería estar abierta. Podemos pedirle al conductor que pare de camino.

—¿Tienes algo de dinero?

—No te preocupes, lo cargo a tu cuenta.

Un momento después, Poppy le hizo saber a June que el Uber ya estaba de camino. Se guardó el teléfono en el bolsillo y justo iba a comenzar a cruzar la calle cuando apareció un Volkswagen rosa, acercándose a ellas a toda velocidad. El coche se desvió bruscamente hacia la derecha y June comprendió justo a tiempo que iba a subirse a la acera.

Gritó, pero apenas le salió un susurro. Con un movimiento fluido, saltó hacia un lado y evitó por muy poco que la atropellaran. Levantó la vista justo a tiempo para ver a Kimmy estampar el coche

contra la fachada. Se escuchó un estruendo ensordecedor provocado por el metal al chocar contra el cristal y Poppy salió volando hacia atrás, atravesando el escaparate de la tienda.

June se puso de pie a duras penas y entró en la tienda dando traspiés. Poppy yacía inmóvil en el suelo, rodeada de fragmentos relucientes de cristal.

Dio un paso hacia ella, pero no había tiempo para ayudarla. Escuchó cómo se abría y se cerraba la puerta del coche. Kimmy venía a por ella. Se agachó detrás de una vitrina y trató de escuchar, intentando averiguar qué estaba tramando Kimmy. Se asomó muy despacio y vio que su vieja amiga tenía una herida en la sien, de la que goteaba sangre. Tenía la mano izquierda apoyada en la cadera, pero en la derecha sostenía el cuchillo de filetear favorito de June, el que usaba para quitarle las tripas al pescado. Se inclinó sobre Poppy y la miró con atención.

—Pensaba que tú, más que nadie, lo comprenderías.

Poppy no respondió. No se movió lo más mínimo. June ni siquiera sabía si seguía respirando.

Kimmy levantó el pie derecho y colocó el tacón puntiagudo sobre la cara de Poppy. June contuvo un grito. Por suerte, Kimmy terminó bajando el pie y sonrió para sí misma.

—No sé en qué estabas pensando para dejarla salir así. Con todo lo que te ha hecho. Es que hay gente que es masoquista por naturaleza.

June miró a través del escaparate. Alguien debía haber visto u oído el estruendo. Solo tenía que aguantar un poco hasta que llegara algo de ayuda. Miró a su alrededor, buscando desesperadamente un arma. Registró sus bolsillos con frenesí tratando de encontrar el fragmento de cristal, pero no estaba en ninguna parte. Le comenzó a temblar todo el cuerpo cuando escuchó los tacones de Kimmy.

Su amiga se fue acercando hasta donde ella estaba escondida y ya

no había forma de escapar. Su rostro se iluminó con una enorme sonrisa y los ojos le brillaban de impaciencia. Cada vez los movía más rápido, como si estuviera tratando de concentrarse.

June echó mano del extintor que estaba colgado en la pared.

—¡Atrás! —exclamó con voz ronca. Respiraba entrecortadamente mientras posaba un dedo sobre el gatillo. Pero Kimmy siguió avanzando hacia ella, sin dejarle otra opción que apretarlo y disparar así un chorro de espuma.

Kimmy tosió y escupió. Su cara y su pelo estaban cubiertos por espuma blanca, dando la sensación de que tuviera puesta una máscara grotesca. Un olor a productos químicos flotaba entre ellas. Kimmy se limpió la cara con una mano mientras la otra permanecía cerrada, sosteniendo firmemente su arma. No había soltado el cuchillo como June esperaba. Así que lo único que había conseguido era enfurecerla todavía más.

Cuando Kimmy levantó el cuchillo, June lanzó el cuerpo contra una estantería repleta de lámparas de escritorio y marcos de fotos. Todo ello se precipitó como una avalancha sobre Kimmy, que soltó el cuchillo. El arma cayó al suelo, provocando un ruido metálico. Ambas se abalanzaron sobre él, pero June consiguió sujetar el mango. Kimmy le agarró el brazo, decidida a recuperarlo, y June comprendió que solo disponía de unos segundos para actuar. Miró fijamente a su mejor amiga, la mujer con la que había compartido casa, la persona a la que consideraba su propia hermana, y luego le clavó el cuchillo profundamente en la piel suave de su abdomen, atravesándola como si fuera mantequilla. Kimmy dejó escapar un grito ahogado cuando la hoja se hundió más, y un gorgoteo salió de sus labios mientras su sangre caliente inundaba las baldosas del suelo. Luchó hasta el final, retorciéndose violentamente. Cada movimiento provocaba que brotaran de su herida abierta nuevos chorros de sangre.

June se alejó de aquella carnicería. Apretó los dientes y levantó la

barbilla, arrastrando los pies hacia adelante, centímetro a centímetro, hasta llegar a la altura de su otra compañera. Poppy parecía estar durmiendo, con infinidad de fragmentos de cristal reluciendo a su alrededor como si de estrellas se trataran. June le puso una mano en el cuello para tomarle el pulso y, con la otra, sacó el teléfono del bolsillo de su compañera y marcó el número de emergencias.

—Necesito una ambulancia —le dijo al operador—. Creo… Creo que mis dos compañeras de piso están muertas.

CAPÍTULO 50

JUNE

Un mes después

June condujo a Daria hasta el desván, en la última planta.

—Esta es la habitación de Tamsin —le explicó—. La parte más alta de la casa.

—Vaya, sí que le gustan los dragones —dijo Daria.

June sonrió.

—Sí, se podría decir que sí.

Dejó que Daria echara un vistazo rápido y luego la llevó escaleras abajo.

—Esta es la habitación de Flick. —Abrió la puerta un poco para comprobar si estaba muy desordenada. Lo estaba.

—Esta es una de las habitaciones que tenemos en alquiler —le explicó al llegar hasta la habitación de Kimmy. Su antigua colcha rosa todavía estaba sobre la cama, y su ropa, guardada en el armario. Tendrían que deshacerse de todo aquello pronto si su familia no lo reclamaba.

Daria parecía impresionada.

—Qué bonito —dijo—. Me gusta la foto de la pared.

June miró la imagen de Kimmy y Ralph. Vaya descuido. Deberían quitarla de allí. Nadie se sentiría cómodo teniendo en la pared de su dormitorio una foto en la que aparecen una asesina y su víctima. Por suerte, Daria no parecía haberse dado cuenta de quién era Kimmy, a

pesar de la amplia cobertura mediática que había tenido el caso. Probablemente no veía las noticias.

Bajaron las escaleras y June abrió la puerta de su propia habitación.

—Este es el dormitorio de Poppy —afirmó.

Poppy iba a necesitar la habitación de la planta baja cuando saliera del hospital. Estaba progresando bien, pero aún le quedaba un largo camino por recorrer.

—Y, por último, abajo en el sótano tenemos la otra habitación que se alquila —concluyó June. Condujo a Daria escaleras abajo y abrió la puerta de par en par.

—¡Guau, es muy acogedora! —exclamó Daria, a la que se le iluminaron los ojos.

June también se sintió satisfecha al contemplarla. Tamsin y ella habían limpiado un poco el sótano mientras Poppy estaba en el hospital. Las paredes ahora eran de un azul celeste muy elegante.

—Creo que esta habitación es la que más me gusta —aseguró Daria. Se acercó a la ventana y miró hacia fuera.

—Bueno, tú piénsatelo —dijo June—. Pero, antes, deja que te enseñe el jardín.

Salieron al exterior de la casa. Inevitablemente, la mirada de Daria se posó sobre lo que antes era el cobertizo. Restos de tablones de madera carbonizados y rescoldos se esparcían sobre una extensa franja de césped chamuscado. Daria se giró hacia June, frunciendo el ceño con expresión interrogativa.

—¿Qué ha pasado aquí?

June tensó la mandíbula. Unos días antes, Flick y Tamsin rescataron del cobertizo lo que querían conservar y, a continuación, June liberó toda la rabia contenida y lo destrozó en mil pedazos con un martillo de demolición.

—Se supone que debes descansar —le dijo Tamsin con

preocupación en aquel momento. Trató de quitarle el martillo, pero June se negó a soltarlo.

—Esta es mi terapia —argumentó, y siguió golpeando hasta que el cobertizo quedó reducido a un montón de madera. Luego encendió una inmensa hoguera.

El vecino se preocupó bastante. No les dijo nada directamente, pero June lo escuchó hablar en voz alta con su pareja, con la clara intención de que June lo oyera.

—Hay mucho humo, se está extendiendo por toda la ropa tendida… Como no tengan cuidado, el fuego se va a terminar propagando a nuestro jardín. Es una irresponsabilidad tremenda.

June decidió ignorarlo. Era sorprendente lo difícil que podía resultar oír a las personas que se encontraban en el jardín de al lado.

June se giró hacia Daria.

—Vamos a comprar una caseta nueva con llave para guardar las bicicletas y las chicas han estado hablando de poner un jacuzzi.

Los ojos de Daria se iluminaron de nuevo.

—¡Vaya, qué maravilla!

Volvieron juntas al interior de la casa, donde June terminó de enseñarle la cocina y el salón.

—Es una casa estupenda —dijo Daria, incapaz de contener su entusiasmo—. ¿A dónde te vas a mudar, si no te importa que te pregunte?

Ahora era June la que sonreía.

—Me voy a vivir con mi novio.

—¡Ah, vale! ¿Te quedas por aquí cerca?

June asintió.

—Tiene una casa al otro lado de Clapham.

La realidad era que June solo había estado en casa de Dan una o dos veces. Siempre se habían visto en algún lugar de la ciudad o en casa de ella. Cuando por fin se decidió a visitarlo, se llevó una grata

sorpresa al descubrir que era casi tan ordenado y limpio como ella. Eso fue lo que la convenció definitivamente. De ninguna de las maneras iba a vivir con un guarro.

—¿Y Kelvin? —le preguntó entonces a Dan, pensando en su compañero de piso.

—El piso es mío, así que lo avisaré con suficiente antelación —le respondió—. Es un buen chico. Lo entenderá sin problemas.

—Podrías comentarle que en mi casa tenemos habitaciones en alquiler —sugirió June.

—Gracias, pero no creo que quiera vivir con un montón de mujeres. Creo que prefiere a los hombres, ya sabes a qué me refiero.

June se encogió de hombros.

—Bueno, eso es cosa suya.

El médico le había dado la baja a June por unas semanas más, y ella tenía la intención de pasar parte de ese tiempo de visita en la ciudad de sus padres. No era tan tonta como para quedarse con ellos todo aquel tiempo. Había encontrado un hostal barato cerca de su casa que debería ser suficiente. Pero estaba decidida a sentarse con ellos y tener una conversación de verdad, aunque eso les hiciera sentir un poco incómodos a los tres. Ya era hora de que todos maduraran.

Acompañó a Daria hasta la puerta de la calle y se aseguró de que tenía toda su información personal. Era la última visita del día, así que ahora June solo tenía que llevar la primera tanda de sus cosas a casa de Dan. No se mudaría oficialmente hasta el mes siguiente, pero Dan le había sugerido que empezara a llevarse ya algunas de sus pertenencias.

Llegó al piso antes de que Dan volviera del trabajo que tenía que hacer aquel día. Se trataba de encargarse de las fotografías de una boda que se celebraba en un mariposario. No pudo evitar pensar en lo mucho que le habría gustado a Kimmy. Era extraño tener que

separar a Kimmy, la amiga con la que se había criado, de la otra Kimmy, la mujer que casi la mata. Se preguntó si alguna vez llegaría un momento en el que no compitieran por un espacio en su mente.

A la llave nueva le costó un poco entrar en la cerradura, pero la giró varias veces hasta que funcionó. Entró en el piso y dejó la maleta en el pasillo. Decidió echar otro vistazo por la casa antes de sentarse a descansar un poco. Se asomó primero a la habitación de Dan. «La habitación de los dos», se corrigió a sí misma. Tenía una cama grande y bonita. Abrió el armario y vio que solo había una o dos prendas colgadas en su interior, lo que dejaba mucho espacio para sus cosas. También tenía perchas bonitas, acolchadas, que ayudarían a que su ropa no se arrugara demasiado.

Luego le echó un vistazo a la habitación de Kelvin, justo enfrente. «La habitación libre», se volvió a corregir, mirando las paredes blancas. Dan ya había empezado a utilizar aquel espacio. Un ordenador que estaba sobre el escritorio emitía un leve zumbido, y a su alrededor había material fotográfico y cajas de diapositivas.

June abrió el armario de aquel dormitorio y comprobó que lo había llenado con sus chaquetas, pantalones y zapatos. Probablemente, para que ella pudiera usar el armario de su habitación. «De la habitación de los dos», se corrigió por tercera vez. Le resultaba extraño pensar en aquella casa como «de ellos». Le iba a costar acostumbrarse.

Se dirigió al lavadero y vio en él una imagen de un perro muy mono colgada en la pared. No era una foto de Dan, sino una postal que seguramente le había gustado. Entonces le rugió el estómago y se dirigió de inmediato a la cocina, donde llenó un vaso de agua de forma automática y buscó en la nevera algo para comer. Encontró unas galletas saladas y queso y se lo comió todo con rapidez, casi sin prestarle atención a su sabor. Se puso a tamborilear con los dedos sobre la mesa, a la espera de que regresara la tranquilidad.

Quizá le vendría bien una taza de té, decidió, y encendió el hervidor de agua. Abrió el armario y rebuscó entre la colección de tazas desparejadas de Dan. No se decidía entre la del zorro y la del tejón, así que terminó apartando ambas y buscó en la fila de detrás. Encontró una con un búho que sin duda era una buena opción, pero vio otra escondida detrás de esa. La sacó y la miró fijamente durante un momento. Era una de esas tazas con fotos personalizadas. Tenía grabada una imagen en la que aparecían Dan y una mujer que no conocía, con sus rostros rodeados por un corazón lila de gran tamaño. Le dio la vuelta. Había una inscripción en la parte posterior.

«Feliz cumpleaños. Te quiere, Kelsey».

No ponía Kelvin. Ponía Kelsey.

Dejó la taza sobre la mesa y se dejó caer en una de las sillas de la cocina. Dan llevaba soltero tanto tiempo como ella. Entonces, ¿quién coño era esa mujer de la taza?

UNA CARTA DE LORNA

Estimado lector:

Como has llegado hasta la última página de *La compañera de piso perfecta*, quiero darte las gracias por haber leído este libro. Espero que hayas disfrutado de la historia de June. La decisión que tomaron June y sus amigas de invitar a Poppy a vivir con ellas fue muy valiente y, quizá, un tanto imprudente, teniendo en cuenta que apenas la conocían. Al fin y al cabo, la convivencia en la casa ya era muy buena, todas parecían llevarse bien y congeniar. Pero no creo que ninguna de ellas pudiera haberse imaginado lo mal que acabaría todo.

Si te ha gustado este libro, te agradecería enormemente que dejaras una breve reseña. Las reseñas son un estímulo inestimable para aquellos lectores que puedan estar considerando la posibilidad de leer mi obra por primera vez.

Para estar al tanto de las novedades editoriales, solo tienes que visitar el enlace que aparece a continuación y unirte a mi lista de correos electrónicos. No te voy a bombardear con correos ni tampoco compartiré tu dirección con terceros, ¡te lo prometo!

www.bookouture.com/lorna-dounaeva

Si alguna vez quieres contactar conmigo, puedes hacerlo a través de las redes sociales o en mi página web. Gracias de nuevo por esta lectura, ¡espero que volvamos a vernos pronto!

Lorna

CONTACTA CON LORNA

www.lornadounaeva.com
facebook.com/LornaDounaevaAuthor
x.com/LornaDounaeva
instagram.com/lorna_dounaeva
goodreads.com/lornadounaeva